LA
HENRIADA,
TRADUCIDA
EN VERSO ESPAÑOL.


HENRI IV

LA HENRIADA,

POEMA ÉPICO FRANCES

TRADUCIDO EN VERSO ESPAÑOL

POR EL REFUGIADO

D. PEDRO BAZAN DE MENDOZA,

ANTIGUO SEÑOR DE TORRECORES, Y BIGO, etc.

Catedrático pérpetuo de Derecho, y Director de la Real Universidad de Santiago de Galicia; de su Real Sociedad Económica; de la Real Academia de Santa Bárbara de Madrid; de la Lis de Francia; antes, *Caballero de la Orden Real de España*; Yntendente general de Exército, y de la Provincia de Soria; y Consejero de Gobierno general.

IMPRESO EN ALAÏS,

EN LA IMPRENTA DE MARTIN, IMPRESOR Y LIBRERO.

Año 1816.

PROLOGO

Y OBSERVACION DEL TRADUCTOR SOBRE LA HENRIADA.

No ignoro, ni los desmedidos aplausos, que se han tributado á la HENRIADA *por la pasion, ó el espiritu de partido, ni las desaforadas censuras, que desde su publicacion hasta el dia, han vomitado la envidia y el resentimiento contra ella, ó mas bien contra su Autor, sobradamente ilustre y mordáz, para dexar de ser, á su véz, igualmente perseguido y calumniado con furor.*

A juzgar por esta suerte de su merito, podria muy bien equivocarse con el de los Homeros y Virgilios, á quienes, mientras la afecta admiracion de mil sabios de todas las edades y naciones, elevaba quasi al inmortal coro de los Dioses, el odioso desacato de algunos raros Zóilos, abatia á ambos hasta la clase de los medianos Poetas, que es decir, hasta la misma nada de la Poesia, incompatible con

de sus más obcecados censores; porque á ser ciertos, ni este Poema mereceria en la comun opinion de aquellos el titulo de Epopeya, ni seria á sus ojos digno de que alguno se ocupase en su ardua y penosa traduccion, con los graves y plausibles fines que yo lo hago, y declararé mas adelante.

No se comprende, como un literato ilustre llamado el Quintiliano de la Francia, al principio del siglo 19.°, despues de un análisis de la HENRIADA, tan detenido y nímio, que ocupa quasi la mitad del citado volúmen 8.°, haya podido conspirar con los mas animosos detractores de un escritor, á quien tanto ha debido, y cuya defensa parecia haber tomado de su cuenta, pronunciandose en la literal manera siguiente.

« Se dice, que el plan de la HENRIADA era » defectuoso; y de luego á luego, es cierto, » que peca contra la unidad de objeto, reco- » mendado en la Epopeya, y que no llena en » el primer canto la proposicion establecida por » el Poeta » (quiso decir, no llena la proposicion establecida por el Poeta en el primer canto).

(1) El Héroe canto, que reynó en la Francia
Por derechos de sangre y de conquista.

« *El sugeto, pues, prosigue M. Laharpe, es*
» *Henrique IV, que va á conquistar el reyno*
» *que le pertenece, y que le disputan sus va-*
» *sallos rebeldes. Sinembargo, no se trata de*
» *esto en los primeros quatro cantos. Henri-*
» *que de Valois es quien reyna, y Borbon no*
» *combate sino para hacerle entrar en su ca-*
» *pital. No representa mas que un papel se-*
» *cundario en un Poema, de que es él Héroe.*
» *Está á las ordenes de un Señor, y de un*
» *Señor muy poco digno de su puesto. Esta es*
» *una falta grave. Esto es tratar la Epopeya*
» *como historiador. La accion debia comen-*
» *zar despues de la muerte de Valois. Todo lo*
» *que le precede, y aun esta misma muerte,*
» *debian ponerse en narracion, y ser parte de*
» *la que Henrique hace á Isabel. Por otro*
» *lado, Valois es un personnage muy envile-*
» *cido, para ocupar el primer lugar en la ac-*
» *cion y en el interes, durante la mitad del*
» *Poema* ». *Tal es el primer cargo.*

---

(1) Je chante le héros qui régna sur la France
Et par droit de conquête, et par droit de naissance.

«*Es necesario, que los hechos (en la Epopeya)*
» *esten ligados los unos á los otros con una de-*
» *pendencia sensible, y como por una cadena,*
» *que abraze toda la obra. Este encadena-*
» *miento no se halla observado en la* HEN-
» RIADA. *El amor del héroe á Gabriela, por*
» *exemplo, comienza y acaba en el canto*
» *nono. Esta es una violacion de principio. Este*
» *amor no tiene relacion alguna, ni enlace con*
» *todo lo restante. Podria cercenarse del Poe-*
» *ma sin tocar á su Fábula. Tan fuera de*
» *proposito fué ingerido en él*». *Tal es el se-*
gundo cargo.

Fuera de proposito, á la verdad, falso, y aun nulo en si mismo, es quanto M. Laharpe acumula contra la HENRIADA *en ambos cargos. Por decontado, parece, que era menester ser visionario para leer en los versos citados, y en los restantes de la proposicion, que* «*Henri-*
» *que va á conquistar el Reyno, que le perte-*
» *necia, y le disputaban sus vasallos rebeldes*».
Esta sí que es una falta grave, una suposicion la mas voluntaria y caprichosa, aunque la mas necesaria, al mismo tiempo, para poder M. Laharpe echar á rodar su importuna é injusta crítica en esta parte.

Henrique, va á conquistar, no un Reyno que no le pertenecia, ni actualmente le disputaban, ni podian disputar rebeldes unos vasallos, que entonces no lo eran suyos. Henrique, va á conquistar su inmediata sucesion en dicho Reyno, de la qual, y aun de la propia vida, maquinaban despoxarle los facciosos de Paris al mismo tiempo, y aun con mas pretextado rencor, en concepto de calvinista, que á Valois de la actual posesion de su trono; reemplazando en él, á la Dinastía de los Borbones, la de Loréna, ó un Gobierno Republicano. Verdades tan de bulto en mil pasages del Poema, que es ciertamente un fenómeno literario, el que así hayan podido escaparse á los ojos linces de la crítica de M. Laharpe.

En el primer canto y discurso de Valois á Henrique, le dice este entre otras cosas —

. . . . No es mi desdicha,
Ni solo mi interes el que va hablarte;
Tuya es ¡ o Borbon! la injuria mia.
Contra su Rey osando sediciosa
Su frente al Cielo alzar esa infiel Liga,
A los dos en su rabia nos confunde,
Y á los dos nos persigue y abomina.
Del Pueblo de París enagenado
El rebelde rencor, de que le animan,

Nos desconoce á entrambos, pretendiendo
Precipitarme á mi del trono en vida,
Y de su herencia á tí, que en pos te toca.
No ignoran los Ligados, no, no olvidan,
Que la voz imperiosa de la sangre
De nuestra anciana augusta dinastia,
El merito, las leyes, y en fin, todo
Te aclaman á mi muerte de justicia
Al trono de la Francia, en que vacilo,
Y del qual darte piensa la exclusiva,
Ya de hoy mismo temblando á la grandeza
De tu fortuna y gloria sucesivas.
La Religion, terrible en sus enojos,
Ambiciosa y colerica, fulmina
Contra la independencia de tus sienes
Su fatal anatema. . . . .

En el canto quinto, el fanático Clemente, orando á Dios, le implora así —

Armate, y tus centellas inflamadas
A nuestra vista hieran, quemen, hundan
Su sacrílega hueste. Ambos Monarcas,
Sus xefes y soldados espirando
Caygan, qual ojas leves dispersadas
A discrecion del viento. . . . .

En el mismo canto, el Fanatismo, aparecido baxo la especie de Guisa al regicida Clemente, le dice —

. . . . ¡ Quanta, Jacobo,

Quanta tu dicha fuera, tu honra quanta,
Si en seguida, ó de un golpe, al mismo tiempo
Al tirano pudieses de la Francia
El NAVARRO juntar; si de ambos Reyes
Tu Religion y Patria viendo salvas
Te pudiesen! . . . .

En el propio canto, y descripcion del sacrificio mágico de la Liga, se expresa, que —

Allá al pálido y lúgubre reflexo
De una mágica antorcha, una vil ara
Sobre fúnebre tumba se erigiera,
Dó, con hondo rencor, de ambos Monarcas
Los magestuosos bustos colocaron,
De su terror objetos y su saña.
. . . .
. . . .
Si con mayor temor, aun con mas rabia
Derriban á sus pies de HENRIQUE el busto;
Creyendo, que á sus fúrias fiel, volara
A transmitir la muerte á los dos Reyes
La herida de su afrenta y de su lanza.

En el canto quarto, Bussi Xefe de los amotinados, intimando á los miembros del Parlamento, se explica del modo siguiente—

Al pueblo obedeced, en cuyo nombre,
Vengo, orgullosos jueces, á intimaros.
Escuchad sus edictos liberales.
Antes hubo sin duda Ciudadanos,

Húbolos ántes, sí, que hubo Señores.
Fueros, que nuestros padres prodigaron,
O mas bien, le usurpó tirana fuerza,
Sus despojados hijos recobramos.
Sobrado tiempo el pueblo por vosotros
Al error fué sugeto y al engaño.
Cansóse ya del cetro, y lo ha rompido.
Borrad ya para siempre, Magistrados,
De PLENA POTESTAD los grandes nombres
Tan temidos, odiosos, y aun ingratos
A vuestro mismo oido; y ya del pueblo
Libre, y supremo á nombre, dad los fallos;
No la plaza del Rey baxo ese solio
Manteniendo, sinó la del Estado.

HENRIQUE, pues, en los quatro primeros cantos no combate solo por hacer entrar *á* Valois en su capital. *Combate principalmente por asegurar su sucesion en el Reyno, y aun su misma vida, una y otra amenazadas al mismo tiempo, que la vida y trono de Valois. Esta accion principal, se halla simultanea, esencial, y necesariamente unida en el Poema con la pronta conquista de Paris, la disipacion de la Liga, y el restablecimiento de Henrique III en su real autoridad; de la qual, una vez decaido, reemplazada á su dinastia la de Guisa, ó creado en Paris un Gobierno Republicano, la sucesion de Henrique de Borbon,*

quedaba perdida para siempre, ó por lo ménos, en el mas inminente peligro de serlo.

Oigamos, por fin, á mayor abundamiento de boca del mismo HENRIQUE, *en el tercer canto, y en su narracion á Isabel Reyna de Inglaterra, el motivo de propio interes, que le habia puesto de luego á luego en accion.*

Sucésor de Valois, era de Francia
El trono, á falta dél, mi augusta herencia;
Mi afecto y mi interes, súbito armaron
Mi brazo, sin dudar, en su defensa.

Resulta, pues, de dichos pasages con la mas sensible evidencia, que el Autor de la HENRIADA, *cumplió, por todos los primeros quatro cantos, lo que ofreció en su proposicion; que el principal interes de Borbon, no era hacer entrar á Valois en su capital, sino asegurar, su sucesion y la propia vida; que Henrique debió por tanto principiar sin tardanza á combatir, confederado con su antecesor y hermano; que el Poeta comenzó la accion donde debia comenzarla, y que hubiera sin duda cometido* una grave falta, *en retardarla hasta despues de la muerte de Valois, trasladando esta, y los hechos que la preceden, á la narracion de Henrique á la Reyna Isabel, como*

dice M. Laharpe : siendo de advertir aquí, que al paso que este crítico nota en la HENRIADA *mucha escasez de dialogo, ó de la parte dramática, quisiera sinembargo descartar de la escena, y transmitir á la narracion, un episodio tan dramático, tan lleno de movimiento, y tan apropósito para hacer resaltar la generosa y noble sensibilidad del Héroe, como el de la muerte de Valois.*

Es constante, que este Príncipe reynaba de derecho en Francia, durante el espacio de los primeros quatro cantos de la HENRIADA; *lo que es de ningun valor épico, como verémos adelante; pero es incierto que reynase ni mandase de hecho en dicho espacio, por lo relativo á la misma accion, que es lo que hace al asunto. Es igualmente incierto, que Henrique, en el mismo intermedio,* haga un papel secundario, á las ordenes de un señor tan envilecido é indigno del primer puesto é interes que ocupa en los expresados quatro cantos, qual era Valois.

No seria importuno preguntar de luego á luego á M. Laharpe ¿ como su singular lógica en esta parte, halló compatible, que un personage tan envilecido é indigno, qual él su-

pone, y en efecto se pinta á Valois en los primeros quatro cantos, pudiese sostener en los mismos el primer lugar, excitar el mayor interes, y arrebatar la principal atencion del lector, en desdoro y apocamiento del Héroe del Poema? Parece, que la crítica de M. Laharpe en este punto, se contradice y destruye abiertamente por si misma, sin necesidad de otra impugnacion. Paso, sinembargo, á hacerla, no menos de ella, que de toda la restante, por medio de una simple exposicion de algunos pasages de los quatro primeros cantos, sobre que recae.

Al mismo tiempo que en el exôrdio del primero se pintan todas las flaquezas y miserias de Valois, y se le introduce luego por el poeta á la escena en el ademan mas humillante, llorando sus cuytas y mala fortuna, desesperando enteramente de sus fuerzas, é implorando la proteccion y socorro de Henrique; aparece luego este resucitando á aquel del seno de su abatimiento, alarmando con su alianza á la Europa, conciliandose el amor, respeto, y sumision absoluta de los Exercitos, reconociendole el mismo Valois por el único apoyo de la accion y causa comun; contristando

con su ausencia á los demas guerreros, refrenando en ella, con solo el prestigio de su nombre, á los rebeldes de la Liga, emprendiendo rápidos é importantísimos viages, y arrostrando en ellos con heroica calma furiosas tempestades.

Todo marcha en desorden. Por instantes
Todo á su fin fatal se precipita,
Quando aparece HENRIQUE. Este virtuoso,
Este insigne BORBON, que fiero ardia
De un guerrero valor en noble llama,
A su Principe ciego, se aproxîma,
Y á su aspecto Valois la luz recobra.
El su espiritu y fuerzas resucita,
Sus pasos endereza, y de la afrenta
A la gloria, del juego á la lid guia.
De Paris á las pérfidas murallas
Con coligadas huestes y aguerridas
Al ver los dos Monarcas avanzados,
Allí se alarma Roma, y aquí admira
El Español temblando su alianza.
La Europa toda, ya comprometida
En tan grandes reveses y ruidosos,
Sobre el muro infeliz clava la vista.

Presentase Borbon en los exercitos combinados, y —

De BORBON en las manos victoriosas
Acordes y contentos, todos libran

Su causa general y sus destinos:
Y él, que de conciliarse el don abriga
De todos el amor, feliz ganando
Los corazones todos, los reunia.
Que estaban los dos campos tan sumisos
Dixérase á su voz, que ya no habian
Mas Xefe que él, ni mas Iglesia que una.

Habla Valois á Henrique, y reconoce en este el principal apoyo de su causa

Tu eres solo, Borbon, el que yo imploro.
De promediar tu voz es solo digna,
En que á los Reyes mueva mi infortunio.
Parte à Albión; y allí, la causa mia
Patrono tan feliz logre en tu fama,
Que un exercito aliado me consiga.
Mis enemigas huestes, por tu brazo
Quiero Henrique abatir; y otras amigas
Por tu sola virtud ganar espero.

Y no se engañaba ciertamente Valois. Sus sentimientos se hallan bien acreditados en esta parte por la respuesta de la Reyna Isabel á su demanda en el canto tercero.

Id, Héroe digno, andad, la Reyna dice.
Bien presto, á la voz mia, vuestras huellas
Siguiendo mis guerreros, esos mares
Atravesando irán; mas nos los lleva
El servir á Valois: á vos os siguen.
Mi amistad, solamente los dispensa

A vuestras generosas inquietudes.
Vos les veréis correr á las peleas,
Por socorreros ménos que imitaros.
Hechos á vuestro exemplo, de la guerra
Al gran arte, y sus riesgos y fatigas,
Ya, baxo vuestra sombra, en vuestra escuela,
A servir se instruirán gloriosamente,
Y con mayor ventaja á la Inglaterra

Parte Henrique para esta Isla en el primer canto, y

Atónito el soldado, que ignoraba
Sus arcanas empresas, se contrista,
Y de uno y otro campo los guerreros,
Sus destinos pendientes suponian
Del regreso feliz del Héroe ausente:

Aun en su ausencia, influye Henrique terriblemente, con el prestigio de su nombre, sobre los Ligados.

Ya marchaba; aun, empero, le imagina
El pueblo criminal siempre delante,
Y pronto á fulminar sobre él sus iras.
Su nombre, que del trono la coluna
Mas solida y mas firme se apellida,
De todo el bando alzado su enemigo,
El terror en las almas infundia,
Y por él en su ausencia peleaba.

Asalta á Henrique en su travesía una furiosa tempestad; y superior á César, mirala

con

con desprecio, por lo que respecta al riesgo de su persona; pero la respeta con dolor, por lo que turba y detiene el socorro y bien de su pays.

Y aun el Héroe, á quien furias envolvian
Del undoso elemento, los peligros
De su propia persona no sentia.
Sus ojos solo vuelve hácia la Patria,
Y en su empresa su mente siempre fixa,
Por la sola tardanza en sus destinos,
A increpar á los vientos se limita.
No tan patriota, no, ni generoso
Allá César, del Épiro á la orilla,
Quando del mundo el cetro disputaba,
Al furioso Aquilon, sobre el mar fia
Del Romano *la suerte y* de la *Tierra;*
Y á Pompeyo y Neptuno, que se ligan,
Aun tiempo desafiando, su fortuna
A la borrasca impávido oponia.

Tal es el resultado del primer canto. El segundo y tercero se emplean enteramente en la narracion de Henrique á Isabel: ¿ Representará acaso en ella Valois aquel lugar principal, y Henrique aquel subalterno, que censura M. Laharpe? No por cierto. Aquí el sabio crítico, contradiciendose de nuevo á sí mismo, es mucho mas razonable y justo; pues sinembargo de dexar sentado, que Valois hacia el

De desbordarse à punto, con un choque
Feroz y tenebroso ya à innundarlo
Iba todo de un golpe el fiero Omala,
Y del alba el lucero ya rayando
De la noche rasgaba el negro velo;
Quando el grave Morné, que breve espacio
De Borbon el regreso precediera,
Y que de cerca estaba ya mirando
Del sobervio Paris las altas torres,
De un confuso rumor de horror mezclado
Sorprendida su oreja, mira, y nota
En extremo desorden los soldados
De Valois, y aun con ellos los de Henrique.
¡Que veo justos cielos! ¿Así, bravos,
Así nos aguardais? Ya Henrique viene,
Ya llega á defenderos ¡y entregados
A la fuga os encuentro, camaradas?
¡A la fuga!... A este acento de su labio,
No de distinto modo, que allá un tiempo
Del Capitolio al pie, quando apretado
De Roma el fundador por los Sabinos,
La fuga refrenó de sus Romanos
De Jupiter en nombre; así al de Henrique,
De verguenza rehacense inflamados
Sus dispersos Franceses, y al combate
Revolviendo de nuevo, exclaman alto;
Que venga el Héroe, llegue, que á su vista
Nada nos desalienta, que á su mando,
Nuestra será sin duda la victoria.
Súbito se aparece á todo el campo

Tan refulgente Henrique, como en medio
Del temporal mas negro suele el rayo;
A las primeras filas corre, avanza,
A su frente combate denodado,
Siguen todos su exemplo, y los destinos
De repente por él se ven trocados.
Contra el campo su mano muertes lanza,
Rayos sobre él sus ojos fulminando.
Siguiendole sus Gefes en contorno,
Con animo se empeñan esforzado,
Retorna la victoria, y á su aspecto,
Desaparecen ya los Coligados:
Al modo que del dia que amanece
Los rayos que se avanzan, de los astros
De la noche disipan los fulgores.

El único lugar de este quarto canto y de los tres anteriores, en que el poeta no figura á Valois como un degradado y despreciable personage, por lo relativo á la conducta de la accion, y en que, al contrario, lo enuncia en algun modo revestido de cierto ayre heroico, lo hace de tal manera, que claramente aparece ser este mismo ayre prestado de Henrique, *inspirado de su exemplo, y dependiente, por tanto, de su principal virtud y esfuerzo.*

De Valois el espíritu, á este tiempo,
Del de su hermano Henrique confortado,
Lleno ya de esperanzas en su auxilio,

El exemplo presenta á sus soldados,
Que de aquel recibia. Los ataques,
Las alarmas sereno despreciando,
No descuida del campo las acciones,
Y del sitio sostiene los trabajos.

Tal es la deduccion particular del quarto canto; y tal la general de todos los quatro primeros de la HENRIADA; *deduccion que evidencia, del modo mas decisivo, toda la injusticia del primer cargo de M. Laharpe contra ella, relativo á lo defectuoso del plan de su fábula en la unidad de objeto, y toda la falsedad de los hechos en que intentó fundarlo.*

Mas quiero dar de barato, que estos hechos fuesen ciertos. Quiero suponer, que Valois reynase, mandase de hecho, é hiciese el principal papel en los primeros quatro cantos del poema: que HENRIQUE *no fuese en todos ellos mas que un personage secundario, á las órdenes de un Señor ò Xefe envilecido, y poco digno de serlo, como Valois: que no tuviese mas interes en la accion, que el de hacer entrar á este en su Capital; y que el poeta, en fin, nò cumpliése en los mismos quatro cantos lo que ofreció en la proposicion. Aun así, seria dicho cargo, segun ya dixe antes, nulo en si mismo, como destituido de todo esencial*

fundamento én las leyes épicas. No sé si mi pluma será bastante feliz, y tendrá la fuerza y calor necesario para disipar el olor de paradoxa poetica, que parece arrojar de sí esta asercion. Veamos.

Muy bien puede ser que hubiese, pero no se descubren mas preceptos épicos antes de Homero, que los dictados por el instinto natural del espíritu humano, y el sentimiento íntimo del buen gusto. Apareció la Iliada, y con ella el primer legislador de la Epopeya en su inmortal autor. La conducta de este padre, á lo menos putativo de los Épicos, en el plan de aquel poema y del de la Odiséa, universalmente aprobada por el entendimiento, la imaginativa, y el corazon de los mayores Sabios de todas las edades y naciones posteriores, formó el Codigo práctico de las leyes épicas, que en lo sucesivo observáron los grandes poetas, de los quales, se reputó siempre por el mejor, aquél que mas bien supo imitar al divino numen de Esmirna.

Esto supuesto, pregunto ¿quien es el héroe principal de la Iliada? Nadie dexará de responder, que Aquiles. ¿Y que es Aquiles en los 18 primeros cantos de la Iliada? Ninguno dexará de contestar tambien, que es un Prín-

cipe guerrero, auxîliar de Agamenon, baxo cuyas ordenes milita en el exército griego.

¿Y que es Agamenon durante dichos 18 *primeros cantos de la Iliada? Todos se acordarán igualmente en que es un Rey de Reyes, Xefe supremo del mismo exército, y Xefe de un grado y mando tan efectivo y superior al de Aquiles, que engreido dél, le ultraja y despide insolentemente á presencia de todo el Consejo de Caudillos; que desprecia con torpe avaricia, y en daño y peligro muy enorme de la causa comun, su prudente y piadoso dictamen, apoyado en el del terrible Calcas el mas sábio de los augúres, y en el del eloquente Néstor, el mas anciano de los Xefes; que le arranca arbitrariamente la bella esclava Brisseis, para reemplazarla á la suya reclamada en el sacro y formidable nombre de Apolo, por su Sacerdote y padre respectivo Chrises: y que, finalmente, lo manda, dispone y decide todo en la accion, durante dichos* 18 *cantos, aunque con poco mayor dignidad, que pudiera hacerlo Henrique III. en los quatro primeros de la* HENRIADA.

¿Y que hace Aquiles en todo el larguísimo espacio de los mismos 18 *ó* 19 *cantos que com-*

ponen las tres quartas partes de la cantidad de la accion del poema ? Nada de provecho. Retirado del exército, engolfado en su inflexîble pasion de ira, y abismado en una profunda ociosidad guerrera, se regodéa en medio de ella, y está mirando con una impía complacencia los funestos reveses é inminentes riesgos, que en su ausencia y por su ausencia sufria el exército y armada de sus Griegos.

¿ Y que interes tenia Aquiles en la empresa de dicho exército ? Ninguno propio. Su interes, no era mas que el comun caballeresco de los demas Príncipes y Caudillos auxîliares de la Grecia ; esto es, unicamente el de vengar á Agamenon y su hermano Menelao del tuerto que les habia hecho Páris en el robo de Helena, su hermana y cuñada respectiva. Oigamoslo de boca del mismo Aquiles reconviniendo colérico á Agamenon.

» Yo no he venido á combatir por odio á los » valientes Troyanos, que en nada son culpa- » bles hácia mí, que nunca me han robado » mis caballos y novillas, y que jamas deso- » láron las fértiles mieses de la feliz Phitia. » Multitud de montañas erizadas de florestas, » y un mar susurrante nos separan. Tú ¡ o

» *mortal audaz! tú eres, á quien hemos se-*
» *guido, para satisfacer tus deseos, y resta-*
» *blecer por el castigo de los Troyanos la*
» *gloria de Menelao y la tuya, ¡hombre inso-*
» *lente!* » (1)

Por ultimo ¿cumplió Homero en los propios 18 cantos de la Iliada lo que ofreció en su proposicion? Esta respuesta es la mas ardua, y la que exíge una explicacion mas detenida y detallada. Apenas habrá literato que no responda que lo cumplió: y muy superabundantemente: puesto que ofreció cantar la cólera de Aquiles, y esta cólera es precisamente la que llena, brilla, y sobresale prodigiosamente en dichos cantos; pero yo, con la venia debida á tantos y tan respetables conocedores como se reunirán á dar esta pronta respuesta, me atrevo á aventurar, en defensa y obsequio del mismo Homero, un juicio enteramente contrario, y para mí por lo menos tambien enteramente original.

Yo pienso que aquel gran poeta no se propuso cantar principalmente en su poema la cólera de Aquiles. Esta cólera del héroe, inactiva en los 18 primeros cantos, así como otra

(1) Iliad. Cant. 1°. Trad. de Bitaubé

qualquiera pasion inerte y viciosa, no parece capaz ni digna de ser elevada á la clase de accion principal de una Epopeya. No creo que esto sea una mera extravagancia de Terrason, como acomoda indicar á M. Bitaubé, aunque sin impugnarla. El alto, sagrado, y general destino de toda poesia en su conocida primitiva edad, ha sido el de celebrar las virtudes sociales é individuales de los hombres; y el especial de la Epopeya, el valor y proezas de los héroes, excitando á la imitacion por medio del encantador artificio de sus invenciones y lenguage. Así sucedió lo primero, y asi executó lo segundo el mismo Homero, en testimonio de Horacio. (1)

¿Y que tiene la ociosa y esteril cólera de Aquiles de valiente, virtuosa, é imitable en

---

(1) . . . . Fuit hæc sapientia quondam
Publica privatis secernere, sacra profanis;
Concubitu prohibere vago; dare jura maritis;
Opera moliri; leges incidere ligno.
Sic honor et nomen divinis vatibus, atque
Carminibus venit. Post hæc, insignis Homerus,
Tirtæus que mares animos in martia bella
Versibus exacuit. . . . .

Horat. Art. Poet.

los 18 *primeros cantos de la Iliada*, *aun respecto de aquellos groseros*, *feroces y supersticiosos tiempos*, *en que*, *aunque segun la opinon de algunos*, *la ira y la venganza fuesen miradas como virtudes heroycas y dignas de la lyra y de la trompa*, *solo debria entenderse esto de aquella ira ó venganza*, *que*, *como la del propio Aquiles contra Héctor en los* 6 *ultimos cantos*, *produxese algun brillante y heroyco suceso*: *pero semejante opinion á lo ménos por lo relativo á la ociosa*, *y perjudicial cólera del Héroe en los* 18 *primeros cantos*, *se halla justamente desmentida por el poeta*, *quando despues de la muerte de Patroclo*, *pone en boca de Aquiles la exclamacion siguiente.*

» *Perezcan en la mansion de los Dioses y de*
» *los hombres la discordia y la cólera*, *que*
» *arroja al mas prudente en los transportes del*
» *furor*, *que mas dulce que la miel destila en*
» *el corazon del hombre*, *se amontona en el*,
» *y le turba con sombríos vapores*, *como un*
» *humo negro. Yo he probado en demasia su*
» *imperio desde el insulto de Agamenon nuestro*
» *Xefe*; *pero olvidemos lo pasado por doloroso*
» *que sea este esfuerzo. Violentados por la ne-*

» *cesidad, sepamos al fin domar nuestro* » *corazon.* » (1)

Ningun literato ignora la diferencia que hay entre la bondad de caracter moral, y la de caracter poetico. Todos saben, que un hombre moralmente malo puede occupar el primer lugar y ser el héroe de un poema épico; y que al contrario, el hombre mas de bien, el mas morigerado, un justo mismo puede hallarse muy incapaz é indigno de ser elevado á semejante puesto: pero todos sienten tambien, que el caracter natural, mas efectivo é interesante en dichos poemas, como en los trágicos, es, segun previene el gran maestro Aristoteles, (2) » *aquel, que ni es absolutamente bueno* » *ni absolutamente malo; es decir, el medio ó* » *mixto de notables faltas y de mas brillantes* » *virtudes* » *Tal es de ordinario, aun en los héroes, la naturaleza humana, de que debe ser la escena poetica un espejo de aumento, ó un quadro pintoresco relevado, aunque nunca degenerado del natural. Esta inevitable mezcla de bueno y de malo en los héroes épicos y trá-*

(1) Iliad. Cant. 18 Trad. de Bitaubé

(2) Poetic. Cap. 21 Trad. de Batéux

gicos, equilibra, templa y entretiene en el corazon de los espectadores y lectores, con una dulce emocion, los afectos de terror, de lastima, de gozo, de desprecio, y de admiracion, que alternativamente excitan en el, respecto de dichos héroes, sus buenos ó malos hechos, y sus venturosas ó funestas catástrofes.

¿ Y que se halla de bueno y virtuoso en Aquiles, durante los 18 primeros cantos de la Iliada? ¿ Acaso la arrogante soberbia, el obstinado rencor, la terca indocilidad, y la cruel fiereza de los tigres y leopardos? ¡ Que dixe! La conducta de Aquiles en dichos cantos, es mas desnaturalizada que la comun de las fieras. Suelen estas conmoverse generalmente al doloroso grito de los animales de su especie, y correr á su socorro: mas Aquiles está oiendo desde su tienda los lastimeros alaridos, y mirando desde la popa de su nave con barbara complacencia é inhumana sevicia los arroyos de sangre de sus Griegos, vertida por los Troyanos. Confesemos en obsequio de la verdad, que Aquiles meramente colérico en los expresados 18 cantos, hubiera sido el personage mas detestable é indigno de ser cantado en una Epopeya, si en los seis ultimos no so-

bresaliese al cabo su verdadero heroismo : si en ellos no se ostentase el leal amigo, el zeloso patriota, y el esforzado guerrero de un modo tan sublime, que arrebata la admiracion, borrando completamente, y haciendo olvidar toda la fealdad de su conducta anterior. Tal y tanto ha sido el genio y encantador artificio del poeta en dichos últimos cantos.

Por otra parte, parece que seria una falta grave en Homero, el preferir para accion principal de su poema la viciosa, oscura, é inactiva qualidad de colérico en Aquiles, á las virtuosas, brillantes, y eficaces, de LABORIOSO, ARDIENTE, Y ARROGANTE GUERRERO, *con que un maestro tan superior en poesia, y tan conocedor de los héroes de la Ilíada como Horacio* (1) *abre, promedia y cierra la descripcion del caracter de Aquiles, baxo el qual prescribe le pinte el poeta.*

Entiendo, pues, que debe interpretarse y suplirse la proposicion literal de Homero en

---

(1) Honoratum si forte reponis Aquilem,
Impiger, iracundus, inexorabilis, *acer*,
Jura neget sibi nata; *nihil non arroget armis*
Horat. Art. Poet.

el sentido, que resulta del espiritu del autor; deducido del contexto total de la fábula; y que quando dice « *¡* MUSA! CANTA LA CÓLERA DE AQUILES, HIJO DE PELÉO; AQUELLA CÓLERA INFLEXÏBLE, QUE CAUSÓ TANTAS DESGRACIAS A LOS GRIEGOS; *quiso decir, y debe leerse: ¡* MUSA! CANTA A AQUILES, HIJO DE PELÉO, VALEROSO DESTRUCTOR DE TROYA, CUYA CÓLERA INFLEXÏBLE CAUSÓ etc.

Este modo de comentar y suplir la proposicion de Homero en la Iliada, sobre ser el mas conveniente al titulo del poema, ILIADA, *esto es, canto de Troya, concilia, si mucho no me engaño, en obsequio del poeta la doble y preciosa ventaja de atribuirle un asunto principal mas digno de la Epopeya, y de evitar al mismo tiempo las graves dudas, muy juiciosamente suscitadas por algunos críticos, acerca de la unidad de accion de su fábula; pues en tal caso, asi la viciosa é inactiva cólera de Aquiles en los* 19 *cantos primeros, como su eficaz y virtuoso valor en los restantes, obran é influyen con un maravilloso enlace y artificio épico sobre la accion principal, que yo supongo no ser otra, que el sitio de Troya en venganza del robo de Heléna: la primera, ocasionando*

ocasionando *los reveses y peligros del exército* griego, *que forman el dificil nudo; y el* segundo, *causando la ruina de Troya y de su familia real, que constituye el glorioso desenlace de dicha accion.*

Parece que un literato distinguido y reputado por uno de los mejores intérpretes de Homero, favorece decididamente, aunque tal vez sin advertirlo, este mi modo de pensar, quando dice ; (1) » *Homero, en la Odi-* » *séa, es el cantor de la prudencia, y en* » *la Iliada, el del valor y la amistad* » *virtudes nobles y dignas del Héroe, que se hallan miserablemente sufocadas y estériles en los* 18 *cantos primeros, y que solo reviven, se despliegan, y brillan en los seis últimos.*

El sostener, al contrario, que la sola cólera de Aquiles constituye el asunto principal que canta Homero en la Iliada, tiene, en sentir de los graves críticos que he indicado, el enorme inconveniente de resultar de ello dos acciones principales en su fábula; lá primera, principiada en el primer canto con las desavenencias entre Agamenon y Aquiles,

(1) Bitaubé. Observaciones sobre la Odiséa. Tom. 1°.

y terminada en el 19°. con su reciproca reconciliacion; y la segunda, comenzada en este con las hazañas del valor de Aquiles despues de la muerte de Patroclo, y concluida en el 24°. con la destruccion de Troya y de sus Príncipes: defecto harto grave, y que no creo pueda salvarse tan sólidamente por otro algun medio, que el que acabo de exponer.

No me desentenderé de los especiosos y sutiles efugios, meditados por algunos literatos comprometidos en mantener en la cólera de Aquiles la qualidad y unidad de accion principal de la Iliada. Recordaré, què los unos dicen, que los cinco ó seis cantos últimos no contienen una nueva accion, sino solo un apéndice natural y muy oportuno de la ya terminada en el 19°. con la reconciliacion de Agamenon y Aquiles, para mayor prueba de la solidez y sinceridad de esta misma reconciliacion, y en obsequio del genio marcial del héroe, que quedaria siempre desairado sin pelear y vencer.

Pero ademas de otras obvias y arduas objeciones, que padece este efugio. ¿Que discernimiento y gusto poetico podria tolerar por

apéndice de una accion principal, ya clara y perfectamente terminada en 19 *cantos, otros cinco mas, solo en prueba de que estaba en efecto bien terminada? ¿ Como podria dexar de ser la mas inepta y extravagante una accion, que en el largo espacio de* 19 *cantos, necesariamente comprensivos de toda su esencial importancia, no dexase ya representado al héroe en todo su decoro y característico esplendor y gloria? Quan mal conducido y preparado debria ser su desenlace, para necesitar cinco cantos en prueba de su solidez y perfeccion?*

Con mas sutileza discurren otros, que asi el ocioso odio de Aquiles en los 19 *primeros cantos, como su activa venganza en los cinco últimos, no forman acciones distintas, sino partes de una misma, esto es, de la misma cólera de Aquiles, dirigida en los expresados* 19 *primeros cantos contra Agamenon, por los ultrajes que le habia hecho, y en los otros cinco, contra Héctor, por la muerte de su gran amigo Patroclo: pensamiento, apoyado al parecer en el del célebre Boileau quando dice.*

Con un arte ingeniosa manejada

La cólera de Aquiles solamente
La Ilíada llenó copiosamente (1).
Boileau. Art. Poet.

Mas, aun quando prescindiésemos de lo dicho al principio, sobre lo poco á proposito que parece para accion principal de una Epopeya una pasion tan poltrona y viciosa como la cólera de Aquiles, en los repetidos 18 primeros cantos, ¿Que sano juicio lógico, crítico, moral ni poetico podrá admitir, que dos afectos tan dobles, distintos y separados como aquel ocioso odio de Aquiles contra Agamenon, en los 18 primeros cantos, y aquella activa venganza del mismo contra Héctor en los otros seis restantes; dos afectos, que nacen en tan diferentes tiempos, de tan dobles, distintas y aun contrarias causas, y que producen tan dobles, diversos y aún contrarios resultados; como que el primero, nace al principio de la fábula de los ultrajes de Agamenon, y ocasiona los triunfos de los Troyanos tan funestos al Exército griego; y el segundo, nace

(1) Le seul courroux d'Achille, avec art menagé,
Remplit abondamment une Iliade entière.
Art. Poet.

cerca del fin de la misma accion de la muerte dada á Patroclo, y produce la destruccion de Troya y de su familia real, tan gloriosa á los griegos, constituyan un simple y único todo, y formen una simple y única accion, esto es, la cólera de Aquiles, de la qual, lejos de ser ni poder ser partes, no son, ni pueden ser mas que efectos el odio y venganza de Aquiles contra Agamenon y Héctor.

Si esto pudiese admitirse, tambien seria forzoso admitir el monstruoso absurdo poetico, de que una Epopeya compuesta de todas las hazañas y conquistas de Alexandro, Cesar ó Mahoma, por exemplo, no pecase contra la unidad de accion, siempre que el poeta propusiese cantar por tal en ella la ambicion de qualquiera de aquellos guerreros; en cuyo caso por desunidas, complicadas, diversas, y aun contrarias que fuesen sus proézas y conquistas, todas nacerian y dependerian de la supuesta accion principal, esto es, de la ambicion del héroe. No se concibe como unos literatos, tan respetables por otra parte, hayan podido abrazar efugios tan destituidos de principios, y tan fecundos en consequencias absurdas y ridículas.

No es imposible, que un poema de tal plan, escrito con un diestro y delicado artificio, lograse el sostener y aun ir aumentando progresivamente el embeleso del lector desde el principio hasta el fin, y que de este modo conservase aquella unidad de interes, de que habla el ingenioso y estrafalario M. Lamote; pero no la de accion épica, de que tratamos aquí. Sería tal vez un bello romance histórico ó una agradable historia en verso; mas nunca una Epopeya, título ilustre, que el gran maestro Aristoteles rehusó á la Hercleyda y la Teseyda, poemas históricos de las vidas de Hércules y de Teséo.

Ni de que M. Despreaux diga, que la cólera de Aquiles llena con abundancia toda la Iliada, pueden inferir necesariamente los que sostienen ser esta cólera la principal accion de la Iliada, que M. Boileau pensó lo mismo; porque ni M. Boileau, ni otro alguno de los de dicha opinion, podrá negar, que aun llenan mas la Iliada los combates, sinque por eso se juzguen forzados á confesar, que los combates de la Iliada sean su accion principal.

Sobre todo, la cólera de Aquiles activa y dichosa en los cinco cantos últimos, no es ni

puede ser parte de la cólera, que al parecer ofrece cantar Homero en su proposicion, y que en sentir comun, es la accion principal de su poema: porque la cólera que ofrece cantar Homero, es aquella cólera, que causó tantas desgracias á los Griegos; *y la cólera de Aquiles, desplegada en dichos cinco últimos cantos, lejos de causar las desgracias de los Griegos, labró al contrario su inmortal gloria sobre las ruinas de Ilion.*

Parece, pues, que Homero no cumplió en los primeros 18 cantos de la Iliada lo que habia ofrecido en su proposicion, bien interpretada y suplida: pues no cantó en ellos á Aquiles valeroso destructor de Troya, *sino solo á* Aquiles colérico. *¿Y que cargo importante podrá deducirse de aqui contra el padre de la Epopeya, quando en los seis cantos restantes acabó de cumplirlo todo del modo mas maravilloso? En qualquiera parte de una Epopeya, en que el poeta haga, que la pasion ó virtud del héroe que se ha propuesto, influya de un modo prodigioso, eminente y decisivo sobre el dificil nudo y el natural y glorioso desenlace de la accion, por mas que en lo restante de la fábula obren y brillen mas extensivamente otros*

personages, siempre aquel será el héroe principal, que excite el primer interes, y capte la mayor atencion en el poema, y estos quedarán siempre actores subalternos ó secundarios de él.

Pero ni aun extensivamente se hallará personage alguno en la Iliada, que obre y sobresalga mas que Aquiles en su accion, siempre que se entienda por esta, como yo entiendo, el sitio de Troya, y por sus partes esenciales é integrantes, el dificil nudo, compuesto de los desgraciados reveses del exército griego en todos los 18 *primeros cantos, y el feliz desenlace resultante de la gloriosa destruccion de Troya en los seis últimos; porque ningun otro influye mas continua y eminentemente que Aquiles en aquellos desgraciados reveses con su ociosa cólera por todos los referidos* 18 *cantos primeros, ni en esta gloriosa destruccion con su activo valor en todos los seis últimos restantes.*

Ahora bien. Todos los capítulos, ó hechos en que funda M. Laharpe su primer cargo contra la HENRIADA, *y cuya falsedad demostré ya antes de ahora, se hallan en efecto, como acabo de observar, en la Iliada. ¿ Por*

que no habria, pues, M. Laharpe hecho á Homero y á su Poema el mismo cargo que hizo á Voltaire y al suyo? ¿Porque no estableció, que el plan de aquel éra igualmente que el de este, defectuoso en la unidad de Héroe, de objeto, ó de accion?

Mas, ¿como M. Laharpe ni otro alguno podria atreverse á hacer semejantes cargos al poeta, cuyo genio fué el supremo autor conocido, y á un poema, cuya economia vino á ser el código de las leyes épicas? En todo caso estoy bien persuadido de que M. Voltaire, conforme á la máxima de Quintiliano (1), miraria siempre como mas glorioso errar con Homero práctico legislador de la Epopeya, que acertar con M. Laharpe, juez teorico, y no pocas veces, segun hemos visto, sobradamente arbitrario de ella.

Concluyamos de todo lo dicho, que los hechos en que M. Laharpe funda su primer cargo contra la HENRIADA, *son notoriamente falsos; que el cargo es por consiguiente, notoriamente injusto, y que aun quando los hechos fuesen*

(1) Et vel error honestus est magnos duces sequentibus.
Quintil. De Instit. Lib. 1°. Cap. 6.

constantes, dicho cargo seria siempre nulo en si mismo, como destituido de esencial fundamento en las leyes épicas.

¿ Será acaso mas justo el segundo, relativo á los amores de Henrique con la bella Gabriela? ¿ Será este episodio tan fuera de propósito é independiente de la accion principal, que pueda, *como dice M. Laharpe*[1], extraerse del poema, sin tocar á su fábula?

Parece increible, que este literato hubiese avanzado tan ligera é infundada decision, con el mas pleno y pesado conocimiento de causa, quando una simple ojeada sobre el poema pudiera ser bastante para percibir, que es en él tan íntimo y necesario el enlace, tan clara y manifiesta la relacion de dicho episodio con la accion principal, y tan discretamente oportuno y épico el artificio, con que desde el primer canto supo prepararle el poeta, que sin él, yá no podria verificarse el término ó desenlace de la expresada accion. Para demostrar esta verdad, bastará citar el siguiente pasage de la alocucion del Anciano de Jersey á Henrique en dicho primer canto.

Mas no ignoreis tambien, sabed, que en tanto
Que á vuestro ciego espíritu propicia

La verdad, de su luz que le ilumine
Algun rayo benéfico no envia,
De Paris por las puertas serà en valde
Que presumais entrar. Tened bien fixa
La atencion, sobre todo, en preservaros
De la comun flaqueza, en que se abisman
Aun las mas grandes almas. Atractivos
Hechizeros huid, huid insidias
Del mas dulce veneno. Precaveos,
Y de vuestras pasiones enemigas
Habed tan solo miedo, GRAN HENRIQUE;
Sabed al ocio blando y las delicias
Resistir con vigor, y al amor mismo
Combatir y vencer. Allá algun dia
Quando de tal valor, de virtud tanta,
Por una fuerza heroyca y divina,
Gloriosa y felizmente ya llegareis
A triunfar de vos mismo y de la Liga;
Quando en un sitio horrible, cuya fama
La mas remota edad oiga afligida,
Todo un inmenso pueblo, confundido
Por vuestros beneficios solo exîsta,
De vuestro Estado, entonces, las desgracias,
Las funestas miserias, que lo atristan,
Acabadas veréis. De vuestros padres
Al Dios, entonces, vuestra fe rendida
Los ojos alzará, y verá entonces,
Quan bien, quan dignamente en el confia
Un sano corazon. Partid, HENRIQUE.
A Dios. Y no dudeis, que él os asista.

El constante Varòn que le asemeja
De su apoyo seguro, es justo viva.

Este Anciano hablaba iluminado. Su anuncio era infalible. Henrique, por consiguiente, no entraria en Paris; ni pondria fin á la desastrosa guerra civil, hasta ser ilustrado por la gracia. Esta gracia no descenderia del cielo sobre él, hasta dar, entre otras pruebas de heroyca virtud, la de combatir y vencer al amor. Era pues ya absolutamente necesario al desenlace de la accion, un episodio amoroso, en que se verificase esta prueba; y siendo necesario ¿ que otro mas oportuno qne el de Gabriela, que como de un fondo histórico tan conocido y curioso, no podia dexar de atraer sensiblemente el mayor interes, y arrebatar, del modo mas dulce y agradable, la atencion del lector ?

Aun sin tan terminante prueba del necesario enlace del episodio de Estrée con la accion de la HENRIADA, *bastaria, para que M. Laharpe no le qualificase de aislado en la fábula*, como principiado, *dice*, *y* concluido en el canto 9°. *el observar anunciada ya al fin del* 8°. *su próxima causa, quando desesperada la Discordia de vencer á Henrique por*

medio de la fuerza, y maquinando rendirle por el de la mas poderosa é irresistible de las pasiones, con este objeto,

En busca del Amor rápida vuela,

y el ver indicados en el principio del canto 10°. *los funestos efectos del débil y obscuro ocio en que yacia Henrique cerca de Gabriela, quando dice el poeta —*

Tan peligrosas horas, prodigadas
En la afeminacion y la pereza,
Su flaca situacion á los vencidos
Hicieran olvidar. Ya el de Mayena
Preparçdose habia, á punto estaba
De otra lid arrostrar otras empresas,
Y de esperanzas nuevas embriagado,
Era el pueblo infeliz víctima de ellas.

No negaré, sinembargo, que la relacion y enlace de dicho espisodio con la accion principal, aunque no de ménos esencial intension y fuerza, segun he probado, no son con todo de tanta extension y trama como los de Dido en la Eneyda, y de Armida en la Jerusalen libertada: pero sobre que lo primero es lo bastante para considerar al de Estrée, en la HENRIADA, *descargado de la ley épica de las relaciones y dependencias recíprocas entre la ac-*

cion principal y las subalternas de los episodios; es por otra parte, muy naturalmente obvio y justo el advertir, que Virgilio y el Taso tuvieron sin duda tanta facilidad, como Voltaire imposibilidad para lo segundo.

Los dos primeros genios han elegido para sus poemas asuntos de una antiguedad remota, fabulosa y obscura, que los dexaba por tanto dueños y árbitros de inventar, quantos hechos importantes necesitasen, para hacer con la debida verisimilitud mas complicados, estensivos, é interesantes los enlaces de los episodios con sus acciones: pero el tercero, fundó su fábula en un argumento de época mas moderna, é incomparablemente menos supersticiosa y obscura; al qual, por lo mismo, como tan conocido especialmente de sus Franceses, no podia añadir al mismo fin, hechos de grave consideracion, sin sublevar contra sí el sano juicio y el buen gusto, que en nada halla nunca el hombre sensato, quando la invencion choca abiertamente, en lo sustancial, con la verisimilitud ó la verdad poetica.

Tal es la rica ventaja de los poetas, que componen sobre materias de lejanas y tenebrosas edades. Tal el estrecho conflicto de los que

las eligen de otras recientes y harto notorias, y tal, finalmente, la moderada consideracion con que, así M. Laharpe como los demas detractores de la HENRIADA *ó de su Autor, debrian mirar siempre alguna escasez en lo grandioso del plan, en lo maravilloso de la máquina, y en el enlace de la accion y episodios de este poema.*

Pero ¿ que precepto divino ni humano, (dirá algun crítico chocarrero) obligaba á M. Voltaire á escribir una Epopeya, ó en el caso de decidirse á ello por gusto ó qualquier otro designio, de elegir un argumento tan notorio y moderno? Todo esto es verdad: pero qualquiera que fuese la falta de una entera perfeccion en el plan de su fábula ¿ no la compensaria con harto exceso la multitud de bellezas de estilo y de detalle, de que el autor adorna y enriquece la mas importante accion de la vida de un Rey, cuyo glorioso nombre, dulce memoria, y benéfica conducta adora la Francia, admira la Europa, y puede servir de modelo á todos los Príncipes de la tierra? Mas baste ya de observacion sobre el original de la HENRIADA. *Pasemos á su traduccion, y los motivos que me han animado á emprenderla y publicarla.*

Siendo indisputablemente la lengua castellana por la copiosa riqueza, rotunda plenitud, grandiosa estructura, y grave armonia de sus voces, frases y periodos, la mas apta, quizá, de las vivas para el tono épico, he creido, que logrado algun suceso en la fiel version de las ideas y sentimientos del autor de la HENRIADA, *perdiendo esta poco ó quizá nada por este lado, y ganando tal vez algo por el de la locucion poetica francesa, que no es mucho ganar, familiarizaria con alguna respectiva mejora, y haria generalísimamente conocido en mi amada patria, por medio de la traduccion, uno de los excelentes exemplares, que en pos de la* Jerusalen *del Taso, y del* Paraiso *de Milton recientemente traducido y publicado, debe concurir con los Clásicos Griego y Latino siempre al frente, á formar y guiar nuestra juventud estudiosa hasta la sublime cumbre de una verdadera Epopeya, de que carecemos, y á que debe aspirar nuestra Literatura patria, para nivelarse, ó quizá avanzarse en este altísimo genero á las demas naciones que las poseen propias, puesto que en genio, imaginacion, lengua y aun argumentos heroi-*

cos

cos nacionales, propios para haber de arrostrar tamaña empresa, no ceden notoriamente los Españoles á ningun otro pueblo del Orbe. Y he aqui el primer motivo patriotico, que he tenido para dar á luz este mi trabajo.

Emprendila en verso, pudiendo con incomparablemente menor dificultad darlo en prosa, por considerarme en el caso de no poder hacerlo de otra manera. No es mi animo agitar aquí la antigua y talvez interminable controversia, sobre la utilidad y merito respectivo de las traducciones versificadas ó prosáicas de los poetas. Si yo hubiese de decidir esta qüestion, entiendo que lo lograria facilmente con solo fixar bien sus terminos, cuya frequente equivocacion ha sido y será la turbia fuente de tantas, y tan inutiles y perjudiciales disputas entre los hombres. Se hallaria entonces, que la indicada no es mas que de mero nombre. Los partidarios de las traducciones de poetas en prosa llaman sin duda traduccion, á la construccion ó explicacion exácta en otro idioma de las palabras de un poema, manifestando con precisa puntualidad su significado, y las ideas y sentimientos que les corresponden, que hablan al espiritu y corazon, y que bastan á instruirlos y formar-

los, conservando, á lo mas, alguna semejanza de la locucion y estilo caracteristico del Autor: lo què á la verdad no es dar traducido rigorosamente el poeta, sino el orador ó disertador, faltando en tal caso el adorno y encanto de la armonia del metro, y la rima ó la asonancia que hablan al oido, y atraen, deleitan y sostienen con tanta utilidad el mismo corazon y espíritu. Los de las traducciones en verso, llaman, como creo que deben, verdaderamente traduccion de un poeta, la traslacion completa de su poema á otra lengua, no solo con el significado y expresion de sus palabras, ideas y sentimientos, y aun con su caracter de estilo y lenguage, sino tambien con las gracias, belleza y armonia de la versificacion, en quanto sea dable y conforme al genio de la lengua á que se traduce; para lo qual, es tan indispensablemente preferible y necesario el verso, como lo es la prosa para lo primero.

Pero mi empeño de versificar la traduccion de la HENRIADA, *es independiente de este problema. Apesar de quanto se alegue en contra, y de una opinion tan respetable en poesia, aunque no sé si generalmente bien en-*

tendida hasta ahora, como la de Aristoteles, yo no tengo ni tendré jamas por poema, el que no este formado en verso. Contemplo con mi Autor (1) *esencial este lenguage á dicho poema; y nunca reconoceré por tanto, como tales, las inmortales fabulas del Quixote y el Telémaco, aunque tan dignas de aspirar á la corona de épicos, si las Musas se dignasen dispensarla alguna vez á los genios prosadores. Palmas y laureles de otra especie, harto sagrados é inmarcesibles, tiene Minerva, para ceñir dignamente las sienes de los incomparables Cervantes y Fenelones. Siendo pues el primer objeto de mi traduccion, ofrecer á la juventud española en su lengua uno de los modelos del poema épico, creí, que dandole el de la* HENRIADA, *debia sin duda darselo, como se lo doy en verso endecasilabo asonantado, que con muchos graves literatos reconozco por el mas natural y apro-*

---

(1) Poema épico, en si mismo, es una relacion en verso de aventuras heroicas.

Voltaire Ens°. Sobre la Poes. Epica.

posito para varias composiciones, y con especialidad para la epopeya y la tragedia.

Respetaré, pero no me sojuzgará la autoridad de aquellos, que aun miren la Octava como la composicion mas propia y digna del tono épico. Los padres de la epopeya griega y romana no conocieron ni la octava, ni la rima, ni la asonancia, y las formaron en verso suelto. Fuese norabuena á este fin incomparablemente mas feliz la prosodia de sus sabias lenguas muertas que la de las vivas; mas sinembargo uno de los mas celebrados poemas épicos que conocen estas, el Parayso perdido *de Milton, está escrito en dicho verso suelto ó blanco; sinque haga parte de algunas críticas harto duras de dicho poéma, el haberse formado en esta especie de verso.*

La Epopeya debe ser en gran parte dramática. Sus personages deben obrar y hablar mucho, y el poeta poco. Es cierto que en este Poema, á diferencia del trágico, los actores obran por medio de la narracion del poeta ¡Quan sabio empero y digno de alabanza seria el artificio de aquel, que para esconderse mas, en vez de narrar siempre ó mas frequentemente él mismo, hiciese tambien narrar en

gran parte reciprocamente sus hechos, y aun describir muchas veces las situaciones á los propios actores! Esto supuesto, si apesar del singular gusto y uso del teatro frances y de sus incomparables trágicos los Corneilles, Racines y Voltaires, se ha juzgado ya comunmente como impropia de la tragedia la composicion rimada, por la razon de que su complicado artificio y adorno no se acuerdan bien ni corresponden al simple y natural, aunque fuerte lenguage de la pasion, con que deben hablar los actores ¿ porque no se pensará lo mismo de la Epopeya *? ¿ Se querrá acaso, para conciliarlo todo; hacer, como algunos, hablar á los personages en una clase de verso y al poeta en otro? Semejante ensalada poetica podrá ser exquisita y del gusto de muchos; pero jamas lo será del mio. Muy al contrario, creo que á esta versificacion arlequina, ó mas bien monstruosa de un mismo poema podria con oportunidad aplicarse el,* et varias inducere plumas *del célebre Horacio* (1).

Asi someto mi traduccion á la natural indulgencia de los sabios profesores de litera-

---

(1) In principio Lib. de art. poet. ad Pisones.

tura, que venero altamente, dirigiendola tambien con la mayor voluntad á los ingenios aficionados de buena fé, que miro con consideracion; pero de ningun modo, al vano é intolerante orgullo de los semidoctos, que solo me dan lástima. Esta casta de sátiros ó centauros literarios, la mas quisquillosa sin duda y descontentadiza del mundo, afectará siempre un melindroso asquillo hácia toda traduccion de poetas: no se dignará fixar sus fieras miradas, ni recrearse sino exclusivamente sobre bellezas poeticas originales, y aun torceria el hocico al ver que todo un Ciceron (1), *tan sabio conocedor acaso del griego como de su latin, se ocupaba y hacia con gusto uso de una, no mas que mediana traduccion de Eurípides.*

Siendo el héroe principal de este poema, y aun algunos de los subalternos, unos Personages, cuyo nombre y memoria hicieron y harán el honor y las delicias de la Francia, de esta Nacion sensible y civilizada, donde asi yo como todos mis respetables compañeros de desgracia, hemos experimentado, á pesar de

---

(1) Quœst. Tuscul. Lib. 3. Cap. 26. ed. Estef. Paris.

las críticas y peligrosas situaciones de nuestra peregrinacion y refugio, las mas sínceras y favorables demostraciones de asilo y de hospitalidad, me propuse dar de luego á luego á luz, del mejor modo que me permitia la capacidad de mis talentos, una pública prueba de nuestra gratitud y reconocimiento no menos á su buena acogida, que á la de su restablecido Real Gobierno, vulgarizando y exponiendo á la comun admiracion y respeto de nuestra Patria, una de las mas notables y ruidosas épocas de su Historia y Dinastía Regia, embellecida con los encantos poeticos, los rasgos filosoficos, y las gracias de ingenio de uno de sus mas grandes literatos.

A este segundo motivo se agregó despues por incidencia otro, que no influyó menos imperiosamente en la resolucion de publicar este mi ocio literario.

El actual Rey de España, D. Fernando VII (Q. D. G.) acaba de ser (1) *restituido por medio de los mas prodigiosos y no esperados*

---

(1) Se escribia este prólogo quando SS. MM. Cathólica y Christianisima Fernando VII y Luis XVIII acababan de ser restablecidos en sus respectivos tronos.

acontecimientos, á uno de los primeros tronos del mundo y de la augusta Dinastía de los Borbones sus altos Progenitores, entre los quales, ninguno puede renovarse á su memoria con mas oportunidad y analogía de circunstancias, como modelo de conducta para con sus pueblos, que el héroe de la HENRIADA, *HEnrique IV, Rey de Francia y de Navarra, su sexto abuelo.*

El jóven trabajado Monarca Fernando, debria recordarse facilmente á sí mismo en el fiel retrato, que hace este poema, (acorde en lo sustancial con la historia y la tradicion) del combinado caracter de clemencia y justicia de este su heroico causante, que su real animo se elevó siempre sobre todos los ignobles y rastreros afectos del resentimiento y la venganza personal; que los trabajos, ultrages y persecuciones, que cara á cara le hicieron sufrir por largo tiempo sus rebeldes vasallos, de cuya vista jamas se habia apartado, lejos de borrar, grabaron mas profundamente en su magnánimo corazon el dulce titulo de Padre con que les miró y trató siempre: que la sincera benevolencia y la generosidad verdaderamente real, con que remontado al trono,

tubo á bien correr un espeso velo por todo lo pasado y acoger á su gracia, no solo *aquella parte de buenos patriotas*, *á quienes un desgraciado modo de discurir y calcular*, *tenido un tiempo por harto prudente y honrado entre inumerables hombres sabios*, *cuerdos y fuertes*, ó *una irresistible fuerza de circunstancias había*, *en tan tempestuosa época*, *arrastrado y dividido de su causa*, *sino tambien la de los mas odiosos enemigos de su persona y àbiertos conspiradores* (1) *contra su hereditario trono*, *fueron los mas finos y acertados golpes*

---

(1) En quels termes faudroit-il parler de sa bonnaireté, et de sa clémence pour en parler dignement? On peut dire qu'il étoit tout cœur, et qu'il n'avoit point de fiel. De tant de conspirateurs, qui ont voulu bouleverser son Royaume, on remarque qu'il n'en a châtié aucuns, que le Maréchal de Biron, auquel, avant que de le livrer à la justice, il offrit par trois fois la grâce, en cas qu'il voulut lui avouer son crime.

On lui dit un jour d'un certain capitaine qui avoit été de la ligue, et fort brave, qu'encore qu'il eut obtenu de lui son pardon et quelques bienfaits, il ne l'aimoit pourtant point. *Je lui veux*, dit-il, *faire tant de bien que je le forcerai de m'aimer malgré lui*. C'est ainsi que ce Grand Prince gagnoit les plus revoltés; et il avoit coutume de dire à ceux qui s'en étonnoient; *qu'on pre-*

de política, con que logró convertirles en sus mas leales é importantes servidores; con que fixó y consolidó su poder y su solio; con que

---

noit plus de mouches avec une cuillerée de miel, qu'avec vingt tonneaux de vinaigre.

Perefixe, Evêque de Rhodès, Hist. du Roi HENRI-LE-GRAND. Pag. 346 et 352, à la fin du recueil, édit. de Lyon en 1812.

¿En que terminos seria necesario explicarse para hablar dignamente de su benignidad y clemencia? Puede decirse que su corazon no tenia hiel alguna. De tantos conspiradores, como quisieron trastornar su Reyno, se nota que á ninguno ha castigado sino al Mariscal de Biron, á quien antes de entregarle á la justicia, ofreció por tres veces el perdon, con tal que quisiese confesarle su crimen.

Diciendole un dia, que cierto Capitan muy bravo, que habia sido de la Liga, sinembargo de haber recibido dél no solo el perdon, sino algunos beneficios, ni por eso le amaba. *Yo quiero* respondió, *hacerle tanto bien que le fuerze á amarme á su pesar*. Así ganaba este Gran Príncipe á los mas rebeldes; y acostumbraba decir á los que se admiraban de ello: *Mas moscas se cogen con una cucharada de miel que con veinte toneles de vinagre.*

Perefixe Obispo de Rodes. Histor. del Rey Henr. el Grande, coleccion al fin pag. 346. y 352. Edicion de Leon en 1812.

se arrebató el amor y la admiracion general de los buenos y de los malos; y con que finalmente, se ha labrado en mucha parte el renombre de Grande, que le tributáron los pueblos, y baxo el qual continuarán bendiciendole las futuras generaciones.

¡ Quan digno nieto y sucesor suyo te demuestras, ó Tú sabio, prudente, y experimentado Luis XVIII! *Bendíga el cielo tus años, tus votos y tu augusta Familia. Adorente, y rodéente sumisos y obedientes tu redimido trono todos los dichosos Franceses, á quienes te restituyó al fin el Dios de los exércitos, Arbitro de los Imperios. Rindante perpetuos homenages de amor, gratitud y respeto los refugiados Españoles, sobre los quales te dignaste tender siempre generosas miradas de honor, proteccion y socorro: y sepan, al fin, imitarte siempre los ilustres y soberanos Príncipes de tu Real Raza.*

Todas las clases del Pueblo Español podrán al mismo tiempo ver de bulto en este poema traducido, para perpetuo aunque harto tardío escarmiento suyo, los horrores, desastres y calamidades á que conduce ciega y bárbaramente, por un lado, el espiritu de faccion y partido,

por otro el de anarquía, despotismo y goticismo, y por todos, el de fanatismo y supersticion. Vendrán á sentir, que jamas el Príncipe y su Pueblo pueden llamarse sólida y recíprocamente felices, sino quando aquel sea respetado de este, como el padre comun de todos sus individuos, y estos mirados de aquel, como su comun familia, reconciliada y abrigada toda á la sombra de su solio como en el reynado del Gran Henrique IV. No permita el Cielo, que por falta de este oportuno presentimiento llegue talvez, por último, á probar en sí misma nuestra pobre España, quan invariablemente cierto salió, y saldrá en todas las Edades y regiones del mundo, aquel sagrado y terrible anuncio, El Reyno dividido se desolará.

Si una inconcevible fatalidad, ó una deplorable desorganizacion en la moral y política de estos últimos borrascosos tiempos fustrase en mi amada patria estas sencillas advertencias; y leales designios de un buen hijo, ¿que fatalidad, desorganizacion, ni poder humano habrá sobre la tierra capaz de fustrarme el suave consuelo, con que la aplicacion á este ensayo poetico dulcificó ya mis

amargas penas, y en las apacibles aunque extrañas riberas del Garona, me distraxo, como allá á Ovidio en el Ponto, de mil profundas y tristes meditaciones sobre la dura suerte de mi violento destierro?

A los motivos ya indicados de la publicacion de este trabajo, añadiré ingenuamente el de mi propio interes. Esta confesion no es ciertamente comun. Raro escritor se hallará, que en su prólogo ó introduccion no ostente, por una parte su puro y desinteresado zelo del bien público, y no llore por otra los conflictos de su insuficiencia. Esto generalmente es una solemne mentira, una despreciable hipocresía. Los Escritores, como todo hombre, tienen amor propio. Creen que sus producciones son de merito; y proceden precisamente á su publicacion por algun interes, por este universal resorte del corazon en todas las acciones humanas, que á este respecto no se distinguen entre sí, sino en ser las unas dirigidas por un sórdido ó criminal interes, y las otras por alguno noble é inocente. Tal pienso es aqui el mio. He creido que mi traduccion era buena, y por consiguiente, esperé que su publicacion me reportaria algun honor litera-

rio, y aun quizá algun corto provecho, tan oportuno y precioso en mi actual situacion.

En la primera parte del consiguiente no he podido engañarme. Las pretensiones de los que adjudican un merito exclusivo á las producciones originales son exôrbitantemente injustas y aun ridículas. » *Es necesario (dice el » mismo crítico, á quien poco ha impugné)* (1) » *desechar muy lejos esas envidiosas y frívolas » distinciones, que no dispensan los honores de » genio sino á la invencion; como sino estu» viese demostrado, que una buena traduc» cion en verso es en algun modo una se» gunda creacion; como si en tal caso, el se« gundo lugar despues de un hombre como Ho» mero ó Virgilio no fuese un lugar emi» nente; y como si en fin, pudiese dársenos en » verso el genio de un gran escritor, sin te» nerlo tambien el mismo que lo da.* » *Y en otro lugar* (2) » *La obra que hizo la fortuna » de Pope y de la qual se ha mostrado mas » satisfecha la Inglaterra, fue su traduccion*

---

(1) Laharpe. Curs. de Literat. Tom. 1 Lib. 1 P. 1. Cap. 1. Pag. 181.

(2) Laharpe. Lice. Tom. 14. Cap. 5.

» *de Homero, que pasa por la mas bella que*
» *se ha hecho en verso en las lenguas moder-*
» *nas. Un hombre como Pope no se ha desde-*
» *ñado de ser traductor; porque sabia que es*
» *necesario tener genio para traducir un ge-*
» *nio; y hemos visto autores jóvenes que*
» *creian abatirse traduciendo. Tal es en nues-*
» *tros dias el delirio del amor propio poetico».*

Pero en el antecedente, pude con la mayor facilidad del mundo haberme alucinado. Puede muy bien ser, que mi traduccion, ademas de aquellas faltas que perdonaria benignamente Horacio (1) en un largo trabajo de mas de siete mil versos, padezca otras muchas, que en vez de su lastimosa indignacion, como las de Homero, solo mereciesen su risa, como las de Cherilo; mas yo no le he creido así, que á creerlo, ó las corregiria pudiendo, ó no daria mi trabajo á luz. Será menester para creerlo, que se me convenza de ello.

No fuí tan necio, que me casase con mi parecer, y me dixese á mi mismo, como aquellos, de quienes allá se burla justamente él mismo

---

(1) Verum opere in longo fas est obrepere somnum.
Horat. Art. Poet.

Horacio, EGO MIRA POEMATA PANGO. *Consulté profesores y aficionados tan doctos y de buena oreja y gusto, como hombres de bien. Huí de aquellos amigos lisongeros, cubiertos con piel de Zorra, de que habla el mismo Horacio* (1), *y hallé por fortuna Quintilios que se dignasen oir mis versos, notar muchas de sus faltas, é inducirme á corregirlos ó refundirlos, empleando en ello la poco interrumpida tarea de mas de dos años. En esto he fundado principalmente la opinion de mi trabajo, y el acuerdo de darlo á la luz pública.*

Contemplo de luego á luego oportuno prevenir al lector, que yo no soy un traductor esclavo, sino libre y fiel, y no con aquella fidelidad, que allá reprueba el repetido Horacio (2)

---

(1) . . . . . . Si carmina condes,
Numquam te fallant animi sub vulpe latentes.
Quintilio si quid recitares, corrige sodes
Hoc ajebat, et hoc. Melius te posse negares,
Bis terque expertum fustra, delere jubebat,
Et male tornatos incudi reddere versus.
Horat. Art. Poet. — 440.

(1) Nec verbum verbo curabis reddere fidus
Interpres. . . . .
Horat. Art. Poet.

en

en las imitaciones; que todo buen juicio debe mirar como agena, é impracticable en una altiva traduccion poética; que solo es propia de una humilde version gramatical; y á la qual, finalmente, llama con gracia otro Crítico moderno tantas veces citado, la mayor perfidia, *quando á la servil sugecion á la letra, se sacrifica, como sucede y es quasi indispensable, el espíritu y genio del Poeta, la belleza del estilo, la elegancia de la diccion, y la armonia de la rima.*

« *Yo no reconozco con M. Laharpe otras » reglas en toda traduccion, que las de pre- » sentar el sentido del autor, y conservar su » caracter* ». (1) *A este fin, en obsequio de la índole de nuestra lengua, y de la claridad y la armonia, multiplico el número de versos, amplío, modifico, y contraigo periodos, suprimo, añado, ó cambio epitetos, y aun perifraseo en fin ideas y sentimientos. Gloríome de imitar en esta conducta, entre los mejores traductores extrangeros en verso, á los Henots, Delilles, Marmontels, Brebœufs, Racines, y Popes, y entre los mas modernos nacio-*

(1) Laharpe. Curs. de Literat. Tom. 1 pag. 172. edit. del año 7.°

nales á los Islas, Iriartes, Llagunos, Huertas, Marchenas, y Burgos; este último, en sus preciosos trabajos lastimosamente aun inéditos. Todos estos dignos traductores no incurririan ciertamente por ello, conmigo, la censura del rigido Horacio Frances, quien, en dos solos versos traducidos de la Eneyda aprueba muy demasiadamente con su exemplo todas estas libertades.

Arma virumque cano, Trojæ qui primus ab oris
Italiam, fato prófugus, Lavinaque venit
Littora. . . . .

Je chante les combats, et cet homme pieux
Qui des bords phrigiens conduit dans l'Ausonie,
Le premier aborda les champs de Lavinie.

Boileau. Art. Poet. Chant. 3.

Yo los combates canto, y hombre pio,
Que de los frigios bordes transportado
A la Ausonia, á los campos del Lavinio
El primero abordó. . . . .

El lector advertirá aqui obviamente, que M. Boileau dá en esta traduccion tres versos franceses por dos latinos: que sin embargo de presentarlos como un modelo de la sencillez, tan recomendada en la proposicion de la Epopeya, dobla y exâlta la voz hombre *con el epiteto*

de piadoso, *que no tienen los originales; que cambia la mas noble, y poetica de* varon, *en la comun de* hombre; *que suprime la frase*, fato prófugus, *de una misteriosa y grave importancia en la fábula; que vierte las palabras* Trojæ ab oris, *en las de*, los bordes frigios, *mucho menos precisas que aquellas, y aun algo vagas para excitar al golpe y fixar en el lector la interesante y grandiosa idea de ser el héroe que va á cantarse, alguno de los por ventura escapados de entre las fatales ruynas y espantoso incendio de la famosa Troya; y que en fin, por* littora, *traduce* campos, *que no solo no parece corresponder á la latina, sino que al mismo tiempo equivóca, y no presenta bien distinta la idea del viage naval, que fué la primera escena de la accion de la Eneyda, y que empieza en el embarco del héroe en Sicilia, y termina en su desembarco sobre las riberas de Italia. ¡Quan facil es censurar, y quan dificil imitar á un Boileau!*

Si yo hubiese hecho pública profesion de poeta, si yo fuese generalmente conocido por tal, miraria quizá como un pedantismo, y excusaria muy bien dar al lector menuda

cuenta de las licencias que me he tomado en mi versificacion: pero hallándome en caso contrario, siendo esta traduccion el primer trabajo que ofrezco al público en este genero baxo mi nombre, como el producto casual de una triste y extraordinaria aventura, y por consiguiente, la primera muestra que le doy de mi tal qual aptitud para hacer versos, juzgué oportuno hacerle conocer, que dichas licencias no han sido mero efecto del capricho ó de la ciega imitacion, sino de un sistema racional, y apoyado en las mas clásicas autoridades y exemplos.

No por lo dicho se crea, que principio ahora á ensayarme, ó como vulgarmente suele decirse, á desasnarme en materia de versificacion. Hice y traduxe en mi juventud varios versos, que no dexaron de apreciar los pocos inteligentes que los han visto. Algunas tragedias anónimas de mi traduccion se representaron (1) *con bastante aplauso en los teatros de Madrid mas há de treinta años, y aun*

---

(1) La *Ester*, en verso pareado, el *Britanico*, en verso suelto, y la *Hirza*, en verso asonantado.

alguna (1) *se imprimió allí. Aunque mi profesion y ocupaciones literarias eran muy diferentes, amé siempre un arte tan agradable y útil; saludé y aun frequenté muchos de sus mas insignes maestros, y no me son desconocidos sus preceptos, sus primores, y sus faltas. De otro modo, seria sin duda lo sumo de la demencia ó de la necedad el querer traducir un poema épico de Voltaire: empresa, á la qual, como no menos, y aun quizá en cierto modo, mas ardua que la de la versificacion original, puede muy bien aplicarse, en mucha parte, aquella prudentísima advertencia del juicioso crítico Boileau.*

„ Un poema excelente, en que con arte
„ Marcha, y en orden sigue cada parte,
„ No es de un mero capricho el resultado,
„ Eslo del tiempo solo y del cuidado.
„ Trabajo tan penoso y tan pulido
„ Nunca de un aprendiz ensayo ha sido (2)

(Boileau Art. Poet. Cant. 3 — 310.

---

(1) La *Hirza*, precedida de una carta crítica sobre la censura, que para representarse en los teatros, habia dado de esta pieza D. Ignacio Ayala Catedrático de Poética en los Reales Estudios de San Isidro de Madrid.

(2) Un poëme excellent, où tout marche et se suit,
N'est pas de ces travaux qu'un caprice produit:

Hago uso de algunas voces exóticas, aunque ya bastante aclimatadas en nuestro idioma, y adoptadas por muchos cultos nacionales así de palabra como por escrito, tales como las de intrigar, emocion, ect., *porque Aristóteles* (1) *gran maestro en poesia, nos enseña » que dicho barbarismo, usado con sobriedad » y discrecion, es uno de los mejores medios » de relevar la locucion poética sobre la vul- » gar, conviniendo especialmente á la Epo- » peya, en la qual, hace sobre todo su efecto ».*

Alguna otra vez me valgo tambien de palabras antiquadas, como las de fendiente, feridos, lidias, avezados, etc. *porque otro maestro tan clásico como Horacio* (2) *nos declara, que hai cierta especie de postlíminio en las voces de las lenguas, « caducando unas y re- » juveneciendo otras por la suprema ley, y á » discrecion del uso » y porque otro precep-*

Il veut du tems, des soins ; et ce pénible ouvrage
Jamais d'un écolier ne fut l'apprentissage.
Boileau. Art. Poet. Chant. 3 — 310

(1) Poetic. Cap. 21. Trad. de Batteux.

(2) Multa renascentur, que jam cecidére, cadentque
Quæ nunc sunt in honore, vocabula, si volet usus.
Art. Poet.

tor no menos grave, Quintiliano (1), *afirma*
» que el arcaysmo, quando se halla discreta-
» mente á trechos con economia y sin afec-
» tacion, es un majestuoso adorno y una agra-
» dable novedad, que tiene grandes patronos
» en la locucion » sin distinguir entre la poé-
tica y la oratoria.

Estas voces, frases, y modismos antiquados no pueden, á mi modo de pensar, tener destino mas oportuno, que en las Epopeyas, en las quales, por las épocas tambien antiquadas de sus argumentos, y por el mismo fondo de estos, ordinariamente en gran parte caballerescos y fazañeros, suele sentar muy bien, de quando en quando, el viejo lenguage de aquellos tiempos, que noto ademas frequentemente usado en otras composiciones modernas muy

---

(1) Verba á vetustate repetita, non solum magnos assertores habent, sed etiam afferunt orationi majestatem aliquam, non sine delectatione; nam et autoritatem antiquitatis habent, et quia intermisa sunt, gratiam novitati similem parant; sed opus est modo, ut nec crebra sint nec manifesta, quia nihil est odiosius affectatione.

De Instit. Lib. 1. Cap. 6.

diferentes de la Epopeya, por nuestro ilustre é inimitable Anacreonte Español y restaurador del buen gusto poético en España D. Juan Melendez, por nuestros menos malos ó únicos trágicos, los Moratines, Montianos, Cadalsos, Ayalas, y Huertas, y por nuestros ultimos y mas conocidos líricos, los Cienfuegos, Quintanas, Arriazas, Norhoñas etc.

Me seria ventajoso, sin duda, poder agregar á los expresados en la materia, el respetable voto y exemplo de nuestro moderno Moliér español, D. Leandro Moratin, que ni practica, ni teóricamente parece favorecer el uso del arcaysmo: pero me hago cargo, por un lado de ser este un punto en gran parte arbitrario y de mero gusto, y por otro, de que, aunque el genio de este distinguido literato sea acaso capaz de todos los generos de poesia, y se haya acreditado en muchos de ellos, sinembargo, creo no se le ofenda en caracterizarle por el de dramático cómico, ramo el menos susceptible, generalmente hablando, de la licencia del arcaysmo.

Si me atrevo á introducir tal qual palabra nueva, como las de asaltante, sitiante, apremiante; *es porque ademas de no hallar racional*

fundamento para que en nuestra lengua, como en otras, no se admitan los participios activos, deducidos con la posible generalidad de todos los verbos, para enriquecer mas de este modo nuestro idioma con el uso de una multitud de voces, que suelen tener sentido bastante distinto del de aquellas que las reemplazan; como en el exemplo citado, las de asaltador, sitiador, apremiador, *que denotan con mas precision aquellos, que tienen el hábito ó talento de oprimir y formar sitios y asaltos, en vez de que las de* asaltante, sitiante, y apremiante *que reemplazan, indican mas bien los que actualmente apremian, sitian y asaltan; el mismo insigne maestro Horacio,* (1) *nos previene « que » ha sido y será siempre lícito á los poetas se- » mejante invencion » y Quintiliano añade,* (2) *» que no obstante el peligro de la introduccion » de nuevas voces es menester aventurar algu-*

---

(1) . . . . . Licuit semperque licebit
Signatum præsente nota prócudere nomen.
Art. Poet.

(2) Nova vocabula non sine quodam periculo fingimus; Audendum est tamen; nam, ut Cicero ait, etiam quæ primo dura visa sunt, usu molliuntur.
De Instit. Lib. 1. Cap. 1.

» *nas, que como dice Ciceron, aunque al prin-*
» *cipio parezcan duras, se ablandan luego con*
» *el uso.* »

Si en obsequio de la armonia, de la dul-
zura, y de la fluidez del verso uso de la tmesis
y la apheresis *suprimiendo ó invirtiendo letras*
de una ú otra palabra, y escribiendo por exem-
plo, fluctar *por* fluctuar, virtoso *por* virtuoso,
anatemizar *por* anatematizar etc. *fué porque*
en sentir de Aristóteles, (1) » *la especie de*
» *barbarismo, que consiste en esta adicion,*
» *supresion, ó inversion de silabas y letras es*
» *uno de los modos, que no contribuyen poco*
» *á realzar la locucion con voces, que adqui-*
» *riendo por dicho medio cierto ayre extraor-*
» *dinario y conveniente al elevado estilo de la*
» *poesia, nada pierdan por eso de su clari-*
» *dad:* » *licencia que segun el ya citado Quin-*
tiliano (2) » *no solo es digna de vénia sino tam-*
» *bien de alabanza en los poetas* » *justificando*
en calidad de tal al célebre Ennio, que es-

---

(2) Poetic. Cap. 21 traduc. de Batteux

(1) Scire autem debet puer, hæc apud scriptores carminum aut venia digna, aut etiam laude dici.

De Institu. Lib. 1 Cap. 5º.

cribia de seguida Metieo suffetieo, *por* Metio suffetio.

Si lleno tal vez el verso con epitetos y otras voces sinónimas, que no aumentan importancia á la idea ó sentimiento, como por exemplo.

La ignara multitud, la turba necia

es, porque tambien creí, con el célebre Vida, (1) » *poder emplearse á veces una palabra ociosa* » *y hueca, que nada añade al sentido, solo* » *por enriquecer y embellecer el verso, y* » *hacerlo mas grato y dulce al oido.* »

No dexará quizá de haber quien note en mi versificacion palabras baxas é indignas del estilo épico, como por exemplo las, de favoritos, renquea, enclenque, algazara, raléa, demonio, *usadas en los siguientes versos —*

Hablando de la Médicis en la San Bartelemi:

CANTO 2.°

Sus dignos é inhumanos *favoritos*

---

(2) Nec tamen interdum vacuas animoque carentes
Abdubitem ipse volens in casum fundere voces;
Verbaque quæ nulo funguntur munere sensus,
Dives ut egregio tantum et conspectus amictu
Versus eat, dulcique somno demulceat aures.
Poet. Lib. 3.

Figurando en el Infierno la lánguida floxedad de la Flaqueza:

. . . . Desmadejada
Allí *renquea enclenque* la Flaqueza.

Hablando Isabel de Felipe II y Sixto V:

CANTO 3.º

Tal es la condicion y alta *raléa*

Hablando del extremo contento del populacho.

CANTO 8.º

Y con una *algazara* y grita fiera

Hablando del combate de Elly y su hijo:

CANTO 8.º

Y el rabioso *Demonio* de la guerra

Pero yo no las juzgué baxas ; y aun quando lo fuesen, generalmente hablando, nunca debrian mirarse como tales respecto del especial contexto de los versos en que se hallan, segun diré al fin, ni por lo mismo como indignas de la Epopeya.

Es ciertamente un principio conocido de todo el mundo, que esta pertenece al estilo sublime, el qual se forma de voces nobles y grandiosas ; mas este principio, no es rigurosamente exclusivo é inalterable. Quiero decir ; es constante ;

que el fondo de la Epopeya, debe ser compuesto en su dominante y sobresaliente cantidad, de ideas y sentimientos altos y grandiosos, y por consiguiente expresados en un estilo y palabras nobles y sublimes. Esto sinembargo, no es incompatible con que una ú otra vez que lo exîja el orden natural y oportuno de las cosas, se ingieran en la Epopeya ideas y sentimientos menos nobles y aun baxos, y con ellos tambien por consequencia, el estilo y las palabras menos nobles y aun baxas, que respectivamente les corresponden.

Aludiendo sin duda á esta accidental degradacion de estilo en el poema épico, reconvenido Voltaire (1) *sobre haber empleado la palabra baxa* preche, *en el suyo.* « *En la Epopeya, respondió, todo puede entrar; y la palabra* » preche, *esta relevada por el epiteto* criminal » *sentencia no tan arbitraria, que no la veamos confirmada por un juez el mas*

---

(1) HENRIADA. Nota al Canto 3.º (pag. 30) « On reprît » l'auteur d'avoir mis le mot de *prêche* dans un poëme » épique. Il répondit, que tout peut y entrer, et que » l'épithtète *criminel* relève l'expression de *prêche* ».

competente y superior en la materia, qual es el célebre Longino, (1) el qual segun advierte su interprete Boileau « algunas veces, decia, los » terminos simples tienen su lugar en el estilo » noble » Y en otra parte (2) « Expresar una » cosa baxa en terminos grandes y magníficos; » es lo mismo que querer adaptar una gran » máscara de teatro á la cara de un niño. »

Es verdad que este insigne maestro parece hacer en el mismo pasage excepcion de la poesia: Tiemblo al querer contradecirle: pero yo no alcanzo el fundamento, que haya podido tener para una excepcion ilimitada de la general é invariable regla, que el mismo reconoce en otros mil lugares, de que los estilos deben tener siempre proporcion y correspondencia con los asuntos que se tratan; y yo no veo, que esencial distincion pueda inducir en el fondo de esta maxîma de eloqüencia, el que los asuntos se traten oratoria ó poeticamente.

Bien sé quan permitido es en poesia, y quan celebrado en algunos genios como los Homeros, Boileaux, Vegas, Villaviciosas etc. el agigantar

---

(1) Tratado del *sublime*. Cap. 25 Traduc. de Boileau.

(2) Ibid. Cap. 25.

á veces, y revestir de toda la importáncia y luxo épico los ratones y las ranas, los facistoles, los gatos y las moscas: pero no tratamos aqui ni creo que Longino se haya acordado en dicho pasage de las parodias, y poemas jocosos como la Bathracomiomachia, *el* Lutrin, *la* Gatomachia, *y la* Mosquéa, *en los quales la ironía, la trova y lo ridiculo forman de propósito el peculiar fondo y el natural mérito de sus fábulas. Tratamos unicamente de aquellas composiciones sérias y graves, en las quales tengo, como dixe ya, por un principio sin excepcion, asi en oratoria como en poesía, que el estilo y lenguage deben corresponder y observar siempre cierta sábia y oportuna proporcion con la naturaleza sublime, mediana, ó ínfima de los objetos que se narran, describen, ó pintan.*

Así es que quando el mismo Homero, Padre de la Èpopeya, y primera fuente del mismo insigne Retórico en su tratado del Sublime, *pinta* (1) *al héroe de su Iliada haciendo la cocina para festejar á sus mas caros amigos Ayáx y Ulises embaxadores de Agamenon y*

(1) Iliad: Cant. 9°. Traduc. de Bitaubé.

y del exêrcito griego, no expresa esta idea; baxa á la verdad en si misma, y aun mas á los fascinados ojos del orgulloso gusto moderno, aunque patética y decente á los de las groseras, ó mas bien sencillas costumbres de aquellos tiempos, con el alto tono y magnífico aparato de palabras, tan dominante y admirado de los conocedores, en el curso general del poema; antes bien al contrario, usa allí de las voces ignobles y baxas, que justamente convenian á dicha idea como las de choto ó cabrito graso, lomo suculento de puerco cebado etc.

Carezco de aquellos profundos conocimientos del griego, que son necesarios para poder sentir perfectamente por mi propio la grave y dulce armonía de la sabia y rica lengua en que escribió Homero, para apreciar exâctamente la bella estructura de sus versos, y para saber en esta parte todo lo demas que no me advierten los intérpretes que he leido: pero debo presumir, que en medio y á pesar de las mismas ideas y voces ignobles, de que aquel inimitable poeta usó en dicho lugar y en otros semejantes, supo sin duda cubrir y aun relevar la falta de sublimidad real en ellas, con aquel

aquel prestigio de importancia y grandiosidad, en que la mágica destreza de los genios logra engastar muchas veces, y dar un alto valor á las cosas mas humildes, por medio de la discreta y armoniosa disposicion de las mismas palabras baxas en que las espresan, como delicadamente explica el mismo sabio Longino en la manera siguiente (1).

« *El solo giro de un periodo dá tono y » énfasis á la expresion, hasta el punto de » verse varios poetas, que sin haber nacido » para lo sublime, nunca sinembargo les ha » faltado este estilo, por mas que ordina- » riamente se sirviesen de modos de hablar » baxos, comunes, y muy poco elegantes. En » efecto, ellos se sostienen por la sola co- » locacion de las palabras, que de tal modo » les infla y engruesa la voz, que no se co- » noce su baxeza. De este numero son Phi- » listo, Aristóphanes en algunos pasages, y » Eurípides en muchos* ».

Reservado queda á la bien formada oreja de los que oyeren mis cinco indicados versos, el juzgar, si ademas; de la parte imitativa,

(1) Tradado del *Sublime*. Cap. 32. Trad. de Boileau.

á que algunos fueron destinados, se percibe en ellos algun eco de este armonioso orden y sonido, capaz de confundir y aun relevar de algun modo en las palabras que allí se notan, qualquiera baxeza que pudiesen tener, y que yo abiertamente niego. Podrán muy bien dichas voces llamarse simples *y* comunes*: norabuena; pero no* baxas*, ni chocantes, entre las quales, y aquellas hay siempre la sustancial diferencia, que el repetido maestro Longino* (1) *dexó tambien notada, quando reprendiendo agriamente las de* zumbar, fanegas, guisados, *y* sacos, *sin duda* baxas *y usadas por Herodoto y Theopompo en las nobles y grandiosas descripciones de una formidable tempestad, y del magnifico equipage de un Rey de Persia, excusa al mismo tiempo, habla y defiende contra Cecilio, las* simples *y* comunes *de* beber afrentas y picar las carnes, *empleadas por los mismos dos historiadores en asuntos muy graves y magestuosos por su naturaleza. Sobre todo, si no fuese bastante lo dicho para aplacar*

(1) Tratado del *Sublime*. Cap. 25. y 32. Trad. de Boileau.

la furia de los criticones, les contextaré por último con mi Autor Voltaire, que aquellas voces estan todas relevadas en el contexto de los versos por medio de convenientes epitetos.

Muchos tal vez notarán tambien en mi versificacion alguna escasez de la parte tan esencial del imitativo. *Estoi bien convencido de toda la verdad con que el célebre maestro de poetica Vida (1) llamó á este el mayor secreto del Pindo, y el mas sagrado misterio del santuario de las Musas. Creo con él, que para ser excelente poeta no basta presentar con un numero, armonia, y propiedad generales los objetos, sino se añade (2) á los versos que los expresan, aquel particular sonido, movimiento, y estructura, que corresponden y se asemejan á lo ruidoso, ó apaci-*

---

(1) Vida. Poetic. Lib. 3. Num. 355.

(2) Haud satis est illis, (*a*) ut cunque claudere versum,
Et res verborum propia vi reddere claras;
Omnia sed numeris vocum concordibus aptant,
Atque sono, quæcunque canunt, imitantur, et apta
Verborum facie, et quæsito carminis ore.

Vida Poetic Libr. 3. N. 395.

(*a*) Poetis.

ble, rápido ó lento, vigoroso ó débil de dichos objetos: pero yo soy un traductor, aunque no servil; y ápesar de todo el sabio y fecundo genio del Autor, no ha sido ciertamente infinito lo que en esta parte tube que trasladar de su poema original; sin duda, porque la lengua en que lo escribió, no se presta facilmente á muchos de aquellos sonidos estrepitosos, movimientos rápidos, y periodos llenos y rotundos, que exîgen, para la imitacion en el verso, las situaciones violentas, precipitadas y grandiosas, que son tan frequentes en un poema épico. Sinembargo, he procurado hacer en este punto lo que he podido, y aun quizá mas de lo que debiera, aventurando de mi pobre caudal no poco de dicho imitativo *en muchísimos versos, como por exemplo, en los siguientes.*

IMITATIVO DE SONIDO.

Canto 8º.

Significando el estrépito de los cazadores y perros en una montería

Y las rocas, los montes y las cuebas.
De alaridos retumban y ladridos.

IMITATIVO DE MOVIMIENTO.

CANTO 8º.

Describiendo un inquieto y fogoso caballo de guerra.

. . . . Por el campo
Trepa, galopa, corre, á la lid vuela.

IMITATIVO DE CONFIGURACION.

CANTO 7º.

Describiendo en el Infierno la lánguida floxedad de la Flaqueza.

. . . . Desmadejada
Allí renqueaba enclenque la Flaqueza.

El lector inteligente, hecho el debido examen y cotejo en el original, decidirá, si han sido ó no algo felices mi oreja y sentimiento, así en estos y otros muchos IMITATIVOS *de mi invencion, como en varios del Autor, que modifiqué y amplié en parte, segun muestran los que siguen.*

IMITATIVO DE SONIDO.

CANTO 6º. (1)

Significando la violenta y mortal explosion de la pólvora en la bomba.

---

(1) Vole avec la prison, qui la tient renfermée
Il la brise; et la mort en sort avec furie.

. . . . Vuela, y cae
Con la misma prision que le encerraba:
Rómpela con estruendo, y de su fondo
Con rábido furor la muerte escapa.

IMITATIVO DE MOVIMIENTO.

CANTO 4º. (1)

Describiendo la caida de un gran peñasco del quebrado pendiente de una montaña

. . . . Un gran peñasco,
Que á las nubes altivo amenazaba,
Cayendo vá, rodando y tropezando. . . . . . .

IMITATIVO DE CONFIGURACION

CANTO 10º. (2)

Figurando el rostro de un guerrero que acababa de espirar en una sangrienta lid.

Manchada observa en sangre aquella frente;
Aquella boca advierte medio abierta;
La cabeza hácia un lado, descolgada;
Suelta y de polvo sucia la melena.

Si finalmente, he sido quizá demasiado económico y aun mezquino en el uso de la trans-

---

(1) Tombe et roule un rocher, qui menaçait les nues.

(2) Le front souillé de sang, cette bouche entr'ouverte,
Cette tête penchée, et de poudre couverte.

posicion, figura, que tanto realza y caracteriza el lenguage poético, y por la qual, principalmente, se diferencian tantas veces de la prosa muchos versos de poetas tenidos por apreciables, fué, no solo para conservar, en parte, alguna analogía entre mi versificacion española y la francesa del original, cuyo genio y gusto particulares, apenas conocen y admiten dicha figura, sino tambien, porque en toda locucion, sea oratoria sea poetica, las qualidades que mas amo, y contemplo por las mas dignas de imitar constantemente, son la fluidez y la claridad, primera virtud de toda eloquencia, *recomendada como tal por el célebre retórico Quintiliano* (1), *á la qual deben sacrificarse, en caso necesario, todas las demas gracias y adornos del estilo, y poco compatible, á la verdad, con la intrincada y sombría frequencia de la inversion, la qual hace, que muchos pasages, y aun piezas enteras de poetas célebres, contra uno de sus primeros institutos, que es el de deleitar, necesiten*

---

(1) Nobis prima sit virtus, perspicuitas. Hæc est loquendi observatio.

De Instit. Lib. 8. Cap. 4.

para entenderse de una lectura sobradamente fatigosa, y no pocas veces de intérprete. Nada por tanto he deseado mas eficazmente en mi tarea, con el citado Vida (1), *que el « que » las Musas me inspirasen versos claros, y » que no hubiesen menester de alguna estraña » luz ». Yo no me atreveré jamas á improbar el moderado uso de la transposicion, consagrado por tantos y tan insignes poetas. Al contrario, me valgo mil veces de esta figura en mi traduccion : pero pienso, que seria mucho mas feliz el hacer tan buenos versos sin ella como con ella, á la manera, que de las oraciones lo piensa y dice el mismo Quintiliano* (2).

Si á pesar de lo dicho, se fulminasen aun censuras contra mi traduccion, las recibiré

---

(1) Ille ego sim, cui Pierides, dent carmina Musæ.
Lumine clara suo externæ nihil indiga lucis.

Poetic. Lib. 3. 20.

(2) Non enim ad pedes verba dimensa sunt, ideoque, ex loco transferuntur in locum, ut jungantur quo maxime congruunt; felicissimus tamen *sermo* est, cui, et rectus *ordo*, et apta *junctura*, et cum his *numerus* opportune cadens, contingit.

De Instit. Lib. 9. Cap. 4.

tranquilamente con respeto ó con desprecio. Con respeto, si fuesen discretas, y por consiguiente moderadas; pues entonces, en lugar de ofenderme, me favorecerán, enseñandome á corregir los graves defectos, que se hayan escapado á mi inteligencia y cuidado; y con desprecio, si fuesen necias, y por consiguiente de ordinario insolentes; en cuyo caso, muy de sangre fria, les adelanto desde ahora por única y perentoria contestacion, el siguiente pasage del Autor (1) « Por todas » partes se hallan lecciones, pero muy pocos » exemplos. Se encuentran cien poéticas en » cambio de un poema. Nada hai mas facil » á los hombres, que hablar en un tono » magistral, de lo que no son capaces de » hacer ».

Juzgo necesario protestar aqui, que si he conservado substancialmente intactos en mi traduccion algunos pasages del original, dignos acaso de grave expurgacion eclesiastica, ha sido, por no atreverme á suprimir ó desfigurar la fuerza y belleza poetica de estilo, que

---

(1) Ensayo sóbre la poesia épica. Cap. 1º.

brilla en ellos : belleza, que los graves y sabios Padres del Santo Concilio General Tridentino calificáron de suficiente motivo (1) *para permitir la lectura de los antiguos libros paganos, no menos impíos, sin duda, obscenos y peligrosos, que los modernos, que muchísimas veces no son en el fondo, sino unas buenas ó malas imitaciones ó copias de aquellas. En efecto ¿que tendrian ni tendrán los libros de los poetas modernos, que adelantar en irreligion y obscenidad á los de los Lucrecios, Apuleyos, Petronios, Tibulos, Catulos, Propercios, y Ovidios?*

Someto sinembargo, en todo caso, este mi modo de pensar y toda la obra, por lo que me toca, al superior juicio de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana, á quien no puede jamas dexar de protestar la mas filial y ciega obediencia un buen Español, y con especial distincion, el natural de un Pays, que desde los mas remontados y bárba-

---

(1) Antiqui vero (libri) ab Ethnicis conscripti, propter sermonis elegantiam et propietatem permituntur.

Sess. 25. De libris prohibit. Regula 7a.

ros siglos, se distingue entre todos los de aquel vasto Reyno con el ilustre renombre de FIDELISIMO, llevando por blason en su Estandarte un SANTISSIMO SACRAMENTO rodeado de siete veneras ó cruces, correspondientes á las siete Provincias de que se compone.

Advierto por último, que van indicadas al margen de los versos, con sus numeros arábigos correspondientes, las notas del Autor, que á cada uno de los cantos respectivos se hallarán al fin del poema, y de las quales, suprimí muchas de mero luxo histórico, y reduxe otras á lo únicamente bastante para la mas fácil inteligencia, y aun tal qual curiosa noticia del texto. Alguna otra mia, muy rara y breve, va marcada en el poema con numeros romanos y se hallará tambien al fin de las del Autor.

Deseo, amado Lector compatriota; quedes utilmente ilustrado, ó quando menos, dulcemente divertido con la lectura de mi traduccion. Quiero por medio de este sincero voto, si eres aun uno de mis apasionados, corresponder desde este mi triste refugio, del mejor modo que hoy puedo, á la virtuosa constancia de tu amistad, y si eres uno de mis ene

migos, quiero tambien enseñarte generosidad y Religion, y aun retribuirte por la parte que has tenido en esta produccion literaria, cuyos defectos, deberás mirar siempre, por graves y feos que sean, con cariñosa indulgencia, como de una hija infeliz, peregrinamente abortada de mi negro destierro, y por consiguiente, de una desgraciada nieta de tu feroz persecucion.

ADIOS.

IDEA DE LA HENRIADA.

LA materia de la HENRIADA es el sitio de Paris, comenzado por Henrique de Valois y HENRIQUE EL GRANDE, y acabado por este último solo.

El lugar de la escena no se extiende sino de París á Ivri, donde se ha dado aquella famosa batalla, que decidió de la suerte de la Francia y de la Familia Real.

El Poema está fundado sobre una historia conocida, cuya verdad se ha conservado en los sucesos principales, dexando otros menos respetables, ó suprimidos, ó acomodados á la verisimilitud, que exîge un poema. Se ha procurado evitar el defecto de *Lucano*, que no hizo mas que una gazeta inflada; y se han tenido por garantes de ello los siguientes versos de M. Despréaux.

Loin ces rimeurs craintifs, dont l'esprit flegmatique,
Garde dans ses fureurs un ordre didactique:
Qui, chantant d'un héros les exploits éclatans,
Maigres historiens, suivront l'ordre des tems.
Ils n'osent, un moment, perdre un sujet de vue.
Pour prendre Dole, il faut que Lille soit rendue:
Et que leur vers exat, ainsi que Mezerai,
Ait fait tomber déjà les remparts de Courtrai, etc.

Afuera esos cobardes rimadores
De espíritu flematico, que guardan,
En sus furores mismos, un calmoso
Didascálico methodo : que hazañas
Quando cantan ruydosas de algun héroe,
Secos historiadores, no traspasan
De los tiempos el orden, y ni un punto
Perder osan de vista lo que tratan;
Que para tomar Dole, necesario
Juzgan, que quede ya Lila entregada:
Y que, qual Mezeré, su exacto verso,
Los muros de Curtré primero abata.

Nada mas se ha hecho en este punto, que lo que se practica en todas las tragedias, en que los sucesos se conforman á las reglas del téatro.

Por lo restante, este POEMA no es mas histórico que otro qualquiera. *Camoens*, que es el Virgilio de los Portugueses, celebró un suceso, de que el mismo habia sido testigo. El *Taso* ha cantado una Cruzada, conocida de todo el mundo, y en que no se han omítido ni los hermitaños ni las procesiones. *Virgilio* ha construido su fábula de la Eneyda, de las recibidas en su tiempo, que corrian por la historia verdadera de la venida de Eneas á Italia.

Homero, contemporaneo de Hesiodo, y que por consiguiente, vivia cerca de cien años despues de

la guerra de Troya, podia facilmente haber visto ens u juventud viejos, que hubiesen conocido los héroes de aquella guerra. Lo que mas debe agradar en Homero, es, que el fondo de su obra no sea un simple romance; que los caracteres no sean obra de su sola imaginacion; que haya pintado los hombres tales quales eran, con sus malas y buenas qualidades, y que su libro, en fin, sea un monumento de las costumbres de aquella remota edad.

Componese la HENRIADA de dos partes, es á saber, de sucesos reales como los que acabamos de indicar, y de ficciones. Estas son todas tomadas del sistema de lo maravilloso, tales, como la profecia de la conversion de HENRIQUE IV, la proteccion que le dispensa SAN. LUIS, su aparicion, y el fuego del cielo destruyendo aquellas observaciones mágicas, que eran entonces tan comunes, etc. Las otras, son puramente alegóricas. De este numero son, el viage de la Discordia á Róma, la Política y el Fanatismo personificados, el Templo del Amor, y las Pasiones, en fin, y los Vicios, —

Prenant un corps, une ame, un esprit, un visage.

Tomando un rostro, un cuerpo, un genio, un alma.

Si en algunos lugares, se han dado á estas pasiones personificadas los mismos atributos, que les dieron los Paganos, fué por ser dichos atributos alegóricos demasiadamente conocidos para haber de alterarlos. En nuestras obras, las mas cristianas, en nuestros quadros, y en nuestras tapicerias tiene el amor sus flechas, y la justicia su balanza, sin que estas representaciones ofrezcan la menor tintura de paganismo. La palabra *Amfitrite* en nuestra poesia, nada mas significa que la mar, y no la esposa de Neptuno. *El campo de Marte*, solo quiere decir la guerra, etc. Si alguno hubiere de contrario dictamen, es necesario bolver á enviarle á aquel gran maestro del arte M. Despréaux que dice :

C'est d'un scrupule vain s'alarmer sottement,
Et vouloir aux lecteurs plaire sans agrément.
Bientôt ils défendront de peindre la Prudence,
De donner à Thémis ni bandeau ni balance ;
De figurer aux yeux la Guerre au front d'airain ;
Ou le Tems qui s'enfuit une horloge à la main ;
Et par-tout, des discours, comme une idolâtrie,
Dans leur faux zèle, iront chasser l'allégorie.

Es escrupulo vano, tontamente
Alarmarse, y querer sin ciertas gracias
Agradar al lector. Ellos, bien pronto

De

De la Prudencia, harán, queden vedadas
Las pinturas: á Thémis, que una benda
Se le dé, privarán, y una balanza:
Que la guerra de bronce á nuestros ojos
Se figure tambien con una cara;
O el tiempo, que escapandose, en la mano
Un relox lleba asido; y en la falsa
Presuncion de su zelo, por dó quiera;
De todos los discursos desterrada
Correrán á dexar la alegoría,
Qual si una idolatría fuese insana.

Habiendo dado cuenta de lo que contiene esta obra, creemos deber decir algo del espíritu con que ha sido compuesta. No se ha intentado lisongear ni maldecir en ella. Los que encuentren aquí los malos hechos de sus mayores, nada mas les resta que hacer, que repararlos por sus virtudes; y aquellos, cuyos abuelos son citados con elogios, ningun reconocimiento deben al autor, que no tuvo en ellos otra mira, que la de la verdad; y el único uso que deben hacer de tales elogios, es el de merecerlos iguales.

Si en esta nueva edicion se han suprimido algunos versos, que contenian verdades duras contra aquellos Papas, que en otro tiempo deshonráron con sus crímenes la Santa Silla, no ha sido por

pensar, con injuria de la Corte de Roma, que aun quiera hacer respetable la memoria de estos malos Pontífices. Los Franceses, que condenan las maldades de Luis XI y de Catalina de Médicis, pueden sin duda hablar con horror de Alexandro VI. Si el Autor ha descartado aquel trozo de su Poema, fue solo por ser sobradamente largo, y por incluir versos de que no estaba satisfecho.

Con este solo designio ha remplazado muchos nombres á otros, que se hallaban en las primeras ediciones, segun los ha juzgado ó mas oportunos al asunto, ó mas armoniosos y sonoros. La sola política en un poema, es hacer buenos versos. Se ha callado la muerte de un joven llamado Boufflers, que se suponía muerto por Henrique IV, porque dicha muerte en las circunstancias parecía hacer á Henrique un poco odioso, sin presentarlo por otro lado mas grande. Se ha hecho pasar á Duplessis Mornáy á Inglaterra cerca de la Reyna Isabel porque efectivamente ha sido Enviádo allí, y porque aun se conserva la memoria de su negociacion. Se ha hecho así mismo uso de dicho Duplessis en todo el resto del Poema, porque habiendo representado el papel de confidente del Rey en el primer canto, hubiera sido ridículo introducir otro en los siguientes; así como seria impertinente en una tra-

gedia, *Berenice* por exemplo, que Tito se confiase de Paulino en el primer acto, y de otro en el quinto. Si algunos quisieren dar interpretaciones malignas á estas variantes, el Autor no debe inquietarse por ello; pues sabe, que qualquiera que escribe se expone á los dardos de la malicia.

El punto mas importante, es la Religion, que hace en gran parte el asunto del POEMA, y que es su único desenlace. El Autor se lisongea de haberse explicado en muchos lugares con una precision tan rigurosa, que no puede dexar pábulo alguno á la censura. Tal es, por exemplo, este pasage sobre la Trinidad:

La puissance, l'amour, avec l'intelligence,
Unis et divisés, composent son essence.

De su Divinidad forman la esencia
Poder, Saber, y Amor, á aun mismo tiempo
Unidos y distintos . . . .

Henria: Canto 10º cerca del fin.

Y este otro

Il reconnaît l'Église ici-bas combattue;
L'Église toujours une, et partout étendue;
Libre, mais sous un chef, adorant en tout lieu
Dans le bonheur des Saints la grandeur de son Dieu.

Le Christ, de nos péchés victime renaissante,
De ses élus chéris nourriture vivante,
Descend sur les autels à ses yeux éperdus,
Et lui découvre un Dieu sous un pain qui n'est plus.

La Iglesia combatida reconoce,
Una siempre en el suelo, y dél extensa
Por el ámbito todo; Iglesia libre,
Baxo de un Xefe empero; donde quiera;
Y en la perenne dicha de los Santos,
De su Dios adorando la grandeza.
El Christo renaciente y viva hostia
De los pecados nuestros, que alimenta
Sus caros escogidos, sobre el ara
Desciende; y á su vista absorta y ciega,
Baxo un pan, que no existe, un Dios descubre.

Henr: al fin del Canto 10.°

Si el Autor no ha podido explicarse por todo el Poema con esta misma exâctitud teológica, el lector razonable debe suplirla. Seria sin duda una extrema injusticia, exâminar la obra como una tésis de Teología. Este Poema no respira mas que amor á la Religion y á las Leyes. Se detestan igualmente en él la rebelion y la persecucion. Es menester no juzgar, por una sola palabra, un Libro escrito con tal espíritu.

PROLOGO

Que para el magnífico grabado, que meditaba de la HENRIADA, *escribia el Gran Federico II Rey de Prusia, uno de los mas sabios y augustos protectores de las letras en el siglo de* Voltaire. *Está conforme al publicado en la luxosa edicion* 2ª. *de Ginebra.*

CONOCIDO es de toda la Europa el poema de la HENRIADA. (1) Las multiplicadas ediciones que dél se han hecho, le difundieron por quantas naciones tienen libros, y cultura bastante para gustar algo de literatura.

M. *de Voltaire*, el único autor quizá que prefiere la perfeccion de su arte á los intereses de su amor propio, no há cesado de corregir sus faltas, y desde que apareció la HENRIADA baxo et titulo de *Poema de la Liga* hasta esta edicion, ha ido siempre remontandose de esfuerzo en esfuerzo hasta aquel punto de perfeccion, que los grandes genios y maestros del arte pueden ordinariamente concebir mejor, que dar á luz.

La presente edicion se halla notablemente aumentada por el autor: señal evidente de que la fecundidad de

(1) *Fué traducido en versos latinos, por el Cardenal* Querini; *en ingleses, por* Lockman; *en italianos, por el Noble veneciano* Querini, *y los Señores* Ortolani *y* Nénci; *y en alemanes, y holandeses, por otros literatos distinguidos.*

genio, qual una fuente inagotable, da siempre infalible esperanza de nuevas bellezas y grados de perfeccion en una pluma tan excelente como la de M. *de Voltaire*.

Las dificultades, que este Príncipe de la poesía francesa tuvo que vencer en la composicion de este poema, eran inumerables. Tenia contra sí las preocupaciones de toda la Europa y aun de su misma nacion, que opinaba no poder la lengua francesa lograr un feliz suceso en la Epopeya. Tenia por delante el triste exemplo de sus precursores, que todos habian tropezado en la misma penosa carrera. Tenia ademas que combatir contra el supersticioso respeto del pueblo sabio hácia *Virgilio* y *Homero*; y sobre todo tenia una salud feble y delicada, que hubiera puesto fuera de estado de trabajar á otro qualquiera menos sensible á la gloria de su patria. A pesar de estos obstáculos, M. *de Voltaire* consiguió executar su designio aunque á costa de su fortuna, y muchas veces de su sosiego.

Un genio tan vasto, un espíritu tan sublime y una aplicacion tan laboriosa como la de M. *de Voltaire*, le hubieran abierto camino á los empleos mas ilustres, si quisiese salir de la esfera de las ciencias que cultiva, para entregarse á los negocios, que el interes y la ambicion de los hombres suelen llamar sólidas ocupaciones; mas él ha preferido seguir el irresistible impulso del genio para las artes y las ciencias, á las ventajas que la fortuna habria de dispensarle por fuerza. De este modo hizo progresos que correspondieron á sus esperanzas, y tanto honor á las ciencias, como estas le hacen á él. En la HENRIADA solo se le conoce por la qualidad de poeta; pero es al mismo tiempo profundo filósofo y sabio historiador.

Son las ciencias y artes como un vasto pays, cuya

total sugecion nos es quasi tan imposible, como ha sido á *Cesar* y *Alexandro* la conquista del mundo entero. Son necesarios muchos talentos y aplicacion para apoderarse de un pequeño territorio de este pays; y por tanto, la mayor parte de los hombres marchan en él á paso de tortuga. Sinembargo, loque en los imperios del mundo, sucedió tambien en las ciencias; esto es, que una infinidad de pequeños soberanos se las han repartido entre sí, y formadó lo que se llama *Academias:* pero á la manera que en los gobiernos aristocráticos se hallaron muchas veces hombres, que nacidos con una inteligencia superior se han elevado sobre los demas; así los siglos ilustrados han producido hombres, que reunieron en sí solos las ciencias, que debieran dar ocupacion bastante á quarenta cabezas pensadoras. M. *de Voltaire* es hoy lo que han sido en sus tiempos los *Leibnitzes* y *Fontenelles*. No hai ciencia que no entre en la esfera de su actividad; y desde la geometría mas sublime hasta la poesia todo está sometido à la fuerza de su genio.

A pesar de veinte ciencias que dividen la atencion de M. *de Voltaire*, á pesar de sus freqüentes enfermedades, y á pesar, en fin, de los disgustos, que le dán unos indignos envidiosos, él ha llevado su HENRIADA hasta un grado de madurez, á que no sé haya arribado jamas algun otro poema.

En la conducta del de la HENRIADA se halla toda la sabiduria imaginable. Su autor se aprovechó de los defectos objetados á *Homero*, cuyos cantos y accion, por el poco enlace que tienen entre sí, merecieron el nombre de rapsodias, al paso que entre los cantos de la HENRIADA se vé una íntima conexîon, y un mismo asunto dividido por orden de tiempos en diez sucesos principales. El delensace es natural, pues consiste en la conver-

sion de *Henrique IV* y su entrada en Paris, termino de las guerras civiles de la Liga, que turbaban la Francia. En esta parte el poeta frances es infinitamente superior al latino, que no concluye su *Eneyda* de un modo tan interesante como la habia comenzado; que no dexa ver por último mas que chispas de aquel hermoso fuego, que admira el lector al principio; y de quien, enfin, podria decirse que compuso los primeros cantos en la flor de su edad, y los posteriores en aquella, en que la imaginacion moribunda, y el fuego ya medio apagado del espíritu no permiten, ni á los guerreros ser héroes, ni á los poetas autores.

Si en algunos lugares el poeta frances imita á *Virgilio* y *Homero*, es siempre de un modo y con un ayre original, en que se vé ser el juicio de dicho poeta tambien infinitamente superior al del griego. Comparad sino la baxada de *Ulises* á los infiernos con el canto septimo de la Henriada, y vereis, que este último está enriquecido de una infinidad de bellezas privativas de M. *de Voltaire*.

La idea sola de atribuir al sueño de *Henrique IV* quanto vé en los cielos y en los infiernos, y todo lo que le fué pronosticado en el palacio del destino, vale toda la *Iliada*; porque el sueño de *Henrique IV* concilia quanto allí sucede con las reglas de la verisimilitud, en lugar de que el viage de *Ulises* á los infiernos está desnudo de todas las gracias, que un ayre de verdad pudiera haber dado á la ingeniosa ficcion de *Homero*.

Ademas de esto, todos los episodios de la Henriada estan colocados en su lugar. El arte, está en ellos tan oculto, que es dificil percibirlo. Todo parece allí natural; y se diria, que los frutos que produjo la fecunda imaginacion del autor, y que embellecen todas las partes del poema, fueron plantados en ellas por la misma necesidad. No ha-

llaréis allí aquellos pequeños detalles, en que se ahogan tantos autores, á quienes sirven de genio la aridez y la hinchazon. M. de *Voltaire* se aplica á describir de un modo interesante los asuntos patéticos. Sabe el gran arte de mover el corazon en las situaciones afectuosas, como las de la muerte de *Coligni*, del asesinato de *Valois*, del combate del joven *de Ailly*, de la despedida de *Henrique IV* á la bella *Gabriela de Estrée* y de la muerte del valiente *de Aumale*. Se siente cierta emocion, cada vez que se léen estos pasages. En una palabra, el autor no se detiene sino en los lugares, que interesan, pasando ligeramente sobre aquellos, que no harian mas que abultar su poema, en el qual no se halla por tanto ni lo demasiado, ni lo demasiadamente poco.

Lo maravilloso que empleó el autor, no puede chocar á ningun lector sensato; porque todo en el está contraido á lo verisimil por el sistema de la Religion. Tan respetables sabe hacer aun los objetos que no lo son en si mismos el arte de la poesia y de la eloqüencia, ministrando pruebas de credulidad capaces de seducir.

Quantas alegorías se hallan en este poema son nuevas. La política, que habita en el Vaticano, el templo del amor, la verdadera Religion, la discordia, los vicios y las virtudes, todo está animado por el pincel de M. *de Voltaire*, y son otros tantos quadros que exceden, en juicio de los conocedores, á todo quanto há producido el diestro lapiz del *Carracio* y del *Pousin*.

Me resta hablar ahora de la poesia de estilo, parte que caracteriza propiamente al poeta. Jamas logró el idioma frances tanta fuerza como en la HENRIADA. Por toda ella domina la nobleza de lenguage. El autor se eleva con un fuego infinito hasta lo sublime, y no desciende sino con gracia y dignidad ¡ Que vivacidad en las pintu-

ras, que vigor en los caracteres y descripciones, y que nobleza en los detalles! El combate del joven *Turena*, debe hacer en todos tiempos la admiracion de los lectores. En aquella pintura de golpes tirados y parados, revueltos y recibidos, fue en donde M. de *Voltaire* halló principalmente, por el genio de su lengua, obstáculos, de que sin embargo supo desembarazarse con toda la gloria posible. De tal modo transporta el lector al campo de batalla, que mas bien parece estar viendo un combate, que leyendo su descripcion en verso.

Por lo que mira á la sana moral, y á la belleza de los sentimientos, se halla en este poema quanto puede desearse. El prudente valor de *Henrique IV*, unido á su humanidad y generosidad, debria servir de exemplo á todos los Reyes, y á todos los héroes, que se precian, á veces, fuera de propositó, de su dureza y brutalidad para con aquellos, que el destino de los estados, ó la suerte de la guerra ha sometido á su poder. Digáseles de paso, que la verdadera grandeza no consiste en la inflexibilidad ni en la tirania, sino mas bien en los sentimientos, que el autor expresa con tanta nobleza; quando dice —

La noble llama HENRIQUE *conocia*
De la amistad: de la amistad, la prenda;
El don del alto Cielo, y de almas grandes
Dulce placer y encanto; de la tierna
Oficiosa amistad, que allá los Reyes
Los ilustres ingratos, de su esfera
Por bastante desgracia, no conocen.

El caracter de *Felipe de Mornay* puede tambien contarse entre los rasgos maestros de la HENRIADA. Este

caracter es enteramente nuevo. Un filosofo guerrero, un soldado humano, un cortesano veraz y sin adulacion, un cúmulo en fin de virtudes tan raras merece bien nuestros sufragios. Así bebió el autor en dicho caracter como en una rica fuente de sentimientos. ¡ Con quanto placer veo yo á *Felipe de Mornay*, á este fiel y estoyco amigo de su jóven y valiente amo, rechazando á su lado por todas partes la muerte., pero sin darla nunca ! Esta sabiduria filosófica, está bien distante de las costumbres de nuestro siglo; y es bien digno de llorarse por el bien de la humanidad, que un caracter tan bello como el de este sabio, no sea mas que un ente de razon.

Por otra parte, la HENRIADA no respira mas que humanidad. Esta virtud tan necesaria á los Príncipes, ó por mejor decir, su única virtud, está relevada por M. *de Voltaire*, yá quando muestra un Rey victorioso, que perdona á los vencidos; ya quando conduce á los muros de Paris un héroe, que en vez de entregar al saco esta Ciudad rebelde, la provée de víveres, y redime la vida de sus habitantes desolados por la mas cruél hambre; ya en fin, quando, en un espantoso contraste, pinta con los mas vivos colores la horrible matanza *del San Bartólome*, y la inaudita crueldad, con que Carlos IX, apresuraba por su misma mano la muerte de sus desgraciados vasallos Calvinistas.

La sombria política de *Felipe II*, los artificios é intrigas de *Sixto V*, la letárgica indolencia de *Valois* y las flaquezas en que el amor hizo caer á *Henrique*, estan todas apreciadas en su justo valor. M. *de Voltaire* acompaña toda su narracion de cortas, pero excelentes reflexiones, que no pueden menos de formar el juicio de la juventud, y dar una debida idea de las virtudes y los vicios. Por todas partes se observa en este poema, que

el autor recomienda al pueblo la fidelidad á sus leyes y soberanos. Él ha inmortalizado el nombre del Presidente *de Harlay*, cuya inviolable lealtad para con su Señor, merecia semejante recompensa. Hizo otro tanto con los Consejeros, *Brisson*, *Larcher* y *Tardif*, cuya muerte en un patibulo por los facciosos, excitó en el autor la reflexion siguiente

Célebres para siempre vuestros nombres
Viven en la memoria. En el cadalso
Quien muere por su Rey, muere con gloria.

El discurso de *Potier* á los sediciosos es tan bello por lo justo de los sentimientos, como por el ímpetu de la eloqüencia. El autor hace hablar en la asamblea de la Liga á un grave magistrado, que se opone intrépidamente al designio de los rebeldes que querian elegirse entre sí un Rey; que los encamina hácia la legítima dominacion del soberano, á que intentaban substraerse; y que condena todas las virtudes militares de los *Guisas*, como delinquentes, desde el momento en que abusaban de ellas contra su Rey y su Patria: pero quanto pudiera yo decir de este discurso, jamas se acercaria á su merito. Es menester leerle con atencion. Yo solo pretendo aquí hacer notar á los lectores las bellezas, que pudieran talvez escaparse á su atencion.

Paso á la guerra religiosa, que forma el asunto de la HENRIADA. El autor debió naturalmente exponer en ella el abuso, que los supersticiosos y fanáticos acostumbran hacer de la Religion: puesto que por no sé que fatalidad se ha experimentado, que esta especie de guerra ha sido siempre mas sanguinaria, que las suscitadas por la ambicion de los Príncipes, ó la indocilidad de los vasallos; y como el fanatismo y la supersticion han sido en todos

tiempos los resortes de la detestable política de Grandes y Clérigos, era necesariamente indispensable oponerles un dique. El autor ha empleado todo el fuego de su imaginacion, y quanto han podido la poesia y la eloqüencia, al presentar á los ojos de este siglo las locuras de nuestros mayores, á fin de preservarnos de ellas para siempre. El hubiera querido purificar los campos y los soldados de los agudos y sutiles argumentos de las escuelas, relegandolos al pueblo pedante de los escolásticos. Quisiera desarmar para siempre á los hombres de la espada santa que toman sobre el altar, para degollar sin misericordia á sus hermanos. En una palabra, el bien y el reposo de la Sociedad hacen el principal objeto de este poema; y por eso tantas veces advierte en él su autor, se huya en esta ruta el peligroso escollo del fanastismo y del falso zelo.

Parece sin embargo, que en bien de la humanidad la moda de las guerras de Religion se ha pasado yá: lo que ciertamente seria una locura menos en el mundo: pero me atrevo á decir, que somos parcialmente deudores de este bien al espíritu filosófico, que de algunos años á esta parte ha tomado mucho ascendiente en la Europa. Quanto mas ilustrado, menos supersticioso es el hombre. El Siglo en que vivia *Henrique IV* era bien diferente. La ignorancia monacal superior á quanto puede imaginarse, y la barbarie comun de las gentes, cuya entera ocupacion se reducia á la caza y á su recíproco deguello, daban acogida á los errores mas palpables. Así podian en aquel tiempo los Príncipes facciosos abusar de la credulidad de los pueblos, con tanto mayor facilidad quanto eran estos mas groseros, ignorantes y ciegos.

Los Siglos cultos que han visto florecer las ciencias, no tienen exemplos que presentarnos de guerras civiles y sediciosas. En los bellos tiempos del Imperio Romano,

es decir, hácia el fin del reynado de Augusto, todo el imperio, que abrazaba los dos tercios del Orbe, reposaba en paz y sin agitaciones. Los hombres abandonaban los intereses de la Religion, á los que por su instituto debian ocuparse de ellos, y preferian el sosiego, los placeres y el estudio, á la ambiciosa rabia de matarse, ó por solo palabras, ó por vanos intereses, ó por una funesta gloria.

El siglo de *Luis el Grande*, que puede sin adulacion igualarse al de *Augusto*, nos ofrece tambien el exemplo de un reyno feliz y tranquilo en su interior, aunque desgraciadamente turbado hácia su fin por el ascendiente, que el padre *le Tellier* había tomado sobre el espíritu de *Luis XIV*, que comenzaba á declinar. Esto, empero, no ha sido propiamente sino la falta de un particular, que no podría jamas imputarse á aquel Siglo, tan fecundo por otra parte en hombres grandes, sin una manifiesta injusticia.

Así han contribuido siempre las ciencias á hacer humanos los pueblos, tornandolos en mas dulces y justos, y en menos propensos á las violencias: y asi han tenido por lo menos tanto influxo en el bien de la Sociedad y en la felicidad de los hombres, como la mismas leyes. El blando y amable modo de pensar, se comunica insensiblemente de los que cultivan las ciencias y las artes al pueblo y al vulgo de la Corte; pasa de esta á las Ciudades, y de aquí á todas las Provincias. Se observa entonces con evidencia, que no nos formó sin duda la naturaleza para que nos exterminasemos en el mundo, sino para que nos asistiesemos mutuamente en nuestras necesidades comunes. Se vé, que sin cesar perseguidos de la desgracia, de la enfermedad y de la muerte, es seguramente la extrema de las demencias, la de multiplicar las causas

de nuestra miseria y destruccion. Se reconoce, que prescindiendo de la diferencia de condiciones, la naturaleza nos hizo á todos iguales, y nos impone la necesidad de vivir unidos y en paz, fuesen las que fuesen nuestras patrias y nuestras opiniones. Se experimenta, en fin, que la amistad y la compasion son obligaciones universales: en una palabra, la reflexion corrige entonces en nosotros todos los defectos del temperamento.

Tal es el verdadero uso de las ciencias, y tal, por consiguiente, la regla del deber en que nos constituye, para con quellos que las cultivan, y procuran fixar entre nosotros sus conocimientos. M. *de Voltaire*, que las abraza todas, me ha parecido siempre acréedor á una parte de la gratitud pública con tanto mayor razon, quanto no vive ni trabaja sino para el bien de la humanidad. Esta consideracion, unida al ansia que tuve toda mi vida de rendir homenage á la verdad, me ha determinado á procurar al público esta edicion, que he hecho, quanto me ha sido posible, digna de M. *de Voltaire* y de sus lectores.

Finalmente he creido, que dar muestras de estimacion á este admirable autor, era en algun modo honrar nuestro siglo; y que á lo menos las futuras generaciones se repetirán de edad en edad, que si hombres grandes decoraron nuestro siglo, tambien este supo reconocer toda su excelencia, sin que ni la envidia ni las cabálas hubiesen podido jamas sufocar á los que el merito y los talentos distinguian del vulgo, y aun de otros grandes hombres.

« *En* 1733 *el Rey de Prusia*, *entonces Príncipe Real*,
» *habia encargado á M.* Algarotti, *residente al tiempo*
» *en Londres*, *hacer grabar este poema con viñetas en cada*
» *pagina. Aquel Príncipe*, *amigo de las artes*, *que se dig-*

» *naba cultivar, queriendo transmitir á los siglos venideros*
» *un monumento de su estimacion á las letras y particu-*
» *larmente á la* HENRIADA, *tuvo á bien componer este pró-*
» *logo, y colocandose así en la clase de los autores, en-*
» *señó al mundo, quan bien sentaba una pluma eloquente*
» *en la mano de un héroe. Merito es comun á un gran*
» *numero de Príncipes, el recompensar las bellas artes;*
» *pero el animarlas por su exemplo, y el ilustrarlas con*
» *sus escritos, es otro tanto mas recomendable en el Rey*
» *de Prusia, quanto aún es raro entre los demas hom-*
» *bres. La muerte del Rey su padre, las guerras que so-*
» *brevinieron, y la partida de* M. Algarotti *de Londres,*
» *interrumpieron un proyecto tan digno dél que lo habia*
» *concebido.* »

(M. *de Marmontel.* Prológo para la HENRIADA, tomado del que se publicó en la misma edicion 2 de Ginebra.)

LA HENRIADA.

CANTO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Henrique III unido con HENRIQUE DE BORBON, *Rey de Navarra, contra la Liga, habiendo comenzado yá el bloqueo de Paris, envia secretamente Henrique á pedir socorro á Isabel, Reyna de Inglaterra. Sufre el* HÉROE *una tempestad. Aporta á una Isla, donde un anciano católico le predice su conversion y su advenimiento al trono. Descripcion de la Inglaterra y de su Gobierno.*

EL HÉROE canto, que reynó en la Francia
Por derechos de sangre, y de conquista;
Que á gobernar los hombres aprendiera
Por una larga serie de desdichas;
Que facciones calmando, vencer fuerte
Y á un tiempo perdonar dulce sabia;
Y que de confusion en fin cubriendo
Al Ibéro, á Mayena y á la Liga
De padre y vencedor de sus vasallos
Su nombre señaló con la divisa.

Baxa, augusta verdad, del alto Cielo.

Ven; y tu claridad y tu energía
Sobre los versos mios vierte grata.
De los Reyes la oreja facilíta
De tu escabrosa voz al agrio acento;
Y quanto aprender deban, les intima.
De tu osado pincel al rasgo toca,
Pintar de las naciones á la vista
El lienzo criminal de hórridos monstruos;
Que sus guerras abortan intestinas.
Di, como sediciosa la Discordia
De turbacion sembró nuestras provincias;
Y del Pueblo narrando las desgracias,
Los yerros de los Príncipes publica.
Llega, tu labio suene; y si es constante,
Que contigo de acuerdo un tiempo unida,
A tus mas fieros tonos su voz dulce
La Fábula tal vez mezclar sabía;
Si tu altanera frente de ornamentos
Sus delicadas manos revestían,
Y el arte prodigioso de sus sombras
Los rayos de tu luz embellecía;
Dexa que tambien hoy á compas marche,
Que conmigo tus huellas siempre siga,
Y tus gracias no empañe, antes ilustre.

Aun reynaba Valois; aun él hacía (1)
De un zozobrante Estado el guvernalle
Con mano fluctar trémula é indecisa:

De su debido honor, sancion y fuerza
Las santas leyes todas destituídas,
Confusos los derechos y turbados,
Mas bien en cahos tanto se diría,
Que en efecto Valois ya no reynaba:
Que ya el Príncipe no era, á quien propicia
Circundara la gloria de esplendores;
A quien desde la infancia á las fatigas
Adiestrara y las lides la Victoria;
Cuyos faustos progresos sorprendida
Y temblando la Europa contemplaba;
En pos de quien, al fin, la Patria había
De amor y soledad mil tiernos ayes
Despedido, plañiendo su partida
Un tiempo, en que del Norte, allá admirando
Su suprema virtud, las plagas frias,
En poner á sus plantas sus diademas,
Por sufragio comun se complacían.
En un segundo puesto brilla alguno,
Que al primero elevandose se eclipsa.
De esta suerte á Valois al solio alzado,
Con sorpresa pasar la Francia mira,
De intrépido guerrero á Rey cobarde.
Sobre el trono encumbrado, se dormía
De femenil molicie en hondo seno (2):
De la regia corona el peso abisma
De su liviana frente las flaquezas;

Que lúbricos privados mantenian,
D'Eperñon, San Megrén, Quelús, Joyussa, (3)
Jóvenes voluptosos, que á porfía
Baxo su augusto nombre, á su albedrío,
Del Imperio las riendas dirigian;
Corruptores políticos de un dueño,
Que la afeminacion gastado habia,
En torpes devaneos y placeres
Su lánguida existencia sumergian.
De los Guisas, en tanto, la fortuna
Se elevaba velóz, se engrandecia
Sobre su humillacion y abatimiento,
Levantando en Paris la Santa Liga
De su flaco poder rival sobervia.
Roto el freno los pueblos se extravian,
Y hechos de la grandeza humildes siervos,
Doblan á sus tiranos la rodilla,
Y á su Dueño legítimo persiguen.
De mil falsos amigos turba indigna,
Que feliz le adorara, ya infelice
Le abandona vilmente, y aturdidas
Del Luvre le miraron las columnas
Por sus pueblos expulso y en huyda,
Al paso que acogido el Extrangero,
Al rebelde Paris ledo corria.
Todo marcha en desorden. Por instantes
Todo á su fin fatal se precipita,

Quando aparece HENRIQUE. Este virtuoso (4)
Este insigne BORBON, que fiero ardia
De un guerrero valor en noble llama,
A su Príncipe ciego se aproxima,
Y á su aspecto Valois la luz recobra:
El su espíritu y fuerzas resucita,
Sus pasos endereza, y de la afrenta
A la gloria, del juego á la lid guia.
De Paris á las pérfidas murallas
Con coligadas huestes y aguerridas
Al ver los dos Monarcas avanzados,
Allí se alarma Roma, y aquí admira
El Español temblando su alianza:
La Europa toda yá comprometida
En tan grandes reveses y ruydosos
Sobre el muro infeliz clava la vista.
Vióse en Paris entonces la Discordia,
Que al sublevado Pueblo enfurecia,
Y á la guerra excitando al de Mayena,
Y á la Liga y la Iglesia, en hostil grita
Del alto de sus torres el socorro
Del español soldado requeria.
Esta fiera impetuosa y sanguinaria,
Este inflexible monstruo, infiel respira
Un eterno rencor contra los mismos,
Que su yugo infernal mas esclaviza.
Su maléfico plan de los mortales

A infelices desastres solo aspira.
De su mismo partido con freqüencia
Su mano dexa toda en sangre tinta;
Dentro del corazon que despedaza,
Qual tirano crúel se domicilia,
Y el crimen que él inspira, pena él mismo.

Al lado en que del sol la luz declina,
No lejos de las márgenes amenas
Por dó serpeando el Sena corre, y gira
Huyendo de Paris, hoy sitio amable,
Retiro encantador, mansion tranquila,
Donde el arte sus triunfos nos ostenta,
Y la naturaleza sus delicias;
Campo entonces horrísono y sangriento
De la mas ominosa y mortal riña,
Juntando sus soldados acampaba
El mísero Valois. Allí se alistan
Los valerosos Héroes, que la gloria,
Y de Francia el Estado sostenían,
Y á quienes Sectas varias dividiendo,
De una comun venganza el zelo unía.
De Borbon en las manos victoriosas,
Acordes y contentos todos libran
Su causa general y sus destinos;
Y él, que de conciliarse el don abriga
De todos el amor, feliz ganando
Los corazones todos, los reunía:

Que estaban los dos campos tan sumisos
Dixérase á su voz, que yá no habían
Mas Xefe que él, ni mas Iglesia que una.

Del seno celestial dó residía
Luis, padre inmortal de los Borbones (5),
Sobre el virtuoso Henrique atento fixa
Sus paternales ojos. De su raza
El mas claro esplendor en él divina;
Su ardor, su virtud ama; su error llora:
Con su corona honrarle, al fin, quería;
Y quiere mas aun, quiere ilustrarle.
Avanza entanto Henrique, y se encamina
A la suprema cumbre; mas por sendas
Que para él mismo ocultas no advertía.
Del alto de los Cielos sus auxîlios
Prestábale Luis, pero escondida
La mano que en su apoyo le tendiera;
Cuidando que del Héroe siendo vista,
Ya por demas seguro de sus triunfos,
De un peligro menor fuese á medida
De sus hechos tambien menor la gloria.

Del muro, que obstinado resistía
Ya finalmente al pie, y en frente puestos,
Mas de una vez de Marte en tentativas
Igual riesgo ensayaran los partidos:
De la humana feróz carnicería
Ya el mal genio, del campo desolado

Al uno y otro mar llebara á prisa
Un furor implacable, quando á HENRIQUE
Su atristada palabra, interrumpida
De frequentes suspiros y sollozos,
Le endereza Valois en esta guisa.
« Ya ves hasta que punto de mi suerte
» El rigor me abatió. No es mi desdicha,
» Ni solo mi interes el que va hablarte;
» Tuya es ¡ ó BORBON! la injuria mia.
» Contra su Rey osando sediciosa
» Su frente al Cielo alzar esa infiel Liga,
» A los dos en su rabia nos confunde,
» Y á los dos nos persigue y abomina.
» Del pueblo de Paris enagenado
» El rebelde rencor de que le animan,
» Nos desconoce á entrambos, pretendiendo
» Precipitarme á mí del trono en vida,
» Y de su herencia á tí, que en pos te toca.
» No ignoran los Ligados, no, no olvidan
» Que la voz imperiosa de la sangre
» De nuestra anciana augusta dinastía,
» El merito, las leyes, y en fin, todo
» Te aclaman á mi muérte de justicia
» Al trono de la Francia, en que vacilo,
» Y del qual darte piensan la exclusiva,
» Ya de hoy mismo temblando á la grandeza
» De tu fortuna y gloria sucesivas.

» La Religion terrible en sus enojos,
» Ambiciosa y colerica, fulmina
» Contra la independencia de tus sienes
» Su fatal anatéma. Roma erguida,
» Que á dó quiera transporta sin soldados
» De la guerra el azote, deposita
» De su cruda venganza el sacro trueno
» Del Español en manos. Ya vendida
» De vasallos, de deudos y de amigos
» Veo, amigo, la fé. Ya se retira,
» Ya de mi huye todo y me abandona,
» O se arma contra mí. Con tropelía
» El avariento Hispano enriquecido
» Por mis pérdidas, fiero se avecina
» A inundar de sus huestes destructoras
» Mis desiertas yá míseras Campiñas.
» Contra enemigos tantos, que en su furia
» Tal ansia de ultrajarnos acreditan,
» A nuestra vez traygamos á la Francia
» Una extrangera fuerza mas benigna;
» En secreto ganad de los Britanos
» Esa ínclita Reyna, esa heroína:
» Bien sé el odio inmortal, que una alianza
» Permite rara vez franca y sencilla
» Entre el Frances y el Anglo. En todos tiempos
» Emula de Paris Londres la envidia.
» Mas ¿que importa Borbon? si desde el punto

» En que mi antigua gloria ví marchita;
» Y por ellos mi nombre amancillado,
» Ya ni patria, otros tiempos tan querida,
» Ni vasallos conozco. Yo les odio;
» A castigar anhelo sus perfidias
» Y á mis ojos Frances es quien me vengue.
» En tal negociacion, poco confía
» Mi supremo interes en las funciones
» De ordinarios agentes inactivas,
» Tú eres solo Borbon, el que yo imploro;
» De promediar tu voz es solo digna
» En que á los Reyes mueva mi infortunio:
» Parte á Albíon, y allí la causa mia
» Patrono tan feliz logre en tu fama,
» Que un exército aliado me consiga.
» Mis enemigas huestes por tu brazo
» Quiero Henrique abatir, y otras amigas
» Por tu sola virtud ganar espero. »
Dixo, y el Héroe, que de gloria hervía
En codicioso zelo, y en mas manos
Teme ver que las suyas repartida
Del triunfo la palma, un dolor vivo
Al oirle sintió. Pasados dias
A su gran alma caros echa menos,
En que él solo y Condé sin mas intrigas,
Ni otro extrangero auxîlio que la fuerza
De su virtud, temblar la Liga hacían;

Mas era necesario ardientes votos
Satisfacer de un Dueño. Se resigna:
Los golpes de su brazo ya suspende;
Y los laureles, que cogido había
Del Sena en la ribera, abandonando,
Su valor á partir violento instiga.
Atónito el soldado, que ignoraba
Sus arcanas empresas, se contrista;
Y de uno y otro campo los guerreros
Sus destinos pendientes suponían
Del regreso feliz del HÉROE ausente.
Ya marchaba: aun empero le imagina
El Pueblo criminal siempre delante,
Y pronto á fulminar sobre él sus iras.
Su nombre, que del trono la columna
Mas sólida y mas firme se apellida
De todo el bando alzado su enemigo
El terror en las almas infundía,
Y por él en su ausencia peleaba.

Ya del Neustrio saltaba las campiñas,
Sin que de sus privados otro alguno
Formase que Morné su comitiva: (6)
Este su siempre digno confidente,
Mas nunca adulador, fiel le asistía;
Este sobrado fuerte y grave apoyo
Del bando del error y su doctrina;
Este, á quien en prudencia, como en zelo

Señalandose siempre, á par movian
La causa de su Iglesia y de su Patria;
Censor del cortesano, y todavia
En la Corte querido, á quien de Roma
Fiero enemigo, Roma propia estima.

Al traves de dos rocas, donde viene
La cólera del mar rugiendo altiva
Sus olas á estrellar entre alba espuma,
A los ojos del Héroe se ofrecia
De Diepe el feliz puerto. Ya fogoso
A bordo el diestro nauta jarcias iza;
El baxel, que á favor de su maniobra
Con fiera majestad la mar domina,
Ya de volar á punto sobre el llano
Del undoso cristal, sus alas infla:
Amarrado del viento en las regiones
El furíbundo Bóreas se mitiga,
Y del Céfiro al soplo la mar cede.
Levada el ancla ya, del impelida,
Sulcaba el vasto pielago la nave
Lejos ya de la tierra fugitiva,
Y de la Gran Bretaña las riberas
Descubrianse ya, quando del dia
Eclípsase el gran astro en un instante,
Regaña ayrado el Cielo, el ayre silba,
Brama el onda á lo lejos, y los vientos
Descenfrenados mas y mas irritan

Las encrespadas olas; centellando
Entre la negra nube el rayo brilla;
Del relámpago el fuego, y de las olas
El abismo profundo dó quier pintan
Al navegante pálido la muerte:
Y aun el HÉROE, á quien furias envolvían
Del undoso elemento, los peligros
De su propia persona no sentia;
Sus ojos solo vuelve hacia la Patria,
Y en su empresa su mente siempre fixa,
Por la sola tardanza en sus destinos,
A increpar á los vientos se limita.
No tan patriota, no, ni generoso
Allá César del Épiro á la orilla,
Quando del mundo el cetro disputaba,
Al furioso Aquilon sobre el mar fia
Del Romano la suerte y de la Tierra,
Y á Pompeyo y Neptuno, que se ligan,
Aun tiempo desafiando, su fortuna
A la borrasca impávido oponia.

En este instante el Dios del Universo,
Que sobre el viento vuela, que las iras
Subleva de los mares, ó las calma,
Y de cuya eternal sabiduria
La profunda inefable providencia,
Forma Imperios, los alza, ó los derriba,
Desde el trono inflamado, dó preside

A la vida y la muerte, y que allá brilla
Del celestial Empireo en las alturas;
Sus ojos abatir al fin se digna
Sobre el Héroe Frances, y en riesgo tanto
El mismo es quien le alienta, quien le guía;
Y cuya voz excelsa á la borrasca
Mandando que á la playa mas vecina
Al punto el baxel lleve, donde Jersey
Del seno de las ondas parecía
Ir alzandose: el Héroe ya del Cielo
Conducido, por fin, aporta á la Isla.

No lejos de su orilla, espeso bosque
Baxo sus frescas sombras y tranquilas
Dulce asilo ofrecía. Una gran roca,
De las ayradas olas fronteriza,
A su rigor encúbrela, vedando
Del regañon á furias, que la embistan;
Y jamas su reposo turbar puedan.
De esta roca una gruta cerca habia,
Cuya simple estructura de su ornato
Solo á la mano rústica y sencilla
De la naturaleza fué deudora:
En mansion tan obscura y escondida,
Un anciano habitaba venerable,
Que lejos de la Corte, dó otros dias
Engolfado anduviera, allí buscaba
La dulce y santa paz; allí vivía

Del resto de los hombres ignorado;
Y de inquietudes libre, se exercita
En el sublime estudio de sí mismo;
Con lagrimas allí se arrepentía
De horas en los placeres abismadas,
Y de amor en delirios consumidas.
De aquellas toscas fuentes á los bordes,
Sobre el florído esmalte, que matiza
De aquella soledad los verdes prados,
A sus pies arrojaba, y sometía
Las humanas pasiones; y sereno,
De sus votos aguarda que á medida,
Viniese, en fin, la muerte para siempre
A unirle con el Dios, á quien servía;
Aquel Dios, que con gracia y bondad tanta
Su vejez honrar quiso, y su fé viva,
Que descender mandando á su desierto
La misma celestial sabiduría,
Y con él prodigando los tesoros,
De divinos arcanos, á su vista
Le agradara exponer de los destinos
El misterioso libro, en que se cifran.
Este favorecido, grave anciano,
A quien Dios revelado el Héroe había,
Cerca de un onda pura, agreste mesa
Al Gran Príncipe ofrece, á quien no admira
Lo nuevo del convite. Veces varias

Baxo un humilde techo, y en faz misma
Del simple labrador todo encantado,
Del cortesano estrépito en huyda,
Y en busca solamente de sí proprio,
Del diadema depuesto alegre habia
El magestuoso fausto y fiero orgullo.

La turbacion ruidosa difundida
Por el Orbe Christiano, vasto asunto
Del coloquio mas útil ofrecia
Al huesped venerable y peregrinos.
El virtuoso Morné, que en la doctrina
Vivia de su secta imperturbable,
¡ Quan terribles apoyos suministra
De Calvino al error ! Dudoso HENRIQUE,
De su luz solo al cielo le suplica,
Que sus ojos ilustre un feliz rayo.
» En todos tiempos, dixo, combatida
» Entre febles y míseros mortales,
» Siempre de error cercada y de mentira,
» La divina Verdad se vió en la tierra.
» ¿ Fuerza será por tanto al alma mia,
» En Dios solo fundando su esperanza,
» De sendas, que hasta el mismo la dirijan,
» Vivir en la ignorancia tenebrosa,
» Que la humana razon jamas disipa ?
» Un Dios ¡ ha ! tan benéfico, y del hombre
» El Arbitro y Señor, ya del habria

» Servidose

» Servídose á este fin, si le pluguiera. »
» Adoremos, el Viejo les replica,
» Los designios de Dios. No le acusemos
» Por faltas de los hombres. Yo ví un dia
» De Calvino el error nacer en Francia.
» Humilde en sus principios; débil iba
» Arrastrando entre sombras. Desterrado,
» En nuestros muros sin sosten camina
» Por mil lóbregas vueltas y rodeos;
» Avanzandose astuto hácia sus miras
» Con un rastrero giro y lento paso;
» Y del seno del polvo y la inmundicia
» Atónitos mis ojos advirtieron
» Como su altiva frente se atrevia
» El hórrido fantasma á alzar osado;
» Como al trono abalanza, y sin medida
» Insultando á los hombres, nuestras aras
» Con planta á trastornar se arroja impía.
» Huyendo al punto entonces de la Córte,
» En esta obscura cueva la ignominia
» De mi sagrado culto á llorar vine.
» Plácidas esperanzas todavia
» Mis postrimeros años lisongean,
» Un culto tan moderno mal podria
» Ser de duranza eterna. De los hombres
» Al capricho su ser deudor se mira.
» Morir se le verá como ha nacido;

» Las obras de los hombres de la misma
» Fragilidad serán, que sus autores.
» A su supremo arbitrio Dios abisma
» Sus facciosas empresas. Él es solo
» El inmudable Ser. Mientras registra
» De unas sectas sin numero, la tierra;
» Las implacables guerras, que la agitan,
» Del Eterno á los pies en paz reposa
» La celestial Verdad, que no ilumina,
» Sino muy rara vez, al orgulloso,
» Y que solo por fin, podrá ser vista
» Del que de corazon la busque y ame.
» Escuchad, Gran Henrique. Dios me inspira.
» Ser quereis ilustrado. Habreis de serlo.
» Elegiros por fin mi Dios se digna
» Al trono de Valois. Su excelsa mano
» Por sangrientos combates premedita,
» Encaminar triunfante vuestra planta;
» Terrible á la Victoria su voz dicta,
» Que las sendas os abra de la Gloria
» De laureles ornandolas y olivas.
» Mas no ignoreis tambien, sabed, que entanto
» Que á vuestro ciego espíritu, propicia
» La Verdad, de su luz que le ilumine
» Algun rayo benéfico no envia,
» De Paris por las puertas será en valde
» Que presumais entrar. Tened bien fixa

» La atencion, sobre todo, en preservaros
» De la comun flaqueza, en que se abisman
» Aun las mas grandes almas. Atractivos
» Hechizeros huid, huid insidias
» Del mas dulce veneno. Precaveos,
» Y de vuestras pasiones enemigas
» Habed tan solo miedo, Gran Henrique,
» Sabed al ocio blando y las delicias
» Resistir con vigor, y al amor mismo
» Combatir y vencer. Allá algun dia,
» Quando de tal valor, de virtud tanta
» Por una fuerza heroica y divina,
« Gloriosa y felizmente ya llegareis,
» A triunfar de vos mismo y de la Liga;
» Quando en un sitio horrible, cuya fama
» La mas remota edad oiga afligida,
» Todo un inmenso pueblo confundido,
» Por vuestros beneficios solo exista;
» De vuestro Estado entonces las desgracias,
» Las funestas miserias que lo atristan,
» Acabadas vereis. De vuestros padres
» Al Dios entonces vuestra fé rendida
» Los ojos alzará, y verá entonces,
» Quan bien, quan dignamente en el confia
» Un sano corazon. Partid Henrique;
» A Dios, y no dudeis, que él os asista;
» El virtuoso varon, que le asemeja,

» De su apoyo seguro es justo viva. »

Dardos fueran de fuego estas palabras,
Que del sensible HENRIQUE el alma herian,
Hasta su noble fondo penetrando.
Transportado, creíase al oirlas,
A aquella edad del mundo tan dichosa,
En que al hombre mortal la Deidad misma
Con su palabra honrara, y prodigando
Prodigios, la virtud simple y sencilla
A los Reyes magníficos mandaba,
Sus oráculos santos profería.
Llegando al cabo el hora, en que era fuerza,
Que ya del justo Anciano se despida,
Con dolor estrechandole en los brazos
De sus ojos las lagrimas corrían.
Desde aquellos instantes, ya entreviera
De un dia, cuyo sol aun no divisa,
El precursor lucero. Sorprendido,
Mas no tocado aún Morné partía:
Al Arbitro supremo de estas gracias
Del pluguiera ocultarse. Vana estima
En la tierra de sabio el nombre diera
Al que, de mil virtudes con mancilla,
Hiciera del error su amado fuerte.
En tanto que el buen Viejo asi platica
De Dios iluminado, disponiendo
El corazon del PRINCIPE, sumisa

Del viento la violencia á su voz calma.
De nuevo se aparece el sol, y brilla,
Sosieganse las ondas, y bien presto
Conducido Borbon á las orillas,
Parte el Héroe volando por las aguas
De la soberbia Albion á sus marinas.
  Quando en medio del mar de la Inglaterra,
Aquel flotante Imperio Henrique avista,
La rápida mudanza venturosa
Reflexîvo contempla, atento admira
De tan ilustre Estado y tan potente,
En que la accion violenta y desmedida
De tantas sabias leyes, y el abuso
Que la licencia eterno hacer solía,
Harto tiempo del Príncipe y vasallo
Labráran la reciproca desdicha.
Sobre el sangriento teatro, en que cien héroes
Catástrofe tan triste hallado habian;
Sobre el solio fatal resvaladizo,
Del que, de cien Monarcas abatida
La magestad augusta ya se viera,
Una muger, al fin, el cetro afirma;
Y á sus pies los destinos sujetando,
Nuestro sexô confunde; y ya la rica
Brillantez de su reyno al mundo entero
Sirve de admiracion, terror y envidia.
Era aquella Isabel singular hembra,

De su esfera y su sexô maravilla,
Cuyos sabios manejos, de la Europa
Inclinar á su arbitrio conseguían
De la balanza el fiel. La que al Britano
De indomita cerviz, que no podia
Servir ni vivir libre, al fin su yugo
Llevar, y aun amar hizo. Grato olvida
Baxo su sagaz mando el Ingles Pueblo
Pérdidas, que jamas sufrir creeria.
Sus fecundos rebaños, sus llanuras
Sus montañas y bosques ya cubrían;
De la Esfera los mares, sus baxeles;
Y sus copiosas mieses, las campiñas.
Monarca es en la mar, temido en tierra;
Sus flotas imperiosas, que esclavizan
Por dó quier á Neptuno, la fortuna
Del uno al otro polo se atraían.
Londres, bárbara un tiempo, centro es culto
De las útiles artes en el dia.
De las Gentes del mundo mas remotas
Con frequencia sus plazas concurridas,
Emporio es á Mercurio, á Marte templo.
Los muros de Weinmister domicilian
Tres distintos poderes, que del lazo
Que los une entre sí, los tres se admiran.
Diputados del Pueblo, Rey y Grandes,
A quienes intereses dividían

Y reunía la ley. Los tres sagrados,
Y miembros inviolables, que organizan
Su invicta Institucion, tan peligrosa
Así misma tal véz, y á sus vecinas
De tanta alarma siempre, y tan terrible.
Feliz, mientras el Pueblo en la medida
De su deber instruido y limitado,
Al Supremo Poder respetos rinda
Qnantos le debe fiél; y aun mas dichosa,
Quando al Pueblo tambien á su véz rijan
Reyes justos, políticos y dulces,
Que acaten quanto deben, y no opriman
Su Libertad civil ¡ Ha! quando quando,
Asi exclamó Borbon, quando podrian
Unir como vosotros los Franceses
La gloria con la páz ! ¡ Testas altivas,
Príncipes de la Europa, quanto exemplo
Teneis aquí patente á vuestra vista!
Las puertas de la guerra en sus Estados
Una muger cerrando, la paz fixa;
En tanto, que á los vuestros, con desdoro
Del pecho varónil que los domina,
El horror y discordia relegando,
De un pueblo que la adora, hace la dicha.
Va entretanto arribando, y tierra toma
En la inmensa Metrópoli, dó brilla,
Y por dó quiera reyna la abundancia,

Que de la libertad tan solo es hija.
Del Vencedor aquí de los Ingleses
La célebre y antigua torre mira,
Y allí mas á lo lejos de la Reyna
El alcazar augusto yá registra.
De su amigo Morné solo seguido,
A encontrar á Isabela se encamina,
Sin nada de aquel fausto y pompa vana,
Que encanta en su interior la fantasía
De los Grandes, por grandes que ser puedan;
Mas que héroes verdaderos no codician,
Antes desdeñan siempre. BORBON habla;
Y en sola su franqueza el fondo cifra
De su eloqüencia toda. De la Francia
Las cuitas en secreto á Isabel fía:
Y si es, que de su patria en fiel obsequio,
Su corazon y lengua al ruego humilla,
Su elevacion aun tiempo y su grandeza
En la sumision misma descubría.
« ¡ Pues que! ¿ á Valois servis? » la Reyna dice
« ¿ Es Valois, le repite sorprendida
» Quien á BORBON envia, quien le manda
» Del Támesis venir á las orillas?
» Que! ¿ De sus implacables enemigos
» Tornado en protector, por ellos lidia,
» Y con tanta eficacia HENRIQUE viene,
» A emplear hoy sus ruegos y fatigas

» Por el Príncipe aquel, que aun ayer mismo
» Perseguirle de muerte parecia?
» Aun desde las riberas del poniente
» Hasta las puertas de la aurora, grita
» De vuestros largos choques y discordias
» La voladora fama peregrina;
» ¡ Y en favor de Valois armada veo
» Esa mano, esa mano dél temida
» Tan repetidas veces! »..... Sus desgracias
» Sofocaron ¡ ó Reyna! le replica,
» Nuestros antiguos odios. No era libre
» Valois; se hallaba esclavo. Ya en el dia
» Sus cadenas rompió. Otro su estado,
» Otra fuera su gloria, otra su dicha
» Si siempre de mi fé mas bien seguro,
» Otro arriesgado apoyo y otras ligas
» Que su valor y el mio no buscase;
» Pero usó de artificio é hipocresía:
» Por flaqueza y temor fué mi enemigo:
» Mas, en fin, de sus riesgos á la vista
» Sus faltas se me olvidan y mi injuria.
» Le hé vencido, Señora, é ya de prisa
» A vengarle tan solo corro ahora.
» Vuestra bondad, Gran Reyna, bien podría
» En tan alta querella, en lid tan justa,
» Labrar un nombre eterno á la Gran Isla,
» Y á un tiempo coronar vuestras virtudes,

» Si de nuestros derechos grata auxilia
» Vuestra potente mano la defensa,
» Y conmigo vengar tal vez se digna
» Esta de los Monarcas comun causa. »
Con impaciencia entonces la heroína,
Que la historia le cuente, pide á HENRIQUE
De tanta turbacion como afligía,
Y la Francia asolaba. Los resortes,
El encadenamiento y las intrigas,
Que en el triste Paris causar pudieran
Tanta revolucion, saber quería;
Y á este fin, su palabra dirigiendo
Al augusto Enviado, así le invita:
« Ya con freqüencia ¡ PRINCIPE ! la fama
» Voladora y parlante me tenía,
» De esos sangrientos lanzes é infortunios
» Dada muy de antemano la noticia;
» Pero en su ligereza, siendo siempre
» Tan necia é infiel su lengua, que prodiga
» Con la verdad mil veces el engaño,
» Sus vagas relaciones de fé indignas
» Desechado hube siempre. Vos HENRIQUE,
» Que de tan prolongadas, fieras lidias
» Célebre parte fuisteis y testigo;
» Y vos, que de Valois la alternativa
» De apoyo, ó vencedor seguisteis siempre,
» Explicadme ese nudo, que yá os liga:

» Tan extrema mudanza descifradme.
» Vòs tan solo BORBON soys, quien podría
» De vos mismo tratar de un digno modo.
» Vuestras faustas proezas y desdichas
» Que me pinteis, os ruego, y creed HENRIQUE,
» Que es leccion de los Reyes vuestra vida.»
« ¡ Ha! replica BORBON ¿ y será fuerza
» Que vuelva á renovar la lengua mia
« De dias tan funestos y menguados
» La infanda narracion, la atroz herida?
» Pluguiese al Cielo ayrado, ilustre Reyna,
» Al Cielo, que testigo de allá arriba
» De mi acerbo dolor fué veces tantas,
» Que de un eterno olvido la cortina
» Para siempre escondiese á nuestros ojos
» Quadros de tanto horror ¿ Porque me obliga
» Vuestra bondad, Princesa, á que mi labio,
» De Reyes de la sangre que me anima,
» Cuente el furor y afrenta? Se estremece
» Mi corazon aún, quando se excita
» Su recuerdo cruél: mas lo mandasteis;
» A obedeceros voy. Quizá sabría
» De algun otro la astucia, al daros cuenta,
» Sus enormes delitos, sus perfidias
» Disfrazaros aún. Con labio diestro
» Aun tal vez sus flaquezas cubriría;

» Pero en mi franco pecho al artificio,
» A la doble cautela no hay cabida.
» Oid, Señora, pues. Es el soldado,
» Mas que el Embaxádor, el que se explica. »

FIN DEL CANTO PRIMERO.

CANTO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Henrique el Grande cuenta á la Reyna Isabel la historia de las desgracias de la Francia. Se remonta hasta el origen de ellas, y entra en el detalle de la carnicería executada la noche de San Bartolomé.

« De males el exceso, á que la Francia
» Entregada se mira, horrible es, Reyna:
» Y horrible tanto mas, quanto es sagrada
» Su fuente comunal. Zelo inhumano,
» Furor de Religion fué, quien la daga
» En la mano libró del Frances Pueblo.
» Entre Ginebra y Roma jamas nada
» Decidir osaré; mas por divinos
» Que los renombres sean, á que á entrambas,
» De uno y otro partido los sequaces
» Con extremos hipérboles exâltan,
» Yo, no obstante, el furor, yo el sutil dolo
» Ví que á los dos denigran y difaman.
» Si del error es hija la perfidia,
» Si entre las controversias, que desgarran

» Y la Europa sumergen, las trayciones;
» Los aleves puñales, las cabálas
» Infame sello son, que la mentira
» Tan cruél, como pérfida contrastan,
» Ambos partidos pérfidos y crueles,
» Iguales en los crimenes y manchas,
» Dél ominoso error entre tinieblas
» Ambos, al parecer, iguales andan. (1)
» Frances, Soldado y Rey, solo adoptando
» Del trono la defensa y de la patria,
» Su venganza dexando al Cielo solo,
» Nunca se habrá notado, que violada
» De mi poder legítimo la línea,
» Con una mano osase temeraria
« Profanar del levita el incensario.
» Perezca para siempre, sí, mal haya
» La perversa política, que intenta
» Un despótico imperio sobre el alma:
» Que racionales pechos solicíta
» Convencer, por la fuerza de las armas:
» Que de herética sangre, los altares
» De un culto dulce y puro, feroz mancha;
» Y de intereses sórdidos del mundo,
» O frenesí fanático guiada,
» De paz á un Dios benigno, solo sangre,
» Solo homicidios bárbaros consagra.
» Pluguiera á este Dios mismo Omnipotente,

» Cuya ley busco yo, que así pensara
» La Corte de Valois; pero á ambos Guisas, (1)
» Los escrúpulos mios no embarazan.
» De esos Xefes de un crédulo Gentio
» La profunda ambicion, sagaz disfraza
» Su profano interes con el del Cielo.
» Cae un furioso pueblo en su vil malla,
» Y contra mí, los pérfidos, el odio
» De su cruél piedad concitan y arman.
» Yo ví correr por zelo á degollarse,
» Volar ví mis patriotas con la llama
» Al combate empuñada y al incendio,
» Por vanos argumentos que no alcanzan.
» Vos conoceis el Pueblo, ilustre Reyna;
» Qual es sabeis su arrojo, qual su audacia,
» Desde el terrible punto, en que le imbuyen,
» Y á persuadirse llega, que es la causa
» Del ultrajado Cielo la que venga.
» De la fé con la venda densa y sacra
» Ceñidos ya sus ojos, desde entonces,
» De la obediencia rompe el freno y valla.
» De vos, Gran Isabel, estas verdades
» Conocidas muy bien, bien meditadas,
» Vuestra sabia cautela de antemano
» Oportuno remedio al mal prepara,
» Prontamente ahogándole en su cuna.
» La tempestad, apenas fue formada

» En los Estados vuestros : la previera
» Vuestro espíritu próvido , y la calman
» Vuestras prendas , por fin , vuestros talentos;
» El fruto ya gozais de virtud tanta.
» Vos , Señora , reynais. Londres es libre ;
» Y vuestras leyes florecientes campan.
» Rumbos siguió la Médicis diversos. (2)
» De narracion tan mísera tocada
» Mandaréisme , tal vez , que un fiel retrato
» Del cáracter de Médicis os haga.
» Oidlo ya de un labio , ingenuo al ménos :
» Muchos , Reyna , de Médicis parlaban ;
» Pocos empero bien la conocieran :
» Sondaron pocos bien las ensenadas ,
» Los obscuros secretos y repliegues
» De sus hondas maléficas entrañas.
» Yo , que de quatro lustros por espacio ,
» De sus hijos criado en Córtes varias ,
» Baxo sus mismos pies , por tanto tiempo
» Ir formándose hé visto las borrascas ,
» Con demasiado riesgo á conocerla
» Aprendido hé , por fin , y á descifrarla.
» La aventurera muerte de su esposo ,
» Que de su edad la flor segó temprana ,
» Dexó precipitado y libre curso
» A toda su ambicion , y sujetada
» De sus hijos , el uno en pos del otro ,

» La

» La regia educacion á su tirana
» Tutelar dictadura, al que sin ella
» El cetro ya empuñar, reynar osaba;
» Desde aquel mismo instante le persigue;
» Por odioso enemigo le declara.
» Al rededor del solio de discordias
» Derramando y de envidias la zizaña;
» Oponiendo incesante y harto astuta
» A los Condés los Guisas, Francia á Francia;
» Con sus mismos contrarios mas discordes
» Pronta siempre á ligarse, y en mudanza
» De enemigos perpetua, de rivales,
» De intereses, de bandos y de causas;
» Del deleyte y placer, si bien no tanto (3)
» Como de la ambicion sensüal esclava,
» Y para colmo, ádmás, supersticiosa, (4)
» Y á su culto tambien mil veces falsa;
» La Médicis, Señora, por decirlo
» Sin explicarme mas, en dos palabras;
» Poseía, por fin, del sexô propio
» Con muy poca virtud, todas las faltas...
» Se deslizó mi lengua. La franqueza
» Perdonadme, Gran Reyna. Computada
» No sois ya sobre todo en ese sexô.
» Dél no tiene Isabel mas que las gracias.
» El Cielo, que os formó porque supieseis
» Imperios dirigir, nos echa en cara

» A todos vuestro exemplo ; y en la lista
» Ya la Europa os admira numerada
» De los hombres mas célebres y grandes.
» De una imprevista suerte fiera saña,
» De Francisco segundo , con Henrique
» La reunion en la tumba executara.
» Francisco , niño feble , que de Guisa
» Los caprichos seguía y adoraba ;
» Jóven , cuyas virtudes , cuyos vicios
» Igualmente secretos , se ignoraban.
» Carlos , mas mozo aún , tan solo el nombre
» Poseía de Rey. Solo reynaba
» Médicis á plácer , y á su ley sola
» Todo se humilla yá , todo se espanta.
» En dexar su poder asegurado
» Bien presto su política afanada ,
» De un hijo , en demasía blando y dócil ,
» La infancia al parecer eternizaba.
» De la voraz Discordia por su mano
» En la Francia encendiendo la atroz hacha ,
» Con sangre , de su nuevo y duro imperio
» Los princípios la Médicis señala.
» De dos furiosas sectas enemigas ,
» La cólera y los zelos mueve y arma.
» Las campiñas de Dreux , que al viento vieron
» Sus funestas banderas desplegadas ,
» Primer teatro infausto , campo horrible

» De los trofeos fueron de sus tramas.
» En tan triste jornada, Montmoranci, (5)
» Caudillo que peynaba antiguas canas,
» Del luctuoso parage poco lejos,
» Dó el panteon de los Reyes se levanta;
» Alcanzado, por fin, y mal herido
» Del mortífero plomo, que arrojara
» Una guerrera mano, de cien años
» De marciales trabajos terminada
» Su carrera vió allí; y de Orleans cerca
» Fué asesinado Guisa. Por desgracia, (6)
» La vida de mi caro infeliz padre, (7)
» Siempre á la aleve Corte encadenada,
» Siempre, y á su pesar, sirviendo humilde
» A la cruél Catalina su tirana,
» Siempre sobrado feble, entre ignominias
» Su indecisa fortuna tras sí arrastra;
» Y siempre por su mano preparando
» Sus desdichas él propio y sus infamias;
» Ha combatido y muerto de sus mismos
» Fieros perseguidores por la causa.
» Condé, que tierno vástago me mira,
» Que de su hermano huérfano restara,
» Oficioso adoptandome, sirvióme
» De padre y de señor. De sus campañas
» El suelo fué mi cuna. Entre guerreros
» Allí criado, y en fatigas varias,

» De la Corte, á su exemplo, desdeñando
» Una indolencia obscura, á tantos grata;
» Y del verde laurél de amargo fruto
» Prefiriendo gozar la sombra clara,
» De juegos á mi infancia y de recreos,
» Sirvieron desde entonces sus batallas.
» ¡ O llanos de Jarnac ! ¡ ó en demasía
» Inhumana, alevosa y vil espada !
» Bárbaro Montesquiú, que de asesino, (8)
» Mas bien que de soldado nombre alcanzas !
» Condé, que moribundo, que cubierto
» De gloriosas heridas ya encontraras,
» De tu golpe cayó baxo la furia.
» Yo descargar lo vide. Yo segada
» Su vida hé visto allí.... ¡ ah !, que harto jóven,
» De flaco brio aún y estéril saña,
» No pudo ¡ ay Dios ! no pudo allí mi brazo,
» Ni prevenir su muerte, ni vengarla.
» El Cielo, protector de mi flaqueza,
» De héroes al zelo ardiente y vigilancia,
» Mi débil juventud, siempre piadoso,
» Confiar felizmente decretara;
» Y de Condé, por fin, sucesor digno,
» La defensa, Coliñi, al punto abraza (9)
» De mi persona á un tiempo y de mi bando.
» Yo se lo debo todo, sí. Tan grata
» Confesion de mi deuda, es bien forzosa;

» Pues si la Europa vé, si acaso alaba
» De virtud en mis hechos algun rasgo;
» Si esa Roma procáz, que me amenaza,
» Si aun esa Roma misma, muchas veces
» El mérito apreció de mis hazañas,
» ¡Vos sois, vos sombra ilustre, á quien lo debo.
» Crecí baxo sus ojos. Allí hallara
» Mi juvenil ardor por tiempo largo,
» De la guerra la escuela dura y brava.
» Él mismo, á cada paso, de los héroes,
» Con su exemplo el gran arte me enseñara
» Yo he visto á este guerrero encanecido
» En trabajosas lides y hechos de armas,
» Sobre sus fatigados nobles hombros,
» A una vez sostener con fuerza y calma,
» De la causa comun, contra la Reyna
» Y la fortuna infiel, toda la carga.
» En su bando querido, y del adverso
» No menos respetado, injurias agrias
» De la fortuna á veces soportando;
» Mas siempre, á su pesar, por su constancia
» Igualmente temido y peligroso;
» De destreza, por fin, no menos sabia
» Al mandar retiradas que combates;
» Y en sus mismas derrotas, harto infaustas,
» Mas grande, mas glorioso, y mas temible,
» Que Dunoá ó Gastón serlo lograran,

» En el triunfante curso de la dicha,
» Que coronó el suceso de sus armas.
» Al cabo de dos lustros yà cumplidos
» De prósperas empresas y desgracias,
» Médicis, que á ver torna renaciente
» Un partido, que crédula contaba
» Para siempre desecho, y cuyas tropas
» Ya de Francia los campos inundaban,
» De infructíferos triunfos y combates
» Dados en guerra abierta, al fin cansada,
» Por ultimo maquína, intenta aleve,
» Sin mas vanos esfuerzos en campaña,
» En el seno apacible de los pueblos,
» Y en su mísera sangre, sufocada
» De un golpe dexar yá la civil guerra.
» La Corte, desde entonces, de sus gracias
» Seductores halagos nos ofrece.
» De vencernos, por fin, desesperada,
» Engañarnos procura, y con propuestas
» De una paz lisongera nos aplaca;
» Mas ¡ que paz, justo Dios, á quien atesto!
» ¡ Quanta sangre, Gran Dios de las venganzas,
» Presto inundó, manchó su infausta oliva!
» ¿ Y será fuerza ¡ Cielos! que la raza
» De los supremos Xefes de los hombres,
» Del delito las sendas allanadas
« A sus súbditos dexe con su exemplo?

» Allá en su corazon fé le guardaba
» Coliñi á su Señor. Lagrimas tiernas
» De profundo dolor le cuesta Francia;
» Aun quando, á su pesar, por su bien solo
» En combatir Franceses se empleara.
» De este bien arrastrado, abraza, acepta,
» Y aun la ocasion previene, que ostentaba
» Asegurar propicia del Estado
» La concordia comun tan suspirada.
» En el pecho del héroe, raras veces
» Halla abrigo la vil desconfianza.
» Coliñi, entre alevosos enemigos,
» De una seguridad sobrado incauta
» Conducido por fin, á Paris viene,
» Y allí fixa su fúnebre morada.
» Del Luvre á un tiempo mismo allá hasta el fondo
» Mis pasos dirigió. Médicis falsa,
» Recíbeme llorando entre sus brazos;
» Ternezas me prodiga, me agasaja
» Qual madre largo tiempo, y á Coliñi
» La mas fina amistad le protestaba.
» Que á lo adelante quiere por su sabio
» Consejo gobernarse, le declara;
» Cólmale de favores, y á sublimes
» Dignidades sus meritos exâlta.
» Muestra á los mios todos, deslumbrados
» De dulces lisongeras esperanzas,

» Fascinantes y astutas apariencias
» De las gracias del Rey mas señaladas.
» Esperábamos ¡ ha ! creído hubimos ,
» Gozar de ellas en paz , edad mas larga.
» Sospecharon no pocos la perfidia
» De estos presentes , sí. Se recordaran
» Quan temible era el don del enemigo ;
» Mas siempre á sus recelos igualaban
» Del Rey los artificios. Poco hacía ,
» Que de un secreto obscuro allá á la capa ,
» Al perjúrio , la Médicis , y al fraude
» Iba el hijo formando. Preparaba
» A crimenes atroces de aquel jóven
» El fácil corazon , y por desgracia ,
» El Príncipe infeliz , á sus lecciones
» Dócil en demasía , y á observarlas
» Por su genio feroz harto excitado ,
» En su culpable escuela aprovechaba ,
» Y excesivos progresos consiguiera.
» Porque á un misterio vil de horrible cara ,
» Hermoso y noble velo astuto echase ,
» Su hermana me concede , y yá me llama
» Su hermano ¡ O' falso nombre , y quan funesta
» Ha sido tu ilusion , tu fé quan vana !
» O himenéo fatál , primer presagio
» De nuestros males todos ! Turbias llamas
» De tu antorcha , soplada y encendida

» Del Cielo por las iras, de mi amada,
» De mi infelice madre ¡ ó amarga pena! (10)
» A estos mis propios ojos alumbraban
» La tumba funeral. Ligero, injusto
» No intento ser, Señora, en esta causa.
» Yo de imputar no acabo á Catalina,
» De mi madre la muerte acelerada.
» Su misteriosa muerte, no pretendo
» Sin mas pruebas cargarle. Talvez, varias
» De legales indicios de mí aparto.
» Es bien inutil ¡ Reyna! es excusada
» La pena de buscar á Catalina,
» Mas numero de crímenes y faltas.
» Murió, Señora, al fin, murió mi madre....
» Perdonadme unas lágrimas, que arranca
» A mi dolor, tan tierno y fiel recuerdo.
» Todo se apresta en tanto. Ya es llegada
» Del desenlace cruél la fatal hora,
» Que Médicis muy ántes reservara.
» A favor de las sombras de la noche,
» Sin estrépito fué la seña dada.
» De aquel mes, de memoria á Francia horrenda
» La nuncio desigual que retirara
» A la tierra de espanto, parecía,
» De su manchada faz la luz plateada.
» Del reposo en los brazos dulcemente
» El incauto Coliñi se enervaba,

» Y un sueño engañador, de adormidera
» Sus órganos con flores recargara.
» Mas de alaridos, pronto, un rudo estruendo
» Interumpió, turbó tan dulce calma,
» Y á arrancar vino de ella sus sentidos.
» Arrójanle del lecho las alarmas.
» Escucha; observa atento, y por dó quiera,
» Solo mira asesinos, que con rabia,
» Que con paso veloz todo lo corren.
» Brillando vé mil teas y mil armas.
» Arder vé su palacio: un pueblo inmenso
» Vagando vé entre undosas asonadas:
» Sangrientos sus sirvientes ahogarse
» Mira entre fuego y humo: en cruél matanza
» Verdugos de tropel vé encarnizados;
» Y en voz alta gritando « perdonada
» Una vida no sea, que es Dios mismo,
» La Médicis y el Rey, quienes lo mandan. »
» Resonar de Coliñi el nombre siente;
» Y allá al joven Teliñi, á una distancia,
» Divisa al mismo tiempo; aquel Teliñi, (11)
» A quien la mano fiel de su hija cara
» Amor librara en premio; aquel Teliñi,
» Honor el mas precioso de su casa,
» Y de su bando todo, á un tiempo mismo,
» El lisongero apoyo y la esperanza;
» A quien, todo sangriento y desgarrado,

» Los asesinos bárbaros arrastran ,
» Y al amoroso padre , en tanta augustia ,
» Su socorro pidiéndole y venganza ;
» Ensangrentados brazos le tendía.

» Mas el héroe infelíz , inerme se halla ;
» Y en tan duro conflicto contemplando ,
» Que es fuerza perecer , sin que alcanzara
» Dignamente vengarse , quiere al ménos
» Morir como viviera , siempre intactas
» Su gloria y su virtud. Ya numerosa
» Cohorte de asesinos amenaza
» Romper con insolente tropelía ,
» Las puertas del salon que le encerraba.
» Él mismo se las abre. Se presenta ;
» Y sobre todos tiende unas miradas
» De tanta calma llenas , y con frente
» No menos magestuosa y sosegada ,
» Que quando , allá algun dia , en los combates
» Dueño de su valor , con dócil saña ,
» O el deguello , benigno detenía ,
» O con rigor guerrero apresurába.

» A su ayre venerable y fáz augusta ,
» Sorprendida de súbito , y cambiada
» En confusion no ménos que en respeto ,
» De aquellos carnicéros la arrogancia ,
» Por una fuerza oculta suspendieron
» Inmóviles sus pasos y su rabia.

» ¡ Camarádas ! les dice ? que os detiene ?
» Vuestra obra dexad presto acabada ;
» Y con la yerta sangre de mis venas ;
» Manchad , inexôrables , estas canas ,
» Que en la larga carrera de ocho lustros ,
» La suerte respetó de las batallas.
» Vuestra mision cumplid. Vuestros acéros
» Descargad ; herid ya. No temais nada.
» Coliñi os lo perdona. Poco importa ,
» Léve cosa es mi vida. A vuestra saña
» La abandono. Perderla mas quisiera
» Por vosotros lidiando en las campañas.
» A estas razones , los sangrientos tigres
» Caen atolondrados á sus plantas.
» Del uno , aquí , el espanto soltar hace
» El puñal , que á su pecho ya tocaba.
» Allí , postrado en tierra , los pies otro
» De Coliñi abrazando , en llanto baña.
» Y rodeado en tal lance aquél gran hombre ,
» De una banda confusa y humilláda
» De sus mismos brutales enemigos ,
» A un poderoso Rey se asemejába ,
» De su pueblo querido y adorado.
« Pero el malvado Besma , que aguardara (12)
» En el patio su víctima , impaciente
» De que tal lentitud le dilataba
» Su meditado crimen , indignado ,

» Sube, corre afanoso, y la tardanza
» Del alevoso golpe resolviendo
» Remediar por su mano, á los pies halla
» De aquel héroe, sus propios asesinos
» Temblando y consternados. En tan blanda
» Tan patética escena, á Besma solo,
» Al inhumano solo no embargaban
» Sentimientos de lástima, á que siempre
» Su pecho inaccesible se mostrara;
» Desagradar creyendo con un crímen
» De alta traycion á Médicis, si su alma,
» De algun remordimiento, el mas liviano,
» Sorprendida en tal caso se notara.
» Por entre los soldados pasa, corre
» Hácia el bravo Coliñi, que le aguarda
» Con sereno semblante; y de repente,
» El furibundo monstruo con su daga
» Le atraviesa, desviando dél la vista,
» Llevado del temor, de que una ojeada
» De aquel augusto rostro, su vil brazo
» Estremecer hiciese, y su villana,
» Su selvage fiereza congelase.
» Tal del hombre mas grande de la Francia,
» La funesta catástrofe á ser vino.
» Con sevicia feroz, con ciega rabia,
» Despues que yá por tierra yace yerto,
» Aun le insultan impíos y le arrastran.

» De heridas traspasado su cadaver,
» Sin comun sepultura le colgaran,
» De los voraces buytres por vil pasto.
» Su cabeza á la Médicis regalan
» Y á sus plantas ofrecen, qual troféo
» Digno de la impiedad de sus entrañas,
» Y del índole fiera de un Rey hijo,
» Que por desgracia en ellas se formara.
» Con tan fria indolencia la recibe,
» Que no gozar la pérfida indicaba
» De su aleve venganza el fruto iniqüo.
» Como de largo tiempo acostumbrada
» A presentes iguales, yá sin gustos,
» Yá sin remordimientos, dominara
» Las impresiones todas del sentido,
» Que afligirla pudieran, ó turbarla.
» ¿ Quien podria fielmente los estragos,
» Cuya imagen tristísima ostentaba
» Aquella noche atroz, decir bastante?
» La muerte de Coliñi aunque harto infausta
» Primicia de horror tanto, ensayo débil
» De sus crueldades era y sus venganzas.
» De un pueblo de asesinos, ya sin freno,
» La vil haz en matar encarnizada
» Por deber y por zelo, allí corría
» Mortal hierro blandiendo, y vivas brasas
» De furor fulminando de sus ojos,

» Por rimas de cadáveres, formadas
» De sangrientos hermanos, con pie impío
» Los verdugos, trepando, caminaban.
» Guisa estaba á su frente. Guisa, hirviendo
» De cólera, con sangre que derrama
» De quantos encontraba de los mios,
» De su padre los mánes aplacaba.
» Nevers, Gondí, Tavanne, por su parte, (13)
» Sus dagas empuñando, ardor mas daban
» De su inhumano zelo en los transportes;
» Y llevando delante pregonda
» La lista de sus crímenes, conducen
» A la muerte, y sus víctimas marcaban.
» Pintaros no pretendo, ilustre Reyna,
» Los raudales de sangre, que arroyaba,
» El tumulto, los gritos, los gemidos,
» Los horrores, las muertes y las llamas,
» Que del triste Paris, por todos lados,
» Se vieron en tal noche. Asesinada
» La hija de su madre sobre el cuerpo;
» Baxo el del hijo, el padre que espiraba;
» Al lado del hermano, boquéando
» Aún caliente el cádaver de la hermana;
» Esposos abrazados, baxo el techo
» Del desplomado hogar agonizaban;
» Desde las altas torres y azotéas,
» Sobre la dura piedra ensangrentada

» Estrellados ¡ que horror ! niños de cuna....
» Del odio humano, sí, de su cruél saña
» Tanto es lo que esperarse puede y debe.
» Mas lo que no podrán sin repugnancia
» Creer los venideros, lo que apenas
» Aun ahora vos misma, en mi palabra,
» Podreis creer, Señora, es, que los monstruos;
» Ferozmente sedientos en su rabia,
» Cebandose insaciables á porfía
» En la mísera y triste sangre humana,
» Que á derramar concita en todas partes
» La voz del sacerdote sanguinaria;
» Al Señor invocaban fervorosos,
» Mientras que sus hermanos degollaban,
» Y con mano alevosa y parricída,
» En sangre de inocentes tan manchada,
» Esta ofrenda, este incienso abominable,
» Consagrar en su altar á Dios osaban.
» ¡ Quantos héroes embueltos allí fuéron
» En las lúgubres sombras de la parca !
» Renel, y Pardellán, allí baxáron (14)
» A habitar de los muertos las estancias.
» Allí, tú, pereciste ¡ bravo Guerchi ! (15)
» Y tú ¡ Lavarden sabio de mas larga (16)
» Y mas próspera vida y suerte digno !
» Entre tanto infeliz, víctima tanta,
» Que noche tan sangrienta en los horrores

» De

» De una eterna dexado há sepultada ;
» Subissa , y Marsillac , ambos proscritos (17)
» De su vida los dias con audacia
» Aun defender supiéran tiempo largo ;
» Mas sangrientas , al fin , acribilladas ,
» Yá respirando apenas , y á empellones ,
» Sus personas acosan , las arrastran
» Del Luvre abominable hasta las puertas ,
» Y del palacio odioso las entradas
» Con su sangre regando , en vano imploran
» Un Rey cuya traycion les inmolára.
» Tempestad tan horrenda de la altura
» Del palacio excitando , contemplaba
» A su sabor la Médicis su fiesta.
» De diversion curiosa con miradas ,
» Sus dignos é inhumanos favoritos ,
» De sangre ven las olas ; que resaltan ,
» Que á sus ojos bulliendo aun humo elevan ;
» Y de todo París , envuelto en llamas ,
» Los míseros despojos y ruynas ,
» Á estos héroes triunfal pompa labraban.
» ¿ Pero que digo ? ¡ ó crimen ! ¡ ó verguenza !
» ¡ O de los males nuestros estremada ,
» Fiera y nefanda suerte ! El Rey , Señora , (18)
» Él mismo , entre verdugos se mezclaba ,
» Y el tropel persiguiendo fugitivo
» De míseros proscritos , torpe mancha ,

» De sus propios vasallos en la sangre ;
» Una mano á guardarla consagrada.
» Y ese mismo Valois , á quien hoy sirvo ,
» Ese Rey , que hoy , Señora , vuestra gracia
» Implora por mi labio , parte habiendo
» De su bárbaro hermano en unas tramas
» Tan negramente aleves y afrentosas ,
» Su cólera excitaba á la venganza ;
» No porque de Valois impías fuesen ,
» A pesar de hechos tales , las entrañas :
» En sangre rara vez tiñió su mano ;
» Mas exemplos del crimen le sitiaran
» En su primera edad. Su crueldad misma ,
» De flaqueza de espíritu no pasa.

» Entre la multitud de asesinados ,
» Algunos el furor burlar lograran
» Del asesino acero. Prodigiosa ,
» Célebre será siempre , y trasladada
» A la futura edad de labio en labio ,
» De Comont , tierno niño , la mas rara (19)
» Favorable aventura. Su buen padre ,
» Que el peso de los años abismaba ,
» Entregárase al sueño , y á su lado
» Dos tiernos caros hijos acostara.
» Un solo comun lecho , aquella noche ,
» Al padre y ambos hijos cobijaba.
» Fogosos matadores foragidos ,

» A quienes cruél cólera cegara ;
» Sobre ellos velozmente descargaron
» Un granizo feroz de puñaladas.
» Por el lecho al azár la muerte vuela.
» En sus potentes manos solo guarda
» La suerte de los hombres el Eterno :
» Él sobre nuestros dias , si le agrada ,
» Velar sabe ; al momento en que las furias
» Del sangriento homicida ciegas andan.
» Ningun golpe á Comónt hiere ni toca.
» Un invisible brazo le amparaba
» En su defensa armado , y de las iras
» De tanto matador libra su infancia.
» A su lado su padre moribundo
» Y de heridas cubierto , le tapaba
» Con su cuerpo , espirando , todo entero ;
» Y del Rey y del Pueblo asi engañada
» La bárbara crueldad , á su hijo ha dado
» Segunda vez la vida con su maña.
» ¿ Y que hacía , que hacía yo en momentos
» De tanto horror colmados y desgracia ?
» De juramentos ¡ ha ! los mas solemnes
» Por demas entregado á la fé santa ,
» Del Luvre allá en el fondo descansando ,
» Muy distante del ruido de las armas ,
» Aun del dulce reposo mis sentidos

» Los encantos pacíficos gozaban.
» ¡ O sueño el mas funesto ! ¡ O noche horrenda !
» Lúgubres aparatos de la parca ,
» Al despertar mis ojos perturbaron.
» Mis mas caros domésticos , se hallaban
» Asenisados yá. Por todos lados ,
» Mis pórticos la sangre ya inundaba ;
» Y mis ojos abrí , para ver solo
» Mis míseros sirvientes , que acababan
» De ser bárbaramente degollados ,
» Tendidos sobre el mármol de su estancia.
» Los sangrientos verdugos , ya se acercan
» A mi lecho furiosos ; ya se avanzan.
» Sus parricidas manos , atrevidos ,
» Contra mi pecho y cuello ya levantan.
» Ya el momento llegara , en que debía
» Mi suerte terminar ; ya presentara
» Mi cabeza al cuchillo ; ya la muerte
» Resignado por puntos esperaba ;
» Quando , ó fuese tal vez porque el respeto ,
» Que de antiguo á la sangre tributaran
» De mis régios abuelos , sus Señores ,
» A mi favor entonces aun hablara
» De aquellos alevosos asesinos
» Al brutal corazón , ó que la rabia
» Ingeniosa de Médicis , por dulce

» Para mí por demás consideraba
» Una rápida muerte ; ó porque un puerto
» En tanta tempestad se reservara ,
» Guardándome por rehenes la prudencia
» De su sagaz furor , yo preservadas
» Para nuevos reveses ví mis horas ;
» Pues mi muerte cambíar Médicis manda
» Mas que la muerte duras , en cadenas.
» Con suerte , á la verdad , menos amarga
» Y de envidia mas digna , aquella noche ,
» Espirando Coliñi , al menos , nada
» En ella mas perdiera , que la vida.
» Su libertad y gloria inmaculadas ,
» Le han seguido al sepulcro... Vos , Señora ,
» Vos , os estremeceis á tan ingrata
» Bárbara narracion. Horrores tantos
» Os sorprenden , sin duda , y os espantan.
» Hasta aquí , sin embargo , solo oísteis
» De ellos la menor parte. Se pénsara ,
» Que del Luvre fatal desde las torres ,
» La seña Catalina diera infausta (20)
» Aquella propia noche al Reyno entero.
» Todo imita á Paris. La muerte asalta ,
» Sin resistencia cubre á un tiempo mismo ;
» La vasta superficie de la Francia.
» Quando un Rey quiere el crímen, ya lo impera

» Y obedecido es harto. Su cruel saña ;
» Por cien mil asesinos fue servida ;
» Y las sangrientas enturbiadas aguas
» De los rios de Francia, al mar pasmado,
» Solamente cadáveres rastraban. »

FIN DEL CANTO SEGUNDO.

CANTO TERCERO.

ARGUMENTO.

Continua el HÉROE *la historia de las guerras civiles de Francia. Funesta muerte de Carlos IX. Reynado de Henrique III. Su caractér. El del famoso Duque de Guisa, conocido por el apodo de* Balafré. *Batalla de Cutrás. Asesinato del Duque de Guisa. Extremos á que se vió reducido Henrique III. Mayena Xefe de la Liga. De Omala su Héroe. Reconciliacion de Henrique III con* HENRIQUE *Rey de Navarra. Socorros prometidos por la Reyna Isabel. Su respuesta á* HENRIQUE DE BORBON.

« Quando fúnebres dias se cumplieran,
» En que á tanta crueldad, del hado impío
» Libre curso el decreto permitiera;
» Y de asesinas turbas, fatigadas
» De incendios y homicidios, á la fiera,
» Yá embotada cuchilla del deguello,
» Mas inocentes víctimas no restan;
» El obcecado pueblo, cuyo brazo
» Con bárbara impiedad armó la Reyna,
» Abre por fin los ojos; y el fiel lienzo

» Hace de sus delitos, que suceda
» Facilmente su lástima á sus iras.
» De la Patria el clamor hiere su oreja;
» Y bien presto de horror el mismo Carlos
» Sobrecogido todo, se sublevan
» Allá en su corazon remordimientos,
» Que áspides lo devóran y envenenan.
» Del Rey la educacion, aunque infelice,
» Aunque á él mismo, y sus pueblos tan funesta,
» En sus primeros años de su genio
» El nativo caracter corrompiera:
» Nunca en él, sin embargo, sufocára
» Aquella voz del Cielo y la conciencia,
» Que sobre el solio mismo logra oirse,
» Y á los Reyes espanta y atormenta.
» Y si bien, torpes maxîmas y exemplos
» De su madre nutriéranle en la escuela,
» Todavía en los crímenes y vicios
» Su corazon no estaba, qual el de ella,
» Irreparablemente empedernido.
» De sus mejores dias la flor llégan
» A marchitar tristezas y pesares,
» Y mortal languidez su aliento abrevia.
» El formidable Dios de las venganzas,
» Desplegando, por fin, la mas severa,
» A este Rey moribundo, de su enojo
» Con patentes y horribles marcas sella;

» Aterrar meditando, en su escarmiento,
» Qualquiera que en pos dél, osado fuera
» Por sus huellas marchar. Víle espirando;
» Y su asombrosa imagen aun creyera
» Delante aquí tener de estos mis ojos,
» Que el recuerdo enternece de su pena.
» A gruesos borbotones, por los poros
» De su cuerpo, la sangre de las venas
» Lanzándose copiosa, la francesa,
» Que con tanta impiedad el rigor fiero
» De sus atroces órdenes vertiera,
» Parecía querer dejar vengada.
» Herido se sentía, y se confiesa
» De una invisible mano; y aturdido
» De catástrofe el pueblo tan horrenda,
» Llora una juventud, gime una vida
» En su abril agostada; un Rey que viera
» Por perversos al crímen arrastrado,
» Y que indicios, al fin, de penitencia,
» De un imperio mas dulce, á lo adelante
» Tal qual feble esperanza prometieran.
» Allá del Norte helado desde el fondo,
» De su muerte al fragór, que allí resuena,
» Impaciente Valois, rápido parte,
» Precipitadamente al punto llega
» A apoderarse al suelo, en que aun bullía
» Del carnicéro estrago sangre fresca,

» De la sangrienta herencia de su hermano.
» Por comun eleccion, con la diadema
» De su Reyno, aquel tiempo, la Polonia,
» Del dichoso Valois la sien ciñera,
» De Jagellon al trono le llamara,
» De su primera edad marciales prendas,
» Que, sin duda, mas célebre y temible
» De Henrique de Valois el nombre hicieran,
» Que los mas fuertes Príncipes, los votos
» De cien vastas Provincias le grangéan,
» Y al solio le proclaman con aplauso.
» ¡ O lisongera fama, y quanto pesas
» Quando sobradamente eres temprana!
» Tan peligrosa carga, no supiera
» Sobrellevar Valois. Jamas de Henrique
» Su disculpa se espere. Norabuena
» Sacrifíquele yo vida y reposo.
» Todo le inmolaré, mientras no sea
» La verdad, que amo mas, y le prefiero.
» Mi corazon le llora y le reprueba,
» Al paso que le auxîlio y soi su apoyo.
» Como sombra fugaz, pasada fuera
» De Henrique de Valois la primer gloria.
» Mudanza grande, sí; pero no nueva.
» Visto se há mas de un Rey, de nuestra vida
» En la siempre volubile y leve rueda,
» De un vencedor pasar en la campaña,

» A un esclavo en la Corte. Solo ¡ ó Reyna!
» En el humano espíritu fundado
» Está el digno valor. No recibiera
» Del Cielo, sino en parte, las virtudes
» El infeliz Valois. No se le niega
» La insigne de animoso; pero feble,
» Y mas que Rey, soldado, en él firmeza
» Solo en dias se ha visto de combates.
» Adulando vilmente su indolencia,
» Vergonzosos y pérfidos privados,
» A su antojo gobiernan, dó quiér llevan
» De un corazon tan débil la inconstancia.
» De palacio en el fondo le reservan;
» Y allí con él cerrados, y allí sordos
» Al clamor de los pueblos, que la pena
» De su opresion arranca, por su labio
» Su voluntad maléfica y funesta
» A su arbitrio dictaban. Del tesoro
» De la Francia, y su pública opulencia,
» Los restos y despojos miserables,
» Pródigos dilapidan en torpezas;
» Y consumiendo al pueblo, que suspiros
» Al viento exâla en vano, se lamenta
» De su luxo, y pagaba sus placeres.
» Mientras que baxo el yugo, que impusieran
» Sus codiciosos dueños, así oprime
» Al Estado Valois, así exâspera

» Con enormes tributos, llega Guisa.
» El inconstante pueblo, á su presencia,
» Los ojos vuelve al punto sobre un astro,
» Que espléndido y propicio se le muestra.
» De su padre la gloria, su hazañas,
» Su bravura, sus gracias, su belleza,
» Y de agradar, al fin, el don dichoso,
» Que mas que la virtud, se enseñorea
» Del corazon del hombre, por encanto
» Los populares votos tras sí llevan.
» Nadie, mejor que Guisa, el feliz arte
» Supo de seducir. Nadie obtubiera
» Sobre toda pasion igual imperio.
» Ninguno con mas maña ni destreza,
» Baxo exteriores supo mas falaces,
» Abrigar de las miras mas inmensas
» La obscuridad mas lóbrega y profunda.
» De un índole imperiósa, altiva y fiera
» Mas popular, afable y dulce á un tiempo,
» Las graves vexaciónes, las miserias
» De los pueblos en público declama.
» El rigor de las cargas, que le aquexan,
» Con horror maldecía. Todo pobre
» Venturoso á su hogar de verle llega,
» Sabía prevenir del vergonzante
» Ciudadano la tímida pobreza.
» Su mano liberal, sus beneficios,

» En Paris anunciaban su asitencia.
» De los Grandes, que le eran mas odiosos,
» Ganábase el amor, como por fuerza;
» Terrible y sin regreso, desde el punto
» En que alguno era herido de su ofensa;
» Harto astuto y prudente en sus ficciones;
» Audáz y temerario en sus empresas;
» Brillante en sus virtudes y en sus vicios;
» Conocedor del riesgo que desdeña;
» Príncipe grande, en fin, feliz soldado,
» Mal ciudadano, empero, Guisa fuera.

» Quando ya su poder por algun tiempo
» Ensayado tenía, y quando piensa
» Fixa del ciego pueblo la inconstancia,
» Yá no se oculta mas; yá osado ostenta
» De su ambicion rebelde el atentado;
» Y con resolucion firme y abierta,
» El fundamento mismo, los cimientos
» Del trono de su Rey minar intenta.
» En Paris, á este fin, forma la Liga,
» Que fatal y velóz, recorre é infesta
» De Francia el resto todo: monstruo horrendo,
» Que los Grandes y Pueblos alimentan,
» En tiranos fecundo, y que en carnage
» De humanales cadáveres se ceba.

» Desde entonces, la Francia desgarrada,
» Con dolor en su seno á mirar llega

» Dos Monarcas; el uno, que de serlo
» Insignias solo frívolas conserva;
» Y el otro, que el terror y la esperanza
» Por dó quier inspirando, tiene apenas
» Necesidad del título, que solo
» Llevaba aquél de Rey en apariencia.
» Aunque sobrado tarde, finalmente,
» Conmuévese Valois. Valois despierta
» Del seno de embriaguez en que yacía.
» El inminente riesgo, que le cerca
» El sobervio aparato y estampído,
» Sus recargados ojos entreabrieran;
» Mas de una nueva luz, que le importuna;
» Deslumbrada su vista, aun en la fuerza
» De la extrema borrasca, no divisa
» El rayo, que amagaba á su cabeza,
» Que sobre ella tronaba; y de un momento
» Cansada de vigilia su indolencia,
» Nuevamente arrojándose en los brazos
» Del perezoso sueño, de alhagueñas
» Delicias y privados entre arrullos,
» Con mayor languidez todo se enerva,
» Y al borde espantador del precipicio,
» Adormida de nuevo su alma queda.
» En tan mísero estado, en tal conflicto,
» Aun de Henrique el amor y fé le restan.
» Pronto ya á perecer, yo soy tan solo

» El único socorro con que cuenta.
» Sucesor de Valois, era de Francia
» El trono, á falta de él, mi augusta herencia:
» Mi afecto y mi interes súbito armaron
» Mi brazo, sin dudar, en su defensa.
» Un necesario apoyo, que le libre,
» Apresúrome á dar á su flaqueza,
» Y con paso velóz á vencer corro,
» O con él á morir en la palestra.
» Pero, para dañar por demas hábil,
» Allá en secreto, Guisa, astuto inventa
» Al uno por el otro derribarnos.
» Él seduce ¡ que digo ! á Valois fuerza
» Del único socorro á enagenarse,
» De salvarle capáz. Al fin, maneja
» De Religion pretextos ordinarios,
» Políticos pretextos, con que piensa
» Tender del vil misterio sobre horrores
» El mas honroso velo. Al pueblo inquieta,
» La hoguera de sus iras encendiendo
» Aun no bien apagada. Le recuerda
» De sus padres el culto, los ultrages,
» Que de las nuevas sectas extrangeras,
» De sufrir acababan templos y aras,
» Que de antiguo adoró la grey francesa:
» Y á mí me pinta, en fin, como á un profano
» Enemigo de Dios y de su Iglesia.

» Sus errores, les dice, á qualquier parte;
» Que su planta dirige, tras sí lleva.
» Exemplos de Isabel sigue arriesgados.
» Templos mil á su culto alzar proyecta;
» De ruínas y escombros sobre montes,
» Que maquína abatir de Iglesias vuestras;
» Y esas predicaciones criminales,
» Presto en Paris veréis como resuenan.
» De su hipócrita zelo á estas palabras,
» El pueblo se enfurece, el pueblo tiembla
» Por su altar en peligro, y al palacio
» Del Rey corre alarmado. Miedo afecta
» La fanática Liga, que insolente,
» En voz alta de Roma á nombre llega
» Intimando á su Rey, que yá por Roma
» Toda reunion conmigo se le veda.
» Féble el Rey por demas ¡ ah ! de la Liga
» A tan audaz insulto se doblega;
» Sin réplica obedece; y quando vuelo
» A vengar sus injurias, tristes nuevas
» A conocer me dán, que ya mi hermano
» A la Liga sumiso, se aviniera
» Para perderme á mí con su enemigo.
» A su pesar sus tropas, de la tierra
» Ya los campos cubrían, y de miedo
» Declárame una guerra injusta y necia.
» Con lágrimas sinceras lamentando

De

» De su mísero acuerdo consequencias,
» Sin nada contemplar, corro á batirle
» En lugar de vengarle. Ya en diversas
» Ciudades de la Francia, y por cien lados,
» De la Liga el alarma, produxera
» Contra mí gruesas hazes; y ministro
» Precípite Joyussa de flaquezas
» Indignas de su Rey, rápidamente
» Sobre mí con ardor caer intenta.
» Guisa, por otra parte, nada ménos
» Prudente que esforzado, me dispersa,
» Cortandoles el paso, mis amigos.
» Numerosos en Francia, por dó quiera,
» Enemigos y exércitos me oprimen;
» Mas, sinembargo, yo, todas sus fuerzas
» A un tiempo desafiando, me apresuro
» A tentar decidido de la guerra,
» Propicia á los audaces la fortuna.
» Yo allá en Cutrás busqué, y hallar quisiera
» Al sobervio Joyussa. Yá sabriais (1)
» La rota, que en Cutrás sufrió completa.
» De aquel Caudillo intrépido la muerte,
» Sin duda no ignorais. No debo, Reyna,
» Con vanas relaciones molestaros. »
« Yo no os admito, Henrique, esas modestas
» Delicadas excusas, le replica;
» ¿ Quereis, dice Isabel, negar con ellas

» A mi curioso anhelo, narraciones,
» Que igualmente me ilustran, que interesan ?
» Nó; de Cutrás el dia, aquel gran dia
» En olvido no echeis, y de las penas,
» De los trabajos vuestros, y virtudes,
» De Joyussa y su muerte dadme cuenta.
» Vos, ¡ insigne Guerrero! el autor solo
» De hazañas de tal brillo, y tal grandeza
» Contarlas podrá bien, y quizá digna
» De escucharlas soi dél. » Dixo : á tan bella
Lisongera demanda, sintió el Héroe,
Que de un noble sonrojo era cubierta
De su frente la téz, y á pesar suyo
A hablar ya de sus glorias y proezas
De la Reyna obligado, el hilo sigue
De la historia fatal de esta manera.
« De quantos caballeros en la Corte
» Del infatuado Rey ídolos eran,
» Entre quantos adulan su molicie,
» Y le imponen la ley con insolencia,
» Por su estirpe, Joyussa, en Francia ilustre,
» De favor y privanza tan suprema
» Era el ménos indigno. Le adornaban
» Virtudes diferentes; y si adversa,
» No cortase la parca en aquel dia
» De sus mas florecientes la carrera*,
» Con un alma, sin duda, ya formada

» A grandiosas é intrépidas empresas;
» A su tiempo, Señora, del de Guisa
» Igualado la gloria y nombre hubiera;
» Mas en medio criado de una Corte,
» Entre la femenil delicadeza,
» En el seno ablandado de placeres,
» Y en brazos del amor, solo conserva
» Excesos, que oponerme de bravura;
» Peligrosa ventaja, que acelera
» Tal vez de un jóven héroe la desgracia;
» A su suerte adherida gran caterva
» De nobles cortesanos; que de abismos
» Salían de deleites y flaquezas
» Galante se avanzaba hácia la muerte.
» Por prendas en sus trages de terneza,
» Con amorosas cifras, de sus Damas
» Señalados los dulces nombres llevan.
« Relumbraban sus armas entre rayos
» De diamantes, que adorno inutil eran
» De brazos, que enervaba un muelle luxo:
» Fogosos y desnudos de experiencia,
» En tumulto conducen al combate
» Su fiereza imprudente y altanera.
» Con su pompa orgullosos, y pagados
» De un numeroso campo, sin mas regla,
» Sin mas órden, avanzan y se arrojan
» Con impetuoso paso á la pelea.

» De distinto explendor hiere sus ojos
» De mi Exército el Campo. Sus hileras,
» En silencio extendidas á su vista,
» Solo por todos lados les presentan
» Asperos combatientes, al trabajo
» Endurecidos yá, que envejecieran
» En las marciales lides, á la sangre
« Avezados de lejos, y de feas
» Cicatrizes y heridas matizados,
» De hacer gala se corren, se desdeñan
» De otro adorno, que espadas y mosquetes.
» Yo, como ellos vestido, sin riqueza;
» Yo sin pompa, y de un hierro igual armado;
» Polvoroso conduzco á la refriega
» Mi sufridor soldado; y de mil muertes
» La tempestad horrísona y sangrienta
» Arrostrando como él, dél me distingo
» Solo en marchar al frente. Yo desechas,
» Yo tan brillantes huestes ví rendidas,
» Espirando las ví; vilas por tierra
» Baxo el golpe mortal de nuestro acero.
» En horrible desorden ví dispersas
» Sus reliquias en fin, y á pesar mio,
» En sus senos clavé daga, que fuera
» Mejor haber manchado en sangre hispana.
» Confesaros aquí forzoso es, Reyna,
» Que entre los cortesanos, que ha abatido

» De su edad en la flor la segur nuestra;
» Ninguno herido fué, sino de golpes
» De militar honór, gloria y braveza.
» Todos allí impertérritos y firmes,
» De héroica constancia dieron pruebas.
» Todos allí en su puesto imperturbables,
» Con magnánimo pecho y fáz serena
» Hácia ellos la muerte correr vieron.
» Sin que ni un solo paso hácia tras dieran;
» Ni sus ojos alguno hácia otro lado
» En el mayor peligro revolviera.
» Este el caracter es ¡ Princesa ilustre!
» Esta la nacional fiera nobleza
« Del Frances cortesano. No afemina
» Su ordinario valor la paz. Él vuela
» Del sombrío reposo á los combates;
» Y el vil adulador en Paris, llega
» En los campos de Marte á ser un héroe.
» Entre el confuso horror, con que era envuelta,
» La encarnizada lid, en valde mandó
» Quartel dar á Joyussa. Me lo llevan
» Bien pronto los soldados, ya cubierto
» De la lúgubre sombra, y macilenta
» Palidez de la muerte; qual se mira
» Tierna flor, que nacer alegre viera
» La mañana, de llantos de la aurora
» Y de besos del Céfiro; que bella

» Brilla y luce un momento á nuestra vista ;
» Y cae antes de tiempo á la violencia
» De los vientos, ó al corte de un acero.
» ¿ Mas, á que recordar tristes escenas
» De triunfo tal ? ¡ Que yo de la memoria
» De este horrible suceso, antes no pueda
» Borrar los sanguinarios monumentos !
» Hasta ahora mi brazo de francesa,
» De patria sangre solo se ha teñido.
» Nada tiene de grata y lisongera
» Mi grandeza á tal precio. De mi duelo,
» Mi sangriento laurel lágrimas riegan.
» Este infeliz combate, el triste abismo,
» De que en vano Valois salir intenta,
» No hizo mas que excavar. Mas despreciado
» En sus reveses fué. Ménos le presta
» Su sumision Paris. La fiera Liga,
» Su orgullo mas exâlta y su protervia ;
» Y su amargo dolor mas agravando
» Del de Guisa la gloria, sus afrentas
» No menos redobló, que sus desgracias.
» Con mas dichosa mano, Guisa venga
» De Vimori en los campos, sobre huestes,
» Que el Germano en mi pró marchar hiciera,
» De Joyussa la muerte, que las mias,
» Si bien á mi pesar, en Cutrás dieran.
» Abismando en Onó mis auxîliares,

» De laureles cubierto, se presenta
» En Paris vencedor, y allí aparece
» Qual un Dios tutelar. Valois observa
» De su enemigo audaz los altos triunfos,
» Y este insultando siempre con fiereza
» Al Príncipe abatido, mas vencerle,
» Que servirle en tal lance osado muestra.
» Siempre, al fin, la verguenza irrita y punza
» Al pundonor mas feble. De la mengua,
» El apático Rey por fin se siente;
» Y refrenando al cabo la insolencia
» De un vasallo felón, en Paris quiere
» Su autoridad probar; mas ya, ya no era
» El oportuno tiempo. En sus vasallos,
» Ya su temor y afecto se extinguieran.
» Su audaz pueblo, al motin siempre propenso,
» Desde el punto en que el Rey reynar decreta,
» Tienele por Tirano. Se hacen juntas;
» Se conspira, y velos la alarma vuela.
» Todo habitante entonces fue soldado;
» Paris todo fue ya campo de guerra.
» Mil vallas, de un momento raro aborto,
» Amenazan del Rey, las guardias cercan (2)
» Tranquilo entonces, Guisa, fiero, ufano,
» En medio la borrasca, ó bien refrena,
» O del pueblo las furias precipita.
» Él, de la sedicion es quien gobierna

» Los secretos resortes, y á su antojo
» Mueve la enorme masa. Se endereza
» Con furor á palacio el pueblo todo.
» A un acento de Guisa no existiera
» La vida de Valois; y de sus ojos
» Quando una imperceptible leve seña,
» A abismarlo en la nada bastaría,
» Se satisface solo, se contenta
» Con hacerle temblar; y deteniendo
» De los amotinados la carrera,
» Él mismo, para huír, á Valois libre,
» De lástima, el poder y paso dexa.
» Qualquiera que el plan fuese del de Guisa,
» Para vasallo, al fin, sobrado atenta;
» Mas poco por demas para tirano.
» Qualquiera audaz mortal, que por fin llega
» A forzar al temor á su Monarca,
» Todo temerlo debe, si se queda,
» Y hasta violarlo todo no se arroja.
» Sostenido ya Guisa con firmeza
» En sus grandes designios, desde entonces,
» De ofender y mostrarse solo á medias
» Que ya el tiempo pasara, reflexiona;
» Y con sagaz audacia de ver echa,
» Que remontado, en fin, á altura tanta,
» Mas sobre un precipicio, ya era fuerza,
» O subir presto al solio, ó al cadalso.

» Despótico ya dueño de la ciega
» Revolucion de un pueblo; de esperanza
» Y de temeridad el alma llena;
» De Roma en sus empresas apoyado;
» En ellas socorrido de la Iberia;
» Idolo el mas querido de la Francia,
» Y ayudado, ademas, de la influencia
» Que sus hermanos logran sobre el pueblo,
» Aquel vasallo altivo, presumiera
» Haber antiguos tiempos renovado,
» En que de la primer estirpe regia
» Indignos y cobardes descendientes,
» Quasi al nacer caydos de la esfera
» Del supremo poder, baxo lo ódioso
» De una capilla hundían sus diademas,
» Y por violentos votos, entre sombras,
» Lamentando de un claustro su flaqueza,
» En las tiranas manos de opresores,
» Del Gobierno las riendas depusieran.
» Sinembargo, Valois, que la venganza
» De Guisa allá en su pecho difiriera,
» Estados de la Francia Generales
» Convoca para Blois, y allí celebra.
» De esta Asamblea, Reyna, la noticia
» Bien puede ser que yá nueva no os sea.
» De mejora y reformas harto urgentes,
» Varias leyes allí se propusieran,

» Que sin execucion, al fin, quedaron;
» Y la pomposa esteril eloqüencia
» De Diputados mil, detalle inutil
» De los abusos nuestros hizo en ella;
» Pues de asambleas tantas y consejos
» El freqüente suceso, que se observa,
» Es el de revistar los males todos;
» Pero sin reformar ni uno siquiera.
» En augusta sesion de estos Estados,
» Del altanero Guisa la soberbia,
» Con desden de su Príncipe abatido,
» La regia magestad á insultar llega.
» Asiento va á tomar cerca del trono;
» Y bien asegurado de su empresa,
» En cada Diputado vé un vasallo.
» Ya sus indignas tropas, con vileza
» Del Tirano vendidas á intereses,
» De un imperio absoluto se aceleran
» A poner en su mano el duro cetro;
» Quando de su temor, y su indulgencia
» Hácia el soberbio Guisa fatigado,
» Medita ya, por último, y se arresta
» Valois á reynar libre, y de vengarse.
» Su rival, cada dia mas se esmera
» En mover y exâltar su justo enojo,
» E insolente enemigo, le desdeña;
» Sin que ni aun sospeche su arrogancia

» En el Príncipe ayrado, la firmeza,
» Que á un vil ascsinato era bastante.
» Ciégale su destino. Se le acerca
» Su hora al deslumbrado; y con indigna,
» Con villana perfidia, de sorpresa,
» A sus ojos el Rey manda inmolarle.
» Su cuerpo allí traspasan y laceran
» De acerados puñales mil heridas;
» Mas su orgullo al morir no se abatiera.
» La frente, que aun Valois temía acaso,
» Toda pálida ya, toda sangrienta,
» Su Dueño al parecer aun amenaza.
» Esta fue la final trágica escena
» De aquel vasallo infiel, omnipotente,
» Que un cúmulo brillante en sí reuniera
» De virtudes y vicios. El Rey débil,
» A quien la autoridad robó suprema,
» Cobarde en demasía le ha sufrido,
» Y no menos cobarde dél se venga.
» Corre presto en Paris el caso horrible;
» Y el asombrado pueblo el ayre atruena
» De horrísonos clamores. Los ancianos
» De pesar abatidos, y las hembras
» Lágrimas arroyando, qual perdidas,
» A abrazar, por dó quiera, corren, vuelan
» Del desgraciado Guisa las estatuas.
» Y de ilusiones lleno Paris piensa,

» Que en situacion tan crítica, tenía
» Que vengar á su padre, y de su Iglesia
» La causa sostener. Mayena, entónces,
» Digno hermano de Guisa, se acelera,
» Del pueblo ayrado en medio, á transportarle
» A la feroz venganza de su ofensa;
» Y mas por su interes, que por su duelo,
» De aquel enorme incendio con violencia
» Rápido discurriendo por cien lados,
» Soplaba la voraz horrible hoguera.
» Mayena, largo tiempo ya de Marte (3)
» En alarmas nutrido, por sus sendas
» Baxo el sobervio Guisa audaz trepara.
» Que en su gloria, por tanto, y sus empresas
» Le suceda resuelven. De la Liga
» Pasa el cetro á sus manos. Tal grandeza,
» Dulce á su corazon é ilimitada,
» Facilmente la pérdida consuela
» De un hermano inmolado. Apesar suyo,
» A Guisa por su Xefe obedeciera,
» Y aunque en triste ocasion de tanto luto;
» Ya vengarle le agrada, y lisongea
» Mucho mas, que servir bajo su mando.
» Héroico valor el Xefe alienta.
» Se lo confieso, sí. Feliz y sabia
» Su conducta política, á ver llega
» Baxo su sola ley servir unida

» Esa turba de espíritus inmensa,
» De su Dueño enemiga, y de Tiranos
» A un tiempo torpemente esclava ciega.
» Él, con sagacidad distinguir sabe
» Los variados talentos, que en sí encierra
» Y con crítico tino de ellos todos
» En oportunos casos se aprovecha.
» De los mismos reveses, sus ventajas
» Sacar á veces logra su destreza.
» Con aura mas brillante y seductora,
» De admiracion la Francia dexó llena,
» Los ojos fascinara el otro Guisa,
» Que mas grande y mas héroe en verdad fuera;
» Pero no que su hermano, mas temible.
» Tal, Señora, es Mayena, y tal su fuerza.
» Quanto de lisongeras esperanzas
» Funda esa altiva Liga en su prudencia,
» Otro tanto de orgullo y de bravura
» De todos en los ánimos subleva,
» De ese Joven Omala el presuntuoso (4)
» Sobervio corazon. Es su fiereza
» El broquel del partido, que hasta el dia
» De invencible el renombre le conserva.
» Mayena, que á las lides le conduce,
» De la Liga es el alma que proyecta;
» Omala, empero, el brazo, que executa.
» Ese opresor político del Belga,

» Ese vecino, entanto, peligroso,
» Católico Tirano y Rey, que encierra
» Su principal apoyo en su artificio;
» Ese enemigo vuestro, Gran Princesa,
» Y aun mas mio, Felipe, voluntario (5)
» De Mayena abrazando las querellas,
» De los rivales nuestros, torpemente,
» La causa criminal insta y fomenta;
» Y Roma, que apagar de males tantos
» Debría el voraz fuego, Roma mesma,
» La tea atiza mas de la Discordia.
» El que de los Christianos nombre lleva
» Todavía de Padre, entre las manos
» De sus hijos libró daga sangrienta.
» Del un término al otro de la Europa,
» Registraron mis ojos con sorpresa,
» Que á un tiempo las desgracias todas juntas
» De tropel á Paris sobrevinieran.
» Rey, por fin, sin vasallos, perseguido,
» Sin tener quien le asista ni defienda,
» Vese Valois por último forzado
» A implorar el socorro de mis fuerzas.
» Creyóme generoso, y no se engaña.
» Del Estado desastres solo aquejan
» Mi corazon, Señora, y de su trono
» Los peligros mi cólera sosiegan.
» Ya no he visto en Valois mas que un hermano.

» Mi deber lo ordenaba. Se sugetan
» A su ley mis enojos; y Rey, vuelo
» A vengar de otro Rey cetro y diadema.
» Sin guardias, pues, sin rehenes, sin tratados,
» A hablar llego á Valois. La suerte vuestra,
» Está, señor, le digo, en vuestro aliento.
» Que á vencer ó morir vengais, es fuerza,
» Del rebelde Paris en las murallas.
» Súbito de Valois el alma eleva,
» Sus espíritus hinche un noble orgullo.
» Yo no me lisongeo, de que hubiera
» Capaz sido mi exemplo, de inspirarle
» De un guerrero valor llama tan bella.
» Las desgracias, sin duda, á fuertes golpes
» Su dormida virtud, al fin, despiertan.
» El reposo lamenta, que á tal punto
» Abatídole había. A Valois era
» Tan penoso infortunio necesario.
» La suerte muchas veces mas adversa,
» Es á los soberanos muy precisa. »
Tal ha sido de Henrique á aquella Reyna
La simple narracion, mientras promueve
Del Britano el socorro. Ya altaneras
Voces de la Victoria, de las torres
Del rebelado muro, al Héroe apremian
Porque á su campo torne. Tras sus pasos
Mil jovenes Isleños, con presteza,

De los mares el seno á hendir se alistan;
Y los combates de la Francia anhelan.
A su frente al de Essex llevan ufanos;
Al de Essex, cuyo espíritu y braveza, (6)
De los fieros y altivos castellanos
Confundir supo un dia la prudencia:
Al de Essex, que orgulloso mal podria
Creer, que un hado indigno se atreviera
A marchitar laureles, que su mano
Ya consagrado había á su cabeza.
HENRIQUE, activo xefe, cuyo impulso
Nada parar podía, á Essex no espera.
De lidiar y vencer todo impaciente,
Por regresar á Francia se desvela.
« Id, HÉROE digno, andad, la Reyna dice.
» Bien presto, á la voz mia, vuestras huellas
» Siguiendo mis guerreros, esos mares
» Atravesando irán; mas no los lleva
» El servir á Valois; á vos os siguen.
» Mi amistad solamente los dispensa
» A vuestras generosas inquietudes.
» Vos les veréis correr á las peleas,
» Por socorreros ménos que imitaros.
» Hechos, á vuestro exemplo, de la guerra
» Al gran arte, y sus riesgos y fatigas,
» Ya baxo vuestra sombra, en vuestra escuela
» A servir se instruirán gloriosamente

» Y

» Y con mayor ventaja á la Inglaterra.
» Quiera el Cielo, que á golpes de ese brazo
» Prontamente la Liga á espirar venga.
» Al caudillo Mayena, de la España
» Ese ambicioso Rey, astuto obsequia.
» Vuestra enemiga es Roma. Nuevos triunfos;
» Id á ganar, HENRIQUE, de la Iberia;
» Mas pensad, que á un gran hombre, vanos rayos
» Temer de Roma yá, gran mengua fuera.
» Vengada por vos quede de los Pueblos
» La libertad violada. La fiereza
» De Felipe abatid, y de ese Sixto.
» Felipe, de su padre en la violencia
» Tirano sucesor; menos que él grande,
» Menos bravo tambien; pero en empresas
» Y en política igual; de sus vecinos
» La division tramando, falso intenta
» Sus cadenas echarles, y del fondo
» De su álcazar el Orbe domar piensa.
» Desde el polvo hasta el solio alzado Sixto, (7)
» Con un poder menor, un alma encierra
» Todavía mas fiera. De Montalto
» Pastor humilde un tiempo, regias testas,
» Príncipes formidables rivaliza.
» Dar la ley en Paris osado piensa,
» No de distinto tono que allá en Roma;
» Y de un triple magnífico diadema

F

» Baxo el pomposo fausto y sacro brillo,
» Avasallarlo todo osado intenta,
» Y hasta al mismo Felipe. Ese violento,
» Pero en engaños hábil y en cautelas,
» Enemigo zeloso de los fuertes,
» Y opresor de los débiles se ostenta.
» Cábalas y manejos, aquí en Londres,
» Y aun en mi misma Corte mil urdiera;
» Y el mundo, á quien engaña, se halla lleno
» De la intriga y la trama en que lo enreda.
» De vuestros enemigos, GRAN HENRIQUE,
» Tal es la condicion, y alta raléa,
» Que mirar es en vos un deber digno
» Con el desden que yó. Ambos quisieran
» Alzarse contra mí; mas uno, en valde
» Con borrascas luchando y la Inglaterra,
» Hizo ver al Océano en su fuga
» Sus míseros naufragios. Las riberas (8)
» De esos mares aun cubren los despojos,
» Teñidas aun se vén con sangre fresca
» De sus famosas huestes. Allá en Roma
» Mudo, el otro, me teme y me respeta.
» Vuestros nobles destinos, á sus ojos
» Seguid HENRIQUE, pues, con entereza.
» Sabed, que si una vez el marcial brio
» De ese Mayena audaz domado queda,
» Presto á Roma en pos dél vereis sumisa.

» El favor ó rencor de esa soberbia
» En los campos podeis reglar vos solo.
» Inflexîble al vencido, y placentera
» Con todo vencedor; siempre á absolveros
» Como á anatemizaros tan dispuesta;
» Encender ó apagar, en vuestra mano
» Teneis, de sus diplomas las centellas. »

FIN DEL CANTO TERCERO.

CANTO QUARTO.

ARGUMENTO.

De Omala se hallaba á punto de apoderarse del campo de Henrique III, quando volviendo el Héroe de Inglaterra, bate á los Ligados, y hace cambiar la fortuna.

La Discordia consuela á Mayena*, y vuela á Roma en busca de socorros. Descripcion de Roma, donde reynaba al tiempo Sixto V. La Discordia encuentra allí la Política. Vuelve con ella á Paris. Subleva la Sorbona. Anima á los Dez-y-seis, y arma á los Frayles. Entreganse al brazo del verdugo Magistrados del partido del Rey. Turbaciones y confusion horribles en Paris.*

Mientras Felipe y Sixto, con descanso,
Sus secretos discursos prolongaban;
Mientras que allá, entre sí, de los Estados
Intereses midiendo tan grandiosos,
De hacer la guerra al Mundo, de turbarlo,
De vencerlo, y al fin, su ley dictarle
Toda la hondable ciencia apuran ambos;
De la funesta Liga los pendones,

A discrecion del viento desplegados ;
Sobre sus tristes márgenes sangrientas ;
Mirando estaba el Sena con espanto.
Lejos Valois de HENRIQUE , de inquietudes
Sobrecogido todo y agitado ,
Con flaca indecision , de los combates
Sobradamente teme inciertos hados.
A sus fluctantes votos y designios ,
Era siempre un apoyo necesario.
Esperaba á BORBON , de la victoria
Sobre él únicamente asegurado.
La inaccion , entre tanto , y la tardanza ;
Atrevimiento dan á los Ligados.
De Paris salir osan sus Legiones ;
Y del soberbio Omala baxo el mando ;
El feroz de San-pól , Namur y Chatre , (1)
Brisác y Canillác , del bando alzado
Delinqüentes é intrépidos apoyos ,
Al sitiador exército cargando ,
Con freqüentes y rápidos progresos ,
De Valois el espíritu asombraron ;
Y al arrepentimiento en demasía
Propenso el débil Rey , de haber enviado
De sí lejos al HÉROE , le pesaba.
Entre estos combatientes , declarados
Émulos de su Rey , ya largo tiempo ,
De Joyussa un ligero y feble hermano (2)

Osara parecer. Carácter débil,
A quien viera Paris pasar voltario
Desde el siglo, de un claustro al fondo obscuro,
Y del claustro, á la Corte. Relaxado,
Y luego penitente. Anacoreta,
Y no ménos de pronto Cortesano,
Toma, dexa, y recobra en un instante
El cilicio y coraza. Del santuario,
Que sus devotas lágrimas inundan,
A animar va las furias de su bando,
Y en el seno á clavar de nuestra Francia
Colmada de afliccion, la misma mano,
Que consagrado había al Ser Eterno.

Mas de tanto adalíd, el mas bizarro,
Aquel, cuyo valor en las legiones
Infundía del Rey mas miedo y pasmo;
Aquel, que un corazon mas fiero tiene,
Y mas fuerte tambien y fatal brazo,
Vos soys ¡ Príncipe jóven impetuoso!
Vos, De Omala, nacido y animado
De la Lorena sangre, en héroes fértil!
¡ Vos, el émulo siempre y el contrario
De los Reyes, las leyes y el reposo!
De jóvenes guerreros alentados
La flor, en todo tiempo le acompaña;
Y sin cesar, con ella, sobre el campo
Lanzábase enemigo; yá en silencio,

Ya con enorme ruydo, yá á lo claro
De los Cielos abiertos, yá á la sombra
De la cerrada noche; y atacando
Al sitiador, dó quiera sorprendido,
De su sangre infeliz dexa inundado
Su mano atroz el suelo. Así en la frente
Del Cáucaso, ó la cima allá del Athos,
Dó los ojos divisan á lo lexos
Del Cielo, mar y tierra los espacios,
Las águilas y buitres, suelta el ala,
Con un rápido vuelo, atravesando,
En un momento hendiendo densas nubes,
De la atsmósfera inmensa por los campos,
Las peregrinas aves arrebatan;
En los amenos bosques y los prados
Las reses despedazan y aprisionan;
Y de sangrientas rocas, dó baxaron,
A las entrañas fétidas volviendo,
En sus garras opresos y gritando,
Aun vivientes transportan sus despoxos.
Lleno yá de esperanzas, y embriagado
De gloriosos sucesos, á las tiendas
Penetraba del Rey; y redoblando
Las sorpresas y alarmas con la noche,
Todo cedía ya, todo de espanto
Replegaba temblando ante sus armas;
Qual de una tempestad torrente inflado;

De desbordarse á punto, con un choque
Feroz y tenebroso, ya á inundarlo
Iba todo de un golpe el fiero Omala;
Y del alba el lucero, ya rayando,
De la noche rasgaba el negro velo;
Quando el grave Morné, que breve espacio
De Borbon el regreso precediera,
Y que de cerca estaba ya mirando
Del sobervio Paris las altas torres,
De un confuso rumor, de horror mezclado,
Sorprendida su oreja, mira, y nota
En extremo desórden los soldados
De Valois, y aun con ellos los de Henrique.
« ¡ Que veo justos Cielos ! ¿ Así, bravos,
» Así nos aguardais ? Ya Henrique viene,
» Ya llega á defenderos, y entregados
» A la fuga os encuentro ¡ Camaradas !
» A la fuga ! ... » A este acento de su labio,
No de distinto modo, que allá un tiempo,
Del Capitolio al pie, quando apretado
De Roma el fundador por los Sabinos,
La fuga refrenó de sus Romanos
De Júpiter en nombre; así al de Henrique,
De verguenza rehácense inflamados
Sus dispersos franceses, y al combate
Revolviendo de nuevo, exclaman alto:
Que venga el Héroe: llegue; que á su vista,

Nada nos desalienta, que á su mando
Nuestra será sin duda la victoria.
Súbito se aparece á todo el campo
Tan refulgente Henrique, como en medio
Del temporal mas negro suele el rayo.
A las primeras filas corre, avanza;
A su frente combate denodado;
Siguen todos su exemplo, y los destinos
De repente por él vense trocados.
Contra el campo su mano muertes lanza,
Rayos sobre él sus ojos fulminando.
Siguiendole sus Gefes en contorno,
Con ánimo se empeñan esforzado;
Retorna la victoria, y á su aspecto,
Desaparecen ya los coligados;
Al modo, que del dia, que amanece,
Los rayos, que se avanzan, de los astros
De la noche disipan los fulgores.
Sobre aquellas riberas, ha logrado,
Sus huestes, que asombradas van huyendo,
Detener el De Omala; pero en vano.
Su grito animador algun momento
A la lid las ordena; mas sus pasos
La voz del Grand Henrique precipita.
Su amenazante frente, con espanto
Las trastorna y deslumbra; y sí su gefe
Aplegarlas consigue, un pronto pasmo

Las aturde y dispersa, y en su fuga
Revuelto el mismo Omala va arrastrando;
Al modo, que de un monte allá en la cumbre,
De cristalína escarcha coronado,
En medio de mil nieves derretidas,
Y de témpanos mil, un gran peñasco,
Que á las nubes altivo amenazaba,
Cayendo va rodando y tropezando.
Pero ¿ que digo ? Omala aun se detiene :
Omala aun hace cara, y muestra osado,
Y aun á su sitiador la frente muestra,
Que dél temida fuera tiempo largo.
Despréndese fogoso de los suyos,
Que tras sí le arrastraban, y afrentado
De vivir todavía, entre el deguello
Aun la muerte otra vez vuelve buscando,
Y al vencedor un rato admira y para :
Mas de un tropel confuso de mil bravos
Comprimido al momento, la audaz furia
De su imprudente arrojo y despechado
A refrenar la Parca á vengar iba;
Quando en riesgo de vida tan cercano
La Discordia le vé, y al verle, tiembla.
Por bárbara que fuese, sabe quanto
Sus dias necesita. Presurosa
Se remonta en el ayre; y á su amparo
Arrójase veloz. Llega, y opone

Al tropel, de que á Omala ve cercado,
De hierro el broquel bastó é impenetrable,
Que acompaña al horror, que impera infracto
Sobre la misma muerte, y cuya vista
El terror y la rabia va inspirando.
¡ O hija inexôrable del infierno !
Este ¡ ó Discordia ! ha sido el primer caso,
En que de dar socorro capaz fuiste.
Un héroe salvas, pérfida, y sus hados
Con la mano prolongas formidable
De la muerte ministra, con tu mano
Tan bárbara y en crímenes experta,
Que hasta esta vez, jamas perdon ha dado
A sus víctimas propias. Ella arrastra
De Paris à las puertas, en un baño
De su sangre al de Omala, y de unos golpes,
Que no sintió cubierto. Ella reparos
A sus males aplica saludables :
Ella su sangre estanca, prodigado
Por complacerla solo; pero mientras,
Que á su cuerpo vigor va recobrando,
Su espíritu, con pócimas mortales
Dexa míseramente envenenado;
No de distinto modo, que pudiera
La alevosa indúlgencia de un tirano,
Que cruél en su lástima, de un triste
Tal vez suspender quiere el mortal fallo,

Porque en útiles crímenes secretos
Aprovecharse pueda de su brazo,
Y aquellos consumados, al suplicio
Tórnale á abandonar pérfido é ingrato.
Supo Henrique, entretanto, aprovecharse
De la insigne ventaja, con que al hado
De los combates plugo, en aquel dia,
Su valor coronar y sus cuydados.
Conocía Borbon, y precio daba
Del tiempo á los instantes en los campos.
Al absorto enemigo, de sorpresa,
Busca, ataca y acosa sin descanso.
A campales batallas, que ganara,
Que sucedan ordena los asaltos,
Y hace trazar su pérdida en contorno
De sus muros, trincheras avanzando.
De Valois el espíritu, á este tiempo,
Del de su hermano Henrique confortado,
Lleno ya de esperanzas en su auxîlio,
El exemplo presenta á sus soldados;
Que de aquel recibía. Los ataques,
Las alarmas sereno depreciando,
No descuida del campo las acciones,
Y del sitio sostiene los trabajos.
El afan sus placeres, y el peligro
Tiene tambien á vezes sus encantos.
Todos los Gefes se unen, y sucede

Segun sus votos todo. En breve espacio,
El terror, que marchaba á su vanguardia,
Las consternadas huestes disipando,
Del trémulo sitiado ya á los ojos,
De un lánguido despecho perturbados,
Las puertas á romper, á abatir iba.
Y en tan grave peligro, aprieto tanto,
¿ Que puede hacer Mayena ? Sus Legiones,
Un pueblo son hundido en duelo amargo.
Con lágrimas, aquí, le pide un hijo
El padre, que la muerte le ha robado.
De un hermano infeliz sobre la tumba,
Allí se ve plañir al triste hermano.
Gime por lo presente sin consuelo,
Desfallece abatido el Cuidadano.
Teme, en fin, cada qual por lo futuro.
Alarmado aquel cuerpo grande y vasto,
Reunirse no puede. Se hacen juntas;
Se consulta, y se agita el duro caso
De entregarse á la fuga ó al enemigo.
Perplexos se hallan todos y embargados;
Y nadie resistir osa mas tiempo :
Así el ligero vulgo suele vario,
De la temeridad mas altanera
Al temor mas rastrero dar un salto.

Mayena, que sus hazes desmayadas
Está viendo, de cólera bramando,

Entre opuestos designios vacilante,
Revolvía en su mente planes varios;
Quando allí la Discordia al héroe absorto
De repente se acerca; entre sus manos
Silbar hace irritadas sus serpientes,
Y de agrado en un tono aleve y falso,
Su acento le dirige en esta forma.
« ¡ O tú, digno heredero procreado
» De un nombre á los Franceses formidable!
» ¡ Tú, á quien de tu venganza el cruél conato
» Unío conmigo siempre; tú, que fuiste
» A mis ojos nutrido, y que formado
» Has sido por mis leyes! oye, escucha
» Tu protectora fiel, y de mi labio
» Conoce el bronco acento. Nada temas
» De aquese pueblo imbecil y voltario,
» Cuyo reciente ardor, en un momento,
» Una leve desgracia ha congelado.
» Poseo sus espíritus ¡ Mayena!
» Sus corazones tengo entre mis manos.
» Bien presto observarás, con quanto zelo
» Nuestros designios todos ayudando,
» De mi hiel embriagados, y hechos presa
» De mi horrible furor, van denodados
» A cómbatir audaces, y á la muerte
» Alegres á arrojarse por tus lauros. »
Esto habló la Discordia: y al momento,

Mas pronta que el relámpago, cortando
Con vuelo firme y rápido los ayres,
Gira de toda Francia los espacios;
Y el rencor, el estruendo, y las alarmas,
Que sus Ciudades turban y sus campos,
De la Discordia ofrecen á los ojos,
Objetos de delicia y de regalo.
Su pestífero aliento, en mil lugares
Inspira la aridez. Inficionado
En su gérmen el fruto, al nacer muere.
Abatida la mies, mustio su grano,
Yace lánguida en tierra. El sol se eclipsa;
Vuélvense al verla pálidos los astros;
Y el rayo, entre relámpagos, que truena
Baxo sus pies, de muerte mil presagios
A los pueblos ofrece confundidos.

Llévala un torbellino, voltejeando,
A las orillas fértiles, que baña
Con sus ondas el rápido Eridáno.

Ya su vista cruél á Roma alcanza:
Roma, un dia su templo; Roma, pasmo,
Terror de los mortales, cuya suerte,
Hála en todas edades exâltado
A ser en paz, no menos que en la guerra,
Del mundo la Señora, y cuyo brazo,
Si triunfante en los campos, entre hierros,
Sobre tronos sangrientos vió temblando

Todos los fieros Reyes, y abatidas,
Baxo el sacro estandarte, en que volaron
Sus águilas terribles por el Orbe,
Las fuerzas todas dél, otro mas blando
Mas apacible imperio exerce hoy dia,
En que á su yugo rinde y poder sacro
Sus mismos mas ayrados vencedores;
En que, con un poder de Dios vicario,
Gobierna los espíritus, y tiene
Los corazones todos á su mando.
Sus dictámenes solos, son sus leyes (I)
Y sus solos diplomas, sus soldados.

Cerca del Capitolio, donde alarmas,
Otros tiempos tan grandes dominaron,
Sobre pomposas ruinas de Belona,
Y de Marte, un Póntifice, sentado
De Césares se vé en augusto solio.
Sacerdotes no menos fortunados,
Con planta huellan firme y faz serena,
Las cenizas, aquí, de Émilios Paulos,
Y allí, de los Catones los sepulcros.
Sobre el altar el trono levantado,
De un Señor, ya celeste, ya terreno,
En la misma profana y sacra mano,
El poder absoluto, á un tiempo mismo,
El cetro colocó y el incensario.

Allí fundó Dios mismo su sagrada

Su

Su primitiva Iglesia, en tiempos varios
Perseguida y triunfante. Allí conduxo
Aquel primer su Apostol, con lo santo
De la verdad, lo cándido y sencillo.
Felices sucesores le imitaron
Cierta dichosa edad, en que respetos
Y elogios de los hombres han captado,
Quanto mas se humillaban. Revestida
Aun no estaba su frente de algun vano
Frívolo resplandor. Su humildad sola,
Su rígida pobreza, preservaron
La santa austeridad de sus costumbres;
Y zelosos tan solo del estado,
De las glorias, honores y riquezas,
A que votos aspiran de un christiano,
Del fondo de las chozas, que habitaban,
Simplemente al martirio van volando.
El tiempo, que lo altera y gasta todo,
Bien presto estas costumbres ha cambiado.
Para castigo nuestro, ya grandezas
Díole el Cielo; y potente á lo profano,
Desde este tiempo, Roma, abandonada
A consejos se vió de los malvados.
De su nuevo poder, bases horribles
Traycion, eran, veneno, asesinato.
Los que de Christo fueron sucesores,
En el fondo interior del santúario,

Sin pudor ni verguenza, el adulterio
Y el incesto, insolentes, colocaron;
Y Roma, que cansaran finalmente,
Roma, que han oprimido y abismado
De su exêcrable imperio con el peso,
De sus sacros tiranos baxo el mando,
A echar menos llegó sus falsos Dioses.
Máxîmas mas prudentes se escucharon
En la edad posterior, en que se supo
El crímen excusar, ó bien velarlo
Con artificio y maña ménos torpes.
Del pueblo y de la Iglesia mas reglados
Los derechos se han visto, y de los Reyes
Arbitra, al fin, fué Roma, no el espanto.
La modesta virtud, vuelve ella misma
A aparecer de nuevo, con el fausto,
El brillo imponedor y augusta pompa
De su triple diadema regio y sacro;
De manejar, empero, de los hombres
La pasion é interes, el arte raro,
Vino, por fin, á ser, en estos tiempos,
La virtud capital de los Romanos.

De la Iglesia era, entonces, y de Roma
Cabeza, Sixto quinto y Soberano.
Y si el ser, en verdad, de un hombre grande
Con el título ilustre decorado,
Consiste en ser falaz, temido, austéro,

Inscribirse en el número mas claro
De los mas grandes Reyes, debe Sixto.
Él, á los artificios de quince años
Debió de su destino la grandeza.
Ocultar ha sabido, tiempo tanto,
Sus virtudes, no menos que sus vicios;
Y huir el mismo puesto aparentando,
Que con ardor ansiaba, porque pueda
Por mas fáciles medios alcanzarlo,
Hace, que dél le tengan por indigno.

De su brazo déspotico al amparo,
La pérfida Política, reynaba
Del pontificio alcazar en lo arcano.
Hija de la ambicion y el interese,
Que seduccion y fraudes abortaron,
Este ingenioso monstruo, en mil revueltas
Tan fértil, de zozobras abismado,
Simple y sereno á un tiempo parecía.
Sus ojos, en sus órbitas ahondados,
Vigilantes, agudos, y enemigos
De la tranquilidad y del descanso,
Jamas, en dulce sueño, los vapores
De la blanda amapola disfrutaron.
Con doblez y cautelas refinadas,
Con disfraces astutos y estudiados,
De la confusa Europa; sagaz, burla
La espectacion atónita; y el falso,

El sutil artificio del embuste,
Que sus discursos guia, decorando
De la misma verdad con los adornos,
Del Dios vivo marcó con sello sacro
Sus torpes imposturas; é hizo al Cielo
Servir á las venganzas de su agravio.
La Discordia ve apenas, quando corre
Con ayre misterioso hácia sus brazos;
La acaricia y alhaga dulcemente,
Con maligna sonrisa y agasajo;
Pero subitamente transportada,
Un lúgubre semblante, un tono infausto
De tristeza fingiendo « Yo, la dice,
» No estoi ya en aquel tiempo afortunado,
» En que pueblos inmensos, seducidos,
» Sus votos me ofrecían, y á mi mando
» Toda la Europa crédula sumisa,
» Las leyes de su Iglesia y culto santo
» Confundió con las mias. Yo, en tal tiempo,
» Hablaba; y al instante prosternados
» Trémulos los Monarcas, de sus tronos
» A mis pies descendían. A mi agrado,
» Declaraba mi voz al mundo guerras;
» Y de la cumbre aquí del Vaticano,
» Mis formidables truenos fulminaba.
» Vida y muerte pendían de mi agrado.
» Regalaba, quitaba, y devolvía

» Las coronas y cetros soberanos.
» Ya no exîsten, amiga, ya se huyeron
» De una vez para mí, de esplendor tanto
» Esos caducos tiempos tan dichosos.
» De la altanera Francia, ese Senado,
» Ya sin temer mi enojo, se ha atrevido
» Mis rayos á apagar, quasi en mis manos.
» Por la Iglesia de amor no ménos lleno,
» Que contra mí de horror, su grito alzando;
» Con fiera libertad, de la Naciones
» La benda del error hizo pedazos.
» El ha sido el primero, que á mi rostro
» La máscara arrancó, desagraviando
» La verdad, cuya imagen me encubría.
» ¿ Yo no podré ¡ Discordia ! que me abraso
» En ansias de agradarte, seducirlo,
» O con rigor, al ménos, castigarlo ?
» Vamos pues. Tus antorchas, nuevamente
» Enciendan de mi trueno ardientes rayos.
» Empecemos, amiga, por la Francia,
» A desolar la tierra. Sus Estados,
» Otra vez, y su Rey, á caer tornen
» En nuestros hierros » Dixo; y como un rayo;
Lánzase rechinando por los ayres.

A pesar de estos males, entre tanto
Con espíritu opuesto, allá distante
De las mundanas pompas, y del fausto

De Roma, y de sus templos, á indecentes
Humanas vanidades consagrados,
Cuyo profano brillo, cuyo luxo,
Y opulenta sobervia y aparato
Al necio mundo imponen, se escondía;
En desiertos del hombre poco hollados,
La humilde Religion, dó santamente
Reposaba, con Dios en paz morando;
En tanto que su nombre y su decoro,
Con sacrílego crímen profanados,
Pretextos daba santos en el siglo
Al sangriento furor de los tiranos,
Y siendo al mundo venda, que lo ciega;
Del desprecio de Grandes era el blanco.
Sufrir y resignarse, es, en la angustia
Su destino mas plácido y mas caro:
Bendecir, es su sacra y rica herencia.
Ella, en secreto ruega por ingratos,
Que vilmente la ofenden y maltratan.
Sin la pompa del siglo y fausto vano,
Sin adornos, sin arte, sin afeyte,
Y bella por su gracia y propio encanto;
Su modesta hermosura oculta siempre
A los ojos hipócritas de tantos,
Como importunos corren en sus afas
A adorar la fortuna, qual paganos.

Se inflamaba su espíritu, y ardía

Por Henrique de un zelo y amor santo:
Esta hija del Cielo no dudaba,
Que un dia, al fin, feliz fuese llegado;
En que de sus altares abatidos
El legítimo culto vindicando,
Con júbilo por hijo adoptaría
Al magnánimo Héroe ya ilustrado.
Digno, por sus virtudes generosas,
De acogerle le juzga entre sus brazos;
Y sus fervientes votos, hasta el Cielo
Desde sus puras aras exâlados,
Un momento apresuran tan glorioso,
Que por demas sus ansias hallan tardo.

La Política impía y la Discordia,
Asaltan y sorprenden de rebato
A su augusta enemiga, que sus ojos
Inocentes, en lágrimas bañados,
Alzaba hácia su Dios, quien su constancia
Por poner mas á prueba, la ha entregado
De las dos implacables enemigas
Al bárbaro furor y juicio insano.
Estos horribles monstruos, cuya injuria
La santa Religion ha profanado
En todas las edades, su vil frente
Cubriendo con su velo sacro-santo,
Su trage, respetado de los hombres,
Insolentes usurpan, y volando

Parten hácia Paris, dó acabar piensan
Sus perversos designios comenzados.
Mañosa la Política y astuta,
Con insinuante rostro y sutíl paso,
De la antigua Sorbona se entromete,
Sin sentir, en el seno ilustre y vasto.
Congregábanse en ella al mismo punto,
Aquellos venerados graves Sabios,
Que de obscuros oráculos del Cielo
Misteriosos intérpretes sagrados,
Y de remota edad, arbítros justos,
Modelos de la Grey de los Christianos,
Adictos á su culto, y á sus Reyes
Sumisos con lealtad y honor intacto,
Hasta tan triste dia y tenebroso,
Un varonil valor han conservado,
A flechas del error impenetrables;
Mas ¡ quan pocas virtudes los asaltos
Burlan constantemente â qualquier hora!
De aquel astuto monstruo disfrazado
Acentos los mas dulces y alhagueños,
A alterar sus espíritus llegaron.
Él, á los mas tocados y devotos
De la ciega ambicion, lisongéando,
Honores y grandezas les promete,
Y con el interes y esplendor claro
De una mitra, deslúmbrale los ojos.

Allá, por otro medio, negociando
Con secreta y venal inteligencia,
Los sufragios compró del vil avaro.
Arrobado tambien y sorprendido
Por un elogio diestro, se vió el sabio,
Que la augusta verdad, pérfido, vende,
Por el precio de un poco incienso vano;
Y al grito aterrador de la amenaza,
El féble queda, al fin, amilanado.

Congréganse en tumulto, de tumulto
Se exâmina y decide el alto caso;
Y de en medio de estrépitos, de gritos,
Y empeñadas contiendas, con espanto
Del confuso congreso escapa al punto
La apacible verdad, mustia y llorando.
A voz comun, entonces, y en el nombre
De todos los Doctores, un anciano
Esto dixo « La Iglesia hace los Reyes;
» Los absuelve ó castiga degradando.
» La Iglesia y su doctrina exîsten puras
» En los que aquí reunidos nos hallamos.
» Su ley en ellos solos se conserva.
» A Henrique de Valois, aquí, por tanto,
» Reprobamos formal, solemnemente,
» Decaído del trono declaramos,
» Y Henrique de Valois, yá no es Rey nuestro.
» ¡Juramentos, un tiempo tan sagrados!

» Vuestras duras cadenas yá rompemos. »
Apenas esto el viejo ha pronunciado,
Con caractéres hórridos de sangre,
La inhumana Discordia, el temerario,
El bárbaro decreto, que dictara,
A dexar aprésurase estampado.
Por ella cada qual jura en seguida,
Y lo firma al momento de su mano.
Remóntase veloz, y en alto vuelo,
A todos los facciosos partidarios,
Empresa tan grandiosa y atrevida,
Va de Iglesia en Iglesia pregonando.
Baxo el hábito, á veces, de Agustino,
Y otras, del de Francisco, tosco y vasto;
Resonar su voz hace, y altamente
Llama á aquellos austeros quanto varios
Espectros, de su yugo riguroso
Voluntarios é imbéciles esclavos.
« De vuestra Religion amancillada
» Reconoced, les dice, aquestos rasgos.
» Yo soy la que á vos vengo; la que en nombre
» Del Señor, que servis, por despertaros,
» A vuestro religioso atento oido
» Acaba de pulsar. Él me ha mandado.
» Esta espada mórtifera y tremenda,
» Que en mi vibrante pulso está brillando,
» Este acero, que veis, acero horrible,

» A nuestros enemigos, empuñado,
» Para vengar su causa, entre las mias
» Ha sido de Dios mismo por la mano.
» Acércanse ¡ hijos mios ! se cumplieron,
» Los oportunos tiempos yá llegaron,
» En que sombras dexeis de esos retiros,
» Y la paz suspendais de esos santuarios.
» Partid de ellos á dar ilustre exemplo
» Del zelo mas intrépido y sagrado;
» Y á los crédulos pueblos de la Francia,
» En su fé vacilantes y turbados,
» Intimado dexad, id á enseñarles,
» Que abatir á su Rey, que asesinarlo,
» Hacer es á su Dios un gran servicio.
» Pensad bien, caros mios, recordaos,
» Que de Leví la antigua electa Tribu,
» De vuestro ministerio augusto y santo
» Mereció por Dios propio ser honrada,
» Con manos, á sus aras regresando,
» En la sangre bañadas de los hijos
» Del pueblo de Isráel : pero ¿ que hé hablado?
» ¿ Donde aquel tiempo está, dó aquellos dias
» A la muerte propicios, y á mi gratos,
» En que ví degollar tantos Franceses,
» Por el pio furor de sus hermanos?
» En tan felices dias ¡ ah ! Vosotros,
» ¡ O santos sacerdotes ! su cruel brazo

» Al incendio y deguello conduxerais.
» Por vosotros tan solo asesinaron,
» Arrastraron, colgaron á Coliñi.
» Yo ya en sangre nadé. La que há restado
» Vuelva á correr aún. Que os vea el mundo
» A pueblos, que me adoran, inspirando. »
Dixo el horrible monstruo : y al instante,
Haciendo la señal, emponzoñados
Quedan todos los míseros oyentes
Del veneno infernal, que le há inspirado.
La hueste monacal iba en su marcha,
Hasta Paris él mismo encaminandô.
De la Cruz sacrosanta el estandarte
En medio de ella flota. Cantan salmos,
Fréneticos entonan sacros himnos;
Y con devotos gritos destemplados,
Los Cielos parecían asociarse
A su rebelde arrojo. Entre sus cantos,
Con fanáticos votos se le oía
La imprecacion mezclar y augurio infausto,
A las públicas preces. Sacerdotes
Atrevidos, imbéciles soldados
Del mosquete y el sable vanamente
Sus inexpertos brazos recargaron.
Las pesadas corazas relumbrantes
Penitentes cilicios van tapando;
Y de Paris al muro, en su socorro,

Batallon tan infame al fin llegado,
De un pueblo impetuoso entre mil ondas,
A Christo vá siguiendo, á aquel Dios blando,
De paz al manso Dios, que de tal modo
Los devotos guerreros profanaron,
Llevándole, sacrílegos, al frente.
Mayena, que á placer está mirando
Tan insensata empresa, allá á lo lejos,
Despréciala en secreto, al mismo paso,
Que en público teatro la autoriza.
Político Mayena, advierte, y sabio,
Quanto el imbecil vulgo, ciegamente
Sin límites sumiso á un zelo falso,
Con la fiel Religion el fanatismo
Suele, rudo, mezclar, unir incauto.
Entendía Mayena, contemplaba
El gran árte á los Reyes necesario,
De nutrir los errores y flaquezas,
Que el pueblo sacrifican al tirano,
Y á este irrisorio escándalo piadoso,
Da por tanto acogida y aun aplauso.
Con grave indignacion, vélo el prudente,
Y con burla mayor, lo vé el soldado.
Mas la estólida plebe, hasta los Cielos
Mil gritos levantaba de entusiasmo,
De gozo y de esperanza; y así como
Sucediera á su audacia un miedo fatuo,

Este, en un solo instante, el lugar cede
Al furor y transporte mas insano.
Así en el seno undoso de Amphitríte,
De los mares el angel, á su agrado,
Las olas talvez calma, tal, irrita.

Dez y seis sediciosos, señalados (3)
Por sus feos delitos, entre todos
Los mas viles facciosos, ha nombrado
Y en Gobierno erigido la Discordia.
Estos hombres obscuros y malvados,
De su nueva y condigna Soberana
Insolentes Ministros, en su carro
Barnizado de sangre, al punto montan,
Y la marcha batiéndoles al paso
La villana traycion, y el fiero orgullo,
El frenesí, la muerte, y el estrago,
Por sangrientos torrentes, que arroyaban;
Van de su fiera ronda el rumbo guiando.
En baxa obscuridad todos nacidos,
De sórdida baxeza alimentados,
Su rencor á los Reyes les servía
De blason de nobleza el mas realzado.
Baxo el dosel traidos por él pueblo,
Ya Mayena con él les ve temblando
Sentados á la par. Tal es la insania,
Tales son los trastornos ordinarios
De la inquieta Discordia y sus caprichos.

Ella, frequentemente nivelados
Dexa en suerte á los cómplices que induce;
No de distinto modo, que allá quando
Fuertes vientos, tiranos de las aguas,
Que su corriente turban y descanso,
Las olas revolviendo con su soplo
Del Ródano ó del Sena, hacen, que el baxo
Sucio y grosero lodo, que abatido
En sus profundas grutas yace, alzado
Se mire á borbollones de las ondas
Sobre la superficie; así en los raros
Furores de un incendio, que devora
Y una Ciudad convierte en yermo campo,
El hierro, el plomo, el bronce, que liquida
El fuego entre las llamas, van mezclados
Con el oro mas puro, que obscurecen.

De sedicion en medio y motin tanto,
Témis tan solo, Témis resistiera,
Librárase del público contagio.
Ni sed de engrandecerse, ni temores,
Ni esperanzas, ni nada, de sus manos
Consiguiera torcer la fiel balanza.
Consérvase su Templo inmaculado;
Y la simple equidad, qual fugitiva,
Cerca de ella un asilo va buscando.

Habitaba el recinto de este templo,
El venerable cuerpo de un Senado,

Azote formidable del delito,
De la inocencia amparo y tutor nato,
Que de apoyo del Rey, y de instrumento
De la ley, el caracter conservando,
Entre el Pueblo y el Príncipe marchaba
Con intrépido, igual y firme paso.
De unos Reyes benignos y accesibles,
En la equidad mas dulce confiado,
A sus pies ¡ quantas veces trasladara
De la Francia las quejas, los agravios !
Era el público bien, unicamente
De toda su ambicion objeto caro.
Lo tirano, en los Príncipes no odiaba
Ménos, que lo rebelde en el vasallo.
De un supremo respeto dirigido,
Y de un noble valor siempre inflamado,
En las causas del Rey y de su Pueblo,
Lo súbdito distingue de lo esclavo.
Por nuestras libertades y franquezas
Siempre á armarse dispuesto, en qualquier caso,
Conoce á Roma bien; como piadoso
Hónrala, y la reprime como sabio.
De los torpes tiranos de la Liga
Una horrible Cohorte, puesta al mando,
De aquel templo de Témis magestuoso,
A cercar llega el pórtico sagrado.
Bussi, vil gladiator, es quien la guia, (4)

A

A honor tan criminal, á poder tanto,
Por su audaz arrogancia promovido.
Entra del Templo augusto al santuario;
Y este negro torrente de palabras,
A la ilustre asamblea, cuyo labio
Del ciudadano regla la fortuna,
Osado le dirige; « Mercenarios
» Apoyos de ese dédalo de leyes!
» ¡ Plebeyos, que á la usanza del Romano
» Os teneis de los Reyes por tutores!
» Almas en fin serviles, hombres baxos,
» Que en la perturbacion, y entre cabálas;
» Que afligen y desolan al Estado,
» Pretendeis, que consista, y se alze fiero
» El afrentoso honor de vuestros cargos
» Y venales grandezas! En la guerra
» Tímidos, y en la paz fieros tiranos,
» Al Pueblo obeced, en cuyo nombre,
» Vengo ¡ orgullosos juezes! á intimaros.
» Escuchad sus Edictos liberales.
» Antes hubo sin duda Ciudadanos;
» Húbolos antes, sí, que hubó Señores.
» Fueros, que nuestros padres prodigaron,
» O mas bien le usurpó tirana fuerza,
» Sus despoxados hijos recobramos.
» Sobrado tiempo el Pueblo por vosotros
» Al terror fue sugeto y al engaño.

» Cansóse ya del cetro, y lo há rompido.
» Borrad yá para siempre ¡ Magistrados !
» De plena potestad los grandes nombres
» Tan temidos, odiosos, y aun ingratos
» A vuestro mismo oido; é yá del Pueblo
» Libre y supremo á nombre, dad los fallos,
» No la plaza del Rey, baxo ese solio
» Manteniendo, sino la del Estado.
» La Sorbona imitad. Si no lo hiciereis,
» Sobre vos los rigores fulminados
» Ver, temed, de mi enojo y mi venganza. »
Fieles y acordes todos, contestaron
Con un noble silencio; á la manera,
Que en los muros ardiendo yá asolados
De la sitiada Roma, allá otro tiempo,
Sus graves Senadores, de los años
Yá por el peso corvos, sin turbarse,
En sus curules fixos, aguardaron
Fieramente los Galos y la muerte.
A espectáculo tal, tan no esperado,
Lleno de mayor rabia, embravecido
De mas brutal furor, mas no sin pasmo,
« Obedeced al punto, dice Bussi,
» O mis pasos seguid, fieros tiranos. »
Súbito alzado Harley, el digno Xefe (5)
De tan justo impertérrito Senado,
Al de los Dez y seis va á presentarse;

Y con la misma frente y grave labio;
Con que á aquellos malvados damnaría,
Las cadenas les pide. Dél al lado,
De justicia otros xefes se admiraban;
Que de participar en el cadalso
Del honor del primero, ardiendo en votos,
Víctimas de la fé que al Rey juraron,
De los tiranos tienden á los hierros,
Sus generosas é inocentes manos.

Vuelve ¡ o Musa ! á contarme tantos nombres,
A la Francia tan caros, y héroes tantos,
A quienes oprimió licencia infame,
Dígnate consagrar. El probo, el bravo
De Thou, con Scarrón, y sus colegas (6)
Molé y Bayól tambien, con el honrado
Potíer, hombre el mas justo y mas constante;
Y tú ¡ ilustre Longuéil ! tú, joven claro,
En quien por abreviarte mas la gloria
De tan bello destino, se avanzaron
La virtud, el espíritu, y la ciencia,
Al curso de los años ordinario.
De tan dignos Ministros de justicia,
Todo aquel grave cuerpo, condenado,
Al traves de un vil pueblo, que le insulta,
Como en público triunfo van llevando
Al famoso castillo y espantable; (7)
De la venganza alcazar, dó mezclados

Veces tantas hundir gemir se han visto
La inocencia y el crímen. El anciano
Orden de nuestro Reyno, así trastornan;
Del Estado la paz así turbaron
De un golpe los rebeldes y facciosos.
La Sorbona cayó. Yá no hay Senado....
¿ Mas á que tal concurso y alaridos?
¿ A que esos instrumentos y aparatos
Del infame suplicio de culpables?
¿ Quienes son esos dignos Magistrados,
Que manos de verdugos, á la tumba
Por orden precipitan de tiranos?
En Paris, las virtudes, el destino
De los crímenes sufren.... ¡ Desgraciados
Brissón, Lachér, Tardíf, víctimas nobles! (8)
Tan afrentosa muerte, no ha manchado
Vuestro honor generoso ¡ Puros manes!
No teneis porque de ella avergonzaros.
Célebres para siempre vuestros nombres,
Viven en la memoria. En el cadalso
Quien muere por su Rey, muere con gloria. (II).
En medio de los pérfidos alzados,
La Discordia, entretanto, se aplaudía
Del suceso feliz, que al fin lograron
Sus sangrientos y bárbaros designios.
Con ayre satisfecho y sosegado,
Su tranquila crueldad, fiera contempla.

De la guerra civil los crueles daños ;
Y muy á su sabor , pasa revista
Sobre un muro de sangre ya inundado ,
A los míseros pueblos , que en la Francia
Contra su Rey legítimo ligados ;
Y entre si divididos y discordes ,
Juego vienen á ser desventurado
Del furor de contiendas intestinas ,
Y en tumulto interior y riesgo estraño ,
De su turbado suelo y mustia patria
La perdicion fatal apresurando ,
Por dó quier no presentan mas que muertos ,
Carnicería , escombros , y fracasos.

FIN DEL CANTO QUARTO.

CANTO QUINTO.

ARGUMENTO.

Aprietase vivamente á los Sitiados. La Discordia excita á Jacobo Clemente á salir de Paris, para asesinar al Rey. Llama del profundo de los Infiernos al Demonio del Fanatismo, que dirige el parricidio. Sacrificio de los Ligados á los espíritus infernales. Henrique III es asesinado. Sentimientos de HENRIQUE IV. *Este es reconocido* REY *por el Exército.*

AVANZARANSE, en tanto, se aprestaran
Las máquinas mortales, que en su seno,
De los tercos rebeldes abrigaban
La fatal perdicion; y por dó quiera,
Volando el hierro y fuego, que arrojaran
Por bocas cien de bronce, con estruendo
Sus murallas batían y aterraban.

Ni de los Dez y seis sañosas iras,
Ni la sagaz prudencia, que inspiraba
Al astuto Mayena, ni de un Pueblo
Con insolencia alzado la arrogancia,
Ni de escándalo llenos los discursos,
Que de la ley Doctores divulgaran,
Otros contra BORBON débiles ménos

Ménos vanos auxîlios ministraban.
A agigantados pasos la Victoria
Del Héroe por las huellas se avanzaba,
Sixto, Felipe, y Roma, por su parte,
Hórridos anatemas fulminaran:
Roma, empero, por fin, dichosamente,
De ser terrible al mundo yá dexara.
Yá impotentes sus rayos, en el ayre
Con la razon chocando, se exâlaban.
Por otro lado, â un tiempo, la indolencia,
La pesadez maligna y ordinaria
Del Viejo Castellano, á los Sitiados
Un urgente socorro retardaba.
Errantes sus soldados por el Reyno,
Sus Ciudades, entanto, desolaban,
Sin que á Paris jamás socorro dieran.
El pérfido político esperaba,
Que ya exâusto el Ligado, una conquista
A su brazo ofreciese poco cara.
El peligroso apoyo, el lazo astuto
De su falsa amistad, le preparaba
En vez de un Aliado un Señor fiero;
Quando de un furibundo empresa infanda,
Cambiar con mano aleve parecía
La suerte por un tiempo de la Francia.
¡Tranquilos habitantes, que los muros
De la ilustre Paris hoy circunvalan!

Vosotros, que del Cielo merecisteis
A la prediléccion, la insigne gracia
De nacer en mas prósperas edades,
De perdonarme habreis, si aquí empeñada,
Renovase mi pluma á la memoria,
La historia criminal, dó negras llanas
Ocupan vuestros padres seducidos.
De sus atrocidades feas manchas
Sobre vos no recaen, no os denigran,
Todas las cubre, al fin, todas las lava
Vuestro leal amor á vuestros Reyes.

Procreado há la Iglesia, en eras varias,
Solitarios Varones, que reunidos
Baxo severas reglas, se miraban
Qual en todo distintos y arredrados
Del resto de los hombres; y en las aras
Votos solemnizando rigurosos,
Al servicio de Dios se consagraran.
Unos en soledades se sumían,
Gozando de la paz profunda calma.
En su ascética vida inaccesibles
A atractivos del mundo y pompas vanas,
Zelosos de un reposo dulce y blando,
Que robarles no pueden, de la humana
Mundanal sociedad, que bien pudieran
Utilmente servir, huyen las cargas.
De ellos, otros no pocos, sus funciones

Haciendo de mas pública importancia ,
De la Iglesia á las Cátedras subiendo ,
No poco la sirvieran é ilustraran :
Pero bien prontamente , por desdicha ,
Embriagados é ilusos con el aura ,
Que sus talentos captan lisongeros ,
En el siglo esparcidos , sus profanas
Costumbres adquiriendo , no ignoraron
De una sorda àmbicion arteras ansias ,
Y yá de sus intrigas y manejos
Mas de un pays á veces se quejara.
Así entre los mortales , el abuso
Del mas perfecto bien , en desgraciada
Fatal fuente del mal , llega á tornarle.
Los que la vida y regla profesaran
De Domingo en España , largo tiempo
Viéranla florecer , y de la plaza
Mas obscura de empleos harto humildes ,
A los régios palacios de Monarcas
Remontada bien presto la miraron.
No con menos fervor , si limitada
A influencia menor y poderío ,
Prosperó con respeto en nuestra Patria ,
Asáz bien de los Reyes protegida ,
Apacible , y al fin afortunada ,
Si en su materno seno , por ventura ,
Nunca al traydor Clemente cobijara. (1)

Desde edad juvenil, llevado habia
Al retiro, Clemente, en que habitaba,
Los tétricos accesos y fiereza
De una virtud selvage y arriesgada.
Féble, y crédulo simple, lleno siempre
De devocion frenética é insensata,
Su espíritu sombrío rudo y triste,
De la Faccion rebelde y desbordada
El torrente seguía. Sobre joven
Vertiendo tan insano, en abundancia,
La funesta Discordia el cruel veneno
De su boca infernal, tanto le exâlta,
Que al pie de los altares prosternado,
Con criminales votos y plegarias,
Cada dia mas túrbido y ferviente,
Los Cielos importuno fatigaba;
Y aun que cubierto, dicen y manchado
De polvo y de ceniza, á Dios orara
Un dia en esta horrible impía forma.

« ¡ Dios, que á tu Iglesia vengas, y las tramas
» De opresores castigas y tiranos!
» ¿ Habrá de verse siempre, que abismada
» De tus hijos la raza así consientas,
» Y de un Rey que te insulta, que te ultraja,
» La sacrílega mano armando impura,
» El perjurio bendigas por su causa,
» Y el bárbaro homicidio favorezcas?

» Con dureza ¡ Gran Dios ! desmesurada,
» Los rigores nos prueban de tu azote.
» Harto yá nos afligen y maltratan.
» Contra tus enemigos levantarte
» Dígnate yá Señor. Suspende, aparta
» De nosotros la muerte y la miseria.
» Líbranos de ese Rey, sobre la Francia
» En tu montada cólera arrojado,
» Y del ayrado Cielo el furor calma.
» Ven, Señor: y ante tí, marchando venga
» Del Exterminador la horrenda espada.
» Ten clemencia ¡ mi Dios ! Llega: desciende:
» Armate ; y tus centellas inflamadas,
» A nuestra vista hieran, quemen, hundan
» Su sacrílega hueste. Ambos Monarcas,
» Sus Xefes y soldados, espirando,
» Caigan qual ojas leves dispersadas
» A discrecion del viento ; y los valientes
» Católicos, que lidian por tu casa,
» Salvos de tu justicia y tu clemencia
» Por el poder inmenso y virtud santa,
» De ese exército infiel, sobre los mismos
» Cadáveres sangrientos, de alabanza
» Eucarísticos himnos te enderezen. »
Cruzando por los ayres, escuchaba
Estos impíos ecos la Discordia.
Recógelos al punto: entre ellos baxa

Del Tártaro á los lóbregos imperios,
De donde la maléfica no tarda
En tornar, conduciendo de ellos todos
Al mas cruél azote y atroz plaga.
Llega yá: Fanatismo, horrible nombre,
El tirano diabólico se llama.
Hijo desnaturado de la misma
Religion apacible dulce y mansa,
Armado de ella en pro, su ruina intenta,
Y en su piadoso seno ya lograda
Una incauta acogida, al mismo tiempo
Que en sus brazos la estrecha, la desgarra.
Él fué; quien en Rabá, sobre los bordes
Condújo del Arnón, feroz guiaba
Del desgraciado Ammón los descendientes;
Quando á su Dios Molóc, toda bañada
En lágrimas la madre, del hijuelo
Palpitando ofrecía las entrañas.
El de Jephté dictando el duro voto,
Inhumano llevó la fiera daga,
De su hija al corazon. Él mismo ha sido
Quien en Aulida abriendo del cruél Calcas
La despiedada boca, por su acento
De Iphigenia la muerte audaz reclama.
Él, allá en lo sombrío de tus selvas,
Habitó largo tiempo ¡ó antigua Galia!
De tus patrios aromas ha incensado

De Teutatés la horrible Deidad vana.
Tú quizá, todavía, no olvidaste
Los sacros homicidios, que en las aras
De tus indignos Dioses, freqüentaron
Los sanguinarios Druydas. En voz alta,
Del Capitolio augusto allá en la cumbre
Herid, á los Gentiles les gritaba,
Desgarrad y acabad á esos Christianos.
Mas luego que abjurando las paganas,
Y del Hijo de Dios la ley siguiendo,
De Roma la cerviz le fué postrada,
Del Capitolio hundido ya en cenizas,
A la triunfante Iglesia veloz pasa,
Y su furor frenético inspirando
En las devotas almas, que infectara,
Sus índoles, de mártires piadosas
Cambia en perseguidoras y tiranas.
La Secta turbalenta formó en Londres, (2)
Que sobre un Rey imbecil mano armada
Ensangrentar osó; y allá en Lisboa;
No ménos que en Madrid, fiero atizaba (1)
Los solemnes braseros, dó anualmente,
Sacerdotes serenos arrojaran
En magnífica pompa á los hebréos,
En quienes la firmeza castigaban
De no querer jamas de sus mayores
El culto renegar y fe heredada.

En sus disfrazes; de ornamentos sacros
De ministros del Cielo se adornaba,
Revéstiase siempre: pero adopta
Del Infierno, esta vez, en la morada
De una noche eternal, la forma nueva;
Que á su nuevo delito acomodaba.
La Audacia y Artificio, los disfraces
Con oportuno amaño le preparan.
De Guisa, con el talle, toman luego
Los rasgos, que á aquel héroe mas marcaban;
De aquel sobervio Guisa, en quien se viera
Del Estado al Tirano, y al Monarca
De su propio Señor, que en todos tiempos,
Y aun despues de su muerte desastrada,
Poderoso y terrible, de la guerra
A los horrores todos y desgracias
Nuestra Francia inducía, y de los suyos
A ambiciosas empresas arrastraba.
De un casco espantador arman su frente,
Y empuñan en su mano lúcia espada
Siempre á la muerte pronta. En su costado
Las mortales heridas tambien graban,
Con que á aquel Gefe un dia de facciosos
En la Ciudad blesense asesinaran;
Y por tales heridas de la sangre,
Que corría abundosa, la voz agria,
Acusar á Valois aun parecía,

Y reclamar sobre él cruda venganza.
Tal el lúgubre fué ficto aparato,
Con que entre la amapola, que derrama
El dulce y blando sueño, y en el fondo
Del lóbrego retiro de su estancia,
Vino aquel disfrazado horrible espectro
A traer á Clemente su embaxada.
De la fe religiosa el zelo falso,
Que una encendida cólera inflamaba,
Con la Superticion, su fiel amiga,
Y la inquieta y maléfica Cabála,
Unidos en su guarda de continuo
A Clemente asistían de su estancia
Velándole al cancél, por el que al punto
Al feroz Fanatismo dan entrada.
Llega; y con voz altiva y magestuosa,
« Dios tus votos acepta y tu demanda:
» ¿ Pero acaso, le dice, ni otro culto,
» Ni otro incienso al Señor tu fe consagra,
» Que un voto esteril y un perpetuo llanto ?
» Otras ofrendas mas, son necesarias
» Al Dios, que nuestra Liga ampara y sirve.
» Él exîge de tí, de tí demanda
» Lo mismo que le pides. Si allá un tiempo,
» Para salvar Judith su nacion cara,
» Lágrimas solo á Dios, solo clamores
» Consagrado le hubiera, si alarmada

» Por el mal de su pueblo, por sus dias
» Temblado á un tiempo hubiese, las murallas
» Abatir de Betulia Judith viera.
» He aquí, he aquí, Clemente, las hazañas,
» Las sagradas empresas, cuyo exemplo,
» Cuyo digno valor y ofrenda grata
» Debrías imitar.... mas yá, yá miro
» Que te averguenzas, sí, de la tardanza.
» Vuela, pues; y tu mano, con la sangre
» Salvando del Ungido nuestra Patria,
» Vengue Roma, Paris, á mi, y al mundo.
» Por un asesinato vió segada
» Mi vida ese Valois. Vengada quede
» Por otro golpe igual su aleve saña.
» De asesino el vil nombre no te espante;
» En tí será, Clemente, virtud clara,
» Lo que en Valois fue crímen. A quien venga
» La Iglesia, todo es justo. Entonces nada
» De malo tiene y cruél el homicidio.
» El Cielo lo autoriza ¡ que ! lo manda.
» Él por mi voz te intima, que tu brazo
» Para dár há elegido en su venganza
» Pronta muerte á Valois ¡ Quanta, Jacobo,
» Quanta tu dicha fuera, tu honra quanta,
» Si en seguida ó de un golpe al mismo tiempo
» Al tirano pudieses de la Francia
» El Navarro juntar; si de ambos Reyes

» Tu

» Tu Religion y Patria viendo salvas ;
» Te pudiesen !.... mas no , no son llegados
» Esos tiempos aún. Vida mas larga
» Disfrutar debe HENRIQUE. El Dios , que impío ,
» Que insolente persigue , reservada
» Al brazo de otro tiene tanta gloria.
» Tú , de este Dios zeloso , que en mi te habla ,
» El gran designio cumple , y dél recibe
» El don , que por mi mano te regala. »
Al decir esto , ostenta y vibrar hace
Una daga brillante aquel fantasma ,
Que del Averno en aguas por el odio
Fuera al intento bárbaro templada.
Y el don fatal poniendo de Clemente
En la mano feroz , súbito escapa ;
Y en la infernal morada se rehunde.
Del solitario joven deslumbrada
La gran facilidad , depositario
De intereses del Cielo se juzgaba.
Besa el fatal presente con respeto.
De rodillas hincado , sus plegarias
Del Todo-poderoso el brazo imploran ;
Y del terrible monstruo , que le hablara ,
Guiado del furor , con ayre y tono
De santificacion , se preparaba
Al pérfido y horrendo regicidio.
¡ A quanto error sugeto é ilusion vana

Está del hombre el ánimo! Clemente,
En horas y ocasion tan desdichadas,
De la paz disfrutaba mas dichosa.
A su espíritu iluso confortaba
Aquella confianza leda y dulce,
Que de los hombres justos en el alma,
Afirman el candor y la inocencia.
Místicamente grave el furor marcha
Del devoto traydor, baxos los ojos.
Su sacrílego voto al Cielo alzaba.
Su sosegada frente, marcas ciñen
De una austera virtud; y la vil daga
Del parricida atroz, cubre el cilicio.
Seguros sus amigos de tan alta
Tan celestial empresa, con mil flores,
Que su zelo fanático derrama
Baxo sus pies, de aromas perfumando
El camino cubriendo por dó pasa,
A las puertas le guian, llenos todos
De la veneracion mas pia y santa.
Sus designios bendicen: le reaniman:
Instrúyenle: y por fin, su nombre exâltan
Al número de tantos, como Roma
En sus perpetuos fastos consagrara.
De Francia el Vengador, en altas voces,
Con furioso entusiasmo le proclaman;
Y yá con incensarios en las manos,

A invocarle propicio se adelantan.
No transportados tanto ni fervientes,
De la muerte solícitos con ansia,
Los primeros christianos, que de apoyo
De la fe de sus padres se gloriaban,
Allá en mas simples tiempos sus hermanos
Con placer al martirio acompañaran,
Y de fin codiciando tan felice
Las celestes dulzuras, de sus plantas
Las venerables huellas, tiernamente
Con mil devotas lágrimas besaban.
El iluso, el fanático mas ciego,
Ostentar, brillar hizo, veces varias,
Un caracter igual al del christiano
Mas cándido y sincero. De igual gracia,
De igual valor entrambos pruebas dieron.
Tiene el error sus mártires, sus palmas,
Sus héroes tiene el crimen, y sus glorias.
¡ Quan vanos de los hombres, en las causas
Del falso y veraz zelo, son los fallos !
A los mas grandes hombres, se equiparan
Muchas veces los mas facinerosos.

Qual zahorí Mayena, que las tramas
Descubría mas hondas, de la Liga
El maquinado golpe no ignoraba;
Ignorarlo, no obstante, astuto finge.
Su sagaz artificio, que con maña,

Del crímen horroroso asír el fruto;
Mas sin comprometerse meditara,
Cauteloso procede, y con misterio,
Dexa á los mas facciosos, que en el alma
Del jóven furibundo aliento inspiren.
Mientras que de la Liga una vil banda,
Al traydor regicída, hasta las puertas
De Paris conduciendo, fomentaba,
Los Dez y seis, á un tiempo, deslumbrados,
Con sacrílego esfuerzo proyectaran,
De la empresa fatal sobre el suceso
La suerte consultar ¡ vana observancia !
Curiosa allá en su tiempo Catalina,
Audazmente buscó la ciencia insana
De arcanos tan odiosos. Cabilosa,
Aprendiera á sabor, y profundara
Un arte tan ridículo y sombrío,
Tan sobrenatural, y veces tantas,
Tan quimérico, y siempre delinqüente.
Todo siguió su exemplo; y desvariada
La imbecil muchedumbre, de los vicios
De las Cortes seqüaz ciega y esclava,
Por lo maravilloso loca siempre,
Y de la novedad siempre encantada,
A tan torpes pueriles impiedades,
De tropel neciamente se librara. (3)
Entre lóbregas sombras de la noche,

Baxo una obscura bóveda, llevaba
De la mano el Silencio enderezando
A la Asamblea estólida en su marcha,
Allá al pálido y lúgubre reflexo
De una mágica antorcha, una vil ara
Sobre fúnebre tumba se erigiera,
Dó con hondo rencor de ambos Monarcas
Los magestuosos bustos colocaron,
De su terror objetos y su saña.
Su sacrílega mano, al mismo tiempo,
Sobre el sórdido altar mezclar ósara,
A mil hórridos nombres infernales
El sacro del Eterno, y ordenadas
Sobre aquellas paredes tenebrosas,
Pusieranse tambien funestas lanzas,
Cuyas agudas puntas remojaron
De sangre en negros vasos; circunstancia
Del sortilegio horrible amenazante.
De este Templo ministro se ostentaba
Uno de esos hebreos, que proscritos
Sobre la tierra yá, sin Rey ni Patria,
Ciudadanos del Orbe, de unos mares
A los otros, errantes, transportaran
Su profunda miseria por el Mundo,
Y de un cumulo antiguo de cabálas
Y de supersticiones harto impías,
Ya tiempo largo había, que infestaban;

Del Universo henchían las naciones.
De tan vil sacerdote colocada
En contorno, y ardiendo en fieras iras;
La junta de Ligados insensata,
Con destemplados gestos y clamores,
El torpe sacrificio comenzara.
Su regicida brazo en sangre tiñen,
Y á herir, sobre el altar, de Valois saltan
Veloces y furiosos el costado.
Si con mayor temor, aun con mas rabia,
Derriban á sus pies de HENRIQUE el busto;
Creyendo, que á sus furias fiel, volara
A transmitir la muerte á los dos Reyes,
La herida de su afrenta y de su lanza.
Junta, en tanto, el hebreo á preces pias
De la Iglesia, sacrílegas plegarias,
Y entre la imprecacion y la blasfemia,
Invoca de consuno, con insania,
El Infierno, los Cielos, Dios, sus Santos,
Los inmundos Espíritus, que vagan
Y el Universo turban, de las nubes
El rayo, y del Averno al fin las llamas.
Tal en Gelboé fué un dia el sacrificio,
Que á infernales Deidades dedicara
La ilusa y furibunda Pitonisa
De rapto en el momento, en que evocaba
Delante un Rey feroz, el simulacro

De Samuel espantoso. Así tronara
De Samaría un tiempo en las alturas;
De Judá contra el pueblo, voz profana
De los falsos Profetas. De igual modo,
Del inflexíble Ateyo dura saña,
Allá en Roma, y á nombre de sus Dioses,
Maldiciones de Craso echó á las armas.
A mágicos acentos del judío,
Alcanzar temerarios esperaban
Los Dez y seis, del Cielo la respuesta.
Por tal medio forzarle maquinaran,
A que yá de su suerte el velo alzase.
Para castigo el Cielo de su audacia,
Escucharles queriendo, de natura
El órden y las leyes cesar manda;
Y de aquellas profundas mudas cuebas
Un lúgubre murmullo se levanta.
Redoblados relámpagos, del seno
De noche profundísima abortaran
Dia horrible y fugaz, que por momentos
Trémulo renacía y espiraba.
En medio de aquel fuego, y de una llama
De deslumbrante gloria, se aparece
A sus ojos Henrique, de la ufana
Victoria sobre un carro. Su serena
Noble frente laureles coronaban,
Y el cetro de los Reyes en su mano

Magestuosa, magnífico brillaba.
Parten de un trueno súbito centellas,
Que el ayre encienden, el altar abrasan;
Y embuelto entre mil llamas, cae y se hunde
De la tierra en el seno. Tiemblan, pasman
Los Dez y seis, absortos y perdidos.
Dél hebreo de horror se abisma el alma,
Y á esconder huyen todos en tinieblas,
El crímen y terror, que les acaba.
Aquel trueno, aquel ruydo, y aquel fuego,
Con espanto la pérdida annunciaban
De Valois infalible. Dios, sus dias
Del alto de su trono yá contara.
Lejos dél retirando sus auxîlios,
Impaciente la muerte, yá esperaba
Su destinada víctima; y el Cielo,
Por perder á Valois, y en su venganza;
Justiciero permite un alto crímen.
Clemente, sin pavor á su Real marcha:
Llega á su pavellon: pide su audiencia:
Y entre tanto, el hipócrita propala,
Que á aquel lugar por Dios es conducido;
Donde de la diadema soberana
A restaurar venía sacros fueros,
Y á revelar arcanos, que importaban
Altamente á su Rey. Por largo espacio
Se vacila; le observan; se le indaga;

Un funesto misterio se recela
Baxo su hábito oculto. Sin alarma;
Severo exâmen sufre. Satisface
Con simple calma á todo; finge, engaña;
Cada qual la verdad vé en sus discursos,
Y á los ojos del Rey, al fin, su Guardia
Llega yá sin recelo á presentarle.
Al devoto traydor, no sobresalta
De regia magestad la faz augusta.
A sus pies su rodilla prosternada,
Con tranquilo y humilde continente,
El punto de su golpe atento marca;
Y la diestra mentira, que su labio
Para empresa tan pérfida ensayara,
Esta insidiosa arenga en aquel trance
A Clemente dictó. « Sufrid, así habla;
» ¡ O Gran Rey ! que mi voz tímida y débil,
» Al poderoso Dios de las batallas,
» Por quien los Reyes reynan, se enderece.
» Permitid, que ante todo, aquí humillada
» Le ensalce el alma mia por los dones,
» De que á colmaros vá la mano grata
» De su excelsa justicia. De enemigos
» Entre el número inmenso, que se alzara
» Contra vos, generosos y constantes,
» Impávidos, Señor, fe grande os guardan
» El virtuoso Potiér, con quien ligado

» El prudente Villroá se conformaba, (4)
» Y Harléy, el Gran Harléy, de cuyo zelo
» La ardiente intrepidez, la virtud rara,
» Fué siempre al pueblo infiel tan formidable.
» Todos, del fondo obscuro, en que moraban
» De su estrecha prision entre cadenas,
» Los ánimos reunen: juntan, calman
» Todos vuestros vasallos, y confunden
» Los de la Liga todos. Miras sabias
» De aquel Dios, que, talvez, por humil mano
» Llevar se digna al fin empresas altas,
» Desdeñando entendidos y potentes,
» Hasta el virtuoso Harléy guió mi planta;
» Y de sus luces lleno, y por un labio
» Instruido tan fiel, del zelo en alas,
» En busca de mi Rey volando llego.
» A entregaros, Señor, aquesta carta,
» Que el Presidente Harléy á mi leal mano,
» Poco há para vos de fiar acaba.»
A recibirla incauto se apresura
El infeliz Valois, quien por mudanza
Tan rápida, los Cielos bendecía.
« ¿Quando podré, le dice, ley, fe tanta
» Recompensar, pagar tu buen servicio
» De mi justicia á gusto?» A estas palabras,
Los brazos le tendía, en cuyo instante,
Su asesino puñal el monstruo arranca,

Y descargando el golpe, en el costado
Con repentina furia se lo clava.
Sangre arroya; se asombran: corren: gritan:
Mil brazos en un punto se levantan
A castigar del Rey el alevoso,
Quien, sin baxar los ojos, los miraba,
A todos con desden. Del regicidio
Vanaglorioso, y quito con su patria,
De rodillas la muerte aguarda en premio;
Y en la fiel y tranquila seguranza
De ser de Roma y Francia un santo apoyo,
La puertas del Empireo ver yá francas
Para acogerle en triunfo, se imagina.
Del martirio á su Dios la ilustre palma
Pidiéndole, al caér, los mismos golpes
De que espira, bendice como gracias.
¡Terrible ceguedad, ilusion fiera,
Digna á un tiempo de lástima y de saña!
De la muerte del Rey ménos culpable
Que la turba, talvez, desaforada
De los sacros Doctores, que enemigos
Tan viles quanto aleves del Monarca,
Por su labio, de máximas funestas
La ponzoña vertiendo sobre el alma
De un iracundo jóven solitario,
Dexó su mente débil extraviada.

Yá al infeliz Valois su final hora

La mortífera herida le acercaba.
Yá anublados sus ojos, solamente
De luz un débil resto divisaban.
De afliccion con suspiros y lamentos,
Sus Cortesanos todos le cercaran;
Y aunque en secreto allá por sus designios,
Discordes entre sí, se concertaban
En el lúgubre tono de su llanto;
Y todos, á una voz, ayes exâlan
De dolor, ora falso, ora sincéro.
Aquí él uno, á quien dulces esperanzas
De la pronta mejora de destino,
Que un nuevo órden le ofrece, lisongeaba,
Debilmente en su pecho se afligía
Del peligro mortal de su Monarca.
Y allí él otro, que embarga un servil miedo
De arriesgar su interes, solo lloraba
En lugar del Monarca, su fortuna.
Entre el rumor confuso de afectadas
O ingenuas erupciones de tal duelo;
¡ Vos, Henrique! llorais; lágrimas sanas
Verteis del corazon. Vuestro enemigo
Fuera un tiempo, es verdad; mas ¿ que importaba?
Sensibles corazones, como el vuestro,
En tan horribles puntos de desgracia,
Facilmente se afectan y enternecen.
No de antiguos agravios se acordaba,

Sino de su amistad el Gran HENRIQUE:
Del HÉROE generoso las ventajas,
En valde con su lástima allí luchan;
Y que un diadema el Rey le traspasaba
Por su muerte, á sí mismo se escondía.

Por un final esfuerzo, una mirada
De sus lánguidos yá pesados ojos,
Que la muerte á cerrar se apresuraba,
Tiende Valois y clava sobre HENRIQUE;
Y con trémula mano, quasi helada,
La del HÉROE tocando victoriosa,
« Contén lágrimas, dice, pena tanta.
» El Universo, amigo, habrá, indignado,
» De lamentar la muerte á tu Rey dada.
» Tú, combate, ¡ BORBON ! Véngame, y reyna.
» Yo muero ¡ caro hermano ! Entre borrascas,
» Sentado yá te dexo sobre escollo,
» Que cubierto, aunque altivo, todo se halla
» De mis tristes despojos y naufragios.
» Yá te espera mi trono. Herencia es clara
» De tu sangre, BORBON. Manos le gozen,
» Que defendido le hán. Nunca olvidada
» Dexáras la verdad, de que le cerca
» En todo tiempo el rayo. Quando se alzan
» Al trono tus virtudes, á Dios teme,
» Que es quien al trono, HENRIQUE, te levanta;
» Y del culpable dogma, que aun profesas,

» Desengañado, al fin, puedan sus aras
» Restablecer tus manos y su culto.
» A Dios. Reyna felice; y de tu guardia
» Angel mas poderoso salvar quiera,
» Tus dias de otra vil aleve daga.
» De la Liga conoces la cruél furia;
» Ella el rayo, que á mí de herirme acaba,
» Odiosa á nuestro nombre, que algun dia
» Hasta tí vuele eléctrico, prepara.
» Quizá, HENRIQUE, y no tarde, alguna mano
» Mas injusta, mas bárbara, é inhumana.....
» Virtud tan singular ¡ O justo Cielo !
» Perdonad, permitid.... » A estas palabras,
Sobre su fria frente inexôrable
Cae, y su suerte yá fixa la Parca.

De su muerte al estruendo, Paris todo,
A transportes odiosos se entregara,
De un delinqüente júbilo embriagado.
Mil gritos de victoria al ayre lanza.
Cesaron los trabajos. De los templos
Las puertas por dó quier se observan francas.
Habitantes estólidos, sus frentes
De floridas guirnaldas coronadas,
Al regicidio infame aniversarios
Perpetuos y magníficos consagran.
BORBON, no es yá á sus ojos, mas que un Héroe
Sin apoyo y poder, por quien estaban

Su ardor solo y su gloria; mas ¿ podría
Resistir á la Liga yá afirmada,
De la Iglesia al enojo, y sus funestos
Y tremebundos rayos, de la España
Al enemigo auxîlio formidable,
Y en fin, del Nuevo-mundo á esa su plata
De mayor poderío y de mas fuerza?
Ya guerreros no pocos, que abrigaban
Una infausta política en su pecho,
Mas malos Ciudadanos, por desgracia,
Que zelosos católicos, tapando
De escrúpulos con velo sus privadas
Ambiciosas hipócritas intrigas,
De Henrique el campo dexan, y separan
Del pendon de Calvino sus banderas:
Pero inflamando al resto mas honrada
Conciencia y fiel valor, su zelo dobla
De sus Reyes la justa y noble causa.
Estos á prueba amigos, estos fuertes
Generosos guerreros, que guiara
Ya de muy largo tiempo la Victoria,
Del Imperio frances, que vacilaba,
Al légitimo Dueño reconocen,
Y èl Campo todo unido, que probara
La dignidad de Henrique para el cetro,
De Francia, en alta voz, Rey le proclama.
Los Civrís y De Omónts, bravos caudillos,

Feales caballeros, que acompañan
Los grandes Montmorancis, los Crillones,
Y los Socís, su fe le dan sagrada
De seguirle del uno al otro polo.
Para el campo mas bien que pàra el aula
Formados sus espíritus, constantes,
A su Dios y su Principe fe guardan,
Y al hablar el honor, tras él corrían.
« Mis amigos, Borbon así les habla,
» Vos, los Varones sois, cuya fiel mano,
» De héroes cien de mi sangre, á mi sien ata
» La heredada corona. Eso de Pares,
» Esa celeste Ampolla, y esa sacra
» Régia Inaguracion, pompas del trono,
» No los derechos son. Sobre una adarga
» Vuestros Reyes se vieron primitivos,
» De vuestros nobles padres la fe santa
» Recibir de los pleytos homenages.
» De la Victoria el campo, sea el ara,
» Dó vuestras justas y triunfantes manos,
» A las Naciones den dignos Monarcas. »
Esto dixo: y bien presto se apresura
El trono á merecer, y fe jurada
Por tan bravos é ilustres Campéones,
A su frente marchando á las batallas.

FIN DEL CANTO QUINTO.

CANTO

CANTO SEXTO.

ARGUMENTO.

Despues de la muerte de Henrique III los Estados de la Liga se juntan en Paris para elegir Rey. Mientras ellos se ocupan en deliberaciones, HENRIQUE IV da un asalto á la Ciudad. Disuélvese la Asamblea de los Estados. Sus miembros van á combatir sobre la muralla. Descripcion de este combate. Aparicion de SAN LUIS á HENRIQUE IV.

Sacro y antiguo fuero es en la Francia;
Que siempre que la muerte sobre el trono
Inexôrable extienda su guadaña,
Y de la augusta sangre de sus Reyes,
Tan preciosa á los pueblos y tan cara,
En su postrér canal llegue á mirarse
Agotada la fuente, en sus ancianas
Primitivas franquezas y derechos,
La Nacion quede al punto reintegrada;
Pueda un Xefe elegir, mudar sus Leyes.
Organos los Estados de la Patria,
Nombran entonces Rey, y libre dexan
Tal vez su potestad ó limitada.

Así de nuestros Padres, allá un dia,
Soberanos decretos, á la plaza
De Carlomagno régia, remontaron
De los Capetos la Reynante Rama.
En su ciego delirio la audaz Liga,
Inquieta osó llamar y temeraria,
De estos patrios Estádos á Congreso,
Derechos entendiendo que alcanzara,
Por un abominable asesinato,
De elegirse su Rey, variar su Raza,
Y el Estado cambiar. De esta manera,
Excluir á BORBON mas bien pensaba
De un trono imaginario al fuerte abrigo,
Y entretener mejor así engañada
La estolidez del vulgo. Presumía,
Que los designios todos de sus tramas
Conciliaría un Rey, y que sus fueros
Una sancion mas sólida lograran
Baxo tan sacro nombre, siendo mucho,
Por mas que injusta fuera y tumultaria,
Que de un Rey la eleccion hecha quedase;
Pues fuese al fin quien fuese, suspiraba
Por un Dueño el Frances, y un Rey quería.

Del famoso Congreso á la asonada,
Con estrépito acuden velozmente
Todos aquellos Xefes, que obstinara
Y un loco y fiero orgullo conducía.

Los Nemúrs y Lorenas, de la España
Con el Embaxador, de Roma el Nuncio;
Y un furibundo Clero, al Luvre marchan;
Con su nueva eleccion, de nuestros Reyes
Los manes á insultar. El luxo, infausta
Produccion de las públicas miserias,
La Asamblea tiránica prepara
Con ruydoso esplendor. No aparecían
Allí los Grandes Príncipes. No estaban
Los Señores en ella mas notables,
Que del sublime Estado y sangre clara
De nuestros rancios Pares, magestuosos
Potentes sucesores, del Monarca
Sentados á la par, y en otros tiempos
Del Reyno natos Jueces, de tan alta
Dignidad y poder, yá caducado,
Aun rastros y reliquias blasonaban.
De nuestros respetables Parlamentos
Los sabios Diputados allí faltan,
Que nuestras yá harto fébles Libertades;
Con valor defendiesen y constancia.
De las Lises allí ya el aparato,
La insignia no se vé tan ordinaria.
De un extrangero fausto todo absorto
Se mira el Luvre yá. De honor preparan
Al Legado de Roma cierta silla.
Cerca dél á Mayena se levanta

Magnífico dosel. Baxo él, con pasmo,
Grabadas lée el Concurso estas palabras.
« Príncipes que juzgais sobre la Tierra,
» Cuya culpable mano, con audacia
» Emprendiendolo todo, nada ahorra,
» De Valois en la muerte desastrada
» A reynar aprended á lo adelante. »
Ya se juntan al fin; ya entre cabálas
Con infernales gritos, bandos varios,
Retumbar del Congreso hacen la estancia:
Ya del error la venda ciega á todos;
Y yá cierto ambicioso, de las gracias
De Roma esclavo vil, á su Legado
Lisonjas dirigiendole, declama;
Que llegado era el tiempo, en que las LISES
Rastrasen con terror baxo la Tiara.
Que en Paris al instante se erigiese
El Tribunal sangriento, cuya planta,
Invencion era digna y monumento
Del podér monacal; que allá aceptara
El Español, y él mismo ya detesta; (I)
Que las aras vengando, las ultraja;
Que de sangre cubierto, y circundado
De tormentos, de afrentas y de llamas,
Quema, infama y deguella á los mortales
Con los sagrados filos de su espada;
Como si aun tocasemos la horrible

La deplorable edad, en que adoraba
Unos Dioses la Tierra inexôrables,
Y á quienes sacerdotes de inhumanas
Imposturas autores aun mas fieros,
De aplacar tantas veces se jactaban
Con la inocente sangre de los hombres.
De la España tambien, otra vil alma,
Por el oro comprada y corrompida,
Con avaricia pérfida, su Patria
Al Ibéro vender y entregar quiere,
A aquel Ibéro mismo, á quien odiaba.
Mas yá de un poderoso y fuerte bando
Unánimes sufragios, en voz alta,
De nuestros viejos Reyes sobre el trono,
Al Caudillo Mayena colocara.
Solo un sacro dictado y un caracter,
Un título tan solo le faltaba
A su vasto poder. De osados votos
Orgullosas y altivas esperanzas,
En el profundo arcano de su pecho
A placer se nutrieran, se cebaran,
Y en el supremo honor tan peligroso
Del gran nombre de Rey, se saboreaban.
A tal resolucion, súbitamente
Levántase Potiér, y la palabra (1)
Para hablar al Congreso grave pide.
La rígida virtud, sola formaba

Su terrible eloqüencia. En unos dias
Del crímen tan infectos, se admirara
Siempre justo á Potiér, siempre por tanto
Respetado y temido. Veces varias,
Con varonil constancia la licencia
Reprimir se le viera de su saña;
Y sobre ellos intacta conservando
Su antigua autoridad, mostrar lograra
Su error impunemente y su injusticia.
Al levantar su voz, murmullos se alzan:
Apresuranse á oirle; le rodéan;
Y al silencio, escuchandole su plaza
Cede el motin ruidoso. Así en la nave
Que agitaron las olas, acallada
Del marinero yá la gritería,
Que los ayres hiriendo horrorizaba,
Solo el corte se siente de la proa,
Que espumante, y en próspera bonanza;
Un mar sulca calmoso y obediente;
Así Potiér, dictando leyes sabias,
Como un justo entre el pueblo aparecía;
Y á su voz el tumulto mudo estaba.

« Vos destinais, les dice, el de Mayena
» Al Puesto soberano. Vuestra falta
» Reconozco, y la excuso á un tiempo mismo.
» Virtudes en Mayena así resaltan,
» Que nunca por demas serán queridas.

» Yo propio le eligiera, si juzgara
» Que elegirle podía; mas nosotros
» Ley tenemos; debemos observarla;
» Y ese héroe tan insigne, si el Imperio
» Pretende, de él indigno se declara. »
Con todo el aparato, en este punto,
Y la brillante Corte de un Monarca,
Entra Mayena yá. Potiér le mira
Sin leve inmutacion. « Sí; la palabra
En tono del valor mas noble lleno,
Vuelve á tomar, « Sí, Príncipe. No osara
» Dirigiros mi voz contra vos propio,
» En nuestro pro común y de la Patria,
» Si ménos para ello os estimase.
» En vano antiguos fueros se proclaman
» Para elegir hoy Rey. Restan BORBONES
» Que el trono ocupar deban de la Francia.
» Nacer os hizo Dios harto bien cerca
» Del augusto lugar de su Real Rama,
» Solo para con gloria sostenerle,
» Y no para usurparle con infamia.
» Desde el sombrío seno de los muertos,
» Yá ¡ esclarecido Príncipe! yá nada
» Que reclamar le queda al Grande Guisa.
» Sangre, que yá corrió de su Monarca,
» Muy bien á sus cenizas bastar debe.
» Si él murió por un crímen, bien vengada

» Su muerte lo fue yá por otro crímen:
» Tomad con el Estado la mudanza,
» Que al Cielo plugo dar. Tan justo enojo
» Fine yá con Valois y su desgracia;
» Puesto que por Borbon no fue la sangre
» De Guisa vuestro hermano derramada.
» El Cielo, el justo Cielo, que oficioso
» Tanto os honra á los dos, tanto os halaga,
» Para haceros eternos enemigos
» Os dió á entrambos virtudes demasiadas;
» Mas yo el murmullo escucho; sonar oigo
» De ese pueblo los gritos, que propalan
» De herege y de relapso horribles motes.
» De nuestros Sacerdotes transportada
» Observo la piedad. Su falso zelo
» Viendo estoi, que empuñando mortal daga...
» Deteneos, y oidme ¡desgraciados!
» ¿Qual es la ley, exemplo, ó infernal rabia,
» Que vuestros homenages al Ungido
» Del Señor, así estorba y arrebata?
» ¡Que! ¿De San Luis el hijo, por ventura,
» A sus votos perjuro, se propasa
» A hundir ó desquiciar los fundamentos,
» Dó nuestro eterno altar se apoya y alza?
» ¿Al pie no pide dél, que se le instruya?
» Él las leyes sanciona, observa y ama,
» Cuyo imperio insultais vosotros mismos.

» Él, sabe entre las Sectas mas contrarias
» Las virtudes honrar. Él, vuestro Culto
» Igualmente respeta, y aun las faltas,
» Y aun los abusos vuestros, al Dios vivo,
» Cuyos ojos del hombre el fondo calan,
» El divino poder y los derechos,
» Que vuestro error se arroga ó vuestra audacia
» De juzgar las conciencias, reservando.
» De regiros qual Padre y qual Rey trata;
» Y aun qual mejor Christiano que vosotros,
» A perdonaros viene. Todo se halla
» En libertad con él ¿ Y él solamente
» Ser libre no podría? ¿ Que ordenanza,
» Que ley pudo, ó que fuero constituiros
» De vuestro Rey jueces? ¡ Turba ayrada
» De Pastores infieles! ¡ Sediciosos
» Indignos Ciudadanos! ¡ quan lejana
» Se vé vuestra conducta, quan ninguna
» Vuestra conformidad y semejanza,
» De la edad primitiva á los christianos,
» Que en medio del desprecio, con que odiaban
» De yeso y de metal ficticios Dioses,
» Sin murmurar jamas, en paz llevaran
» De Príncipes idólatras el yugo;
» Con sufrimiento héroico y constancia,
» Sin quejarse jamas ruidosamente,
» Entre horribles suplicios dan el alma;

» Y de heridas y sangre llenos todos,
» A sus mismos verdugos perdonaban,
» Los atroces martirios bendecían!
» Estos, á Christo solos imitaran.
» Verdaderos seqüaces eran suyos.
» Mi razon, estos solos, otros no halla.
» Ellos morir solían por sus Reyes,
» Y vosotros, ¡ Franceses ! con insania
» Ascsinais los vuestros. Si al Dios justo,
» Cuyo implacable zelo tanto exâlta
» Vuestra imaginacion, place el castigo,
» La sangrienta venganza tanto agrada,
» Sois, en primer lugar, sí, sois vosotros
» ¡ Bárbaros ! de quien tiene que tomarla. »
Nadie á un discurso osó tan arrojado
Dirigir su respuesta. Se quedaran
Al escucharlo todos confundidos.
Heridas reconocen sus entrañas
De los dardos, que en él, tan libremente
El ardiente Orador les asestara,
Fuertes en demasía y penetrantes.
Resistían en valde, desechaban
En vano de su pecho, ardiendo en iras,
El interno terror, con que amilana
La verdad al malvado; y el despecho
Revolvían y el miedo, y agitaban
Su oculto pensamiento, quando al Cielo,

Mil voces de repente remontadas ;
Resonar hacen yá , por todas partes ;
Entre un confuso ruido estas palabras.
« Al arma compañeros , sino somos
» Perdidos sin remedio , al arma , al arma. »
Ya del alzado polvo espesas nubes ,
Del sol la clara luz turban y empañan.
De alarmantes clarines y tambores
El estruendo marcial , de horror llenaba ,
Qual precursor acento de la muerte ;
No de distinto modo , que escapadas
De las cuevas del Norte por la tierra ,
Precedidas de vientos en su marcha ,
Y del trueno seguidas , de los ayres
El espacio oscurando entre las masas
De polvo en torbellinos , con violencia
Levantadas del suelo , en que posaban ;
Las fuertes impetuosas tempestades ,
De el Universo corren por las plagas.
Era el terrible exército de HENRIQUE ,
Que ya de una inaccion sobrado blanda
Desairado creyendose , y ardiendo
De fresca sangre en sed , se aproximaba ;
Su espantosa algazara y alaridos ,
Hacía percibir á una distancia ;
É inundando los campos , á los muros
Del rebelde Paris se encaminaba.

No empleara Borbon unos momentos
De crísis tan salúbre, en ordinarias
De su finado Rey fúnebres honras;
Ni en cuidar, que su tumba fuese ornada
De inscripciones brillantes, que á los muertos,
De los fieros vivientes miras vanas
De distincion y orgullo, comunmente,
De su raza á cadáveres consagran.
Sus aguerridas manos, las riberas
No cargaran del Sena desoladas
De altivos mausoléos, dó del hado,
Y del tiempo á pesar de quanto arrasa
La devoraz injuria, del olvido,
Y de la atroz guadaña de la parca,
De los Grandes fantásticos del mundo
La vanidad frenética triunfaba.
Él solo, por su parte, á Valois piensa,
En el lóbrego seno de su estancia,
Mas dignos de su sombra enviar tributos;
Vencer sus enemigos en campaña;
Castigar sus aleves asesinos;
Y hacer feliz su pueblo, ya domada
De su audaz rebeldía la fiereza.

Al rumor no esperado, que sonara
De los rudos asaltos, que de Henrique
La sitiadora hueste amenazaba,
De los Estados juntos, confundido,

Disuélvese, el Congreso y se separa.
Mayena al mismo tiempo, á lo mas alto
Corre activo y veloz de la muralla.
El soldado, alarmandose, reunido
A sus pendones vuela, y en voz alta,
Con indigno ademan, al HÉROE ilustre,
Que á Paris vá avanzandose, insultaba.
Todo á punto está yá para el asalto.
Todo yá á la defensa pronto se halla.

No era de turbacion en aquel tiempo,
Nuestro Paris, lo mismo, que así encanta
Al dichoso Frances en nuestros dias.
Cien fuertes, que el furor y el miedo alzaran,
En ménos anchuroso y largo espacio,
Su recinto interior circunvalaban.
Aquellos en el dia tan sobervios
Pomposos arrabales, cuya entrada,
Cuya salida el Mundo entero hoy goza
A todas horas libre, á todas franca
De la paz por la mano, y que avenidas
De una Ciudad inmensa son ufanas,
Dó allá á perderse van entre las nubes
Mil dorados palacios, no formaban
Mas que pobres aldeas y abatidas,
Que de sombríos muros circundadas,
De Paris dividían anchos fosos.
De Levante hácia el lado, al punto avanza

Hasta el muro Borbon. Se acerca: llega:
La muerte le precede. Ya entre llamas
Por el ayre silbando vuela el hierro,
Del altivo bastion de la muralla
Y de la brava mano sitiadora;
Y las encaramadas torres altas,
Los fuertes, que amenazan riesgos tantos;
Y los trabajos y obras, que los vallan,
De tan recia borrasca baxo el golpe
Desplomandose todos, se aterraban.
Enteros batallones, derrotados
Tendidos se ven yá por la campaña,
Y aquí y allí dispersos, horrorizan
Lejos de ellos sus miembros sus entrañas.
En polvo reducido cae al punto,
Todo quanto á tocar el hierro alcanza,
Y cada hueste lidia con el rayo.
  Con ménos arte, un tiempo, en las batallas;
Los míseros mortales combatiendo,
A su violenta muerte caminaran.
Con menor aparato, antiguamente,
El soldado al deguello se arrojaba.
El acero en la mano, era instrumento
A su valor bastante, y á su saña;
Mas de la cruél industria de sus hijos
Refinados esfuerzos, arrebatan
De las altas esferas celestiales

Fulminadores truenos, que abrasaran,
Y con horrendo estrépito se óieron
Las bombas reventar, que tanto espantan;
Abominables furias, que de Flandes
Las fieras turbaciones abortaran.
De bronce en duros globos inflamado,
Por el ayre el salitre se dilata;
Vuela rápidamente; se alza, y cae
Con la misma prision, que le encerraba;
Rómpela con estruendo, y de su fondo,
Con rábido furor la muerte escapa.

Aun con arte mayor y mas barbárie;
Allá en profundas cuevas sepultada,
Sabídose ha oprimir la infernal furia
De subterráneos rayos, cuya saña
Pronta á inflamarse yace: Só un camino
De aspecto engañador, dó á la matanza
Volando yá el soldado, á sus esfuerzos
Librárase valiente, se reparan
En un instante abiertos mil abismos.
Por los ayres de azufre se derraman
Denegridos torrentes. Batallones,
Que en masa un bravo ardor adelantara,
De la explosion al golpe sorprendidos,
Estos nuevos Vesubios despedazan,
Volar hacen en trozos por los ayres,
O por bocas del suelo enteros tragan.

Tan horroroso y grande era el peligro,
Que al intrépido Henrique amenazara.
Tanto y tan inminente el riesgo fuera,
Que arrostrar á su espíritu agradaba.
Por medio de ellos todos, de avanzarse
Hasta su digno trono, ardía en ansias.
Tal tempestad, tras él, bravos desdeñan
Sus guerreros, que entre ella, no se pasman;
Quando baxo sus pies se abre el Infierno,
Y sobre su cabeza el rayo amaga.
La Gloria, á par del Rey, ante sus ojos
Volando vá con él. En ella clavan
Sus soldados la vista; y por sus sendas
Trepando de ella en pós, con firme planta
Por los riesgos caminan sin espanto.
De este raudo torrente, que avanzaba,
Entre furiosas ondas, por su parte,
Con un tranquilo paso y grave calma,
Impávido, no ménos que sereno,
El prudente Morné tambien se avanza.
Al miedo y al furor inaccesible,
Del cañon al estruendo y la descarga
Constantemente sordo, y en el seno
Conservando del fuego fresca el alma,
Con ojos mira estóycos la guerra,
Como funesto azote, como plaga
Del Cielo, necesaria, aunque espantosa.

A

A dó el honor le guia, en tono marcha
De filósofo siempre; y si condena
El sanguinario ardor de las batallas,
A su Príncipe llora, y fiel le sigue.

Al terrible camino por fin baxan,
Que de sangre un glacís todo regado,
Insuperable hacía. Aquí es dó exâlta
Su denodado esfuerzo el gran peligro.
De fagina y cadáveres se allana
La vasta cavidad del hondo foso.
De muertos y de heridos, que arrastraban,
Los montones hollando, parten, corren,
Precipitadamente se abalanzan,
Y á la brecha se arrojan. Solo armado
De un acero sangriento, y de una adarga
Cubierto, al frente vá, la brecha monta
El primero Borbon. Monta; y largada
A los vientos, sobre ella yá flotando,
Su victorioso brazo enarbolara
La triunfante bandera de las Lises.
Quedan delante dél de pasmo heladas
Las huestes de la Liga, á entender dando,
Que en su persona á un tiempo respetaban
Su Vencedor y Rey. Ellas yá ceden;
Mas Mayena al instante lo embaraza:
Y su ardor animando con su exemplo,
Nuevamente á los crímenes las llama.

Sus fuertes y cerrados batallones,
Por dó quiera avanzandose, apretaban
Al Rey, cuyas miradas, poco había,
Que arrostrar no pudieran cara á cara.
Sobre el muro, á su lado, la Discordia,
A la lid excitando encarnizada,
De la caliente sangre en los raudales,
Por ella ya vertidos, se bañaba.
De los funestos muros combatiendo
Mas á gusto el soldado, apunta, y lanza
De mas cerca mas cierto y mortál golpe.
Desde entonces no juegan, yá no estallan
Los truenos no se escuchan de la guerra,
Cuyas bocas de bronce, las campañas,
De la tierra, los pueblos, tantas veces
Por ellos aturdidos, consternaban.
Vn feroz trabadísimo silencio,
Hijo del cruél furor, allí reemplaza
De una manera horrible su estampido;
Y con ojos de fuego ardiendo en brasas,
Y un brazo decidido á todo trance,
Por entre el enemigo abrirse alcanza
Cada bravo una senda. Por contrarios
Esfuerzos de ambas partes, la muralla,
De la muerte teatro, y de la sangre
De unos y otros guerreros barnizada,
Yá se gana, se pierde, y se recobra.

En su mano fatal trémula y varia,
Cercano de las Lises, de Lorena,
La Victoria el pendon aun tremolaba.
Por todos puntos yá los asaltantes,
Rechazados y rotos se notaran.
Cien veces vencedores, y cien otras
Vencidos, á un gran piélago imitaban,
De fuerte tempestad quando impelido,
Que la playa hasta donde su ola avanza,
En un instante inunda en otro huye.
  Jamas tan grande el Rey se demostrara
Ni su ilustre Rival, como en el dia
De tan feroz asalto. De la vasta
Mortandad y la sangre repasando
Vno y otro por medio, de su saña,
De su valor y espíritu qual dueños,
Disponían, obraban, ordenaban,
Miraban todo á un tiempo, y conducían
Con una sola ojeada, de sus masas
Los rápidos y horribles movimientos.
  La formidable, en tanto, hermosa y brava,
Flor de las anglas huestes auxîliares,
Por Essex al asalto acaudilladas,
Baxo nuestros pendones, á este tiempo,
Por la primera vez se adelantaba,
De servir en la Francia á nuestros Reyes,
Al parecer confusa y admirada.

Ellas á sostener fieras venían
El honor y la gloria de su patria.
De luchar y morir haciendo alarde,
Sobre los mismos muros y campañas,
En que ufanos el Sena á sus abuelos
Viera un tiempo reynar. La brecha ataca
Por el punto De Essex, en que apostado
El intrépido Omala la guardaba.
Ambos rivales, jovenes brillantes,
A porfía compiten, y se igualan
En el marcial ardor, de que estan llenos;
Así allá combatiendo nos pintaran
En los muros de Troya Semidioses.
A los dos, de tropel, auxîlio daban
En contorno sangrientos sus amigos.
Galos, Lorenos, Anglos, que tamañas
Ira y bravura á un tiempo allí reuníera,
Combatían, herían, avanzaban,
Y morían matando todos juntos.
¡ Angel, que su furor y brazo guiabas !
¡ Sacro Exterminador, que fuiste siempre
De estos trances el árbitro y el alma !
¿ De que héroe, al fin, tomaste la querella ?
¿ A favor de qual de ellos, dí, mas grata
Del Cielo la balanza se há inclinado ?
Sitiados y sitiantes de igual saña,
Borbon, Mayena, Essex, y el Rival suyo;

Hacen en igual tiempo igual matanza.
El Partido mas justo, finalmente,
Victorioso consigue la ventaja.
Triunfa al cabo BORBON rompiendo paso.
Yá mas no le resisten fatigadas
De la Liga las tropas, que aturdidas,
Ceden, y le abandonan la muralla.
 Así como caer se ve un torrente
Del Pirinéo allá de cimas altas,
Que del valle en la hondura, amenazando
Las ninfas extravía consternadas,
Y encontrando en su curso fuertes diques,
Que al furor de sus olas levantaran,
El impetuoso choque un tanto enfrenan;
Pero bien prontamente yá arrasadas
Sus débiles barreras, mas pujante,
Ante sí y á muy lejos, lleva, arrastra
El estruendo, la muerte y el espanto;
De raiz, al pasar, violento arranca
Las encinas altivas y orgullosas,
Que cien recios inviernos desafiaran
A los Cielos tocando, y desprendiendo
Del pendiente breñar de la montaña
Enormísimas peñas, los rebaños
Fugitivos persigue en las campañas;
Así, BORBON, del alto de los muros,
De que humeando aún se opoderara,

A paso y con furor precipitado,
Al campo de batalla se abalanza,
Y con segur cayendo fulminante
Sobre aquellos rebeldes, los segaba
Qual la colmada mies siega el colono.
Los Dez y seis, temblando á justas sañas
Del brazo vengador, yá por el miedo
Dispersados y atónitos, se escapan.
Manda, por fin, Mayena, que las puertas
Al triunfador Borbon al punto se abran.
Entre el Héroe en Paris con sus cohortes.
El hacha en una mano, en otra el arma,
Vuelan los vencedores, y de sangre
Por tintos arrabales se derraman.
Del soldado sin freno la bravura,
Tornándose en brutal y feroz rabia,
Todo lo lleva á saco, sangre y fuego.
Henrique no lo vé. Raudos picaban
Sus ímpetus la fuga, á que, á sus ojos,
Con sobrada vergüenza se entregara
El deshecho enemigo. Le transporta
Su valor, y su gloria le inflamaba.
Salta los arrabales; y á la puerta
Avanzandose ayrado, « ¡ Camaradas!
» Acá con esa llama y ese hierro.
» Venid volad montad esa muralla,
» Que orgullosa y tenaz aun nos resite. »

Estas voces apenas pronunciadas,
A los ojos de HENRIQUE se presenta,
Del fondo de una nube remontada,
Un fúlgido fantasma, cuyo talle,
Qual magestuoso Dueño, que comanda
A todos los sobervios elementos,
En las alas del viento se acercaba
Baxando hácia BORBON. Vivas centellas
De la Divinidad, su frente ornaban
De una inmortal belleza. De ternura
Sus ojos y de horror llenos resaltan.
« Detente, al punto exclama, demasiado
» Infeliz vencedor ¿ tú la morada,
» Tú la inmortal herencia de cien Reyes
» Tus augustos Mayores, á las llamas,
» Al pillage y la muerte entregar osas,
» Tus tesoros, mis templos, y la patria;
» Degollar tus vasallos ; y sus vidas
» Por parricidas manos agotadas,
» Reynar sobre cadáveres y escombros?
» Detente, le repite. » A estas palabras,
Aún mas que el trueno fuertes, cae en tierra,
Y aturdido el soldado el botin larga.
De aquel ardor HENRIQUE todo lleno,
Con que la lid su pecho aún agitaba,
A un proceloso mar se parecía,
Que murmurando ruge aun quando calma.

« ¡ O fatal morador, dice, de un mundo;
» Que del hombre á la vista se recata !
» Declarame, si quieres, te suplico,
» Lo que á anunciarme viene tu embajada
» En mansion tan sangrienta y horrorosa. »
De una suave, entonces, dulce gracia,
Estos llenos acentos, há escuchado.
« Yo soy el Rey feliz, á quien en aras
» Cultos la Francia rinde. Soy el Padre
» De los Borbones, tuyo, y de tu causa
» El justo protector; el Luis, que un tiempo
» Combatió como tú; cuya fe santa
» Tu dócil corazon con desden mira;
» Aquel Luis, en fin, que tanto te ama,
» Y con lástima admira. Vendrá el hora
» En que á ese trono, Henrique, de la Francia;
» De Dios mismo la mano te remonte.
» En Paris, vencedor, harás tu entrada,
» Aunque de tu clemencia en digno premio,
» No dél de tu valor y tus hazañas.
» Dios mismo es, hijo caro, sí, Dios mismo
» Es quien de esto te instruye, y quien me manda. »
De gozo á tales voces, aquí el Héroe
Tiernas y dulces lágrimas derrama.
Extinguido ya el fuego de su enojo
Dexa en su corazon una paz santa.
Suspira, exclama, adora de rodillas,

Y de un horror divino absorta el alma,
A la sagrada Sombra gratos brazos
Tres veces con afan ardiente alarga,
Y tres veces su Padre se le huye,
Y le burla, qual nube, que arrebata
La impetuosa violencia de los vientos.
De la altura, entre tanto, descollada
Del formidable muro, en armas puesta
Aquella inmensidad confusa y vasta
De un Pueblo alborotado y de una Liga
En que las clases todas se mezclaran
De xefes, cuidadanos y soldados,
Franceses y extrangeros, granizaba
Contra el Rey, animosa, hierro y fuego.
La virtud del Altissimo, brillaba
Derredor de su frente, y de los dardos,
Que contra él de intento se arrojaran,
La tempestad desvía. El riesgo entonces
Llegó Henrique á probar, en que baxara
De los Borbones á salvarle el Padre.
A Paris y sus pueblos contemplaba
Con tan tranquilos ojos como mustios.
« ¡ Franceses ! exclamó, ¡ Cuidad infausta,
» Cuidadanos ilusos é infelices,
» Pueblo féble y sin fé ! ¿ quando acabadas
» Esa audacia serán y loco empeño,
» De combatir así vuestro Monarca ? »

A la manera, entonces, que el gran astro
De las luces autor, yá completada
Su abrasante carrera, con un fuego
Lucir se ve mas dulce, allá á la raya,
Del remoto Occidente, dó mas grande
A los ojos parece, que se escapa
Lejos yá de nosotros; así lejos
Tambien ya de Paris y sus murallas,
El Héroe se retira, el alma llena
Del Rey Santo y del Dios, que le enviaba.
Hácia Vincenes marcha, en que allá un dia,
Justas leyes al Pueblo pronunciara,
De una encina, el Gran Luis, al pie sentado.
¡ Quanta fué, desde entonces, tu mudanza,
O Vincenes, parage amable un tiempo!
Tú, no eres hoy yá mas, que abominada
Negra prision de Estado, viejo fuerte, (2)
De despecho lugar, dó veces tantas,
A despeñarse vienen y sumirse,
De cumbres del poder y la privanza,
Arrogantes Ministros y Magnates,
Que allá un dia lucieran, y tronaban
Sobre nuestras cabezas, y viviendo
De la Corte entre escollos y borrascas,
Por un hado inconstante, de opresores
A oprimidos pasar se les miraba,
Y á humillados no ménos de soberbios,

Siendo el horror del pueblo veces varias,
Y otras, siendo su amor. Del Occidente,
Dó se forman las sombras, yá se avanza
A desplegar la noche el negro manto
Sobre el triste Paris, y así recata
Al mísero mortal, en tan sangrienta
Horrorosa mansion, fieras batallas,
Y tendidos cadáveres, que ha visto
La luz de un dia fúnebre turbada.

FIN DEL CANTO SEXTO.

CANTO SEPTIMO.

ARGUMENTO.

San Luis transporta á Henrique IV en espíritu al Cielo y á los Infiernos. Le hace ver allí el palacio de los Destinos, su posteridad, y los grandes hombres, que debia producir la Francia.

Del Divino Hacedor la providencia,
Con piedad infinita, á males tantos,
Como esta vida amargan lastimera,
Por aplicar consuelos, que la alienten,
Dexarnos, generosa, quiso en ella
Dos benéficos seres, para siempre
Amables habitantes de la tierra,
Que fuesen nuestro alivio en las fatigas,
Y tesoro insondable en la indigencia.
El blando Sueño es uno. La Esperanza
Consoladora es otro. Quando llegan
A probar los mortales, de su cuerpo
Lánguido y abatido la flaqueza;
Luego que yá sus organos rendidos,
Sin tono sus resortes y sin fuerza,

Desfallecer se sienten, con la calma
Mas saludable, entonces, y serena,
De su naturaleza acude el uno,
Al socorro feliz, que la recréa,
Consigo al mismo tiempo, un grato olvido
Llevandole de cuitas, que la aquejan.
Nuestros deseos siempre, el otro, inflama.
Del hombre el corazon siempre alimenta;
Y aun quando nos engaña, con placeres
Nos brinda verdaderos y sustenta;
Sin que al mortal querido, á quien el Cielo
Própicio se lo envía, jamas pueda
Inspirar falsos gozos. De Dios nuncio,
Su apoyo entonces trae y sus promesas,
Y es tan puro é infalible como él mismo.
 Requiérelos Luis. De Henrique cerca
Al uno y otro llama. « Venid, dice,
» A mi hijo acostáos, fiel pareja; »
Y el apacible Sueño, que le escucha
De la secreta hondura de sus cuevas,
A las frescas humbrías blandamente
Su paso enderezando, á Henrique encuentra,
Y del viento, á su vista, calla el silbo,
Y el inquieto mormullo se sosiega.
Los fortunados Sueños, hijos caros
De la esperanza, en torno revolean
Del durmiente, y al Héroe en fin cubriendo

Con su amapola, oliva y laurel mezclan.

Su diadema, Luis, tomando entonces,
Del Vencedor, él mismo, en la cabeza
Colócala, y le dice. « Reyna, triunfa,
» Y sé en todo hijo mio. Ya en tí resta
» Cifrada unicamente la esperanza
» De mi Linage todo: pero piensa
» Que el trono no es, Borbon, no es lo bastante.
» De los presentes todos, de la herencia
» De Luís, lo mas leve, no lo dudes,
» Lo ménos importante, es su diadema.
» Es un laurel amargo y marchitable,
» Una gloria es, Henrique, muy pequeña,
» La de Conquistador, de Rey, y de Héroe.
» A no alumbrarte el Cielo, nada hubiera
» Hecho aun en pró tuyo. Esos honores,
» Esa mundana pompa, todo queda
» En un ésteril bien, que frágil premio
» A virtudes humanas solo prestan.
» Brillo arriesgado son, que pasa y huye
» A par de la inquietud, su compañera,
» Y que presto, por fin, la muerte acaba.
» Otras glorias, Borbon, mas duraderas,
» Otro Imperio mas sólido y estable,
» Mas para tu instruccion, que recompensa,
» A descubrirte voy en este dia.
» Ven: obedece, y sígueme por sendas,

» Que nuevas te serán. Al alto seno
» De la Divinidad conmigo vuela
» Y llena, hijo dilecto, tus destinos. »
Así dice : y con rápida presteza,
En un carro, uno y otro, luminoso,
Los campos de los ayres atraviesan ;
No de distinto modo, que en la noche,
Del un polo hasta el otro de la tierra,
Correr se ven relámpagos y rayos,
Que la atmósfera hienden ; y á manera,
Que muy lejos allá de su alta cima,
Admirada y confusa vió esta Esfera,
Como ardorosa nube arrebataba
De Eliséo á los ojos, la prensencia
Del Señor, elevándole en carroza
De fuego celestial en llama envuelta.
En el brillante centro de ese espacio,
Dó en la noche la vista absorta observa
Esos etéreos globos, que matizan
Del Cielo, con su luz, la region bella,
Globos, que ya ocultarnos no han podido
Su curso y sus distancias, la lumbrera
Luce mayor del dia, que la mano
Encendió de Dios propio, y de sí mesma
Sobre su exe inflamado en torno rota.
Sin fin de luz torrentes parten de ella,
Y color, al mostrarse, aliento y vida

Derrama en la comun naturaleza.
Los dias y estaciones de los años,
A los diversos mundos, que le cercan,
Flotando en su contorno, distribuye.
Sugetos estos astros á las reglas,
Que su armonía fundan, y á las leyes;
Que precisan su giro, y los apremian;
Mutuamente se atraen incesantes,
Incesantes se evitan, y se alexan;
Y sirviendose á un tiempo entre sí mismos
De un apoyo perpetuo y norma cierta,
Recíprocos se envían y traspasan
La clara luz, que aquél á todos presta.
Mas allá de su curso, allá muy lejos,
En espacio, en que nada la materia,
Y que Dios solo abraza, inmensos soles,
Grandes mundos, sin fin la permanencia
De su morada fixan luminosa.
Por un piélago tal de luz excelsa,
De tan glorioso Padre al mortal hijo
Franquéar plugo á Dios sublime senda.
Aun mas y mas allá de Cielos tantos,
De ellos formó el Señor su residencia.

Aquí há sido, á dó el Héroe fué sigiuendo
Su conductor celeste. Aquí se crean
Los diversos espíritus, que animan
Nuestros mortales cuerpos, y que pueblan

Del

Del Universo mundo las regiones.
De la muerte á los cortes, por fin, sueltas
De su prision grosera nuestras almas,
Engolfadas aquí por siempre quedan.

Inexôrable Juez é incorruptible,
Aquí trae á sus pies, aquí congrega
Los espíritus todos inmortales,
Que su divino soplo á bien tuviera
A su imagen créar. El Ser es este,
Que infinito se ignora y se confiesa,
Y á quien baxo de nombres los mas varios,
Sirve toda Nacion y reverencia.
Él desde el alto Empireo escucha atento
Nuestros humildes votos y querellas.
Él de nuestros errores disimula,
Y con lástima el cumulo contempla,
No ménos que la idea y los retratos,
Llenos de insensatez y de indecencia,
Que del hombre curioso, en sus delirios,
La mísera ignorancia y la soberbia,
De su sabiduría incomprensible
Con sobrada piedad audaz inventa.

La Muerte, cerca dél, pension del hombre,
Y del Tiempo fugaz hija funesta,
De la mansion efímera y penible
Del Universo entero, á sus pies lleva
Los habitantes todos, no exceptando

Clase, edad, ni nacion. Él allí mezcla
A un tiempo con los Bonzos los Bracmanes,
Discípulos profanos del sistema
Del filósofo chino el Gran Confucio.
Con ellos tambien trae á su presencia,
Los fieles misteriosos sucesores
De los antiguos Sabios de la Persia,
Que aún en secreto adictos á Zoroastro;
Con ciega obstinacion siguen su escuela.
Pálidos moradores de las frías
Regiones, dó los témpanos congelan
Y esos piélagos sitian hipérboreos,
Y los que allá, de América en florestas,
Son errantes y míseros esclavos
Del invencible error. A la derecha
Busca en valde de Dios, con vista vaga,
Atónito el Dervís á su Profeta;
Y con ojos no ménos penitentes
Que sombríos, en vano allí se precia
De sus votos el Bonzo y sus tormentos.
Al instante ilustrados, allí esperan
En silencio estos muertos y temblando,
De su eterno destino la sentencia;
Y Dios, que á un mismo tiempo lo ve todo,
Lo escucha y lo conoce, ó los condena,
O los absuelve de una sola ojeada.
No se dirige HENRIQUE, no se acerca

Hasta el lugar aquel, trono invisible;
De donde á cada instante parten rectas
Del tremebundo Juicio de Dios propio,
Aquellas decisiones sempiternas,
Que de mortales tantos preveer osa
El indiscreto orgullo y la demencia.
« ¿Qual será, Borbon diz, consigo hablando;
» Qual de Dios la balanza justiciera
» Sobre aquestos ilusos ó ignorantes?
» ¿Castigarálos él, porque tuvieran
» Distraidos sus ojos ó cerrados
» A aquella misma luz, que le pluguiera
» De ellos tanto arredrar? ¡Que! ¿Dios podría,
» Qual un Señor injusto, sin fin penas
» Por la ley del Christiano fulminarles,
» De que nunca han podido haber conciencia?
» Pero no: Dios criónos, Él sin duda,
» Salvarnos quiere á todos. Él enseña,
» Él, por todo nos habla, y él en todo
» Humano corazon, sin diferencia,
» De la naturaleza la ley graba;
» Ley siempre pura y fiel, siempre una mesma;
» Por esta ley, sin duda, al Gentil juzgá;
» Y si un alma en su error abrigó buena,
» Qualquier Gentil tambien Christiano ha sido. »
Entanto, que del Héroe así se arriesga
La confusa razon, sobre un misterio

A fixar sus miradas indiscretas ;
Al pie se dexa oír del mismo trono
Una voz , á la qual , el Cielo tiembla ;
Y del Orbe los exes se estremecen.
Sus terribles acentos se asemejan
'A los del trueno aquel , que ha retumbado
Sobre el monte Sinái , quando á la tierra
Desde su cumbre un tiempo Dios hablara.
Para oirla las harpas mudas quedan
De su Coro inmortal , y á repetirla
En su curso los astros se dan priesa.
« Guárdate temerario , de guiarte ,
» De tu sola razon por túrbia estrella.
» Dios para amarle solo te ha criado ,
» Y no para que osado te atrevieras
» A querer comprender sus altos juicios.
» Invisible á tus ojos , con fe ciega
» Reyne en tu corazon. Él la injusticia
» Confunde riguroso ; y si dispensa
» Al no advertido error de los mortales ,
» Con paternal dulzura su indulgencia ,
» Tambien juzga y castiga el voluntario.
» Abre mortal los ojos , quando llegan
» Los rayos de su luz á iluminarte. »
En este instante , Henrique , por la fuerza
De un récio torbellino arrebatado ,
De aquel inmenso espacio la carrera

Veloz atravesando, á una morada
Transportado se vido la mas negra,
Mas informe, selvage, y horrorosa,
Del Cáos primitivo especie horrenda,
Impenetrable siempre, qual de hierro,
A los brillantes rayos y centellas
De aquellos soles todos, que fulgentes,
Del Altísimo son obras maestras,
Y como él bienhechoras. Sobre suelo,
Que espantoso los Angeles detestan,
El gérmen no ha querido de la vida
Derramar nunca Dios. La Muerte fiera,
Ella sola, el Horror con el Desorden
Y eterna Confusion, la residencia
De su lóbrego Imperio allí parecen
Haber establecido ¡ Que querellas !
¡ Que de ahullidos, O Dios, tan espantables !
¡ Que torrentes de humo, y que de hogueras !
« ¿ Que formidables monstruos, Borbon dice,
» Vuelan por estos climas ? ¿ Que cavernas
» Se entreabren encendidas á mis plantas ? »
« A tu vista : ¡ hijo mio ! estan las puertas
» Del perdurable abismo, que la mano
» Excavó de Dios propio justiciera,
» Para eternal estancia del Delito.
» Ven, hijo mio ; sígueme. Las sendas,
» Fáciles por demas, anchas y llanas,

» Estan de esa mansion por siempre abiertas. »
Y de súbito al pórtico caminan
Del horroroso Infierno, dó se encuentra (1)
Verdinegra la Envidia, que al obscuro,
Con torva vista de través ojéa,
Y de su horrenda boca mil venenos
Arroja de laurel sobre diademas.
El resplandor del dia, entre las sombras,
Sus centellantes ojos atormenta.
Triste amante de muertos, á los vivos
Con máleﬁco horror mira, y detesta.
Percibe el monstruo á HENRIQUE, y asustada,
Se desvía, y suspira. Cerca de ella,
El Orgullo se admira y se complace.
Con mirar abatido, y faz cubierta
De una amarilla tez, desmadejada,
Allí renquéa enclenque la Flaqueza;
Tirana, que á los crimenes cediendo,
Las virtudes destruye ó desalienta.
Altanera, feroz, y sanguinaria
La Ambicion, deslumbrada, loca é inquieta,
De panteones, de tronos y de esclavos
Por dó quiera rodeada, allá se ostenta.
La blanda Hipocresía, con sus ojos
De dulzura colmados y terneza,
El Cielo muestra en ellos, y el Infierno
De su pecho en el fondo oculto lleva.

Su bárbara doctrina, sus furóres;
Sus máxîmas impías y sangrientas
Por dó quiera pregona el Zèlo falso;
Y el Interes, por fin, pasión funesta,
De los crímenes todos fatal madre,
Por entre aquellos monstruos serpentea.

Del mortal corrompido estos Tiranos
Sin pudor y sin freno, á la presencia
Sorpréndense de HENRIQUE y se confunden.
No le vieran jamas. Tan vil raléa,
Jamas de su alma noble, que nutrida
Fuera por la Virtud, cerca estubiera.
¿Que mortal, se decían, por un justo
Del Cielo conducido, aquí se llega
A insultarnos aún y perseguirnos
En esta inmensa noche, de horror llena?

De Espíritus inmundos por en medio,
Avanzabase absorto á marcha lenta
Baxo profundas bóvedas el HÉROE.
Luís su paso guia. « Mas.... ¡ que obseva
» Mi vista, Cielo santo! ¡ El asesino
» De Valois! ¿ Monstruo tal, tan atroz fiera,
» Se presenta á mi vista, excelso PADRE?
» Él empuñado aún, sangriento lleva
» El parricída acero, que en su mano,
» A poner, sedicioso, se atreviera
» El villano y anárquico Consejo

» De aquellos Dez-y-seis ¡ oh Providencia !
» Mientras que allá en Paris, de un Clero indigno
» La piedad mas sacrílega y cruenta,
» De retratos del pérfido se atreve
» A afrentar sus altares ; que allá ciega
» Le invoca ya la Liga, y que, al fin, Roma
» Le ensalza por su parte y loor le presta,
» Entre horrores aquí, y entre tormentos,
» El infierno, mas justo, le reprueba. »
« Hijo mio, Luís dicele entonces,
» Otras mas justas leyes y severas,
» En el lugar, que miras, á los Reyes
» Persiguen y Magnates. Mira aquella
» Multitud de Tiranos y Opresores,
» A quienes allá en vida se les dieran
» Adoraciones mil. Quanto mas fieros
» Y potentes el mundo los sufriera,
» Tanto mas el Dios justo los humilla,
» Penando en este puesto la insolencia
» Ya de sus propias obras, ya de quantas
» Dejaron sin vengar, ó tal vez fueran
» Por ellos permitidas. Ya la muerte
» Riquezas le ha robado pasageras,
» Los placeres, el fausto, y del infame
» Venal adulador las complacencias,
» Que á sus ojos de orgullo fascinados
» La verdad ocultaban con destreza.

» Esta verdad, HENRIQUE, es la que ahora
» Su suplicio aquí labra; la que expuesta
» A su vista está siempre, y que sus vicios
» Y sus crímenes todos les recuerda.
» Mira como á su voz esos sobervios
» Vanos Conquistadores, mudos tiemblan.
» A los ojos del pueblo fueron héroes;
» A los de Dios tiranos, plagas fieras;
» Del Orbe entero azotes, que lo afligen
» Con bárbara cruéldad; truenos, centellas
» Que un dia fulminaron, los abisman,
» Y aquí por fin el mundo á su vez vengan. »
Obscura galería cerca de ellos
De Reyes indolentes se presenta;
Fantasmas del poder sobre unos tronos,
Que envilecen sus vicios y pereza.
Cabe ellos, ansí mismo, el GRAN HENRIQUE
Sus Ministros despóticos contempla
Y con horror mayor, de sus delitos
En tan digno lugar, á mirar llega,
Siniestros y venales Consejeros,
Cuyas avaras miras é impudencia,
Las mas sagradas leyes y costumbres
Sórdidas corrompiendo, en almoneda
Exponer las primeras atentaron,
De Témis y de Marte, con afrenta,
El ministerio augusto y los honores,

Puras é inestimables recompensas
Del mérito y virtud de nuestros Padres.
« ¿ Y habitaréis tambien region tan fea,
» ¡ Dulces, fébles y mansos corazones,
» Que de mirto, arrayán y flores bellas
» En muelle y grato lecho recostados,
» Sin hiel alguna amarga y sin fiereza,
» Entregados tan solo á los placeres,
» En el ócio pasais y negligencia,
» Vuestros dias inútiles, hilados
» Por las sensuales manos y halagueñas
» De la afeminacion y la delicia ?
» ¿ Confundidos seréis, en esta escena,
» Con turbas de malvados ¡ ó vosotros,
» Benéficos mortales, de la excelsa
» Virtud fieles amigos ! que de duda
» Por tan solo un instante ó de flaqueza,
» Agostado por siempre habeis el fruto
» De años tantos de mérito y prudencia ? »
No pudo el generoso y tierno HENRIQUE
Tener aquí sus lágrimas. « Si en esta
» Del horror, exclamó, mansion opaca,
» Verdad es, que á parar á hundirse vengan
» Cada instante, sin número infelices (2)
» De nuestra humana raza, y siempre llenas
» De molestia y dolor sus breves horas,
» Sin recurso ni fin de pena inmensa

» Seguidas han de ser, ¿ la luz del dia
» No haber visto jamas mejor no fuera ?
» ¡ Dichosos en tal caso los mortales,
» Si de sus madres antes perecieran
» En el infausto vientre ; ó si al Dios ese,
» Que tan severo pintan, le pluguiera
» Al hombre arrebatar, sobrado libre
» Para no obedecerle, esa funesta
» Infeliz libertad ese alvedrío ! »
« No, responde Luís, no Henrique creas,
» Que esas víctimas tristes, que así lloras,
» Penas aquí jamas sufran, que excedan
» Del crímen la medida ; que el Dios justo,
» Que ha creado los hombres, placer tenga
» En desgarrar, cruél, la inmortal obra
» De su mano y poder por excelencia.
» Si es infinito Dios, principalmente
» Éslo, Henrique, en sus premios y clemencias
» Pródigo de sus dones, sus venganzas
» Economiza blando ; y si quimeras
» Le pintan de los hombres, como exemplo
» De implacables tiranos, él se muestra
» Un Dueño aquí benigno, un Padre amante
» Que sus hijos corrige solamente.
» Su mano vengadora y justiciera,
» Con piedad inefable, del castigo
» Embota dulcemente las saetas.

» Su bondad no sabría los momentos
» En que del hombre cae la miseria,
» Ni sus rápidos gustos y deleytes,
» Que inquietudes y tedios siempre infectan,
» Y que de leves culpas ó veniales
» En limitados términos se encierran, (I)
» Castigar con tormentos tan atroces,
» Que, como él mismo, término no tengan.
Esto de HENRIQUE el PADRE excelso dixo:
Y al instante, con rápida presteza,
A los faustos lugares vuelan ambos,
Donde feliz habita la inocencia.
Aquí no exîste ya de los Infiernos
La lobreguez horrible. De la inmensa
Inmortal claridad dia el mas puro,
En tan bellas regiones luce y reyna.
Vélas HENRIQUE apenas; y á su aspecto,
Pasar al alma siente una paz nueva,
Una estraña alegría. Las pasiones,
Los cuidados allí jamas inquietan
Del hombre el corazon. Allí morando,
Derrama liberal á manos llenas
El tranquilo Deleyte, con sus gracias,
Dulzuras mil benéficas y tiernas.
En estos climas es ¡ ó Amor ! en donde
Todo tu dulce imperio experimenta.
No es este aquel amor, que inflamar suele

La mundana molicie. Es una bella,
Una divina antorcha, y del mas santo,
Mas limpio y puro fuego sacra tea.
El hijo es de los Cielos noble y puro,
Que á conocer nó alcanza acá la tierra.
Dél solo sin hastío para siempre
Aquí las almas todas están llenas,
Que gozando incesantes de las dichas,
Incesantes, á un tiempo, las desean.
De un eternal ardor en suaves llamas,
Delicias sin pesares las afectan,
Gozan sin inquietudes del reposo.
Reynando aquí con gloria verse dexan
Los Príncipes virtuosos, que del mundo
Produjeron, tal vez, felices eras.
Los Héroes verdaderos aquí moran.
Los verdaderos Sabios aquí alientan.
Sobre un trono sentados de oro puro
Del Cielo en lo mas alto de la esfera,
El grande Clodovéo y Carlomagno,
Con oficioso amor atentos velan
Del sagrado Oriflama de la Francia
Sobre el ilustre imperio. Los que fueran
Mas émulos y fieros adversarios,
Como amantes hermanos se contemplan,
Desque reunidos son en tal morada.
Luís doce, el Prudente, en la floresta

Descuella de los Reyes, qual el cedro,
Y le impone su ley. La Providencia,
Própicia á nuestros Padres, de los Cielos
Les regaló este Rey, que acata y sienta
Consigo sobre el solio la justicia.
Él dispensó benigno su indulgencia;
Sobre los corazones ha reynado;
Y del Pueblo las lágrimas, que riegan
Sus míseros hogares, pío enjuga.
De Amboás á sus pies su gloria eleva: (3)
Fiel Ministro, que amó la Francia solo,
Y que solo tambien fué amado de ella.
De su Rey tierno amigo, en su alto puesto,
Jamas sus puras manos, se le viera,
De los pueblos en sangre ni en rapiñas
Manchar con injusticia ni vileza.
¡Oh no imitados tiempos! ¡ó costumbres
Dignas de un acordar, que al tiempo exceda!
El Pueblo era feliz. Su Rey dilecto,
De la mas alta gloria se cubriera.
De sus amables leyes, dulces frutos
Gozaba el Ciudadano ¡ Ah! Vuelvan, vuelvan
Baxo un otro Luís dias tan faustos!
   Guerreros, á lo lejos, se le ostentan,
Pródigos generosos de sus vidas,
Cuyos valientes pechos encendiera
El sagrado deber, y no la furia.

Tales De Foá, Tremvill, y Clison eran. (4)
Tal era Montmoranci; y el que un dia
Osado destructor de Reyes fuera
É ilustre vengador, Guesclén: y el fiero (5)
El virtuoso Bayardo; y tú, ¡ ó afrenta
Del Britano, bravísima Amazona, (6)
Que del trono frances sostén hicieran!
« A estos fuertes Varones, dice el Padre,
» A estos Héroes, que aquí de cerca observas
» Yá en el Cielo morando, y que allá ilustres
» Habitantes un dia de la Tierra,
» Sus ojos deslumbraron, fuéles cara
» La virtud qual á tí; mas de la Iglesia
» Hijos fieles, la amaron como madre.
» Su dócil corazon, con fe sincera
» Buscó siempre, Borbon, la verdad santa.
» El mio fué su Culto. ¿ Porque dexas
» De seguir sus héroicos exemplos? »
Con lastimosa voz á Henrique apenas
Esto de amonestar Luís acaba,
Quando delante de ambos, con sorpresa,
Los celestes palacios del Destino
Súbito se aparecen. Luís ordena,
Que á sus sagrados muros marche Henrique;
Y al momento de bronce sus cien puertas
A sus absortos ojos quedan francas.
Sobre rápidas alas, nunca quietas,

Con insensible vuelo, el fugaz Tiempo
De aquel alcazar huye, y en él entra,
Y sin cesar un punto, á sembrar parte
Sobre el suelo mortal, á manos llenas,
El cúmulo de males y de bienes,
Que asignar al Destino le pluguiera.
Sobre un altar de duro y bronco hierro,
Un libro indescifrable allí se muestra,
Dó de lo por venir constantemente
La irrevocable historia se escribiera.
Con presciencia infinita, del Eterno
La mano en él cifró las ansias nuestras;
Y los graves pesares, con los leves
Placeres de la vida. A esa sobervia
Esclava Libertad, vese allí mismo
Por invisibles lazos prisionera.
Baxo un yugo escondido á los humanos,
Y que nada jamas habrá que pueda
Romper ni sacudir, á su alto arbitrio
Sabe su Autor Divino someterla;
Mas sin tiranizarla, asida estando
Y á su suprema ley tanto mas presa,
Quanto perpetuamente está á sus ojos
Con misterio escondida su cadena,
Y quanto aun ella misma, obedeciendo,
Por su eleccion procede, delibera,
Y á los propios Destinos, veces varias

Ella

Ella misma su ley dictarles piensa.
« ¡ Hijo mio Borbon ! el Padre dice ;
» La morada estás viendo , dó dispensa
» A los hombres , la Gracia , y sentir hace
» Eficaces auxîlios. De esta Esfera ,
» De esta celeste estancia , es de dó un dia ,
» De su triunfante luz una centella ,
» Descenderá á abrasarte , á herirte el alma.
» Dar no puedes , Henrique , prisa ó tregua
» A este precioso instante , que tú ignoras ,
» Y del quál , solo Dios , qual Dueño ordena ;
« Mas ¡ quan lejos aun está ese dia ,
» Ese dichoso dia , en que Dios quiera
» En la lista inscribirte de sus hijos !
» ¡ Quantas debilidades , con verguenza
» Te restan que sufrir ! ¡ quan largo trecho
» Que caminar aún por falsas sendas !
» De la série de dias ¡ o Dios mio !
» Córte dé este Gran Rey , vuestra clemencia ,
» Todos los lamentables y menguados ,
» Que de vos distrayendole le alexan. »
» ¿ Mas que tropel aquí recorre aprisa
» Esta vasta mansion ? Él sale , él entra ,
» Y sin cesar deslízase al momento. »
« De esas sacras paredes , ves , que cuelgan ;
» Le responde Luis , fieles retratos
» De los hombres , que en épocas diversas

» Nacer deben al mundo. De los siglos,
» Que aun estan por venir, esas perfectas
» Esas vivas imágenes, que miras
» Reducidas á un punto, aquí congregan
» De los lugares todos las distancias,
» Y sin orden de tiempos, á las eras
» Se adelantan futuras. De los dias
» Llevan del hombre ya fixa la cuenta;
» Que anterior á los tiempos, á los ojos
» Del Eterno, ab eterno está completa.
» Los instantes aquí marca el Destino
» De su natál al uno y su potencia;
» De otro allá la opresion y abatimento;
» Y de todos acá las diferencias
» A cada suerte adictas, sus mudanzas,
» Sus virtudes, sus vicios, sus proezas,
» Su fortuna, y por ultimo, su muerte.
» Acerquémonos mas; pues te dispensan
» Generosos los Cielos, que conozcas
» Y los Monarcas y Héroes aquí veas,
» Que de tu augusta estirpe y de tí propio
» Un tiempo nacerán. De ellos, se ostenta
» El primero, Borbon, tu digno hijo, (7)
» Que en la paz igualmente que en la guerra,
» La gloria sostendrá de nuestras Lises,
» Largo tiempo del Ibero y del Belga
» Feliz triunfador; mas sin que al padre

» Ni al hijo todavía igualar pueda.
Sobre flores de Lis, en este punto,
Sentados ve Borbon, del trono cerca,
Dos altivos mortales, que tenían
Todo un pueblo á sus pies entre cadenas.
De purpura romana revestidos,
Rodéados de guardias ambos eran
De Soldados y Corte. Los crée Reyes;
« No te engañas, Borbon, en tus sospechas;
» Reyes son, sin el título de tales.
» Del Estado y del Príncipe se ostentan
» Arbitros uno y otro, Mazarino,
» Richeliú, de memoria y fama eternas
» Ministros de la Francia, de la sombra
» De las aras humilde, hasta la mesma
» Alta cumbre del solio, felizmente
» Se dirigen los dos, los dos se elevan.
» Hijos de la política y fortuna,
» Al despótico imperio con firmeza
» Entrambos volarán sin detenerse.
» Sublime Richeliú, de un alma fiera,
» Y enemigo en sus odios implacable;
» Flexîble Mazarino, de alma diestra,
» Y amigo solapado y peligroso,
» Contrarios caractéres ambos llevan.
» Huye el uno con arte, y las borrascas
» Doblándose paciente, pasar dexa.

» A las ayradas olas, su corage
» Opone siempre el otro en la tormenta.
» De los Príncipes todos de mi casa
» Enemigos los dos, á su manera,
» El pueblo por un lado los admira,
» Y por otro los odia y los exêcra.
» De ambos serán, en fin, la fina industria
» Los osados esfuerzos y destreza,
» Utiles á sus Reyes, y á su Patria
» Funestos su poder y su inflencia. »
¡ O tú ménos que aquellos poderoso,
Ménos vasto tambien en tus empresas;
Tú, en la segunda clase de los hombres
El primero, Colbért ! de tu carréra (8)
Viene baxo los pasos, la abundancia,
Hija fiel y feliz de tus tareas,
A sembrar de riqueza el franco suelo.
Bienhechor generoso, tú desprecias
Los insultos de un pueblo, que pagarte
Con ultrajes tus dones vil intenta,
Sin dél saber tomar otra venganza,
Que el empeñarte mas en que florezca
De fortuna colmado; semejante
Al héroe, á quien Dios mismo se eligiera
Por digno confidente, que nutría,
En premio de dictérios y blasfemias,
Al siempre de Israél ingrato pueblo.

« ¡ Que escena allí á mis ojos se presenta !
» Mas bien ¡ O Dios ! de siervos, que vasallos,
» ¿ Que pomposa y magnífica caterva,
» De rodillas, de un Rey tiembla á la vista, (9)
» Y á sus pies humillada le venera?
» ¡ Que respetos, que honor, que adoraciones !
» Jamas otro algun Rey, qual este, hubiera
» Sus subditos en Francia acostumbrado
» A marcas de homenage tan extremas.
» Yo le veo, qual tú, de fama y gloria
» Animado al igual; otra obediencia
» Mas rígida exîgiendo; mas temido,
» Y ménos quizá amado. Si diversas
» Mudanzas de fortuna soportando,
» Le considero HENRIQUE, de soberbia
» Sus excesos repruebo en las felices,
» Y su constancia aplaudo en las adversas.
» De veinte vastos pueblos la alianza
» Y el formidable resto de las fuerzas
» Desafiando él solo, si es que en vida
» El renombre de Grande se adquiriera,
» Aun mas grande sin duda ha sido en muerte;
» ¡ O Gran Siglo de Luís ! ¡ Epoca excelsa !
» Siglo, que de sus gracias, de sus dones,
» Y sus brillantes luces y riquezas,
» Sin límites un dia colmar debe
» Natura liberal. Tú, de las bellas,

» De las útiles artes el decoro
» Llevarás á la Francia. Con sorpresa,
» Sobre tí van fixarse las miradas
» De las edades todas venideras.
» Del Coro de las Musas el Imperio,
» A fixar corre en tí su residencia.
» El lienzo por dó quier se anima y habla;
» Y los bronces y mármoles alientan.
» ¡ Quantos Sabios, en cónclaves augustos (10)
» Asociando su esfuerzo, en las esferas
» Del gran Orbe á estudiar vuelan celestes,
» A medir su distancia y masa inmensa,
» Y atrayendo la luz entre la noche,
» A pesar de sus lóbregas tinieblas,
» Con audacia sondar lo mas arcano,
» Que en su seno escondió naturaleza !
» El presuntuoso Error huye á su vista,
» Y en pos de la Verdad, dudas los llevan.
» Y tú ¡ feliz tambien hija del Cielo
» Poderosa Harmonia y hechizera,
» Arte, que así puliste á Grecia y Roma !
» Yo por dó quier escucho de tu lengua
» Encatadores tonos, soberanos
» De nuestro corazon y nuestra oreja.
» Vosotros ¡ ó Franceses animosos !
» Vencer sabeis, y ledos, de la guerra
» Las hazañas cantar. Yá no hay laureles,

» Que no ciñan de honor las sienes vuestras.
» En vuestro feliz clima, nacer veo
» De héroes un pueblo vasto. Quales vuelan,
» A los combates noto los BORBONES.
» Al traves de mil fuegos, qual penetra,
» Miro al fiero Condé, que en lances varios, (11)
» El terror y el apoyo se demuestra
» De su Rey y Señor. De Condé, admiro
» Generoso rival al De Turena, (12)
» Ménos brillante que él, si mas prudente,
» Y su igual quando ménos en grandeza.
» A Catinat contemplo, que unir sabe, (13)
» Por un cúmulo raro, á nobles prendas
» Del guerrero, del sabio las virtudes.
» El compas en la mano, verse dexa
» Riendose Vauban, sobre aquel muro, (14)
» Que su ingenio trazó, de la impotencia
» De ese horrísono estruendo, con que baten
» De bronce rayos cien; y si en la guerra
» Invencible, en la Corte desgraciado,
» Del Austria y Gran Bretaña las potencias;
» Aún tiempo temblar hace Luxêmburgo.
» Repara allá en Denén, con que braveza;
» Con que audacia, Villars, el trueno horrible (15)
» Disputando á la augusta y altanera
» Aguila de los Césares, es dueño
» Y árbitro de la paz, que tras sí lleva

» De la Victoria el carro á las Naciones;
» Y que, con gloria tanta, se presenta
» Apoyo de su Rey no ménos digno,
» Que de Eugenio rival...¿ Que jóven llega,
» Que Príncipe se acerca, en cuyo rostro (16)
» Brilla la magestad sin la aspereza,
» Y que el honór del solio está mirando
» Con ojos de desden ó indiferencia?
» ¡ Cielos! ¿ que noche rápida á mis ojos
» Este Príncipe encubre, envuelto dexa?
» Incesante la muerte, dél en giro,
» Sin detenerse un punto revolea.
» Él cae al pie del trono, en el momento
» De instalarse sobre él. En él observa,
» De todos los Franceses, hijo mio,
» El Príncipe mas justo. La clemencia
» Algun dia del Cielo, de tu sangre
» Le hará nacer augusta ¿ Y flor tan bella,
» Obra tan digna ¡ ó Dios! de vuestras manos,
» No haréis mas que mostrar, para esconderla
» De golpe á los mortales? ¡ Quanto un alma
» Tan virtuosa, en su bien obrado hubiera!
» ¡ Quan feliz fuera Francia en su reynado!
» ¡Qual su paz, su abundancia y su riqueza!
» Él, por sus solas gracias y sus dones,
» Llévara de sus dias grata cuenta.
» Él su pueblo amaría ¡ o dia infausto

» De alarma y de dolor ! A los Franceses,
» ¡ Quantas verter harás lágrimas tiernas,
» Quando en la misma tumba, amontonados,
» Hijo, Padre, Muger y Esposo vean ! »
Sale un vástago débil de las ruinas (17)
De aquel árbol fecundo, que así fuera
Cortado por el pie. De Luis los hijos,
Que al sepulcro veloces descendieran,
Dexaron solamente á nuestra Francia
Un Monarca en la cuna, tan expuesta
Como dulce esperanza de un Estado,
En vacilante y trémula exîstencia.
Cuida ¡ Fleurí prudente ! de sus dias.
Sobre su tierna infancia atento vela,
Y sus primeros pasos fiel conduce.
Dignamente instituye y aconseja,
De lo mas noble y puro de mi sangre,
El precioso deposito, que resta.
Aunque haya Rey nacido, á conocerse
Así mismo, filósofo, le enseña.
Que aunque hombre soberano y poderoso,
Hombre es al fin mortal, harás, que sepa;
Y que al verse Señor, ame á su Pueblo,
Porque amado tambien ser dél merezca.
Inspírale, que justo reflexîone,
Que no es Rey, ni ha nacido, ni gobierna

Sino para su Pueblo. Y tú, tú ¡ o Francia !
La gloria y dignidad cobra primera
Baxo su fausto imperio; y esa noche,
Que de sombras tu luz dexó cubierta
Acaba de romper. A coronarte
Otra vez con decoro y gracia vuelva
La mano de las Artes provechosa;
Que á abandonarte yá se daban priesa.
De su profundo piélago en las grutas,
Se pregunta el Océano y lamenta,
¿Dó existen en el dia, qué se hicieron
Tus pavellones ¡ Francia ! que solieran
Flotar sobre estas ondas ? Del Euxîno,
De la India, y del Nilo y sus riberas
Y sus puertos, te llama allí el comercio,
Y te abre sus tesoros. Guarda, observa
El orden y la paz, y la victoria
No busques con afan. En las querellas
De los Reyes, ser árbitro le basta
A tu honor y tu gloria ¡ Quan funesta,
Quan cara te costó la de haber sido
El espanto y terror de sus Potencias !
De este Monarca jóven en seguida,
Con explendor un héroe se le ostenta, (18)
A quien la atroz calumnia, allá á lo lejos,
De rabia ardiendo, ladra, y sigue inquieta.

Príncipe blando y facil, mas no débil,
Lleno á un tiempo de genio y de vehemencia,
Amigo con exceso de placeres,
Y no ménos tambien de cosas nuevas;
Del seno del deleite, revolviendo
La redondez inmensa de la Tierra,
Con su diestra política y resortes
Siempre nuevos y fértiles, suspensa
Dividida la Európa y en paz tiene;
Al paso que á las Artes, que fomenta,
Sus vigilantes ojos convirtiendo,
De gloria, de vigor y de luz llena.
Para todos los cargos y destinos
Nacido felizmente, en sí concentra
Los talentos de todos. De Soldado,
De Gefe y Ciudadano, « Él un Rey nó era;
» Mas con todo, hijo mio, enseña á serlo. »
De una borrasca entónces turbulenta
En medio de relámpagos, de Francia,
A los ayres flotando, se despliega
El insigne Estandarte. De Españoles
Las huestes precediéndole guerreras,
Del Aguila Germana quebrantaban,
En los de sus Castillas, las cabezas.
Absorto Henrique, exclama « ¡ Padre mio!
» ¿ Que espectáculo nuevo se presenta? »

« Todo cambia ¡ hijo mio ! le responde:
» Todo Henrique á su ocaso, por fin, llega.
» Del Muy alto adoremos, y aplaudamos
» El arcano saber y providencia.
» Del fuerte y poderoso Carlos Quinto
» Extinguida la raza, yá la Iberia
» Reyes viene á pedirnos de rodillas; (II)
» Ya á la España da leyes, yá allí reyna
» Uno de nuestros nietos. Yá Felipe.... (19)
A tan glorioso objeto, Henrique queda
De júbilo arrobado, y de su mente
Una dulce sorpresa se apodera.
» Mitiga de ese gozo, el Padre dice,
» El ímpetu primero, y la grandeza
» Teme, hijo mio, aún de tal suceso:
» Teme, repito, sí; Madrid acepta,
» Del seno de Paris un Dueño aclama;
» Mas quizá tanto honor, gloria es tan bella,
» No poco para entrambos peligrosa.
» ¡ O Reyes de mi Casa y Sangre regia!
» ¡ O Felipe Borbon! ó ¡ caros hijos!
» ¡ O España y Francia mia! El Cielo quiera
» Podais vivir unidas ¿ Hasta quando
» ¡ Políticos funestos! la cruél tea
» De las Discordias públicas querría (20)
» Encender vuestro bárbaro sistema?» (III)

Dice: y desde el momento, el Héroe nada
Ve mas de lo pasado, que una envuelta
Quimerica mixtion de objetos varios
Confusos entre sí. Las puertas cierran
Del Templo del Destino; y de los Cielos
A sus ojos se eclipsan las esferas.

Ya con rosada faz la fresca Aurora,
Las puertas en Oriente á abrir empieza
Del palacio del Sol. Su negro velo
La Noche va á tender sobre otras tierras.
Los Sueños volteadores y medrosos,
Húyense con las sombras, y se alexan.
El Principe adormido, en este instante,
De su arrobo dulcísimo despierta;
Y en el fondo del alma un nuevo esfuerzo
Un divinal ardor experimenta.
Inspiraban á todos sus miradas,
Respetuoso terror y reverencia.
Habia Dios su frente, de su misma
Magestad sacrosanta con diadema
De esplandecientes rayos coronado;
No de distinto modo, que lo hiciera
Con aquel de Israél santo caudillo,
Ilustre vengador, quando de vuelta
Del tonante Sinai, donde las tablas
De la Ley del Eterno recibiera,

De tal lleno de luz cercó su rostro
Que de sus resplandores con la fuerza
Trastornados al verle los Hebreos,
Envueltos entre el polvo, sus pies besan;
Sin que mirarle osaran, ni sus ojos,
De su cara el fulgor sufrir pudieran.

FIN DEL CANTO SEPTIMO.

CANTO OCTAVO.

ARGUMENTO.

El Conde de Egmond viene de parte del Rey de España al socorro de Mayena, y de los Ligados. Batalla de Ivri, en que es desecho Mayena, y muerto De Egmond. Valor y clemencia de HENRIQUE EL GRANDE.

DE los Estados en Paris reunidos,
Atónita y confusa la Asamblea,
Aquel orgullo, de que inflada estaba
Al principio, á este tiempo ya perdiera.
De HENRIQUE al solo nombre, los Ligados,
De horror y espanto llenos, que quisieran
Un Monarca elegirse, ya en olvido
Parecían poner. Nada pudiera
De su furor fixar la incertidumbre;
Y en medio del temor y la flaqueza,
No osando coronar, y aun mucho ménos
Destituir al Tirano, se abatieran
A confirmar, en tanto, por edictos
De la mas vergonzosa complacencia,
El poder y lugar, de que gozaba,
Sin que de los Estados le vinieran.

De Teniente del Reyno, aunque sin Xefe (1).
El que nombre usurpó, Rey sin diadema,
Conservado hubo siempre en su partido,
Del poder mas supremo la influencia.
Un obediente pueblo, de que, astuto,
Ser apoyo afectaba con destreza,
Gustoso, combatir y dar la vida
Por su causa y persona, le ofreciera.
De nuevas esperanzas, de este modo,
El pecho rebozando de Mayena,
A Consejo convoca, y congregados
Rápidamente en él á contar llega,
Quantos bravos Caudillos, orgullosos,
Vengar resuelto habian sus querellas.
Los Canillacs, los Chatres y San-poles,
Los Brisacs, los Nemurs, y los Lorenas,
Y aun Joyussa, el voluble, acuden prontos.
La venganza, la rabia y la braveza,
La desesperacion, y el fiero orgullo,
En sus rostros pintados se demuestran.
Con un trémulo paso, algunos de ellos,
Exâustos de la sangre, que vertieran
En mortales peleas, caminaban:
Pero esta sangre misma, que corriera,
Estas mismas batallas y derrotas,
Estas heridas mismas, aun abiertas,
Los excitaban mas, y enfurecían

Al

Al vengador desquite de su afrenta.
Cada qual, de Mayena, como un rayo,
A colocarse al lado parte apriesa,
Y dél, espada en mano, en torno puestos,
Vengar juraron todos sus ofensas;
Así sobre las cumbres del Olimpo,
Y de Tésalia en campos, se fingiera
Allá un tiempo, la impía y audaz tropa
De los sobervios hijos de la Tierra
Amontonando rocas sobre rocas,
Y á los Cielos braveando, en su demencia,
Con la esperanza estólida embriagados,
De destronar los Dioses de su esfera.

Al momento, entreabriendose una nube,
La Discordia á la vista se le ostenta,
Sobre un carro flamígero montada.
Animo, sús, les dice, que yá llegan
A auxîliaros, Franceses. Yá es forzoso
El vencer ó morir. Voz halagueña,
A la qual, el primero se levanta
Parte corriendo Omala, y al ver cerca
Las relumbrantes lanzas españolas,
« Ahí teneis, exclamó, ved de la Iberia
» El auxîlio rogado largo tiempo,
» Y siempre diferido al ansia nuestra.
» El Austria al fin, amigos, sus falanges,
» Su socorro á la Francia le franquea. »

Dice: y Mayena, entonces, afanoso
A las puertas se avanza. Verse dexa
El extrangero auxîlio de aquel lado,
Dó el fúnebre lugar se reverencia,
Que de nuestros Monarcas, yá de antiguo,
Conságrara la muerte á tumbas régias.
La formidable masa de las armas,
Que blandientes al ayre centelléan,
El oro refulgente, el lúcio acero,
Las picas, que afiladas reverberan,
Los cascos, los penachos, los arneses,
De la pompa el atruendo y la sobervia,
Del Sol los mismos rayos parecían
En el campo retar á competencia.
De tropel á su encuentro el pueblo acorre;
Y con una algazára y grita fiera,
Al Xefe, que en su auxîlio Madrid manda,
Colma de bendiciones, y festeja.
Era el jóven Egdmond, tenaz guerrero:
De un Padre generoso é infeliz, era
El hijo mas indigno y ambicioso. (2)
De Bruselas los muros nacer vieran
Al hijo del Egmónd, á quien cegara
De la patria el amor, y la cabeza
Perdiera en un cadalso, sosteniendo
Los sagrados derechos de los Belgas,
Sus miseros patriotas, de los Reyes

Vejados y oprimidos por la fuerza.
Ruín hijo de Egmond, procáz soldado,
Aulico vil, al fin, adula y besa
Largo tiempo la mano, que á su padre
De un tirano poder víctima hiciera.
A destructores males de su patria,
Por política, infiel, servicios presta;
Y al paso, que á Paris lleva socorro,
Cruél persecucion trae á Bruselas.
Como á un Dios tutelar, el Rey Felipe,
Del Sena le embiara á las riberas
Con auxîlio al rebelde, quien creía,
Del Rey llevar con él hasta las tiendas,
A su vez los terrores y la muerte.
Del temerario orgullo va las huellas
El impetuoso jóven ocupando.
¡ Con que placer, gran Rey, de cerca observas
Su fantastica audacia! ¡Con que anhelo,
Tus ansias el instante aguijonéan
De un combate, del qual, altos destinos
Del Estado pendientes consideras!
Del Iton bien cercano á las orillas,
Y del Euro á las margenes amenas,
Un campo afortunado dexa verse,
De la madre natura amor y prenda;
Largo espacio de tiempo, por fortuna
Supieran respetar furiosas guerras,

Los preciosos tesoros, de que Flora,
Y el Céfiro halagueño embellecieran
Su dichoso distrito. Entre furores
De civiles discordias y contiendas,
Los sencillos pastores del contorno,
Correr vieran en calma y paz serena
Sus dias y sus años, protegidos
Por la piedad del Cielo y su pobreza.
De bálago al abrigo de sus techos,
De la desaforada soldadesca
Desdeñar parecían la codicia.
A cubierto de alarmas, aun no oyeran
Del tambor y las armas el estruendo.
Los Campos enemigos allí llegan;
Y la desolacion, por todas partes
Delante de ellos marcha. Se consternan
Las riberas del Iton y del Euro.
Lleno el pastor de espanto, allá en las selvas,
Amilanado todo, va á esconderse;
Y su dulce mitad, y madre tierna,
Arrebatando en brazos y llorando
Sus queridos hijeulos tras él lleva.

De esos Valles de encanto y gracias llenos
¡ Infeliz habitante ! no tus quexas,
No á tu Rey esas lágrimas imputes.
Si él las batallas busca ó las acepta,
Para darte la paz es solamente.

Dones y beneficios con largueza
Derramará su mano, en mejor tiempo,
Sobre vuestros hogares, que hoy molesta.
Terminar vuestros males solo quiere.
El os ama qual padre, y os lamenta;
Y en esta, en esta misma atróz jornada,
Por vuestro solo amor y bien peléa.

Siendole tan preciosos los instantes,
Ya por todas las filas BORBON vuela
Sobre un fogoso corcel, mas que el viento
Rápido y adiestrado en la carrera,
Que embravecido todo, y orgulloso
De aquel augusto peso, que en sí lleva,
Hinchando la nariz, y con pie corvo
Excavando arrogante el ancha arena,
Llamando estar parece los peligros,
Y el fuego respirando de la guerra.

Ya brillan, cabe el REY, quantos campéones
De su honor y su gloria socios fueran,
Y de sus mismos lauros ya ceñidos.
El anciano De Omont, que las banderas (3)
Siguiera con honor de cinco Reyes;
Biron, de cuyo nombre el eco siembra (4)
En la enemiga hueste mil alarmas;
Su entonces jóven hijo, de harto inquieta
Ardorosa y violenta bizarría,
Que despues.... mas entonces Biron era (5)

Virtuoso aún. Allá mas lejos vienen
Los que al crímen tenían guerra abierta
Y declarado horror, y que la Liga
La misma Liga atónita respeta,
Por mas que los malquiera y los deteste;
Sully, Nangí, Crillón, y el de Turena, (6)
El que en Sedan, despues, la mano, el nombre,
Y la Soberanía mereciera
De la jóven Buillón; Soberanía
Infeliz, mal guardada, y bien apriesa
Por Armando oprimida y derrocáda,
Apenas erigida á su grandeza.
Vese con esplendor alzarse entre ellos
Qual palma, Essex, ayrosa y altanera, (7)
Que del pays mezclando en los jardines,
A los frondosos olmos, que se elevan,
Su noble y grave frente, envanecida
De su estrangero tronco gallardéa.
Su engalanado casco, centellaba
Con el rojo fulgor, de que le cercan
Adornos mil preciosos de oro fino,
Y el sartal de diamantes y preseas,
A porfía brillantes caros dones,
Con que de su Señora á la fiereza
Del De Essex el valor, ó la ternura
Mas bien, supremamente honrar pluguiera.
¡ Ambicioso De Esex ! Tú ser, á un tiempo,

Un dia conseguiste de tu Reyna
Tierno objeto de amor, y el firme apoyo
De tus Reyes, tambien, y la defensa.
Algo allá mas distante los Tremvilles, (8)
Los Clermons y Féquieres, se presentan,
Y el infeliz De Nesle, y Lesdiguieres,
De condicion y estrella bien diversas;
Y el anciano De Elly, á quien ha sido
Esta ilustre jornada tan funesta.
De heróycos Varones tropa tanta,
Corre á apostarse, ufana, del Rey cerca;
Y la seña aguardando, en su semblante,
De la victoria ya gloriosa y cierta
Presagios mil felices divinaba.

En situacion tan túrbida, Mayena,
Su corazon sintiendo desmayado,
A hallar en él su esfuerzo, en vano anhela;
Ora fuese, que al cabo, de la causa
La injusticia advirtiendo su conciencia,
Recele gravemente, que propicio
Sus armas protejer el Cielo quiera;
Ora, que el alma, en fin, presentimientos;
Verdaderos anuncios tal vez tenga,
De los grandes reveses precursores.
Dueño no obstante aún de su flaqueza;
Con simulado gozo, sabe el héroe
Encubrir de su pecho duras penas.

Se reanima, se excita, y la esperanza,
Que ya á él mismo, marchita, no sustenta,
Inspirar al soldado conseguia.
Junto á él, lleno Egmond de la sobervia,
Del confiado orgullo, y la arrogancia
Que de ordinario influye la imprudencia
En juveniles años, impaciente
De exercer su valor; la marcha lenta
Del perplejo Mayena acriminaba.
Hervía su corage; á la manera,
Que escapado del ancho y verde seno
De amenas praderias y risueñas,
Al eco retumbante de la trompa,
Que anima el fiero ardor de su braveza,
En los fértiles campos de la Tracia,
Inquieto é indocil bruto, en quien huméa
Un belicoso fuego, suelta al ayre
De su altanero cuello la crin crespa,
Con anheloso áliento, por el campo
Trepa, galopa, corre, á la lid vuela,
De la rienda impaciente, el freno tasca,
La oreja eriza, y brinca por la hierba;
Así Egmond parecía. Un furor noble
Por sus ojos brillando, llamas echa,
Y en su animoso pecho late y arde,
Lisongéase yá, yá se recréa
En sus proxîmas glorias, y presume,

Que su altivo destino al triunfo impera.
¡ Ha infeliz ! Él no sabe, que el orgullo,
La presuncion fatal, y la impaciencia
De su guerrero ardor y su osadía,
Iban de Ivri en los campos, con presteza
La tumba funeral á prepararle.

De la Liga á las bélicas hileras
Avanza el GRAN HENRIQUE, y á las suyas,
Que inflamaba su heróyca presencia
Tornandose : « Nacido habeis franceses ;
» Y Yo soy vuestro REY. Ved allí cerca
» Al pérfido Enemigo. A él ; seguidme.
» Vuestros ojos jamas de vista pierdan
» En lo mas empeñado y formidable
» De la atroz tempestad, que nos espera,
» Este blanco penacho, que resalta
» Flotando al ayre, sobre mi cabeza.
» Vosotros le vereis, á todo trance,
» Del honor volar siempre por las sendas, »
A estas bellas palabras, que yá en tono
De vencedor, el REY les dirigiera,
Advirtiendo, con júbilo, inflamada
De un nuevo ardor su tropa, al frente de ella
Marcha yá, de las huestes al Dios Grande
Religioso invocando. Tras las huellas
De ambos xefes á un tiempo, velozmente
A la sangrienta lid correr se observa

De uno y otro partido los guerreros;
Así quando violentos se despliegan,
Y con rápido vuelo precipitan
De los montes que Alcides dividiera,
Furiosos Aquilones, al momento,
De dos profundos mares contrapuestas
Las encrespadas olas, á los ayres
Con espumoso choque se sublevan;
A lo lejos allá la Tierra gime;
Huye el dia; del Cielo el trueno suena;
Y de susto temblando el Africano,
Que desplomado se hunde el mundo, piensa.
Ya en uno y otro campo, dobles muertes,
Al mosquete reunida, feroz siembra
La mortal y fendiente cimitarra.
Aquel arma, que un dia, de la guerra
Al Malgenio inventar plugo en Bayona, (9)
Para que estragos suyos mas pudieran
Del suelo exterminar la raza humana,
Reúne á un mismo tiempo, invencion negra
Y del Infierno mismo digno fruto,
Quanto en manos maléficas encierran
Hierro y fuego, de bárbaro y horrible.
Ya se baten y mezclan. La destreza
Asociada al valo r, la horrible grita,
El gemido, el terror, la rabia ciega,
La implacable y ferviente sed de sangre,

De ceder al contrario la verguenza,
La desesperacion, y en fin, la muerte,
De fila en fila corren y se ceban.
Aquí persigue el uno al propio padre.
Huyendo allí un hermano, muerto queda
Por el impío brazo de otro hermano.
Se estremece á tal ver naturaleza;
Y de su triste sangre, á pesar suyo,
Se hinche aquella fatal túrbia ribera.

Por entre picas tantas que erizadas;
Parecían formar espesas selvas;
Por medio de sangrientos batallones,
Y de enemigos cuerpos, que atropella,
Penetra HENRIQUE, avanza, y un camino
A sus valientes tropas á abrir llega.
Seguiale Morné con su frescura,
Con su calma de espíritu perpetua;
Y qual un Genio excelso y poderoso,
En torno de su REY gira y le vela:
Al modo, que allá un tiempo, de la Frigia
En los guerreros campos, se fingieran
Los móbiles eternos é invisibles
De los etéreos Orbes, por la tierra
En trage de mortales disfrazados,
Mezclarse y combatir en las peleas;
Y del Dios verdadero, al mismo modo,
Que severos Ministros, y tremendas

Celestes é impasibles Potestades,
Del orage el relámpago y centella,
En medio de los ayres circundados,
Con faz siempre impertérrita y serena,
El Universo agitan y estremecen.
Él de Henrique recibe, á dó quier lleva
Las ordenes supremas, que emociones
Repentinas intrépidas y fieras
Del alma de los héroes, al momento
Cambian una batalla, y fixo dexan
Su triunfante destino. Él á los Xefes
A trasladarlas corre con presteza.
El Caudillo las toma; y velozmente
Al eco de su voz, con impaciencia,
Las bien disciplinadas prontas haces
Su obediente furor mueven y arreglan.
Despliéganse ya raudos, se dividen
Los trozos de las huestes, ya se cierran,
Ya marchan en colunas diferentes.
Un espíritu solo, un plan gobierna
La accion de cada trozo y movimientos.
Morné iendo y tornando, hácia el Rey vuela.
Él le sigue y le escolta; y golpes varios,
Que contra su persona el campo asesta,
Mas de una vez, hablándole, le para.
Por lo demas, Morné, nunca en la guerra,
A sus manos estóycas, en sangre

De sus tristes hermanos, permitiera
Que crueles é impías se mancharan.
De su REY solamente toda llena,
Toda ocupada el alma, si su acero
Desenvaynó, fue solo en su defensa.
Su singular valor, de los combates
Declarado enemigo, no recela
El arrostrar la muerte, mas sin darla.
Yá el ánimo indomable de Turena,
Rechaza de Nemur, las huestes turba.
El de Elly, por dó quier arrastra y siembra
La muerte y el terror. Elly, orgulloso
Con treinta años de lides, recupera,
De marciales combates entre horrores,
À pesar de sus canas, nuevas fuerzas,
Un guerrero tan solo, á la amenaza
De sus golpes se opone en la palestra.
Un héroe jóven es, que de sus dias
A la amena y florída primavera,
En funciones de Marte se estrenaba,
Con tan célebre accion como sangrienta.
Del mas grato himenéo el dulce cebo,
Venía de gustar el mozo apenas.
Del amor favorito, de sus brazos
De partir acababa. La verguenza
De no ser hasta entonces sino solo
Célebre por sus prendas, y la fiera

Ambicion de otra gloria, le arrojaba
A los fieros peligros de la guerra.
Su jóven bella esposa, en aquel dia,
Los Cielos acusando, y la crueleza
De la batalla y Liga maldiciendo,
Su tierno esposo armó triste y violenta.
Con un trémulo pulso é incierta mano
La pesada coraza le prendiera,
Y con amargas lágrimas dexara
De un casco preciosísimo cubierta,
Una frénte de gracias tan ceñida,
Y á sus amantes ojos hechizera.
  Con cólera marcial, del novel fiero
El juvenil orgullo se endereza
Contra el anciano Elly. De polvo y humo
Por entre torbellinos, que los ciegan,
De muertos, moribundos, y feridos,
Uno y otro al traves, baten y aprietan
De sus fogosos brutos los hijares.
Apostados los dos sobre la hierba,
Con la sangre teñida y aplanada,
Lejos de dó campean sus banderas,
Se lanzan, y se buscan á seguro
Y arrogante galope los atletas.
De sus cotas cubiertos y su sangre,
Enristradas las lanzas, ya se encuentran;
Y con choque espantoso, de repente

Se arremeten entrambos y golpéan.
La tierra retembló del bote al ruido;
Y las hastas al golpe en trozos quiebran;
Al modo que en cargado, ardiente Cielo,
Dos formidables nubes, que acarréan
En su seno los truenos y la muerte,
Chocandose en los ayres, corren, vuelan
Sobre el furioso viento; de su horrible
Conmistion los relámpagos revientan;
De allí se forma el rayo, y los mortales,
A su vista y estruendo de horror tiemblan.
Yá sus brutos dexando lejos de ellos,
Por un súbito esfuerzo, se conciertan
En baxarse á buscar muerte distinta.
Ya pie en tierra, se vibran, ya centellan
Los funestos aceros en sus manos.
Acorre la Discordia turbulenta;
Y con ella ligados de consuno,
El rabioso Demonio de la guerra,
Y la pálida parca ensangrentada,
Al lado de ambos héroes se presentan.
¡ O míseros, ó ilusos combatientes !
Suspended de esa lucha, de esa ciega
Precipitada cólera los golpes:
Pero la irresistible oculta fuerza
De fatales decretos del destino,
Mas su furor enciende y los obceca.

En el contrario pecho, abrir al alma
Intenta cada qual fúnebre puerta,
En el pecho, que entrambos no conocen.
A los ayres resalta, en cascos vuela
La acerada armadura, que les cubre.
A redoblados tajos de su diestra,
Lumbres al viento arrojan las corazas.
Sangre, que á borbotones corre suelta
De sus hondas heridas, rebotando,
Su fiera mano mancha y bermejéa.
Los formidables filos deteniendo
Sus cascos y broqueles con destreza;
Golpes mil aun le paran y le cubren,
De una muerte mas pronta los libertan.
De resistencia tanta absortos ambos,
Admira, cada qual, honra y respeta
De su rival el ánimo y esfuerzo.
De Elly mano mas firme, y mas certéra,
Al jóven generoso al fin derriba,
De un mal hadado golpe á sus pies echa.
Sus vivos bellos ojos, para siempre
De la luz á los rayos yá se cierran.
Sobre el sangriento polvo yá su casco
Arrastrando y rodando va dél cerca.
Ya De Elly vé su rostro ¡ Que lamentos !
Le vé, le abraza, ¡ ay Dios ! ¡... su hijo era.
Inundados en lágrimas los ojos,

El

El desdichado padre, ya la horrenda
La parricida espada buelto habría
Contra su corazon, si á tan estremas
Muestras de su dolor, su brazo alzado
Deteniendo, el suceso no impidieran.
Parte trémulo todo; corre huyendo
De una playa de horror y espanto llena:
Su criminal victoria abominando,
Llórala eternamente, la detesta.
A la Corte, á los hombres, y á la gloria
Para siempre renuncia, y solo anhela,
Prófugo de sí mismo, al fin del Orbe,
Ir á esconder su tedio y dura pena
En un triste desierto. Allí, del punto
En que su luz el sol torna á la tierra,
Hasta que de las ondas cristalinas
En el piélago á hundirla tibio llega;
A los enternecidos dobles ecos
De los montes, los valles y las selvas,
Hacían repetir acentos tristes
De su acervo dolor y su querella,
El nombre, el triste nombre de su hijo.

Del héroe en la agonía postrimera,
Guiada del terror la nueva esposa;
Con una errante vista y planta incierta
Se acerca, y llega, en fin, al campo infausto,
Dó pavorosa busca, y vé ... ¡ Que escena

Entre el monton de muertos,..ve á su esposo.
Cae desvanecida. Espesa niebla
Tiende veloz la muerte por su vista.
¿Eres tú caro amante?... mas sus tiernas
Cariñosas palabras, que interrumpen
Sollozos mil, tristisimas endechas,
Que al viento el labio arroja mal formadas,
Del esposo adorado yá no afectan
El eâxnime oido. Ella aun sus ojos
Ver quiere, y vuelve á abrir. Ella aun aprieta
Con sus últimos osculos su boca,
Aquella boca, que idolatra aun hierta;
Ella el cadáver pálido y sangriento
Entre sus brazos trémulos sustenta;
Los ojos clava en él; sobre él suspira;
Estréchale á su seno, y muerta queda.
¡Padre, esposa y familia deplorables!
¡Exemplo lastimero, que amedrenta,
Y la imagen ofrece de unos tiempos
De tal ferocidad y tanta mengua!
Pueda el recuerdo triste y espantoso
De tan mísera y trágica peléa,
De todos nuestros nietos mas remotos
Lástimas excitar. Lágrimas pueda
Arrancar de sus ojos saludables,
Porque crímenes tales y fierezas
De sus padres, jamás á imitar lleguen.

Mas ¿ quien Cielos la Liga así dispersa?
¿ Que héroe puede, ó que Dios, darle tal rota?
Biron el jóven es, cuya braveza,
Por entre atropellados batallones
Denodado consigue abrirse senda.
Y el orgulloso Omala, que la fuga
De los suyos infame, á mirar llega;
De cólera bramando, « Deteneos;
» ¿ Dó, cobardes, correis? Parad: dad vuelta:
» ¡ Huir! ¡ Huir, vosotros, los famosos
» Compañeros de Guisa y de Mayena!
» ¡ Vosotros los valientes, que hoy de Roma
» La causa, de Paris, Francia, y la Iglesia
» Con tanto honor debeis dexar vengadas!
» Del antiguo valor y virtud vuestra
» Acordaos, amigos, y seguidme
» Con aliento mayor á la refriega.
» Batios baxo Omala, é ya vencisteis; »
Volando á su socorro, gente llevan
El feroz de San-pol, Bobó, y Foyussa
Con Joyussa. Las haces ya dispersas
A este refresco junta. Con miradas
Enciendelas de fuego. Las ordena;
Y á su frente revuelve á un nuevo ataque:
Tras él con paso rápido regresa
De su parte á ponerse la fortuna.
De Biron el valor y la firmeza,

Con rara intrepidez, paran en vano
El impetuoso curso y la violencia
Del torrente de huestes, que furioso,
En sus ondas hundirle ahogarle intenta.
Parabére espirando ve á su lado.
Entre el monton de muertos, ya por tierra
Mira á Fuquiér. Clermónt, Angenne y Nésle,
Entre el polvo tendidos, yá no alientan.
De exâlar sus suspiros postriméros
Lleno él mismo de heridas, se halla cerca.
Así, Biron, así finar debiste.
En campos del honor muerte tan bella
Tan célebre cayda, la memoria
De tu primer virtud eterna hicieran.
El extremado trance, á que un exceso
Del valor de Biron, su vida arriesga,
De Henrique el corazon inquieto advierte.
Le amaba, no qual Rey, no á la manera
De un severo Señor, que solo sufre,
Se aspire al alto honor, á la suprema
Ventura de agradarle, y cuyo duro
Corazon, inflexîble en su sobervia,
La sangre de un vasallo, bien pagada
Con sola una mirada considera.
La noble llama, Henrique, conocía
De la amistad; de la amistad; la prenda
El don del alto Cielo, y de almas grandes

Dulce placer y encanto; de la tierna
Oficiósa amistad, que allá los Reyes
Los ilustres ingratos, de su esfera
Por bastante desgracia no conocen.
A socorrerle al punto Henrique vuela;
Y el mismo activo ardor, que fino guia,
Que al socorro sus pasos veloz lleva,
Mas vigor á su brazo, y á su vuelo
Impulsiones prestaba mas violentas.
Biron, á quien yá asaltan, yá circundan
De una proxîma muerte sombras negras,
De su valiente Rey, y augusto amigo,
Confortado á la súbita presencia,
Hace un postrer esfuerzo; é incontinente,
De Borbon á la voz, llama y releva
De su vida los restos. Huye todo,
De Borbon al denuedo todo ceja.
Tu Rey ¡ joven Biron ! tu Rey te arranca
Al tropel de enemigos, que fin dieran
Con redoblados golpes á tu aliento,
Sin darte de su amor tan fina prueba.
Vives, Biron. La vida á tu Rey debes.
Vivirle siempre fiel, al ménos, piensa.

¿ Que estrépito espantoso dexa oirse ?
La Discordia es maligna y turbulenta,
Que del Héroe oponiendo á las virtudes
Su implacable furor, de un ira nueva

Los Ligados enciende. Al frente de ellos
Ponese el monstruo horrible, y la trompeta
Del infierno, á lo lejos, por el soplo
De su boca fatal, hórrida suena.
Á sus acentos bárbaros, de Omala
Harto bien conocidos, se subleva
Su cólera se inflama, se embravece;
Y repentinamente, á la manera,
Que va del arco elástico impelida
Por los ayres silbando una saeta,
Busca al Héroe, y sobre él solo se arroja.
En tumulto una tropa se descuelga
De Ligados allí; del modo mismo
Que en hondos matorrales de florestas,
Con ojo ensangrentado, hasta su fondo
Precipitados corren y penetran
El alano y lebrél, fieros esclavos
Del amo, que los nutre, y los arriesga
Á ensangrentadas luchas, qual nacidos
Para presas y muertes carnicéras,
A un javalí valiente en torno acosan;
Sus bravíos furores exâcervan;
Y con cólera ciega encarnizados,
Los riesgos no advirtiendo, la corneta
Su belicoso instinto irrita al lejos,
Y las rocas, los montes y las cuevas,
De alaridos retumban y ladridos;

Así enemigos mil á Henrique cercan;
Y él solo contra todos, de la suerte
Impía abandonado: de una espesa
Muchedumbre entre abismos, y sitiado
De la muerte en tal trance, se contempla.
Del alto de los Cielos, en peligro
Tan horrible y extremo, invicta fuerza
Presta Luís al Héroe, á quien amaba,
Y que á modo de roca, que altanera,
Amenaza las nubes, de los vientos
El impetu rechaza, y la violencia
De las olas quebranta, que le embisten.
¡ Quien fielmente narrar aquí pudiera
La sangre y mortandad, de que vió entonces
Cubrir el Euro triste sus riberas!

¡ O vosotros sangrientos sacros manes
Del mas valiente Rey, que el mundo quenia!
Mi espíritu ilustrad y mi memoria;
Por el eco explicaos de mi lengua.
Él ve como al socorro velozmente
Acude de su Rey su fiel Nobleza;
Qual muere por su Rey, al mismo paso,
Que por ella, tambien, su Rey se arriesga.
El terror y el espanto le preceden.
De sus golpes en pos la muerte vuela;
Quando á su indignacion y fiera saña,
A exponerse el de Egmond osado llega.

Había este estrangero, en lo mas fuerte
De batalla tan hórrida y sangrienta,
De su valor iluso, largo tiempo
Del Rey andado en busca. Su soberbia,
Irritaba el honor de combatirle,
Por mas que á extrema costa tal vez fuera;
De que su temerario y loco orgullo.
A la tumba fatal le condujeran.
« Ven, Borbon, le gritaba, á alzar tu gloria.
» Combatamos los dos. Accion es nuestra
» La victoria fixar. » A estas palabras,
Un relámpago, al punto, augural seña,
Freqüente mensagero del destino,
Iluminando, hiende y atraviesa
Los espacios del ayre. Que su trueno
Retumbe sobre el campo, al punto ordena
El Arbitro y Señor de los combates.
Baxo sus pies temblar siente la tierra
Atónito el soldado. Que su apoyo
Los Cielos le debían, Egmond piensa;
Que su causa defienden, y en pro suyo,
A combatir de lo alto se dan priesa;
Que la naturaleza atenta toda
Al grandioso interes de tal palestra,
Zelosa de su gloria, por las voces
De aquel trueno, su triunfo á entender diera.
De Egmond logra alcanzar, y en el costado

Hiere por fin al Héroe. Se contempla (10)
Con derramar su sangre ya triunfante.
El Rey, que se halla herido, y de ver echa
Sin turbarse el peligro, su ardor noble
A medida del riesgo activo aumenta.
Su grande corazon, de haber hallado
Del honor en los campos, competencia
De rivales tan fieros, y tan dignos
De su insigne valor, se lisongea.
De entorpecerle lejos, mas le avivia
La herida que recive; y con braveza,
Con impetuoso ardor, incontinente
Sobre el rival ufano, se despeña.
De un golpe mas seguro derribado,
De repente el De Egmond tendido queda.
Del centellante acero fue en un punto
Su pecho traspasado. Sobre el trepan,
Con sus teñidos pies en fresca sangre,
Los inquietos caballos. Las tinieblas
De la parca, sus ojos eclipsaron;
Y entre rabiosas furias, toda emvuelta,
De los muertos, volando parte su alma
A la region obscura, dó en prensencia
De su padre, remuerdos la devoran.
¡Españoles tan fieros, Hueste Ibera,
Terrible tanto un tiempo y decantada!
La muerte del de Egmond, vuestras guerreras

Virtudes abismó. Vosotros visteis
La faz al miedo allí, por vez primera.

De helada turbacion y mustio espanto
Sobrecoje el espíritu, y aterra
Al alarmado Exército. En un vuelo
Pasa de fila en fila; y al fin, llena
Todo el confuso Campo. El tino pierden,
Embarganse los Gefes, y se encuentran
Perdidos los soldados. Los primeros,
No aciertan á ordenar, de mandar cesan;
Y á su vez, los segundos, no obedecen;
Sus banderas arrojan; grita horrenda
A los vientos despiden; y entregados
A una afrentosa fuga, en medio de ella,
Y del ciego pavor, unos con otros
Tropezando, chocando, y dando en tierra,
Se dispersan confusos y extraviados.
Rindense al Vencedor sin resistencia,
Sus cadenas, los unos, de rodillas
Pidiéndole por gracia. Otros, intentan
El alcance evitar en rauda fuga,
Y del Euro ganando las riberas,
Estupido terror los precipita
En su profundo abismo, y con la mesma
Muerte, de que huir quieren, al fin topan.
Las ondas de cadáveres cubiertas,
Del rio interceptando la corriente,

Retrocede espantado, y se nivela
De su fuente á la altura originaria.

Mayena, que de espanto incapaz era,
Sereno, aunque afligido, en tal desorden
De su espíritu dueño, aun firme observa
Su fortuna cruél; y á sus reveses
En jornada cediendo tan funesta,
En otra mas propicia á lo adelante,
Aun aguarda, animoso, triunfar de ella.
Cerca dél, al contrario, Omala fiero,
Con un mirar rabioso, acusa, exêcra
Los Flamencos, el Cielo y la Fortuna.
« Todo perdido se há ¿ Que es lo que resta?
» Morir ¡ bravo Mayena ! morir solo. »
« Dexad de tal furor tan vanas muestras,
» El Caudillo responde. No, De Omala.
» Vivid para un partido, que os aprecia
» Tanto como le honrais, para que un dia
» La derrota del de hoy reparar pueda,
» Y el daño redimir, en mejor tiempo,
» De la suerte, que en este, nos fue adversa.
» Vivid, valiente Omala, y con constancia,
» De este reves en hora tan funesta,
» Junto con Boa-Dophén, los tristes restos
» Aplegad de la rota soldadesca,
» Y de Paris seguidme hasta los muros.
» Las reliquias batidas y dispersas

» De la Liga reunid. Así, excedamos
» Del vencido Coliñi la fiereza. »
Al oirle el De Omala, se enfureze,
Y de cólera llora. No sin pena,
Parte á cumplir un órden, que abomina;
Qual el fiero leon, que mano experta
Domar de un Moro supo; al dueño docil,
Mas feroz y terrible á otro qualquiera,
A la freqüente mano, que conoce,
Somete horriblemente su cabeza;
Le sigue aunque con ayre formidable;
Feroz, ruguiendo aun, le lisongéa,
Y amenazar parece obedeciendo.
El Caudillo, entre tanto, se acelera
A dexar escondidas, con su fuga,
De Paris entre muros, sus afrentas.
Victorioso Borbon, por todas partes
Correr ve los Ligados, sin defensa,
A implorar sus piedades. Al momento,
Las bovedas del Cielo allí entreabiertas,
Los Manes visto se han de los Borbones,
Que desde él á los ayres descendieran;
Y el inmortal Luís, rodeado todo
De la augusta celícola Asamblea,
Por mejor contemplar á su hijo Henrique,
Baxó del Firmamento á tanta escena.
De los Borbones vino el Gefe excelso,

A observar como el Heroe usár supiera
De sus ilustres triunfos, y acabara
De merecer la gloria, que le cerca.
Cabe el Rey, sus soldados, los vencidos,
Que á su golpe mortal huir pudieran,
Con ojos de furor miran, y rabian.
Los prisioneros trémulos, que llevan
De Henrique á la presencia, absortos, mudos,
De su suerte final el fallo esperan.
En sus errantes y turbados ojos,
Con el mortal despecho, y la vil mengua,
Pintaban, y el espanto, su desastre.
Sus miradas, Borbon, de gracia llenas,
Y en que á un tiempo reynaban la dulzura
Y la audacia, sobre ellos caer dexa.
« Libres estais, les dice. De hoy mas quede
» Solo á la voluntad y eleccion vuestra,
» El ser mis enemigos ó vasallos.
» Entre mí ya podeis y el de Mayena
» Reconocer un Dueño. Ved, Franceses,
» Quien de los dos mas bien serlo merezca.
» O esclavos de la Liga, ó de un Rey socios,
» Id, si os place, á gemir baxo de aquella,
» O á triunfar baxo de este. Elegid digo. »
A estas palabras, que de un Rey salieran
Ya de gloria cubierto, sobre un campo
De batalla, en el seno de la mesma

Victoria, desvariados, sorprendidos
Vense los prisioneros: se demuestran
Contentos de su rota; y á gran dicha
Teniendo el ser vencidos, se claréan
Sus anublados ojos, y en su pecho,
Muere todo el rencór, que en él viviera.
De Borbon el valor, los ha vencido;
Y tantò su virtud los encadena,
Que ya del mero nombre de soldados
Del Rey, alarde haciendo, solo anhelan
Su crímen á expiar, con ley ardiente
Marchando, á lo adelante, tras sus huellas.
Benigno el Vencedor, y generoso,
Que cese ya el deguello presto ordena.
Dueño de sus guerreros, su corage
Cede á su régia voz, y se sosiega.
Ya no es Henrique el Leon, bañado todo
En sangre de la lid, que fiero lleva
La muerte y el terror de fila en fila.
Un Dios es, que benéfico, ya suelta
De su potente mano el rayo horrible,
Y que la tempestad calma y enfrena,
Consuelos dando al mundo. Dulces rasgos
De la benignidad, la paz ya sella
Sobre aquella terrible, amenazante,
Y ensangrentada frente. Vida nueva,
Por sus humanas ordenes recobran,

Los que la luz del dia ven apenas;
Y sobre sus peligros, sus trabajos,
Y sus necesidades y miserias,
Sus cuidados extiende, y qual un padre,
Atento y oficioso se desvela.
  De lo veraz lo mismo, que lo falso,
La peregrina rápida y parlera,
Que á medida que avanza, abulta y crece,
Y mas leve que el viento, en alas vuela
Hasta allá mucho mas de inmensos mares,
De un polo al otro pasa de la tierra,
Y el Universo ocupa: De este monstruo,
De ojos lleno, de bocas, y de orajas,
Que igualmente célebra de los Reyes
Los prodigiosos hechos, que las menguas;
Que baxo sí reune con el miedo
Duda y credulidad, y que concierta
Con el afan curioso la esperanza,
La retumbante voz, fué qual trompeta,
Del Héroe de la Francia, de sus glorias,
Y sus ilustres triunfos pregonera.
Del Tajo al Eridano, vuela al golpe
El grandioso y sonoro ruido de ella.
Espántase el sobervio Vaticano.
Salta el Norte á tal voz de complacencia:
Y Madrid, por su parte, entristecido,
Tiembla de espanto, al fin, y de verguenza

¡O infelice Paris! ¡o Ciudadanos,
Que engañados vivis en lid tan terca!
¡Falaces Sacerdotes! ¡Infiel Liga!
¡De dolor con que gritos, con que quexas
Vuestros templos entonces resonaron!
Allí, desmelenadas las cabezas
De ceniza cubristeis. ¿Y aún maquina
Adular vuestro espíritu Mayena?
El de esperanzas lleno, aunque vencido,
Del retiro afrentoso, en que se encierra,
Con sagaz artificio, disfrazaba
A la atónita Liga, ya perplexa,
Lo irreparable y cruél de su derrota.
Contra una suerte de armas tan adversa,
De nuevo asegurarle pretendía.
Su desgracia ocultándole, aun espera
Repararla tal vez., y quiere entanto,
Por mil falsos rumores, que audaz siembra,
Su zelo reanimar y antiguo orgullo.
A pesar, entre tanto, de consejas,
Y de invenciones tantas y artificios,
La Verdad, siempre clara, siempre fiera,
La Verdad á sus ojos le desmiente,
Su impostura confunde, y al fin vuela,
De boca en boca, helando y abatiendo
Los corazones todos, que imbuyera.

Obstinada y astuta la Discordia,

De

De ello por fin se aflige, de ello tiembla,
Y su furiosa rabia redoblando,
« Yo no he de ver jamas, dice, que sean
» Arruinadas mis obras; que en los muros
» De este mi Pueblo fiel, yá se vertieran
» Por mí ponzoñas tantas; que encendida
» Fuese tanta voraz horrible hoguera;
» Y que de sangre, al fin, por tantas olas,
» Cimentada tubiese mi potencia,
» Para dexar á HENRIQUE el vasto imperio
» De la Francia, que al mio ví sugeta.
» Por mas que formidable, fuerte é invicto
» Ese glorioso PRINCIPE ser pueda.
» El arte todavía no me falta
» De enflaquecer su ardor. Si con la fuerza
» Vencerle no hé podido, afeminarle
» Podré al ménos bien pronto. A su braveza,
» A su excelsa virtud, esfuerzos vanos
» No opongamos de hoy mas. Probado queda,
» Que al indomable HENRIQUE, con suceso
» Jamas podrá oponerse, en competencia,
» Otro algun vencedor, que HENRIQUE mismo,
» Solo á su corazon, es á quien deba
» Ese BORBON temblar. Por él hoy quiero
» Solamente asaltarle, y de sorpresa
» Mal herirle y vencerle. » Dixo; y pronto
Del Euro abandonando las riberas,

Sobre un carro teñido en sangre humana;
Y del odio tirado en nubes densas,
Que el dia tornan pálido, ya parte,
Y en busca del amor rápida vuela.

FIN DEL CANTO OCTAVO.

VII.

CANTO NONO.

ARGUMENTO.

Descripcion Del Templo del Amor. La Discordia, implora su poder para afeminar el valor de HENRIQUE IV. *Este* HÉROE, *es retenido algun tiempo cerca de Madama De Estrée, tan célebre baxo el nombre de la bella Gabriela. Morné le arranca á su amor, y el* REY *vuelve á su Exército.*

Del pays, que el antiguo llamó Idalia,
Sobre aquellos confines venturosos,
Señalados lugares, donde el Asia
Su principio, y la Europa su fin tienen,
Un vetusto palacio se levanta,
Que el tiempo respetó. Naturaleza,
Sus primordiales bases allí labra;
Y su rústica y simple arquitectura,
Ornando en pos del arte mano sabia,
Por atrevidos rasgos de su genio,
A la naturaleza se adelanta.
De su alegre distrito las campiñas,
Todas de verde mirto allí pobladas,
De sañudos inviernos los ultrages
No sufrieron jamas. Especies varias

Nacen allí, y maduran por dó quiera,
De frutos de Pomona, entre mil galas
Y dones aromaticos de flora.
Oficiosa la tierra, allí no aguarda,
Para ofrecer copiosas ricas mieses,
Ni del hombre los votos, ni ordinarias
Estaciones fructíferas del año.
En la paz mas profunda, ledos hallan,
Gozan allí los hombres quantos gustos,
En la primera edad del mundo fausta,
De la naturaleza le ofreciera
La bienhechora mano. Eterna calma,
Dias puros serenos y apacibles,
La dulzura y placer, que la abundancia
Suele ofrecer risueña á los mortales,
Los bienes, en fin, todos, y las gracias
De la edad primitiva, de ellas solo
La candida inocencia exceptuada.
Otro estrepito allí jamas se escucha,
Que el de conciertos musicos, que encantan,
Y con dulce harmonía, languideces
Por las voces inspiran y palabras
De mil amantes, y mil tiernos tonos,
Con que les corresponden sus amadas,
Y en que, á veces, célebran su verguenza,
Y hacen de sus flaquezas gloria vana.
Véseles cada dia, con sus frentes

De floridas guirnaldas coronadas;
Implorar de sus dueños los favores;
Y en la maña y las artes poco cautas
De imponer y agradar, ir en su Templo
A ensayarse á porfía y afanadas.
Del Amor, por la mano, á los altares,
Con faz siempre serena, la Esperanza
Plácida y lisongera las conduce.
Del sacro templo aquel, siempre cercanas
Las Gracias, al desden, medio desnudas,
A su melosa voz, ingenuas danzas
Con donayre entrelazan y conciertan.
Allí el muelle Delcyte, en quietud blanda,
Sobre un lecho de céspedes tendido,
Sus canciones escucha, y se solaza.
Oficiosas le asisten á sus lados,
La docil Complacencia, la Confianza,
Los amantes Cuydados, los Placeres,
Los Suspiros, en fin, y tiernas Ansias,
Aun de mas dulce llama y seductora
Que los placeres mismos. Tal la entrada
Es del célebre Templo, y tan amable;
Mas quando del mortal liviana planta,
Baxo la sacra bóveda, hasta el fondo
Del santuario mismo, audaz avanza,
¡ Que espectáculo, entonces, tan funesto,
Los ojos de sorpresa en él espanta!

De Placeres, allí, ya no aparece
Aquella tropa, un tiempo, tierna y cara,
Ni sus suaves conciertos amorosos,
Los oidos patéticos, halágan.
Las Querellas, tan solo, y el Fastidio,
El Temor é Imprudencia temeraria,
En un lugar trasforman de horror lleno,
Tan hermosa mansion y afortunada.
De tez pálida y lívida, sombrios,
Con pie trémulo, allí, los Zelos andan,
Tras la inquieta Sospecha, que los guia.
La Cólera y el Odio, ante ella marchan
Vomitando venenos y blandiendo
Un matador puñal. De vista zayna
La Malicia, los ve, y al paso aplaude;
Con maligna sonrisa y afectada,
La comparsa frenética y odiosa.
De su error, cerca de ella, y de su rabia:
El Arrepentimiento, aunque harto tarde,
Los bárbaros furores detestaba,
Y aquel horrible séquito cerrando,
Confundido supira, y mustio baxa
Bañados en mil lagrimas los ojos.
Aquí en medio de corte tan infausta;
Siempre ingrata é infelice compañera
Del humano gozar, su eterna estancia
El Amor escogiera. De este niño,

Tan tierno como cruél, la mano flaca;
Los destinos pendientes de la tierra
Lleva siempre á placer. Guerra ó paz manda
Con solo un simple gesto, y derramando
Por todo lo criado, en abundancia
Su dulzura falaz, anima el mundo,
Y en todo corazon alvergue alcanza.
Sobre un fúlgido trono, sus conquistas
Contemplando, á sus pies fiero arrojaba
Las mas sobervias testas, y engreido
Mas bien de las crueldades de su llama;
Que de sus beneficios, daba señas
De holgarse de los males, que causaba.
 Guiada por la rabia, la Discordia,
Los placeres de allí desvía ayrada.
Abrese un libre paso; y agitando
Las encendidas achas, que empuñaba,
Con ojos brasas hechos, y con frente
Iracunda y teñida en sangre humana,
« ¡ Hermano mio ! dice ¿ Que se hicieron
» Las terribles saetas de tu alxava ?
» ¿ Para quien esas flechas invencibles
» Conserváras, Amor, así guardadas ?
» Si de tu fiel hermana la Discordia
» Las teas encendiendo, á crudas sañas
» De tus locos furores, siempre ansiaste
» La pozoña mezclar de sus entrañas;

» Si á la madre comun Naturaleza,
» Con horrible trastorno perturbada
» Dexé en obsequio tuyo, tantas veces;
» Ven: y sobre mis huellas, la venganza
» Vuela al punto á tomar de mis injurias.
» De un victorioso Rey la fuerte planta,
» Mis serpientes aprensa. Su audaz mano,
» De la guerra al laurel, terrible enlaza
» De la paz la agradable y mansa oliva.
» La Clemencia, que asidua le acompaña,
» Con un tranquilo paso, generosa,
» De su guerrero impulso el ardor calma,
» Y en el túrbido seno y desgarrado
» De la guerra civil, por mí excitada,
» Ya baxo sus banderas victoriosas,
» Flotando por dó quier, todas las almas
» Por mí sola discordes, va á reunirse.
» Una victoria mas, en polvo, á nada
» Reducido sera mi altivo trono.
» Del rebelde Paris á las murallas
» El rayo lleva Henrique, y á batirle,
» Vencerlo y perdonarle se adelanta.
» Con cien grillos de bronce aprisionarme
» Su brazo premedita. A tí, la hazaña
» Toca ya de enfrenar ese torrente
« En su curso feroz. Sús, parte, marcha
» La fuente á emponzoñar de tan sublimes

» Y valerosos hechos. Ya postrada,
» Baxo tu yugo ¡ Amor ! su Gloria gima.
» Haz que á tu tierno halago y dulce magia,
» De la misma virtud quede en el seno;
» De su esfuerzo rendida la constancia.
» Tú has sido ¡ Amor ! tú, has sido, acordaraste,
» Cuya mano fatal, urdió la trama
» De hacer caer de un Hercules las fuerzas,
» A los pies arrastrandolas de Omphala.
» ¿ Y no se viera á Antonio entre tus hierros
» Cautivo y quebrantado, abandonada
» La pretension por tí del Orbe entero,
» Delante huir de Augusto con infamia,
» Y tras tus huellas solo, de Neptuno
» A la region librandose salada,
» Del Universo mundo al alto Imperio,
» Anteponer gustoso á su Cleopatra?
» Vencer te resta á Henrique, admas de tantos
» Orgullosos guerreros de alta fama.
» En sus soberbias manos, ve de un vuelo
» A marchitar laureles, que las cargan.
» De mirto y de arrayan, su sien altiva
» Parte al punto á dexar tan solo ornada.
» Entre el mimo y arrullo de tus brazos,
» Adormece su bélica arrogoncia.
» A mi trono en peligro y vacilante,
» Corre á servir de apoyo. Ven: mi causa

» Es la tuya, y tambien tu reyno el mio. »

Así dixo aquel monstruo: y retembladas
Las bóvedas del Templo, repetían
Los ecos de su voz, que espanto daban.
Amor, que allí entre flores recostado,
A su sabor la plática escuchara,
Al tono respondió de sus furores,
Con sola una sonrisa fiera y grata.
De sus doradas flechas se arma, en tanto,
Y del Cielo la bóveda azulada,
En un punto, qual rayo, veloz hiende.
De Placeres, de Juegos, y de Gracias
Guiado por los ayres, y traido
De los céfiros blandos en las alas,
A los franceses campos raudo vuela.

Del mezquino Simois presto las aguas
En su carrera avista, con los campos
Donde un tiempo fué Troya. En estas playas,
Tan célebres un dia, el rapaz fiero
Riese al contemplar de torres altas,
De suntuosos palacios las cenizas,
A que las redugeron torpes llamas
De su adultera tèa. Allá á lo lejos,
Fabricas ve sobervias, ve murallas,
Que sobre un golfo erguidas, parecía,
Que entre sus ondas moviles vogaban.
Vencia es la que ve, del mundo asombro,

Cuyo destino al ver Neptuno pasma,
Y que á las vagas ondas encerrando
Con su seno esposadas, fiera manda.

Desciende á descansar, y alto Amor hace,
De la fertil Sicilia en las aysladas
Fructíferas campiñas, donde un tiempo
A Virgilio y Teócrito inspiraba;
Y dó tambien se cuenta, que allá un dia,
De su poder la fuerza, arrebatara
Del amoroso Alfeo los raudales
Por ocultos caminos. Se levanta:
Y las orillas plácidas dexando
Del amable Arethusa, velóz pasa
En campos de Provenza hácia Voclusa,
Mas dulce asilo aún y suave estancia,
Donde en sus bellos dias, sus amores
Suspirara, y sus versos el Petrarca.
Las paredes de Anet ve remontarse
Del Euro á las riveras, cuya magna
Elegante estructura trazó él mismo.
Y dó por diestras manos aun gravadas,
Visibles hasta el dia se conservan,
Las amorosas cifras de Diana. (1)
Las Gracias, al pasar, y los Placeres,
Sobre su tumba, flores, que brotaran
Baxo sus lindas huellas, derramaron.

Termina ya el Amor su veloz marcha,

Y á Ivri llega, por fin; dó á partir pronto
Para empresas mayores el Monarca,
Aun en medio del ocio, activo y bravo,
Util y dulcemente conciliaba,
La laboriosa imagen de la guerra,
Con los regios solaces de la caza,
Y en tan marcial recreo, algun instante
Su trueno reposar en paz dexaba.
Mil jovenes guerreros, á su lado,
Y al traves de los campos, acosaban
Diestramente los huespedes del bosque.
Una alegria bárbara é inhumana
Siente á su vista Amor: aguza flechas;
Sus cadenas apresta; lazos arma;
Y los ayres agita y alborota,
Que á propósito él mismo serenara.
Habla: y súbitamente vense armados
Los elementos todos. De la plaga
Mas remota del mundo, hasta la opuesta,
La tempestad llamando, su voz manda
Que cogreguen los vientos mil nublados;
Que desprendan al pronto, de las aguas
Los torrentes suspensos en el ayre;
Y que sobre aquel suelo al punto traygan
Con la noche relámpagos y rayos.

A sus ordenes fieles é irritadas
Del Aquilon las furias, en los Cielos

Despliegan anublados, fieras alas.
La mas horrible noche, á un dia hermoso
Suceder se ve yá. Gime, se espanta,
Y la Naturaleza á Amor conoce.
De aquella vasta, y húmeda campaña
Por entre cenagosos y hondos sulcos,
Un pie incierto, Borbon, encaminaba
Sin guia y sin escolta. Amor, entonces,
De su antorcha excitando la cruél llama,
Hace delante dél ir alumbrando
Este nuevo prodigio. En la intrincada
Umbría de las selvas, de los suyos
Abandonado el Rey, tras la luz marcha
De aquel astro enemigo, que entre sombras
Brillando de la noche, le guiadaba.
Qual se vieran, á veces, los viageros
Ir, errantes, siguiendo en sus jornadas
Varios ardientes fuegos, que la tierra
De sus senos reconditos exâla,
Pasageros vapores, cuyas luces
Maléficas los llevan, deslumbrada
La vista, al precipicio, hasta el momento,
En que ellas le iluminan, y él los traga.
Hacía poco tiempo, que fortuna,
De una ilustre mortal la bella planta
A estos lúgubres climas condujera.
De una tranquila Quinta solitaria

En el fondo apacible, allá bien lejos
Del horroroso estruendo de las armas,
Esperaba la jóven á su padre,
Que á sus Príncipes fiel, y honrosas canas
De la guerra adquiriendo entre los riesgos,
Nunca del Gran Henrique abandonara
Los gloriosos y regios estandartes.
Era de Estrée su nombre. Mano franca (2)
De la naturaleza, sin medida,
De sus amables dones la colmara.
No con tanto esplendor, á las riberas
Del Eurotas, un dia, rutilaba
La criminal belleza, que á su esposo
Meneláo, la fe, torpe violara.
Ménos por cierto hermosa é interesante,
Ostentar viera Társis en sus playas,
La suprema beldad, que del Romano
Al formidable dueño esclavizara,
Quando mortales razas de habitantes,
Que allá á orillas del Cidano moraban,
Por la Diosa acatandola de Chipre,
En su culto incensarios manejaran.
Ella en la edad rayaba..... ¡ Edad terrible !
Que hace de las pasiones mas tirananas
Inevitable y grato el dulce yugo.
Su corazon naciera, y se formaba
Para el amor mas fino : pero votos,

Aún, fiero y generoso, no aceptara
De algun ansioso amante; parecida
A la mimosa rosa, en la mañana
De su fresca apacible primavera,
Que su natal belleza, al nacer guarda;
Y en sus primeros dias, recatando
De los vientos de amor á las oleadas,
Los preciosos tesoros de su seno,
Abrélos á su tiempo, y los regala
Solo á los rayos dulces y suaves,
De un dia de serena y pura calma.

Entre tanto, el Amor, que á sorprenderla,
Baxo un supuesto nombre se aprestara,
Cerca de ella de súbito aparece
Sin su antorcha, sus flechas, y su aljava.
La voz de un simple niño y la figura
Toma, y esto le cuenta. « En las cercanas
» Riberas dexó verse ese famoso
» Vencedor de Mayena, que se avanza
» Hácia aquestos lugares; » y al decirlo,
Allá en su corazon un ansia estraña,
Un deseo ignorado introducía
De agradar á aquel Héroe, y animada
Vióse de nuevas gracias su tez bella.
Aplaudíase Amor, al contemplarla
Hermosa tanto entonces, y ayudado
Del tropel de atractivos, que la agracian,

¿Que no debió esperar? él, de Estrée, lleva
Al encuentro del Rey, la linda planta.
El arte, con que él mismo, simplemente
Su trage y sus adornos preparára,
A seducidos ojos, parecían
De la naturaleza propia gala.
De sus blondos cabellos oro fino,
Que del viento, á merced, en él flotaba;
Ora, revoleando, los nacientes
Tesoros va á cubrir de su garganta,
Ora, expone á los ojos sus encantos,
Sus inefables y picantes gracias;
Que aun mas preciosas hacen su modestia:
No aquella austeridad feroz y opaca,
Que á la misma beldad, que al amor mismo
De sí lejos arredra, y los espanta,
Sino el pudor, que dulce, que inocente,
Que aniñado, colora, enciende, esmalta
De un divino sonrrojo los semblantes;
Que inspirando respeto, aviva é inflama
Mucho mas el deseo, y los placeres
Del que puede vencerlo, mas exâlta.
Aun hace mas Amor, á quien milagro
No es imposible alguno; pues encanta
Por invisible hechizo estos lugares.
Mirtos entrelazados por sus ramas,
Que sumisa la tierra, en un momento

Abortó

Abortó de sus pródigas entrañas,
Sobre el suelo estendían del contorno,
Verde frondosidad embovedada.
Baxo su fatal sombra, incautamente,
Qualquier mortal apenas su pie estampa,
Quando por mil secretos blandos lazos
Siéntese detener. Allí le agrada,
Estarse allí le place. Allí se turba:
Salir de allí no puede. Un onda clara,
Baxo estas sombras plácidas huyendo,
Embelesa la vista, y la arrebata.
Los dichosos amantes, embargados
De una embriaguez allí tan dulce y cara,
De todo su deber un pleno olvido
A vasos llenos beben y sin tasa.
En todo aquel recinto delicioso,
Triunfa y reyna el Amor. En él alcanza,
Y un poder probar hace irresistible.
Todo parece allí que el Amor cambia,
Y todo corazon allí suspira.
Todos embeleñados allí se hallan,
Del encanto, que inspiran y resuellan.
Todo allí de Amor habla. Amores cantan,
Y aves gorgean mil, y mil redoblan
Por los aménos campos y enrramadas,
Sus ósculos, sus trinos, y caricias.
El segador activo, que se avanza

A la aurora, y cantando, á segar corre
La que espiga le ofrece yá dorada,
La estacion ardosa del Estio,
Qual travado en su marcha, allí se embarga;
Allí se inquieta todo; allí se agita;
Y de ayes puebla mil aquellas auras.
Su corazon se admira, se sorprende
De tan nuevos deseos. Él, su estancia
Embevecido, fixa, y encantado
En tan bello retiro, y empezada
Dexa su mies preciosa. El que apacienta
Cabe dél, hato rico, la zagala
Olvidando, y temblandole la mano,
Ya de ella, sin sentir, se le resbalan
Los bolillos al suelo. De este hechizo
A poderío tal, á fuerza tanta,
¿ Que hacer pudo De Estrée, quando atraída
De un invencible encanto es la cuytada?
Ella que combatir tenía, á un tiempo,
En ocasion y en horas tan menguadas,
Su edad, su corazon, su amor, y un héroe.

De Henrique, por un tiempo, la gran alma,
La inmortal valentia, allá en secreto
Su inaccion reprobando, le llamarán
De su glorioso campo á las banderas:
Pero mano invisible le ligaba
A su pesar allí. Apoyo, en vano,

En su primer virtud BORBON buscara.
Su virtud le abandona ; y su alma absorta ;
No conoce , no ve , no escucha , no ama
Mas deber , que su Estrée , mas gloria y dicha.
De HENRIQUE , en este tiempo , la morada
Sus Xefes ignorando , de él distantes ,
¡ Con que afan por su REY se preguntaban
Los unos á los otros ! ¡ que confusos ,
Quan sin animo y mustios todos andan !
Por sus dias solicitos y ansiosos,
Agitabanse todos y temblaban :
Creer , empero , alguno no pudiera ;
Que en tan fatal ausencia , sin infamia
Temblar tambien debiese por su gloria.
En valde por dó quier se le buscaba ;
Y sus bravos guerreros, desmayados ,
No llevandole al frente , que quedaran
Parecía dispersos y vencidos.
Pero el Genio feliz , que de la Francia
Preside á los destinos , tiempo largo
Ausencia no sufrió tan arriesgada.
A la voz de LUIS baxa del Cielo ;
Y con vuelo veloz , sobre sus alas ,
De su hijo al socorro parte al punto.
Luego que , descendiendo , el pie descansa
Sobre nuestro Emisferio , por que pueda
Con un Sabio encontrarse , atenta ojeada

Por la tierra tendió ; mas sin buscarle
En aquellas mansiones veneradas ,
Que al estudio los hombres , al silencio ,
Y al penitente ayuno consagraran ,
A encontrarle en Ivri rápido vuela.
Entre aquella licencia relaxada ,
Donde de los soldados victoriosos ,
La arrogante insolencia se desata ,
Fixa el Angel feliz de los franceses
Su vuelo celestial. Allí se para ;
Y en medio de los fieros estandartes ,
De los que de Calvino hijos se llaman ,
Se dirige á Morné , por enseñarnos ,
Que la sola razon , mil veces basta
A conducirnos bien : de la manera ,
Que , entre paganas gentes , ya guiara
A los Marcos Aurelios y Platones ,
Verguenza y confusion de las christianas.
Morné , prudente amigo , nada ménos
Que filósofo austero , no ignorara
El arte tan discreto como raro
De agradar reprehendiendo. El enseñaba
Mas que con el discurso con su exemplo.
Las virtudes mas sólidas , del alma
De Morné , los amores fueran todos.
Avido de trabajos , sin mas ansias ,
Y á los blandos placeres insensible ,

Al borde, con pie firme, caminaba
Del mayor precipicio. Nunca el tono
De la Corte, ni su aura envenenada,
La pura austéridad de su constante
Corazon, corrompiera ni alterara.
Así ¡ bello Arethusa ! de Amphitrite,
A tu inviolado tránsito, pasmada,
Hasta el seno feroz y borrascoso,
Rodar hacen tus ondas dulces aguas,
Limpios cristales claros, á que nunca,
De los piélagos vicia, ni contagia
La salóbre amargura, por dó corren.
Generoso Morné, cuyas pisadas
La Prudencia dirige, á su par vuela
En alas del afecto á la morada,
En que la femenil dulçe molicie,
En sus brazos prendiendo, esclavizaba
Al vencedor terrible de los hombres,
Y con él los destinos de la Patria:
Multiplicando Amor sus tiernos triunfos,
Sus dichas, cada instante, acrecentaba,
Por desmenguar mas bien sus altas glorias.
Los deleytes, que rapida duranza
Suelen solo lograr, embelesando
Sus momentos, sus dias renovaban.
Cólerico el Amor, en medio de ellos,
La severa Prudencia, colocada

Del virtuoso Morné descubre al lado.
Transportase furioso ; y en venganza ,
Contra el sabio guerrero una saeta
Lanzar quiere cruél , con que pensaba
Hechizar sus sentidos , y creía
Herir su corazon : pero se engaña.
Su cólera , Morné y agudas flechas ,
Sus encantos , Morné , menospreciaba.
Impotentes sus puntas , se rompían
En su armadura todas , ó embotaban.
Con circunspecto acuerdo , que á sus ojos
Se le ofreciese el Rey , modesto aguarda ;
Y entre tanto , con vista y ceño ayrado ,
Aquel hermoso sitio contemplaba.

Del sombrío jardin allá en el fondo ,
Y á orillas de un raudal de limpias aguas ,
Baxo un mirto amoroso , del misterio
Verde y ameno asilo , prodigaba
A su amante la Estrée sus gracias todas.
Unido el uno al otro , qual pegada
Suele al laurel la hiedra , entre los brazos
De su Estrée , nuestro Henrique se abrasaba ;
De amor desfallecía. De los tiernos
Suavísimos coloquios , que alternaban ,
Nada , en tales momentos , capaz fuera
De alterar el hechizo. Se llenaran
De lágrimas sus ojos y desmayo ,

De aquellas dulces lágrimas, que labran
La gloria y el placer de los amantes.
Ellos allí sentían, y gustaban
Aquella embriaguez, aquel arrobo,
Aquel muelle transporte y furia mansa,
Que solo un amor tierno gustar hace,
Y que explicar tambien él solo alcanza.
Juguetones placeres y festivos,
Amores mil de un indole aniñada,
De su dulce reposo allá en el seno,
Aquel fuerte GUERRERO desarmaran.
Aquí, el uno, agarraba y rebolvía
Aun teñida de sangre su coraza.
Al HÉROE manoseando y desciñiendo
Otro, allí, la terrible cimitarra,
Se reía á placer, y entre sus manos
Débiles é infantiles, jugueteaba
Con el hierro, que apoyo era del trono,
Y á los hombres horror y espanto causa.

La Discordia, á lo lejos, acechando
Sus humanas flaquezas, le insultaba;
Y el afecto cruél de su contento,
Exprimía con pérfidas risadas.
Su actividad aleve, no prodiga
Tan críticos momentos. Sin tardanza,
Las sierpes de la Liga á irritar corre;
Y mientras que á los brazos se entregara

Del reposo Borbon, del bando opuesto
Las infernales furias despertaba.

Por fin en los jardines, dó yacía
Su virtud en el ocio aletargada,
Parecer ve Morné. Vele, y se afrenta.
Uno de otro, en secreto, recelaba
La presencia al igual. Se acerca el sabio,
Y un sombrío silencio grave guarda;
Mas su silencio mismo, el mirar triste
De su abatida vista ¡ Quanto daban
Que entender á Borbon! Sobre aquel rostro
Humilmente severo, en que reynaba
La dura pesadumbre, su flaqueza
Facilmente y rubor Borbon repara.
Odia Amor sus sorpresas. Raras veces,
Suele amarse al testigo de sus faltas.
De Morné, qualquier otro, los cuidados
No hubiera agradecido, á mal llevara (I)
« ¡ Caro amigo! el Rey dice, mis enojos
» Temer no debes, no. Quien me señala,
» Quien mi deber me advierte, de agradarme
» Seguro puede estar. Ven : llega. Aun se halla
» Digno de tí tu Rey, y su alma dócil.
» No mas, no mas, Morné; te he visto, y basta.
» Tú me has vuelto á mí mismo ¡ caro amigo!
» Ya la virtud antigua, que robara
» De mi pecho el amor, á cobrar vuelvo.

» De esta inaccion tan torpe y desayrada
» Los males evitemos. De este estado
» La afrenta huyamos ya, la torpe infamia.
» De este lugar huyamos tan funesto,
» Donde mi corazon aun quiere, aun ama,
» Aun pide, amotinado, el dulce grillo,
» Con que el Amor en él le aprisionaba.
» De hoy mas, de mi pasion la fiera fuga,
» Mi victoria será mas noble y cara.
» En los brazos partamos de la gloria,
» A retar del Amor las asechanzas.
» De la guerra, al momento, los terrores,
» Las rápidas sorpresas, las alarmas
» Hácia Paris, intrépidos, llevando,
» Lave ya de mi error obscuras manchas,
» En la española sangre nuestro acero. »
De un valor generoso, á estas palabras,
A su dueño, Morné, ya reconoce;
Y de alborozo lleno, « Él mismo, exclama,
» Él mismo sois, Henrique, que hoy mis ojos
» Tornan de nuevo á ver ¡ Vos, de la Francia
» Augusto defensor ! ¡ Vos, de vos mismo
» El vencedor ilustre, y el monarca
» De vuestro corazon ! Las glorias vuestras,
» Con nuevo brillo, Amor, hoy dia esmalta.
» Feliz hombre es aquel, que Amor ignora.

» Y héroe mas raro aquel, que le avasalla. »
Dixo : y de tales sitios á alexarse
Ya se apresura el Rey ¡ Que pena amarga !
¡ Quanto dolor ! ¡ o Cielo ! ha enternecido
Aquel último adios ! Absorta el alma
De tan gracioso objeto y tan amáble,
De quien huyendo va, y aun adoraba,
Condenando sus lágrimas, á un tiempo
Sin libertad Henrique las derrama.
Del Amor á una parte arrebatado,
De Morné conducido á la contraria,
Ya se alexa, ya torna, ya en fin parte,
Parte desesperado. Desmayada
Cae al punto, De Estrée, sin movimieto,
Sin color y sin vida. Súbitànea
Negra y fúnebre sombra, á eclipsar llega
De sus hermosos ojos la luz clara.
Amor, que lo percibe, se estremece,
Y á los ayres, furioso, un grito lanza.
Recelaba el aleve, y se afligia,
De que una noche eterna, le robara
Vna ninfa, á su imperio, tan hermosa;
Y el dulce hechizo aquel, aquella llama
De unos hermosos ojos, que debian
En la Francia encender hogueras tantas,
Para siempre apagase inexôrable.
El la toma en sus brazos : él la halaga :

El la fomenta; y presto á su voz dulce,
Vuelvense de la amante desolada
Los parpados á abrir amortiguados.
A su querido nombra veces varias;
Por él pregunta á Amor, dó quiere le buscan
Solicitos sus ojos; y se apagan,
Se cierran al no hallarle. Cerca de ella,
El Amor en mil lágrimas se baña.
Del dia á la luz bella, que aborrece,
Tiernamente una vez y otra la llama.
Con esperanzas mil consoladoras,
Sagazmente procura confortarla,
Y á males, de que solo el autor era,
Alivios y consuelos aplicaba.

Morné, siempre inflexîble, siempre austéro,
A su Señor, en tanto, que notara
Demasiado sensible, sostenía.
La virtud y la fuerza, les mostraban
Del honor los caminos. Con laureles
En las manos, la gloria les guiaba;
Y el indignado Amor, como vencido
Por el justo deber, de Anet escapa
A esconder, de allí lejos, con su pena,
Su furor, su verguenza, y su desgracia.

FIN DEL CANTO NONO.

CANTO DECIMO.

ARGUMENTO.

Vuelve el Rey á su exército. Renuevase el sitio. Combate singular del Vizconde de Turena y el caballero de Omala. Hambre horrible, que consume la ciudad. El Rey alimenta á los mismos sitiados. El cielo recompensa, por fin, sus virtudes. La Verdad viene á iluminarle. Paris le abre sus puertas, y acabase la guerra.

Tan peligrosas horas prodigadas
En la afeminacion y la pereza,
Su flaca situacion á los vencidos
Hicieran olvidar. Ya el de Mayena,
Preparadose había, á punto estaba
De otra lid arrostrar, otras empresas,
Y de esperanzas nuevas embriagado,
Era el pueblo infeliz víctima de ellas.
Mas nada al impaciente Henrique embarga;
Que á poner alta cima se acelera
De su infiel capital á la conquista.
Y Paris espantado, con sorpresa,
Del campo de Borbon, que se acercaba;

Flotantes á ver vuelve las banderas.
Al pie de sus murallas nuevamente,
El HÉROE formidable se presenta;
Murallas, dó su rayo aun humo exâla,
Murallas, que en cenizas no pudiera
Resolverse á dexar, en aquel dia,
En que de la feliz Nacion Francesa
El Angel tutelar, aparecido,
Su indignacion calmando, suspendiera
De su triunfante brazo los rigores.
Todo el campo, del REY á la presencia,
De gritos de alegria puebla el viento,
Y hácia Paris mirando, qual su presa,
Ya con avidos ojos le devora.
Los de la Liga, en tanto, que consterna
El mas justo terror, en torno todos
Del prudente Mayena á unirse vuelan,
Allí el audaz Omala la palabra
El primero tomando, con fiereza
De todo acuerdo tímido enemiga,
Del General Consejo á la Asamblea,
Este lenguage impavido dirige.
« Hasta el dia, á escondernos con verguenza
» Aprendido no hubimos. A nosotros
» Ese enemigo viene. Que allá afuera
» A encontrarle marchemos, nos importa.
» Allá es dó llevar nos interesa

» Un dichoso furor. De los Franceses
» El impetu conozco en las refriegas.
» Su arremetiente ardor, la obscura sombra
» De los muros entibia, y es á medias
» Vencido ya el frances, que es atacado.
» La desesperacion, veces diversas,
» Victorias consiguió. Todo lo espero
» Del activo vigor de nuestra fuerza,
» Y nada de la inerte de esos muros.
» ¡ Héroes que me escuchais, almas guerreras !
» A los campos volad del fiero Marte.
» ¡ Pueblos que me seguis en su carrera !
» Vuestros Xefes seran vuestras murallas. »

Y calló; mas de audacia tan extrema,
Claramente indicando los Ligados,
Acusar en silencio la imprudencia,
De rubor encendido, lée con rabia
En sus confusos ojos la respuesta,
Que á su arenga el temor dictado babía.
« Hé bien, Franceses, dice, pues mis huellas
» A seguir no se atreven vuestros pechos,
» Sobrevivir no quiero á tal afrenta.
» Vos temeis los peligros; mas yo solo
» A provocarlos salgo. De mi aprendan
» A vencer vuestros animos, ó al ménos,
» A morir con honor en la palestra. »

Pronto una puerta abrir de Paris hace;

Y del inmenso pueblo que le cerca
Arredrando la escolta, al campo avanza.
Qual de duelos ministro, á la pelea
En su marcha un heraldo le prcede,
Que del Rey penetrando hasta las tiendas,
En alta y hostil voz, así pregona.
« Qualquiera que la gloria en algo aprecia,
» En singular batalla, salga al punto
» Al campo del honor; al punto venga
» El lauro á disputar de la victoria.
» Aquí el De Omala os llama, y aquí os reta.
» Pareced Caballeros enemigos. »
De tan osado bando á la voz fiera,
Cada Xefe, á porfía, apsira ardiente,
De su zelo impelido, nuevas pruebas
Contra De Omala á dar de sus esfuerzos.
Tan ilustre eleccion, tal preferencia,
Todos cerca del Rey con ansia intrigan.
Todos de su valor tan bella prenda,
Tenían de antemano bien ganada;
Mas de todos, al fin, en competencia,
Ventaja tan preciosa, blason tanto,
Se arrebata el intrépido Turena.
En sus manos, el Rey, el nombre todo,
La gloria de la Francia dexa puesta.
« Vé Turena, le dice, presto corre
» A abatir de un sobervio la insolencia.

» Por tu Patria, este dia, por tí mismo;
» Y aun tiempo, por tu PRINCIPE pelea.
» Sus armas á este efecto del recibe. »
Y su espada, al decirceselo, le entrega.
» No, sin duda, gran REY, así responde,
» Su rodilla abrazando, el noble atleta,
» Jamas vuestra esperanza saldrá vana.
» Este acero, Señor, por mí lo atesta.
» Yo lo juro por vos. » Dixo; en sus brazos,
Al punto de partir, el REY le estrecha,
Y hacia el puesto se arroja velozmente,
Donde De Omala ya, con impaciencia,
Que un campéon pareciesé ufano aguarda.
Del pueblo de Paris la turba inmensa
Sus muros coronaba. Los soldados
De BORBON, cerca dél, el duelo observan.
Sobre el uno y el otro combatiente,
Todos sus ojos fixan en la escena;
Y cada qual de entrambos, en el uno,
Viendo á su defensor, corage intenta
Con su gesto inspirarle y con sus gritos.

Sobre Paris, entonces, verse dexa
Una nube pendiente, que en su seno,
Conducir parecía entre la recia
Tempestad, el relámpago y el rayo.
Sus fogosas entrañas rubinegras
Allí ál golpe estallando fuera arrojan

De

De monstruos del infierno una caterva:
El Fanatismo horrible, la Discordia
Sanguinaria, feroz, y turbulenta,
De falso corazon, y vista zayna
La Política umbría, y de la guerra
Respirando el Malgenio sus furores,
De sangre finalmente, que bebieran,
Embeódados Dioses, Dioses dignos
De los Ligados, caen, y se sientan
De la Ciudad rebelde sobre el muro.
Por Omala á luchar todos se aprestan;
Quando allí sobre el campo, á un mismo tiempo,
De los Cielos la bóveda entreabierta,
En la region del ayre, sobre un trono,
Descender se ve un Angel, con diadema
De rayos mil ceñido, que flotando,
Y entre llamas hendiendo su carrera,
Sobre fúlgidas alas, tras sí lejos,
De sulcos de la luz, que le rodea,
El Occidente dexa iluminado.
En una mano, sacra oliva lleva,
De la paz siempre amable y suspirada
Consolador presagio. En otra, ostenta,
Y de un Dios vengador hace que brille
Aquel horrible acero, que blandiera
Del exterminador la fiera mano,
Quando á la indignacion de Dios tremenda;

Plugó un tiempo librar á voraz muerte,
De una indomita raza altiva y necia,
Los hijos primogenitos. De espada
Tan terrible al aspecto, se consternan
Los infernales monstruos, desarmados,
Atónitos y estúpidos se quedan.
El terror en cadenas los envuelve;
Y un poder invencible, las saetas
De su inflexible tropa abate todas.
Al modo, que otra vez, caer hiciera
En sangre humana tintas, de sus aras,
Aquel fiero Dagon, Deydad horrenda
Del fuerte Filisteo; quando un dia,
Del Gran Dios de los Dioses, ya traspuesta,
En su Templo, á sus ojos espantados,
Del Testamento el Arca se expusiera.
El Exército, el Rey, Paris entero,
El Cielo y el Infierno, á fixar llegan
En combate tan célebre sus ojos.
Al punto ambos guerreros en ley entran
De la terrible lid á la estacada;
Y del campo de honor ya la barrera
Abre á la usanza el Rey. El peso enorme
De la adarga, sus brazos no molesta,
Ni sus pechos intrépidos ocultan,
De una intrincada malla cotas recias,
Duros bustos de acero, que ornamento

De antiguos caballeros ser solicita;
Refulgente á la vista, y á los golpes
Impenetrable á un tiempo. Ellos desprecian
Arreos, que pesada mas harian
Y ménos peligrosa la palestra.
Era su arma una espada. No les cubre
Otra defensa mas; y toda expuesta
Al riesgo la persona, el uno al otro
Mutuamente avanzandose se acerca.
« ¡ Gran Dios, Turena exclama, Arbitro eterno
» De mi Principe! baxa, y su querella,
» Su causa juzga ya. Por él combate,
» Y peléé conmigo tu alta diestra,
» ¿ Que importará el valor, que de tu brazo
» La proteccion divina no sostenga?
» Es bien poco, Señor, lo que este dia,
» Confiado en tí solo el de Turena,
» Espera de sí mismo; pero todo
» Del poder de tu mano justiciera. »
« Yo, responde De Omala, yo lo espero
» Unicamente todo, de la fuerza
» De mi propio valor y de este brazo.
» De las luchas la suerte fausta ó adversa,
» De nosotros depende solamente.
» A la Deidad suprema, en vano apéla,
» En vano el hombre tímido la implora.
» Tranquila allá en el Cielo, acá nos dexa

» Solo á nosotros mismos entregados
» El partido mas justo, en las contiendas
» De poder á poder entre los hombres,
» Es el del que triunfante sale de ellas.
» El esfuerzo, Turena, el valor solo,
» El Arbitro y el Dios son de la guerra.
Dixo: y con una ojeada, que de furia
Y altanera arrogancia centellea,
De su rival insulta la confianza,
No ménos grave y digna, que modesta.
Ya resuena el clarin. Yá velozmente
Parten los dos campéones á su seña.
Ya á arremeterse llegan, y los riesgos
Del combate, por fin, ambos comienzan.
Todo quanto pudieran hasta entonces
El brio y el valor, con la firmeza,
El ardíd y constancia combinados,
De ambas partes campaba en tal pelea.
Si cien golpes se tiran, cien se paran,
Y se cubren con rápida presteza.
Tan pronto, con furor, el uno de ellos
Veloz se precipita, y con la mesma
Rapidez, el contrario quita el golpe.
Tan pronto, aproximandose, que llegan
A abrazarse parece. Su peligro,
Que renace inminente, y se acrecienta
Cada instante, un placer presta horroroso.

Gusto daba el mirar como se observan;
Como los dos se temen mutuamente:
Como se avanzan ambos, y repliegan:
Como entrambos se miden, y se aguardan:
El centellante acero, con destreza
Desviado, la vista ilude y turba
Con fintas, que aquí encaran, y allí asestan.
Tal se mira del sol la luz fulgente,
Que sus rayos de fuego dobla y quiebra
En el onda diafána, en que rotos,
Y mas y mas dispersos por mil sendas
Del paso en que refringen, á los ayres,
De donde ya partieran, dan la vuelta
Desde el móbil cristal. Sobresaltada
La espectadora turba, y sin que pueda
Comprender lo que ve, perplexa toda,
Por momentos su triunfo ó ruina espera.
Es el jóven Omala mas ardiente,
Fuerte mas y furioso. No es Turena
Tan impetuoso, no; pero mas diestro,
Dueño de sus sentidos, no le obceca
La cólera jamas; solo le anima,
Y á placer su rival cansa y molesta.
En mil vanos esfuerzos empeñado
Del de Omala el vigor, exâusto queda;
Y bien presto su brazo, inutilmente
Quebrantado y rendido, ya no presta

Servicio á su valor. Notando, entonces
Turena, que lo mira, su flaqueza,
Se reanima, le acosa, le comprime,
Le persigue, y al fin, hiere y penetra
De una mortal herida su costado.
Tendido ya De Omala, se revuelca
Entre olas de su sangre. Del Infierno
Todos aquellos monstruos, braman, tiemblan;
Y estos acentos lúgubres se oieron
En los ayres sonar: « Cayó por tierra
» El trono de la Liga para siempre.
» Has vencido Borbon. Nuestra potencia,
» Nuestro Reyno pasó. » A estos acentos
Su lamentable grito el pueblo mezcla.
Exânime De Omala, ya postrado
Sin aliento y vigor sobre la arena,
Que aun su rival retaba parecía;
Pero ¡ o vano furor ! Ya se le suelta
El formidable acero de la mano;
Y aun todavía, bravo, á hablar se esfuerza;
Mas su voz entre el labio opresa espira.
De verse así vencido la verguenza,
Dabale con horror mas fiero aspecto.
Quiere alzarse: recae. Entreabre apenas
Un ojo moribundo: á Paris mira,
Y suspirando muere. Tú le vieras,
Desgraciado Mayena, agonizando;

Tú le viste, y temblaste ¡ audaz Mayena !
Y en momento tan mísero y horrible,
La imágen funestísima ya cerca
Presentose á tu espíritu turbado,
De tu infalible perdida completa.
De Paris entre tanto, hácia los muros,
El cadáver De Omala, á marcha lenta
Taciturnos soldados devolvían.
Tan funerária pompa y lástimera,
Por medio de un gran pueblo consternado
Atónito y confuso, avanza y entra.
Temblando, cada qual, mira aquel cuerpo
Desfigurado todo: macilenta,
Manchada observa en sangre aquella frente;
Aquella boca advierte medio abierta;
La cabeza hácia un lado descolgada,
Suelta y de polvo sucia la melena;
Ve por fin unos ojos, en que todos
Sus estragos y horror la muerte ostenta.
Ya no corren mas lágrimas. Se embargan
Los públicos lamentos. La vil mengua,
La lástima, el pavor, y abatimiento,
Los sollozos ahogan, y las quejas
Reprimen populares. Todo calla.
Todo ya compungido solo tiembla;
Quando un ruidoso son, de horror colmado,
Sobreviene de súbito, y aumenta

El lúgubre terror de aquel silencio.
Hasta el Cielo lanzandose, se elevan
Del fiero sitiador hórridos gritos.
Caudillos y soldados, se reunieran
Del Rey cerca, pidiendole el asalto;
Mas el augusto Luís, que el Angel era
De la Francia custodio, y de su hijo,
La cólera de Henrique, el ardor templa;
Así suele, mil veces, de Aquilones,
Pendientes en los ayres, la braveza,
Domeñar de los fieros elementos
El invisible Móbil. El barreras
A los mares fixó, donde las olas
A estrellar sus furores siempre vengan.
Él Ciudades abisma, y en ruinas
Las convierte su enojo, y las dispersa.
Del hombre el corazon tiene en su mano.
Henrique, cuyo fuego reprimiera
El compasivo Cielo, los furores
De sus triunfantes huestes encadena.
Sentía al fin, Borbon, quanto aun ingrata,
De su Patria el amor, su pecho afecta.
Quierela redimir. Salvarla quiere
Del rigor de su cólera guerrera.
De sus vasallos propios exêcrado,
De su Pueblo ofendido, sólo anhela
A darles su perdon. Ellos son solos

Los que perderse quieren, quando él piensa
Solamente en ganarles. Por felice
Tendríase, si audacia tan proterva
Solo á fuerza venciendo de bondades,
A aquellos infelices redujera,
Y á pedirle su gracia les forzara.
Arrastrarlos pudiendo entre cadenas,
Benigno y generoso, su bloqueo
A formar se limita; y así dexa
De arrepentirse tiempo á sus delirios.
Creyó, que sin batallas mas, sangrientas,
Sin alarmas, ni asaltos, ni deguellos,
El hambre solamente y la miseria,
Mas fuertes y apremiantes, que sus armas,
Le entregarían yá, sin resistencia,
Y sin desastres mas, ni mas fatigas,
Un exânime pueblo, á la laceria
Del luxo trasladado y la abundancia,
En que nutrido y avezado fuera;
Y que vencido al cabo de sus males,
Y flexíble por fin á la indigencia
En venir no tardase, de rodillas
A implorar sin recurso su clemencia;
Mas ¡ Ay! el falso zelo, que no puede
Ceder en ningun caso, cruél enseña
A aventurarlo todo y resistirlo.

La ignara multitud, la turba necia

De los amotinados, cuya vida,
Perdonar, conservar, piadoso intenta
La vengadora mano, que ultrajaran.
Por flaqueza del PRICIPE interpreta
Su virtud generosa, y mas altiva
Con sus raras piedades, sus proezas,
Su valor olvidando, tan buen Dueño,
Tan benéfico REY aún mas desprecia,
Su ilustre VENCEDOR mas desafía,
Y la ociosa venganza de su ofensa,
Bárbara y obstinada mas insulta,
Como un mísero indicio de impotencia.
Mas quando de las aguas, finalmente,
El curso cautivado ya del Sena,
De transportar cesara á tan gran pueblo
Los copiosos tributos, que le pechan
De ordinario, las mieses abundosas
De su vasta y feraz circunferencia
Y palida y cruél fue en Paris vista
El hambre, que la Muerte le presenta (1)
Marchando de ella en pos, entonces se oyen
Horribles alaridos y querellas.
La sobervia Paris, viose bien pronto
De desgraciados seres toda llena,
Que una trémula mano y deseccada,
A la piedad tender pueden apenas;
Cuya transida voz agonizante,

En vano mendigaba, por dó quiera
El sustento y la vida; quando en medio
De sus mismos tesoros, la opulencia
Despues de esfuerzos mil, en valde todos,
Presto el rigor sufrió del hambre negra.
Pavorosos de allí yá huido habían
Los convites, los juegos y las fiestas,
En que de mirto y rosa coronadas
Por Venus y por Baco las cabezas,
Donde, en medio de gustos y delicias,
Siempre de duracion harto ligera,
Vinos mil perfumados, mil viandas
De las mas decantadas y selectas,
Baxo dorados techos, donde habita
La lúbrica molicie y se recrea,
Del hastiado gusto melindroso,
Irritaban la languida pereza.
Horror y espanto daban las figuras
De tantos voluptuosos, ya desechas,
Lividas y amarillas, que llevando
En sus ojos la muerte, y de riquezas,
Y de un luxo magnífico en el seno,
Acorando, muriendo ya de inedia,
De su fortuna y bienes detestaban
La inutil abundancia. En medio de ella,
Aquí un anciano padre, cuyos dias
A finir iba el hambre, al hijo observa,

Que sin pecho en la cuna gime y muere.
Una familia, allí, perece entera
Entre accesos furiosos de la rabia.
Tendidos, mas allá, yacen por tierra
Y entre el polvo se vuelcan, miserables,
Que en medio de agonías, aun pelean
Por desechos del suelo los mas viles.
Al impulso del hambre impía y fiera,
Ultrajando estos hórridos espectros,
A la humana comun naturaleza,
En la fétida hondura de las tumbas
A buscar su sustento se enderezan.
Los huesos de los muertos espantados,
Qual si trigo el mas limpio y puro fueran,
Por aquellos hambrientos se preparan
Y con ansia devoran. ¿ Que no atentan
Las extremas miserias? Se le ha visto,
Por postrimer recurso, de las mesmas
Cenizas de sus padres sustentarse.
Manjar tan detestable, le acarrea
Anticipada muerte, y su comida,
Ha sido para ellos la postrera.

Los Doctores fanáticos, en tanto,
Que lejos, por su parte, de que en estas
Calamidades públicas sufriesen,
A sus necesidades reduxeran
Todas sus paternales atenciones,

Nadan entre la copia, que reservan (a).
A la sagrada sombra de las aras,
Y del Dios, que así ofenden, la paciencia
Atestando, y corriendo todo el pueblo,
Su constancia animaban y firmeza.
A los unos, á quienes ya los ojos
La muerte á cerrar iba, en recompensa,
Sus liberales manos, del Empiréo
Las puertas les abrian. A otros muestran,
Con proféticos ojos, ya pendientes,
Y del trueno encendidas las centellas
Sobre el Principe herege. En breve espacio,
Por inmensos socorros, que ya llegan,
Salvo á Paris anuncian, y del Cielo
Pronto á caer maná, que les provea.
Atractivos tan huecos ¡ha! tan vanos
Estériles anuncios y promesas,
A aquellos desdichados encantaban,
Faciles de engañar. Por la caterva
De insidiosos Ministros, seducidos,
Y de los Dez-y-seis por la asamblea,
De terror embargados, obedientes,
Y aun mas, quasi contentos, ya se dexan
A sus plantas morir. ¡Harto felices,
En dexar de una vez tal existencia!

De un tropel de extrangeros habitantes,
La rebelde Ciudad llena se viera,

Tigres, que nuestros padres, allá un tiempo
En su seno abrigaran y nutrieran;
Mas crueles, sin duda, que la muerte,
Y mas fieros, que el hambre, y que la guerra.
De estas extrañas gentes, una parte,
De las campiñas bélgicas viniera.
De los montes y rocas escarpadas
De la Helvecia, las otras descendieran;
Bárbaros por oficio, cuya industria
Y unica ocupacion, la guerra hiciera,
Y que su sangre venden al primero,
Que acomoda comprarsela y verterla.
De estos nuevos tiranos advenidos,
Licenciosas cohortes y avarientas,
Los hogares pacíficos violando,
De tropel abatiendole sus puertas,
Mil variadas muertes á sus dueños
Asustados y atónitos presentan;
No por ir á robar tesoro inutil;
Ni ménos, todavía, por que quieran,
Con adultera mano, arrebatarle
A la trémula madre una doncella.
Necesidad voraz del hambre sola,
Es la que sufocada inerte dexa
Qualquier otra pasion en su vil alma.
Su atroz requisicion, solo el fin lleva
De descubrir, dó quiera, algun sustento,

Cuya mas vil porcion y mas pequeña,
Por dichosa conquista se apreciaba.
No hubo horror ni suplicio ni fiereza,
Que para haber los míseros de hallarle,
Su extremado furor no discurriera.
En medio de horror tanto, muger hubo (3)
Muger hubo ¡ ó gran Dios! (¿ que fuerza sea,
Guarde nuestra memoria de un suceso
Tan horroroso, el quadro?) hubo un hembra,
Que de sus manos viera por los propios
Impíos corazones, con violencia
Un residuo arrancar de su sustento.
A perecer tan proxîmo como ella,
Todo el resto, era un hijo, de los bienes,
Que le robara ya fortuna adversa.
Un agudo puñal coge furiosa,
Y qual fuera de sí, parte, y se acerca
Al niño angelical, que sus bracitos
Le tendía famelicos. Su inedia
Su flébil voz, sus mimos á la madre
Mil lágrimas arrancan. Hácia él vuelta
Su horrorizada cara, de cariño
De lastima dolor y rabia llena,
De la rebelde mano, por tres veces,
El hierro parricida se le suelta.
Mas que el hambre, por fin, vence la rabia;
Y con trémula voz, la cruél estrella

De su fecundidad y su himeneo
Maldiciendo, colmando de blasfemias,
« ¡Hijo mio querido y desgraciado! »
Su frenético labio así se espresa;
« ¡Hijo que mis entrañas han traido,
» Quan en vano, á una edad de horror cubierta,
» La vida recibiste! O los tiranos,
« O yá el hambre, á robartela se aprestan.
« ¿Porque has pues de vivir? Para que errante
» Desdichado en Paris, lagrimas puedas
» Derramar sobre el resto de sus ruinas.
« Mucre, sin que mi mal y tu miseria
« Llegues á conocer, Vuelve á tu madre,
» El triste dia y sangre, que te diera.
» Mi desgraciado seno, de sepulcro
» Te servirá, infelice. Paris vea
» Un nuevo crimen. » Dixo: y furibunda,
Con despechado brazo, loca, ciega,
Toda de horror convulsa, en su costado
El puñal parricida enclava fiera.
A cerca del hogar, vertiendo sangre,
A aquel tierno cadáver veloz lleva,
Y su temblona mano, que impelía
Del hambre inexôrable impía fuerza,
Con un ansia voraz, á prepárarle
Tan horrible manjar, se daba priesa.

Quando tambien del hambre allí atraida,

La

La misma desalmada soldadesca
En aquellos hogares delinqüentes,
Otra horrible incursion de nuevo empieza:
De aquellos foragidos el transporte,
Al cruél alborozo se asemeja,
Con que al oso voraz y leon hambriento,
Arrojar se les ve sobre su presa.
Furiosos, y á porfía, el uno al otro
Empujando, á romper corren la puerta:
¡ Que terror ! ¡ que sorpresa ! De un cadáver,
Ensangrentado todo, y puesto en piezas,
Al lado, una muger, que aun su caliente
Sangre chorreando está, se les acerca.
« Si, les dice, si; ¡ monstruos inhumanos !
» Mi hijo es el que veis. Bárbaries vuestras,
» Estas manos mancharon en su sangre.
» De agradable vianda en vuestra mesa.
» El hijo y madre sirvan ¿ Temeriais,
» A la naturaleza tal afrenta
» Mas que yo propia hacer? ¿Que horror, que pasmo,
» A tal aspecto, tigres, os congelan ?
» Para vosotros solos prevenidos
» Estan festines tales. » A estas fieras
Insensatas razones, que su labio
Vierte con saña atróz, clavado dexa
En su pecho un puñal. De horror y miedo
Agitados los monstruos, se dispersan,

Huyendo pavorosos, sin que el rostro
A tan funesto hogar volver se atrevan.
Sobre sí, cada paso, ardiente fuego
Caer del Cielo ayrado todos piensan;
Y el pueblo, del rigor de su destino
Despechado, por fin, manos eleva
A los Cielos, pidiendoles la muerte.

De horror tanto corriendo van las nuevas
Al pavellon del REY, que compasivo,
Su corazon sintió tocado de ellas.
A lastima se mueven sus entrañas;
Y sobre el pueblo infiel lágrimas suelta.
« Tú, ¡ Omnipotente Dios ! exclama HENRIQUE ;
» Tú que leyendo estás, y que sondeas
» Del hombre el corazon, tú que conoces
» Quanto puedo y emprendo, tú no mezclas
» Tú sinduda distingues, de mi causa
» La injusta de la Liga. Mis sinceras,
» Mis inocentes manos muy bien puedo
» Levantar hácia tí. Tú lo penetras,
» Tú lo sabes Señor ; yo ya mis brazos
» A los amotinados les tendiera.
» No me imputes ¡ O Dios ! ni sus desgracias,
» Ni sus crímenes, no. Que allá se avenga
» Mayena, con las víctimas, que impío,
» A su ambicion inmola. O como quiera,
» Impute tanto mal, tanto desastre,

» A la necesidad, la excusa honesta;
» El pretexto comun de los tiranos.
» De mis ilusos pueblos la miseria
» Lleve el Caudillo pérfido hasta el colmo.
» Él solo es su enemigo. Que lo sea.
» Yo debo ser, y soy su amante padre.
» A mí por tanto toca, á mí interesa
» Alimentar mis hijos, y mis pueblos
» Arrancar de las garras carniceras
» De esos voraces lobos, aunque armados
» Contra mí mismo acaso se les vea
» De mis propias bondades y socorros,
» Y mas que por salvarles, mi diadema
» A perder yo llegase. A qualquier costa,
» Que se rediman quiero. No perezca
» Mi amado Pueblo, no. Quiero que viva.
» No me importa á que precio. Yo le vea
» De esas sus plagas libre, que le pierden;
» Y protegerle pérfidas affectan.
» A su pesar salvemosle. Y si acaso,
» Una excesiva lástima me cuesta
» Mi hereditario trono, que á lo ménos,
» Sobre mi tumba un dia léerse pueda.
» El enemigo, Henrique, generoso
» De sus propios vasallos, no desea
» Reynar tanto sobre ellos, como quiere
» Salvarlos de la muerte y la miseria. »

Dice ; y que sin estrépito su tropa
A la hambrienta Ciudad se acerque, ordena ;
Que pláticas se lleven al momento
De paz al Ciudadano, y se le ofrezcan
En lugar de venganzas beneficios.
A tan divina órden, obediencia
Presta pronto el soldado, y al instante,
Mil gentes de Paris los muros llenan.
Allí avanzar se ven á paso lento,
Cuerpos trémulos, lívidos, que apenas
Animados parecen : semejantes
A las sombras, que un tiempo, se fingiera
Hacer aparecer, á su alvedrio,
De los Tartáreos Reynos y cavernas
Los Magos á su voz, quando furiosa,
Del profundo Cocito en su carrera
Los rápidos torrentes deteniendo,
De los errantes manes las catervas
Del infierno evocaba ¡ Que extremadas
De aquellos moribundos la sorpresa,
La confusion no fueron ! ¡ Su enemigo,
Su cruel enemigo, á nutrir llega,
La vida á sustentar al que le injuria !
¡ De division de horrores y de penas
Llenos, por los que el nombre dulce y grato
De amigos y de apoyos falsos llevan,
Solo en sus pretendidos opresores,

Hallan por fin socorros y clemencia !
Rasgo tan singular tan desusado,
Increible á su mente se prensenta.
Delante de ellos ven aquellas picas,
Aquellos fieros dardos y ballestas,
Que de crueldades varias de fortuna
Instrumento hasta entonces solo fueran,
Aquellas lanzas ven, que de la muerte
Las conductoras eran mas fimestas,
Del generoso Henrique obedeciendo
El paternal amor y bondad regia,
En las extremidades de sus puntas,
Que aun en sangre teñidas amedrentan,
La vida transportarles. « ¿ Y son, dicen,
» Y son estos los monstruos, son las fieras,
» Que malignas y horribles nos contaban ?
» ¿ Y es este aquel, que pintan y exâgeran
» Qual tirano terrible á los mortales,
» Enemigo de Dios, y un alma llena
» De rabioso furor ? ¡ Ah ! Del Dios vivo
» La imagen es mas fúlgida y mas bella.
» Un Rey es bienhechor. Es de Monarcas
» El mas cabal modelo de la tierra.
» De sus leyes y mano generosa
» Baxo el prospero auspicio y la tutela,
» Vivir no merecemos. Él triunfante,
» Perdona, y libra, y ama, y hasta premia

» Al mismo que le ofende ¡ Ojala á costa
» De nuestra sangre toda, un dia pueda
» Su soberano imperio cimentarse !
» De la calamidad y muerte horrenda,
» De que padre nos salva, ya harto dignos,
» Los dias, que piadoso nos conserva,
» Consagremosle gratos y obedientes. »
Tal en Paris entonces la voz era
De aquellos ya ablandados corazones.
Tal el comun sufragio y la respuesta.
Mas ¿ quien podrá jamas asegurarse
En la turba de un pueblo novelera ?
Cuya feble amistad en aspavientos
Exâlandose toda, y hablas huecas,
Si tal vez sobre sí, breves instantes,
Contra el órden comun, justa, se eleva,
Siempre recae al fin? Los sacerdotes,
Cuyo fatal influxo y eloqüencia,
Los fuegos, que la Francia devoraban,
Cien veces atizaran y encendieran,
Van á mostrarse en pompa al mustio pueblo,
Y tales invectivas le enderezan.
« ¡Sin valor combatientes, y christianos
» Sin zelo, sin virtud, sin fé sincera!
« ¿De que atractivos baxos y terrenos
» Seduciros dexabais por flaqueza?
» ¿Os haría del mundo un bien caduco,

» Del martirio olvidar Palmas perpetuas?
» Soldados del Dios vivo? Será acaso
» Honra será, decidnos, y accion vuestra,
» Vivir para ultrajarle con infamia,
» Quando por él morir glorioso os fuera?
» ¿ Quando yá de la cumbre de los Cielos,
» La corona ese Dios grato nos muestra?
» No esperemos, católicos, que gracia
» Nos dispense un tirano. A su infiel secta
» Por tal medio asociarnos solicita.
» La intencion de ese pérfido siniestra,
» Por sus favores mismos castiguemos.
» Así la magestad de nuestra Iglesia,
» Así la santidad de nuestras aras,
» De su herético culto salvas sean. »
Del altar los ministros así hablaban;
Así la paz de Christo recomiendan;
Y el fanatico acento de su labio,
Dueño del baxo pueblo, por dó quiera,
Y aun tambien por dó quiera formidable
A las mas altas clases y diademas,
Tanto oprime, sufoca y amortigua
El elevado grito de las proezas
De Borbon, y sus grandes beneficios,
Que no pocos, tornandose á su terca
Furiosa rebeldia, ya en secreto
Se acriminan deber á su clemencia

Aun el vital aliento que respiran.
  De tan odiosos gritos y querellas,
Al traves finalmente se abre paso,
De la tierra remontase, y penetra
De HENRIQUE la virtud hasta el Empireo;
Y el augusto Luís, que atento vela,
De la celeste bóveda en la altura,
Sobre la perseguida rama regia
De los BORBONES, de la que era tronco;
De los tiempos notando que se acerca
El feliz complemento, en que á su hijo,
De los Reyes al Rey yá le pluguiera
Por ultimo adoptar entre los suyos,
Incontinente aparta, al punto alexa
De corason tan docil las alarmas;
Y de lágrimas tiernas, que vertieran,
Bañados, á enjugar sus ojos viene
La sacrosanta Fé. Sus pasos llevan
Del Eterno á los pies, dulce Esperanza,
Y paternal Amor. De luz excelsa
Entre abismos de fuego eterno y puro,
Colocar al Altíssimo pluguiera
Anterior á los tiempos é inmudable;
Su magestuoso trono. Las inmensas
Rutilantes esferas de los Cielos,
De su creador Poder la planta huella;
Y de mil astros varios él peremne

Siempre reglado curso, manifiestan
Su grandeza y su gloria al Universo.
Poder, Saber, y Amor forman su Esencia
Unidos y distintos y sus Santos,
De paz entre dulzuras sempiternas,
En un torrente absortos de delicias,
De su gloria por siempre, y de la mesma
Increada sustancia penetrados
Llenos y poseidos, su suprema
Magestad, á qual mas, todos adoran.
De su querer la voz, ante él esperan
Ardientes Serafines, Semidioses,
A quienes subordina y encomienda
Del Universo entero los destinos.
Él habla: y al momento, de la tierra
A cambiar van volando la faz toda.
Ellos, de un golpe extinguen de esta esfera
Las coronas, los cetros, y las razas,
Que imperaran altivas largas eras;
En tanto que los hombres, vil juguete
Del error é ignorancia, que los cercan,
De consejos eternos del Muyalto,
Acusan la profunda arcana ciencia.
Los agentes son estos invisibles,
Cuya potente mano subalterna,
Con el servil azote hiriendo á Roma,
Del Norte helado al hijo, Italia dexa.

Jerusalen somete al Othomano,
De España al Africano abre la puerta.
Cae al fin todo imperio, y todo pueblo
Arrastra de tiranos las cadenas:
Del Altísimo, empero, la insondable
La justísima y sabia providencia,
No por siempre tolera, que prosperen
De los hombres la audacia y la soberbia.
Favorables tal vez á los mortales,
Se dignan su justicia y su clemencia,
En inocentes manos, de los Reyes
El cetro colocar. Ya se presenta,
El padre y protector de los BORBONES,
Ante la Magestad de Dios eterna;
Y con doliente voz y acatamiento,
Esta eficaz plegaria le endereza.
« ¡Del Universo Padre! si tus ojos,
» A bien tienen, á veces, no desdeñan
» Honrar de una mirada compasiva
» De los Reyes y pueblos las flaquezas,
» Mira al Pueblo frances, rebelde é ingrato
» A su Rey bienhechor. Sí él atropella
» Tus sacrosantas leyes, es tan solo,
» Por que serte leal, erroneo piensa.
» Su zelo es quien le ciega, y quien le arrastra
» De tu ley al desprecio é inobediencia;
» Y Quando mas te falta, es quando, iluso,

» Vengarte y obsequiarte mas intenta.
» Dignate ¡ O Dios ! mirar á ese MONARCA
» Triunfador generoso. Grato observa
» De la guerra ese rayo, ese brillante
» Terror, amor, y exemplo de la tierra.
» ¿ Su corazon, Señor, formado habrías,
» De virtudes tan lleno, con la idea
» De abandonarle solo á astutos lazos
» Del miserable error ? ¿ Y será fuerza,
» Que de tu misma mano omnipotente,
» La obra mas magnífica y perfecta,
» Al Dios á quien adora, un homenage,
» Un incienso culpable é impuro ofrezca ?
» ¡ Ah ! Si del Gran HENRIQUE, que ignorado
» Siempre tu culto fuese permitieras,
» ¿ Por quien el Rey querría de los Reyes,
» Que adoracion condigna se le diera ?
» Ten á bien ilustrar alma, que ha sido
» Para reconocerte tan dispuesta.
» Un hijo insigne en él, que la decore,
» Dignate yá, Señor, dar á tu Iglesia,
» Y á la discorde Francia y perturbada,
» Un Señor, baxo el qual, en paz florezca.
» Restituye á su Príncipe el vasallo,
» Y al vasallo su Príncipe le entrega.
» Todos los corazones, tu justicia
» Adoren en union acorde y recta.

» Y en Paris, todos juntos, sobre un ara
» La misma te consagren pura ofrenda.»
De estos votos de Luís, ya del Eterno
La divina piedad tocar se dexa,
Y una sola palabra de su boca,
Le asegura el suceso por que anhela.
De su tremenda voz al eco excelso,
De la tierra, agitado el exe, tiembla;
Del Cielo las esferas se estremecen,
Y confusa la Liga se consterna.
El Rey, que en solo el Cielo apoyo busca,
A estas señas, conoce, á sentir llega,
Que por él finalmente y por su causa,
Se declara el Muyalto y se interesa.
Súbito la Verdad, por largo tiempo
Esperada de Henrique, y siempre prenda
De los hombres amada, aunque mil veces
Harto desconocida, de la esfera
Desciende de los Cielos, penetrando
Del magnánimo Rey hasta las tiendas.
Velo espeso al principio á los mortales
Su semblante hermosísimo reserva;
Mas de instante en instante, densas sombras,
Que la cubren, cediendo, yá se alexan
De la luz al fulgor, que las entreabre;
Y bien pronto, triunfante, se demuestra
Del Principe á la vista, yá tranquila,

Con un brillo luciendo, cuya fuerza
No desvanece nunca ni deslumbra.

De HENRIQUE el alma grande, que naciera
Para gozarla, ve, conoce, y ama
Por fin su inmortal luz. Su Fé confiesa
La sacra Religion tan sobre el hombre,
Que su razon confunde. Acá en la tierra,
La Iglesia reconoce combatida,
Una siempre en el suelo, y de él extensa
Por el ambito todo. Iglesia libre;
Baxo de un Xefe empero. Donde quiera,
Y en la peremne dicha de los Santos,
De su Dios adorando la grandeza.
El Christo renaciente y viva hostia
De los pecados nuestros, que alimenta
Sus caros escogidos, sobre el ara
Desciende, y á su vista absorta y ciega,
Baxo un pan, que no exîste, un Dios descubre.
Su corazon sumiso, ya se entrega
A tan altos misterios, de que absorto
Y asombrado su espíritu, al fin, queda.

El celestial LUÍS, de HENRIQUE el Padre,
Cuya ilustrada mente, conociera
Llegado yá el momento en, que los votos
De su amor se coronan y completan;
Luís rápidamente enarbolando
La oliva, de la paz sereno emblema,

De la altura desciende del Empireo,
Hácia el HÉROE, que objeto digno fuera
De su místico amor y santo zelo,
Y de guia sirviendole, le lleva
Él mismo de Paris á las murallas.
A su voz retembladas y entreabiertas
Las murallas quedaron, y en el nombre
Del Dios Grande, por quien los Reyes reynan,
Entra en Paris. La Liga, confundida,
Y rindiendo las armas, humil, se echa
De BORBÓN á las plantas, y de afectos
Con abundosas lágrimas las riega.
Los Sacerdotes todos, reprimidos,
Su sedicioso labio por fin sellan.
Los Dez-y-seis confusos y aterrados,
En vano por dó quiera, buscan cuevas,
En que huir á esconderse; y todo el Pueblo,
Trocandose este dia, en que grangea
Salud tanta, se postra, y homenages
A su REY, VENCEDOR y PADRE presta.

Se admiró desde entonces dignamente
Reynado tan dichoso, que así fuera
Empezado harto tarde, y harto presto
Concluido tambien. El Austria tiembla.
Feliz y justamente desarmada
Roma, adopta á BORBON; y Roma empieza
A verse de este amada. La Discordia,

A sumergirse vuelve en noche eterna.
De un Rey, últimamente á quedar viene
Reducido Mayena á la obediencia;
Y sometiendo yá con sus Provincias
Su corazon á un tiempo, al cabo llega
A ser el mas leal y buen vasallo,
Del Monarca mas justo de la tierra.

FIN DEL CANTO X. Y DE LA HENRIADA.

NOTAS

DEL CANTO PRIMERO.

1. Reynaba Valois.) Así es nombrado en el Poema Henrique III de la real rama de Valois.

2. La femenil molicie.) Llegaba esta al estremo de dormir con una mascarilla, preparada de cierta pasta, y con un genero de guantes, que le conservasen la belleza de sus manos.

3. De Epergnon.) Estos jovenes, y otros varios, de los quales, muchos tubieron una desastrada muerte, eran llamados los *queridos ó favoritos* del Rey, cuya amistad para con ellos, y especialmente para con *Quelùs*, y *Maugirón*. Fué notada de la mas torpe mancha.

4. Quando.) Henrique IV. Héroe del Poema, es llamado alternativamente en él, Henrique y, Borbon, de cuya real casa era.

5. Luis.) San Luis, IX del nombre, tronco de los Borbones.

6. Formase.) *Duplessis Mòrnay*. El hombre mas grande y virtuoso del partido protestante, y sabioen su tiempo. Defendió á su Rey con la pluma y con la espada.

NOTAS DEL CANTO II.

1. Ambos Guisas.) Es á saber *Francisco* Duque de Guisa llamado comunmente el *Gran Duque* de Guisa, y su hijo *Henrique*, llamado el *balafré*, Fundador de la Liga con su hermano el Cardenal.

2. La Medicis.) (*Catalina*) de la casa de Florencia muger de Henrique II. y madre tutora de Francisco II. Carlos IX. y Henrique III.

3. Del deleite.) Fué acusada de intrigas amorosas con el *Señor de Chatre*, y con un noble breton llamado, *Moscuet*.

4.

4. Y PARA COLMO.) Creía y usaba la magia, de que han sido testimonios los talismanes, que se le han hallado á su muerte.

5. EN TAN TRISTE.) *Montmorenci*) (*Ana de*) condestable; hombre terco é inflexíble; el mas desgraciado General de su tiempo.

6. FUE ASESINADO.) *Guisa.* El Gran Duque, padre del *balafré*, famoso por la defensa de Metz contra Carlos V.

7. LA VIDA.) *Antonio de Borbon*, padre de HENRIQUE sufría, que los Guisas le recibiesen en su casa sentados y cubiertos, manteniendose él en pie y descubierto. Murió de un arcabuzazo, mandando el sitio de Roan, y defendiendo la causa de sus mismos enemigos y ultrajadores, la Medicis, y los Guisas.

8. BARBARO.) *Montesquieu*, capitan de la guardia del Duque de Anjou.

9. LA DEFENSA.) *Coliñi* (Gaspar de) Almirante de Francia.

10. DE MI INFELICE.) *Juana de Albret*, Reyna de Navarra y Princesa del Bearne, madre de HENRIQUE. La opinion de haber sido emponzoñada, no carecía de fundamento. Mezerai en su grande historia favorece dicha opinion.

11. DIVISA) *Teligni* (*el Conde de*) diez meses antes casado con la hija del Almirante.

12. PERO.) *Besma*, Aleman, criado de la casa de Guisa.

13. NEVERS.) (*Federico de Conzaga*) de la casa de Mantua, Duque de Nevers.) GONDI.) Mariscal de Retz, favorito de Catalina.) TAVANNE.) (*Gaspar de*) page de Francisco I. Corría aquella noche á caballo por las calles gritando. « *Sangre, sangre. La sangria es tan saludable en Agosto como en Mayo.* » Reconvenido por su confesor sobre que de nada se acusaba de aquella mortandad, respondió. « *Que la tenia por « una obra meritoria, y capaz de borrar muchos de » sus pecados.* »

14. RENÉL.) (*Antonio de Clermont* ;) asesinado por su primo Bussi de Amboas.) PARDILLAN. (el Marques de)

15. ALLI.) *Guerchi.* Se defendió largo tiempo en la calle matando algunos asesinos.

16. Y TU.) *Lavardin*) (Marques de)

17. SUBISA.) (*Dupont Quellenec.*) Llamabase Soubisa por estar casado con la heredera de este nombre y casa. Las Damas de la Reyna, con una impudencia y desuello propio de aquellos relaxados tiempos, baxaron à reconocer en la calle el cadáver desnudo de este infeliz, que tenía nota de impotente.) MARSILLAC) Conde de Rochefocaud) favorito de Carlos IX.

18. FIERA) Brantome en sus memorias confiesa sin dificultad este atroz hecho del Rey Carlos IX. Muchos han oido al Mariscal de Tesé, que siendo niño, habia preguntado sobre él mismo hecho á un caballero de mas de cien años, quien le respondiera « *Yo era,* » *señor, el que le cargaba el arcabuz.* »

19. DE CAUMONT) Fué despues este niño el célebre *Mariscal de la Force*, que vivió hasta la edad de mas de ochenta años.

20. LA SEÑA) las ordenes fueron generalmente dadas para la carnicería de aquella noche en todo el Reyno. Revocaronse despues : pero en el intermedio, se exécutaron en muchas partes de él. En otras, fueron salvos y escondidos los protestantes, aun por varios católicos y clerigos. Muchos Gobernadores se resistieron al cumplimiento de tales ordenes. Es digna de trasladarse á la posteridad, la carta, que escribió en esta ocasion al Rey, uno de estos Gobernadores, llamado *Montmorain*.

« *Señor*, le dice, *he recibido una orden de V. M. para* » *hacer morir á todos los protestantes de mi Provincia.* » *Respeto mucho á V. M. para créer, que esta orden no* » *sea supuesta. Y si lo que Dios no quiera, la orden es* » *verdaderamente emanada de V. M. tambien la respeto* » *mucho para haber de obedecerla.* »

NOTAS DEL CANTO III.

1. AL SOBERVIO.) *Joyeusa* (*Ana de*) Duque de Joyeusa mandó la batalla de Coutrás, en que fué muerto.

2. AMENAZAN) Desarmó Guisa los Guardias del Rey, y se los envió. Llamase esta jornada de las *barricadas*.

3. Mayena) (*Duque de*) Mucho tiempo antes zeloso de la reputacion de su hermano mayor el *balafré*. Tenía todas las grandes qualidades de este, aunque menor actividad. Conspiró, segun Mezerai, al asesinato de su hermano.

4. De ese.) *De Omala* (El caballero de) Hermano del Duque de Omala, de la casa de Lorena.

5. Y aun mas.) *Felipe* II. Rey de España hijo de Carlos V. y llamadoel *Demonio del medio dia*, por lo que turbaba la Europa, á cuyo medio dia esta situada la España. Socorría poderosamente la Liga con el designio de hacer caer la corona de Francia en las sienes de la Infanta Clara Eugenia, ó de algun otro Príncipe de su casa, intrigando á el efecto en Paris y Roma.

6. Al de Essex.) (*Roberto de Evreaux*,) Conde de Essex, famoso por la toma de Cadiz contra los Españoles, por los amores de la Reyna Isabel, y por su trágica muerte en 1601.

7. Desde.) *Sixto V*. Hijo de un pobre viñero de Ancona, y frayle francisco.

8. Sus miseros.) Pérdida de la armada de Felipe II. destinada á la conquista de la Inglaterra, en el año de 1588, en que, por una parte, la batió el Almirante Drake, y por otra, la dispersó una tempestad.

NOTAS DEL CANTO IV.

1. El feroz.) *De Saint-paul*, soldado de fortuna, hecho Mariscal por el Duque de Mayena) Nameurs.) *Carlos Emanuel*. Duque de Nameurs, hermano uterino del Duque de Mayena) Chatre) uno de los Mariscales de la Liga llamados *bastardos*, confirmado por Henrique en la dignidad de Mariscal de Francia) Brisac) se arrojó en el partido de la Liga, resentido de que Henrique hubiese dicho, que no era bueno ni por mar ni por tierra. Negoció despues en secreto con Henrique, y recibió de él, en premio, el baston de Mariscal.

2. De joyusa) (*Henrique*) Conde de Boucage, hermano segundo del Duque de Joyeusa, muerto en Coutrás.

3. Dez-y-seis) llamados así, no por razon de su número, que pasaba de quarenta, sino por los diez-y-seis quarteles de Paris, cuyo Gobierno se habian repartido entre sí.

4. Bussi) fué promovido de maestro de esgrima á procurador, y de aquí á Governador de la Bastilla. Se titulaba en la insureccion, *Cran Potestad*.

5. Subito.) *Aquiles de Harléy*. Primer presidente del Parlamento.

6. De Thou) (*Agustin*) segundo del nombre, tio del célebre historiador.) Scarron) Visabuelo del famoso poeta.) Molé.) sinduda (*Eduardo*) consejero del Parlamento.) Bayeul) Miembro del Parlamento.) Potiér) *Nicolas de Novion Blancmenil*) Presidente de bonete. Longueill) Miembro del parlamento, muy jóven, virtuoso, y habil.

7. Al famoso) *La bastilla*, prision destinada para los verdaderos y supuestos reos de Estado.

8. Brisson) Hombre muy sabio, que hacia funciones de primer Presidente, á falta de Harley.) Larcher.) (*Claudio*) consejero de apelaciones.) Tardif.) (*Juan*) Consejero de primera instancia. Los tres fueron ahorcados, siendo de notar, que al último fué á prenderle á su casa *Hamilton*, cura de San Cosme, seguido de otros clerigos, que le servian de alguaciles.

NOTAS DEL CANTO V.

1. Nunca) *Jacobo Clemente*) frayle Dominico, natural de Sorbona cerca de Sens, de edad de veinte y quatro años y medio, recien ordenado de presbitero.

2. La Secta) De los *Entusiastas*, llamados *independientes*, que tubieron la mayor parte en la muerte de Carlos I. de Inglaterra.

3. De tropel) Un solo sacerdote llamado *Sechelles*, quemado en Ginebra por echicero, declaró mil y quinientos de estos pretendidos complices.

4. El prudente.) *Villerois*) Antiguo secretario de Estado de Henrique III.

NOTAS DEL CANTO VI.

1. Levantase.) Él mismo virtuoso *Potiér* de quien se habla en el canto IV.

2. Negra) Es bien sabido, que este castillo de *Vincenes*; era el destino de tantos ilustres prisioneros, como los cardenales Richiliù y Mazerino encerraban en él.

NOTAS DEL CANTO VII.

1. Los Teólogos.) no han decidido por articulo de fé, que el Infierno estubiese en el centro de la Tierra, como lo estaba en la Teólogia Pagana. Algunos le han colocado en el sol, y aquí se le ha puesto en un globo, destinado unicamente á este uso.

2. Cada instante.) Se calcula el número de hombres sobre la Tierra en mas de 950 millones, y el de los Católicos como en unos 50. Si la parte de los electos llega á la veintena de esta suma, ya es mucho: luego hay actualmente en la Tierra por unos 947 millones, y 50,000 condenados á las penas eternas del Infierno. Y renòvandose el género humano quasi todos los veinte años, tomados unos con otros, y los tiempos de mayor poblacion con los de menor, resulta, que sin contar mas que 6,000 años despues de la creaciòn, hay ya 300 veces 947 millones de condenados hasta el dia. Ademas, habiendo sido el Pueblo judáyco 100 veces ménos númeroso, que el católico, queda el número de condenados prodigiosamente aumentado. Este cálculo merecía bien las lágrimas de Henrique.

4. Amboas.) (*Gregorio*) Ministro de Luis XII.

5. Tales.) *Tremoville* (*Gui de la*) llamado el *valiente*, que llevaba el Oriflama.) Clisson) *El Condestable de Clisson.*) De Foix.) *Gaston*) Duque de Nemeurs sobrino de Luis XII. En algunas ediciones se leía

Dunóis.) MONTMORENCI.) sería necessario un volumen, para especificar los servicios hechos por esta casa.

5. EL ILUSTRE.) *Guesclin.*) El Condestable de Guesclein. Salvó la Francia baxo Carlos V. Conquistó la Castilla, poniendo á Henrique de Trastamara sobre el trono de Pedro el *cruél.* Fué Condestable de Francia y de Castilla) BAYARDO.) (*Pedro de Terrail*) llamado *el caballero sin miedo y sin tacha.*

6. DEL BRITANO.) *Juana de Arc* conocida baxo el nombre de la *Doncella de Orleans*; empleada por Dunóis para restablecer los intereses de Carlos VII. y quemada finalmente, por los Ingleses, que debieran haber honrado su valor.

7. EL PRIMERO.) *Luis XIII*, hijo y sucesor de HENRIQUE.

8. EL PRIMERO) *Colbert.* Ministro de Luis XIV. El pueblo, monstruo feroz y ciego, detestaba al gran Colbert hasta el punto de haber querido desenterrar su cadáver, pero la voz de las gentes sensatas, que al fin prevalece, ha hecho para siempre respetable y querida su memoria.

9. DE RODILLAS.) *Corte de Luis XIV.*

10. ¿QUANTOS.) *Las Academias* de las bellas artes, y de las ciencias.

11. MIRO.) *Luis de Borbon*, llamado comunmente el *Gran Condé.*

12. GENEROSO.) *Turena* (Henrique de) Vizconde de Turena. El y Condé, han sido mirados como los mayores capitanes de su tiempo. Ambos lograron grandes victorias, y se han adquirido gloria aun en sus mismas derrotas. Se decía, que el genio del primero era mas propio para un dia de batalla, y el del segundo para toda una campaña. Lo cierto es, que Turena alcanzó ventajas sobre Condé en las batallas de Gian, Estampes, Paris, Arrás, y las Dunas. Sin embargo, aun no se ha osado decidir, qual de los dos era mas grande.

13. A CATINAT.) El célebre y virtuoso Mariscal de *Catinat.*

14. Riendose.) *Vaubán* (El Mariscal de) El Ingeniero mas grande, que vió el mundo.

15. Repara.) *Villars* (El Mariscal de)

16. Que Principe.) El Difunto Monsieur, *Duque de Borgoña*.

17. Sale.) *Luis XV*, en cuyo reynado se compuso este Poema.

18. Con esplendor.) Verdadero retrato de *Felipe de Orleans*, Regente del Reyno.

19. Uno) *Felipe V*. Antes Duque de Anjou, sobre cuya sucesion en el trono de España, ó la del Archiduque *Carlos*, se suscitó la famosa guerra estrangera y civil entre las Provincias de Aragon, que estaban por este, y las de Castilla, que estaban por aquel.

20. De las Discordias.) En el tiempo, en que esto se escribía las dos Casas hermanas de España y Francia parecian desavenidas.

NOTAS DEL CANTO VIII.

1. Aquel) *Mayena*, se habia hecho declarar por la parte del Parlamento, que se le mantenía adicta, Teniente General del Estado y Reyno de Francia.

2. El hijo) Habiendo un Diputado de Paris mezclado en su arenga al *De Egmond* alabanzas de su Padre, el desgraciado Almirante, le interrumpió, diciendo. « No me hableis de él. Merecía la muerte. Era un « rebelde. » Dicho, igualmente impío, que indiscreto; pues respondía á unos rebeldes, à cuyo socorro venía enviado.

3. El anciano.) *Aumont* (*Juan*) Mariscal de Francia.

4. Biron.) (*Henrique de Gontó de Biron*) Mariscal de Francia, Maestro general de la Artilleria, gran soldado.

5. Que despues) *Biron* (*Carlos de*) Hijo del primero, igualmente Mariscal y Duque Par de Francia. Conspiró despues contra Henrique, y murió degollado en el patio de la Bastilla.

6. SULLY) *Rosni*, Despues Duque de Sully, Superintendente de Hacienda, Gran Director y Maestre de la Artilleria, el mayor amigo y mejor ministro de HENRIQUE.) NANGI) Hombre de gran merito, y de una verdadera virtud. Había aconsejado á Henrique III. que no asasinase á Guisa, sino que tubiese el valor de hacerle juzgar por las leyes. CRILLON) llamado el *valiente*. Ofreció á Henrique batirse, ensingular pelea, con el Duque de Guisa. Era muy estimado del Rey. TURENA.) (Henrique de la Tour de Orliegues) Vizconde de Turena, Mariscal de Francia. HENRIQUE EL GRANDE le proporcionó casameintó con Carlota de la Mark, Princesa de Sedán. La noche de sus bodas fué á tomar Estené por asalto. Su hijo Mauricio, perdió aquella soberanía en la conspiracion *de cinq Mars*.

7. QUAL PALMA.) Él mismo Roberto de Evreaux *Conde de Essex*, de quien se habla en el canto III.

8. LOS FUQUIERES) Capitan de cinquenta hombres de armas. Murió en la batalla.) CLERMONT.) (Brisac de Clermont de Antrague,) tio de la famosa Marquesa de *Bernouil*, muertó en la batalla. TREMVILLE.) (Claudio) Duque de Tremville. DE NESLE) capitan de cinquenta hombres; murió en la batalla. LESDIGUIERS.) Ningun otro mereció mas bien el titulo de venturoso. Libró de la batalla, y de soldado, llegó á Condestable baxo Luis XIII.

9. AL MAL GENIO.) El arma llamada *bayoneta*, por haber sido inventada en Bayona, aunque no se usó hasta mucho tiempo despues.

10. HIERE.) HENRIQUE, estubo en gran peligro en la batalla de Ivri, del que le arrancaron el Duque de la Tremville, y el Mariscal de Aumont; pero no fué herido allí, sino en *Omala*. Tampoco salvó la vida á Biron en dicha batalla, sino en *Fontaine Française*. La licencia poetica, justifica este cambio de escenas necesario á la unidad de accion en el poema.

NOTAS DEL CANTO IX.

1. Las amorosas.) *Diana de Potiér*, Dama de Henrique II, para la qual fué edificado el palacio de Anet.
2. Era De Estrée.) *Gabriela de Estree*, de una casa antigua de Picardia, hija y nieta de Grandes Maestres de la artilleria, casada con el señor de Liencourt, y despues Duquesa de Beaufort.

NOTAS DEL CANTO X.

1. El hambre.) Treinta mil personas murieron en el espacio de un mes.
2. Nadan.) « *Se hizo la visita*, dice Mezerai en su histo- » ria, *de las habitaciones de los clerigos*, *y de los comven-* » *tos de frayles*; *y todos*, *inclusos los de los capuchi-* » *nos*, *estaban provistos para mas de un año*. »
3. Una muger) Es suceso histórico, referido en todas las memorias de aquel tiempo, y repetido entre los horrores del sitio de *Sancerre*.

NOTAS

DEL TRADUCTOR.

CANTO II.

(1) Andan.) El lector advertirá aquí muy obviamente, que este era el lenguage propio de un Calvinista vacilante, qual lo era entonces, por desgracia, el Gran Henrique. Su posterior arrepentimiento y conversion, serán siempre la mas feliz y concluiente respuesta, que á honra y gloria de nuestra Santa Religion, puede darse á las dudas y errores, que acerca de ella, sus ministros y fieles, suponga el Poeta deslizados de la boca del Príncipe su Héroe, en qualquiera parte del Poema.

El mismo piadoso y discreto lector no necesitará de largas advertencias, para hacer todo el mismo justo desprecio del lenguage, conque al fin del Canto IV. se figura hablando una Princesa herege, y tan herege como Isabel de Inglaterra, cabeza de la Iglesia Anglicana, y como tal, irreconciliable enemiga de la Católica, Apostolica, Romana, sus Sumos Pontífices y Ministros.

CANTO IV.

(1) Leyes) Todo el mundo sabe, que Voltaire era sin duda, tan insigne en lo indevoto, como en lo poético: por consiguiente, todo literato católico apreciando justamente las bellezas de sus versos, sabrá pasar por alto, y mirar con indignacion, quanto note en ellos de profano y libertino. El fondo de este Poéma es ortodoxo; y este brillante homenage, tributado á los mas inescrutables misterios de nuestra sagrada Religion por un filosofo tal como el de Ferney, es de un público provecho á la Iglesia incomparablemente mayor, que el daño, que solo en espíritus débiles, superficiales, y malintenciona-

dos podrían ocasionar á sus Potestades y Ministros, seculares y regulares, unas invectivas y declamaciones personales, vagas, é incapaces, por tanto, de disminuir, ni en lo mas leve, el alto respeto debido á sus venerables Institutos y sagrado caracter.

(II) Gloria) M. Clíment, uno de los mas inexôrables detractores de la Henriada, ó mas bien, ciegos enemigos y envidiosos de su Autor, no le perdonó esta sentencia. « Una infinidad, dice, de millones » de hombres, ha muerto por su Rey sin gloria. » « Morir con gloria, responde M. Lharpe, significa en este parage morir con honor; y está recibido el decir, que los soldados mueren en el » campo ó lecho del honor, aunque no se pongan » sus nombres en la gazeta. » El traductor añade, que la sentencia es rigurosamente justa, escribiendo como escribia el Autor en un Gobierno monarquico y con relacion á una guerra contra las facciones y la anarquía. Si el Poeta escribiese en una Aristocracia, diría, sin duda, *quien muere por su Senado, ò Gobierno*: y si en una Democracía, diría, *quien muere por su Pueblo*. La crítica, pues, de M. Climent, es, en todos sentidos, caprichosa y de mala fé.

CANTO V.

(I) Atizaba) Esta es una de las muchas declamaciones, que llenan los libros extrangeros contra el Tribunal de la Inquisicion, el qual, ciertamente, ni en Madrid, ni en Lisboa, quemó jamas al judio, por su *firmeza* en la ley de sus padres. Aquel Tribunal solo anatematizaba los malos judios y peores christianos, que ó nacidos en el gremio de la Iglesia por el bautismo en su infancía, ó convertidos de adultos á el, pérfidos apostatas, al fin, de uno y otro Culto, tornaban á judaizar. Las leyes civiles eran, y no dicho Tribunal, las que imponían á estos penas corporales. Los hombres sabios y sensibles, reprueban altamente la questíon de tormento, y la pena infamante de azotes, sin perjuicio de la causa, al simple escalador de carcel para huír, que puede muy bien resultar, como varias veces resultó, declarado

definitivamente inocente: pero no declaman contra el Tribunal ó juez, que no hacen mas que su deber, quando, conforme á las leyes, aplican y hacen executar dicha question y pena. Vease la nota siguiente.

CANTO VI.

(I) Mortales.) El Tribunal de la Inquisicion no se creó á sí mismo, ni podría crearlo nunca por sí propia la mera Potestad eclesiástica ó monacal, como dá á entender aquí el Poeta. Establecieronle en España los Reyes Cathólicos, y acumularon en él la mas amplia jurisdicion temporal. Las leyes civiles admitieron, aprobaron, y autorizaron su extraordinario modo de substanciar. Aquel Tribunal, aunque mixto de ambas jurisdiciones, por lo general, no hizo mas que declarar los reos de fé, corregirlos canonicamente unas veces; anathematizarlos otras, y entregarlos al brazo secular, á quien lejos de excitar á la sangrienta venganza, rogaba al contrario muy encarecida y solemnemente, tratase á los hermanos entregados con misericordia. El brazo secular, sin embargo, en execucion de las leyes civiles, azotaba á los unos, quemaba á los otros, infamaba á todos en sus personas y posteridad, y les confiscaba los bienes. En todos los Estados intolerantes, se derramanon siempre, por causa ó con pretexto de Religion, caudalosos rios de sangre. En todos ellos, se vío la humanidad afligida y afrentada con abominaciones, que hicieron estremecer la naturaleza; y el Poeta podría muy bien no olvidar, las que desolaron y mancharon en diferentes epocas su Francia, sin tener Inquisicion. Desengañense los Filófos, y desengañese el mundo entero. Sus declamaciones directas contra aquel Tribunal y sus juezes, son vagas y poco justas. El verdadero y directamente detestable Tribunal de Inquisicion, donde quiera que sea, es la estolida, cruél, incivil, impolítica, y antievangélica intoleralncia: y los tres juezes, que le componen, son, el error, el despotismo, y el fanatismo ¡ Pueblos del Universo ! Amor al orden,

lealtad á vuestros Príncipes, ilustracion, y educacion popular, costumbres, espíritu nacional, constitucion, legislacion: he allí todo vuestro bien. La falta de ello: he aquí todo vuestro mal. Lo demas, es y será siempre, como vulgarmente suele decirse, tomár el rabano por las ojas.

CANTO VII.

(I) VENIALES.) El traductor añadió aquí estos dos versos, para aclarar mejor el sentido y espíritu del Poeta en el lugar, relativos á los pecados veniales, y al Purgatorio, que les corresponde, segun indica la nota del Editor á este pasage y Canto, en que dice. « Puede entenderse este lugar de las faltas ve» niales y del Purgatorio, que los mismos antiguos » admitieron, y se halla expresamente en Virgilio. » Infierno fueron tambien llamados el Limbo y Purgatorio, en lenguage orthodoxo; y el último colocado, segun muchos Theologos, cerca del infierno de los condenados.

(II) DE RODILLAS.) Fanfarronada, poco digna de la poesia filósofica, y de la crítica historica de un Voltaire. La España nunca pidió Reyes de rodillas, ni de pie, ni sentada, á ninguna otra Nacion del Mundo. Al contrario, ella fué, en todas las eras, la apetecida, envidiada, y usurpada, á pesar de sus obstinados y heróycos esfuerzos de resisteneia, por otras muchas estrangeras. La suerte de la guerra exterior y civil á un tiempo, entre las provincias de Aragon, que estaban por el Archiduque Carlos, y las de Castilla, que proclamaban á Felipe, Duque de Anjou, ó mas bien que todo, la sucesion de aquel en el Imperio, decidió de la del Trono de las Españas en favor de este Príncipe, nieto de Luis el Grande, cabeza de la Dinastia de Borbon en aquel Reyno, adornado de mil virtudes militares, políticas y civiles, y cuya justicia y bondad, aun para con los Españoles, que en aquella turbulenta epoca, bastante analoga á la reciente de mi Patria, se habian armado directamente contra su-

persona, y muchos de ellos despues de haberle jurado y reconocido como su legítimo Soberano, debría servir de exemplo á todos sus augustos Sucesores en el Trono. Veanse los Comentarios del Marques de San Felipe.

(III) Sistema.). Parece que alude este pasage á las desgraciadas intrigas, con que el genio audaz y emprendedor del famoso Cardenal Alberoni, Ministro de España en aquel tiempo, trataba de romper todos los lazos de la sangre, de la amistad, y del interes politico, que unian las Casas hermanas de España y Francia, negociando, el que la Regencia de esta recayese en el Soberano de aquella, para poder así extender sus gigantescas miras de ambicion sobre ambas Potencias, y aun sobre toda la Europa.

CANTO IX.

(I) Llevara) En el palacio de Augusto, hubiera hallado Morné la suerte de Ovidio, *cuyo crimen*, decia él, *era el de haber tenido ojos*.

FIN DE LAS NOTAS.

FÉ DE ERRATAS

DE LOS PROLOGOS, etc.

Pagina.	Linea.	En lugar de	Lée
xxj	2	*lo*	le
xxxj	11	*oscura*	obscura
xliij	24	*lo*	le
xlvij	13	*de*	á
liv	2	*mejor*	mayor
lxxv	11	*lo*	le
lxxvij	18	*criminal*	criminel
lxxxij	18	*habla*	alaba
xc	9	*aquellas*	aquellos

DEL POEMA.

3	17	*las flaquezas*	la flaqueza
30	8	(1)	(I)
47	11	*pregonda*	pregonada
56	7	*lo*	le
102	13	*lo*	le
106	14	*vasto*	basto
113	18	*obeced*	obedeced
185	9	*lo*	le
240	15	*asegurarle*	asegurarla
244	3	*flora*	Flora
252	21	*cogreguen*	congreguen
253	15	*guiadaba*	guiaba
254	24	*tirananas*	tiranas
256	1	*el*	El
256	22	*vencerlo*	vencerle
260	13	*dirjge*	dirige
260	20	*filosefo*	filósofo
267	5	*dó quiera*	dó quier
281	23	*su clemencia*	sus clemencias